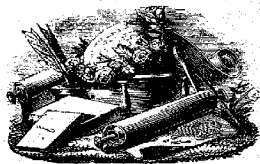


OBRAS COMPLETAS
DEL VIZCONDE
DE CHATEAUBRIAND.
TOMO XVII.

ESTUDIOS
HISTÓRICOS,
POR EL VIZCONDE
DE CHATEAUBRIAND.

Tomo tercero.



VALENCIA:
IMPRESA
DE D. MARIANO DE CABRIZO.
(Editor.)
1845.

ANÁLISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE EL REINADO DE GLOVIS HASTA EL DE
FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

EDUCACION.

Entre los persas, griegos y romanos era la educacion persiana, griega y romana: quiero decir con esto, que se enseñaba á los niños todo lo que respeta á la patria, instruyéndolos solamente en las leyes, costumbres, historia y lenguaje de sus abuelos. Cuando en una época de civilizacion avanzada los romanos concibieron admiracion por la Grecia y escuelas de Atenas, se reducía esta admiracion á una curiosidad laudable de algunos ociosos patricios.

El mundo moderno ha presentado un fenómeno, del cual no hay ejemplo alguno en el mundo antiguo: los hijos de los bárbaros se separaron de su estirpe por la educacion; encerrados en colejos, aprendieron lenguas que no hablaban sus padres, y que cesaban de hablarse en la tierra; estudiaron leyes que no eran las de su nacion; y no se ocuparon sino de una sociedad muerta, sin relacion con la sociedad viva de su tiempo. Los vencidos, salidos de otra sangre, y perpetuando la memoria de lo que habian sido, encerraron con ellos á los

hijos de sus vencedores, como quedándose los en rehenes.

Formose en medio de las generaciones groseras un pueblo inteligente fuera de la esfera en que se movía la comunidad material, guerrera y política. Cuanto mas sencillo, grosero, natural é iliterato era el espíritu alrededor de las escuelas, tanto mas refinado, sutil, metafísico y sábio era el interior de las mismas escuelas. Los bárbaros habían principiado por matar á los sacerdotes y á los monjes; y cuando se hicieron cristianos, se pusieron á sus pies. Apresuráronse á contribuir á la fundacion de colejos y de universidades: admirando lo que no comprendían, creyeron que no podían conceder á los estudiantes sobrados privilegios: estableciérase para los hijos una verdadera república con sus tribunales, sus costumbres y sus libertades, en el centro mismo de la monarquía de los padres.

La universidad de París, hija primojénita de nuestros reyes, aunque no descendía de Carlomagno, no era sola en Francia: existían veinte mas formadas á imitación de ella; la de Montpellier fue célebre, y estudiaron en ella el derecho romano; así que llegaron á ser menos raros los ejemplares de las Pandectas por el descubrimiento y las copias del manuscrito de Amalfi. Inglaterra, Escocia, Irlanda, Alemania, Italia, España y Portugal, poseían los mismos cuerpos de enseñanza. Vemos en los ajiógrafos y los cronistas, que un mismo escolar, á fin de abrazar los diferentes ramos de las ciencias, estudiaba sucesivamente en París, en Oxford, en Maguncia, en Pádua, en Salamanca y en Coimbra. La universidad de París tenía un edificio para su uso, mucho tiempo antes que Luis XI hubiese creado semejante establecimiento.

Fácil es suponer qué actividad darian las instituciones de las universidades, libres de las leyes nacionales, á los entendimientos, y cuánto debian aumentar el tesoro comun de las ideas: porque todo lo hacen las ideas; producen los hechos, que no les sirven mas que de corteza.

Creáronse despues de las universidades una multitud de colejos. En tiempo de Felipe el Hermoso, que fundó la universidad de Orleans, se estableció el colejo de la reina de Navarra, el del cardenal Le Moyné, y el de Montaigu, arzobispo de Narbona. Desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del reinado de Carlos V, se cuenta la creccion del colejo de los lombardos para los escolares italianos; la de los colejos de Turs, de Lisieux, de Autun, la del *Ave Maria*, la de Mignon ó Grandmont, la de San Miguel, de Cambray, de Aubusson, de Bonnacour, de Tournai, de Bayeux, de los Alemanes, de Boisy, de Dainville, de Maitre Gervais y de Beauvais. (*Hist. de la Univ.*, tom. III, l. III. *Antig. de Paris; Trés. de Ch.*). A Francisco I se debe el establecimiento del colejo real, con las tres cátedras de lenguas hebrea, griega y latina: habian principiado á enseñar el griego en la universidad de Paris en tiempo de Carlos VIII, donde se esplicaban entonces los diálogos de Platon. Enrique II, Carlos IX y Enrique III aumentaron las cátedras de sabiduría con una cátedra de filosofía griega y latina, con otra cátedra de lengua árabe, y con otra cátedra de cirugía. Luis XIII, Luis XIV y Luis XV agregaron al colejo real cátedras para el estudio del derecho canónico, para el de las lenguas siriaca, turca y persa, para la enseñanza de la literatura fran-

cesa, de la astronomía, de la mecánica, de la química, de la anatomía, de la historia natural, del derecho de la naturaleza y del de jentes. El colegio de las Cuatro Naciones recuerda el nombre de Mazarino. Todo se formaba con grandes masas ó por grandes cuerpos en la antigua monarquía: clero, nobleza, tercer estado, magistratura y educación.

Tales universidades y tales colegios fueron otros tantos hogares donde se encendieron como llamas los injenios cuya luz penetró en las tinieblas de la edad media: noche fecunda, poderoso caos, cuyos vientos llevaban en sí un nuevo universo. Cuando la barbarie invadió la civilización, la fertilizó con su vigor y su juventud; al contrario, cuando la civilización invadió la barbarie, la dejó estéril, y pareció un anciano junto á su esposa joven: los pueblos civilizados de la antigua Europa se han renovado en el lecho de los salvajes de la Germania; los pueblos salvajes de la América se han extinguido en los brazos de los pueblos civilizados de la Europa.

San Bernardo, Abelardo, Escoto, Tomás de Aquino, Buenaventura, Alberto, Rojero Bacon, Enrique de Gante, Hugo de Saint-Cher, Alejandro de Hallais, Alaino de la Isla, Ivo de Triguero, Jacobo de Vorajines, Guillermo de Nanjis, Juan de Mun, Guillermo Duranti, Juan Adam, Guillermo Peletiero, Bartolomé Glaunwil, Pedro Bercheur, Alberto de Sajonia, Froissard, Nicolas Oresme, Jacobo de Dondis, Nicolas Flamel, Accurse, Bartolo, Gracian, Pedro de Ailly, Nicolas Clemenjis, Jerson, Tomás Conecte, Benito Jentian, Juan de Courtecuise, Vicente Ferrer, Juvenal de los Ursinos, Pico de la Mirándula.

la, Chartier, Martuel de Auvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin, forman la cadena de aquellos hombres que nos conducen desde los primeros días de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Su celebridad fue grande, y los sobrenombres con que los distinguieron prueban la injénua admiración de sus siglos: Alberto fue apellidado el Grande; Tomás de Aquino, el Anjel de la escuela; Rojero Bacon, el Doctor admirable; Enrique de Ganté, el Doctor solemne; Enrique de Suza, el Esplendor del derecho; Alejandro de Hallais, el Doctor irrefragable; Alaino de la Isla, el Doctor universal; Buenaventura, el Doctor seráfico; Escoto, el Doctor sutil; y Jilles de Roma, el Doctor profundísimo.

Estos hombres, con diversos talentos, formaban escuelas, y tenían discípulos como los antiguos filósofos de la Grecia. Alberto inventó una máquina parlante, Rojero Bacon descubrió quizás la pólvora (1), el telescopio y el microscopio; Jacobo de Dondis compuso un reloj celeste ó una esfera movable. Santo Tomás de Aquino fue un ingenio enteramente comparable á los mas raros ingenios filosóficos de los tiempos antiguos y modernos; se parece á Platon y á Malebranche en la espiritualidad, y á Aristóteles y á Descartes en la claridad y en la lógica. Los escotistas y los tomistas, los realistas y los nominales, resucitaron las dos sectas de la forma y de la idea. Por el año 1050 habian llevado á España los árabes los escritos de Aristóteles, y de España

(1) Conocida por otra parte en la China, así como la brújula, la imprenta, el gas, etc. Estos descubrimientos materiales deben haberse hecho naturalmente en una sociedad de larga duración, como la de los chinos.

pasaron á Francia: Berenjero, Abelardo y Jilberto de la Poreé hicieron renacer la doctrina del Estajirita; pero habiendo anatematizado su doctrina mucho despues los padres griegos y latinos, un concilio, celebrado en París en 1209, condenó á las llamas los escritos en los cuales estaba encerrada. La interdiccion duró mas de ochenta años: relajose despues, y en 1447 fue tal el triunfo de Aristóteles, que no se enseñaba mas filosofía que la suya. Un siglo despues, Ramo, que osó levantarse contra su lójica, cayó víctima del fanatismo escolástico: fue menester esperar á Gassendi y á Descartes para triunfar del preceptor de Alejandro.

Duranti, Bartolo, Alciato, y mas tarde Cujas, fueron las luces del derecho. Podremos formarnos una idea de la influencia que aquellos hombres ejercian en su tiempo, recordando los efectos de sus lecciones: no bastando ya el sitio en que enseñaba Alberto el Grande á la multitud de los auditores, se vió obligado á enseñar al aire libre, en la plaza que tomó el nombre del maestro Alberto. Foulques escribia á Abelardo: »Roma te »enviaba sus hijos para que los instruyeses; y la que »habia oido enseñar todas las ciencias, manifestaba, »confiándote sus discípulos, que tu saber era todavia »superior al suyo. Ni la distancia, ni la altura de las »montañas, ni la profundidad de los valles, ni la dificultad de los caminos sembrados de peligros y de »malvados, podian detener á los que corrian hácia tí. »La juventud inglesa no se dejaba atemorizar ni por »el mar interpuesto entre ella y tú, ni por el terror »de las tempestades; y á tu solo nombre se precipitaba »de tropel, despreciando los riesgos. La remota Bre- »taña te enviaba sus habitantes para que los instruyeses;

»y los de Anjou iban á humillar ante ti su ferocidad
»ablandada. El Poitou, la Gascuña, la Iberia, la Nor-
»mandia, Flandes, los teutones y los suecos ardientes
»en celebrarte, encomiaban y proclamaban sin cesar tu
»ingenio. Y no digo nada de los habitantes de la ciudad
»de Paris y de los puntos de Francia, asi los mas dis-
»tantes como los mas cercanos, ansiosos todos de re-
»cibir tus lecciones, como si tan solo junto á ti hu-
»biesen podido hallar la instruccion que anhelaba.”

La muchedumbre de maestros y de escolares en la universidad era tal, que al ir en procesion á San Dionisio, cuando las primeras filas del séquito entraban en la basilica de la abadía, las últimas salian de la iglesia de los Maturinos de Paris. Llamada á dar su voto sobre la cuestion de la estincion del cisma, la universidad presentó diez mil sufragios, y propuso enviar á un entierro veinticinco mil escolares para aumentar su pompa. Vemos á este grande cuerpo figurar en todas las crisis políticas de la monarquía, y particularmente en los reinados de Cárlos V, Cárlos VI y Cárlos VII. Manteniéndose en faccion ó en fidelidad, ó abandonaba ó reprimia las oleadas populares, mientras que los espiritus novadores, adoctrinados con sus lecciones, agitaban las cuestiones relijiosas, y apresuraban, por lo atrevido de sus doctrinas y declamaciones contra los vicios del clero y de los nobles, las reformas de que Arnaldo de Brescia habia dado ejemplo en Italia, y Wickleff en Inglaterra.

Esta vida de las universidades y colejos ocupa un lugar considerable en la pintura de costumbres jenerales que me falta ejecutar.

COSTUMBRES JENERALES DE LOS SIGLOS XII, XIII Y XIV.

Pertence á la moderna historia destruir una mentira, no de los cronistas, que están acordes en lo que respeta á la corrupcion de los siglos primeros, sino de la ignorancia y espíritu de partido de la época presente: se ha dado por supuesto que si la edad media era bárbara, al menos la moral y la religion servian de contrapeso á esta barbarie; hay algunos que se representan las antiguas familias, groseras sin duda, pero sentadas con una union santa en el atrio doméstico con toda la sencillez de la edad de oro. Nada mas contrario á la verdad que esta opinion.

Los bárbaros se establecieron en medio de la sociedad romana, depravada por el lujo, degradada por la esclavitud, y pervertida por la idolatria. Los francos, muy poco numerosos relativamente á la poblacion galo-romana, no pudieron mejorar las costumbres; y hasta ellos mismos estaban corrompidos cuando entraron en la Gália.

Es grande error atribuir la inocencia al estado salvaje; todos los epitetos de la naturaleza se desarrollan en tal estado: la civilizacion sola enseña las virtudes morales. La profesion de las armas, que inspira ciertas cualidades, no produce la templanza: Santa Palaya se ve obligada á convenir en que los caballeros no se recomendaban por la ríjidez de las costumbres.

De la sociedad romana y de la sociedad bárbara resultó una noble corrupcion; bien se reconocen los vicios de una y otra sociedad, como se distinguen en su confluencia las aguas de dos rios al unirse: la rapi-

ña, la crueldad, la brutalidad y la lujuria animal, eran francas; la bajeza, la cobardía, la astucia, la torpeza del entendimiento y el refinado desarreglo, eran romanos.

Y estas distinciones no se deben entender de algunos años y de algunos reinados; se aplican á los siglos que precedieron á la edad media, desde el reinado de Clovis hasta el de Hugo Capeto, y á los siglos de la edad media, desde el reinado de Hugo Capeto hasta el de Francisco I.

El cristianismo trató, en cuanto pudo, de curar la gangrena de los tiempos bárbaros, pero seguian menos el espíritu de la religión que la letra; creian mas en la cruz que en la palabra de Cristo; adoraban el Calvario; pero no asistian al sermón de la Montaña. El clero se deprabó como la muchedumbre. Si queremos penetrar á fondo el estado interior de aquella época, habremos de leer los concilios y los actos de abolicion (cartas de gracia concedidas por los reyes), allí se manifiestan desnudas las plagas de la sociedad. Los concilios reprodujeron las quejas contra la licencia de las costumbres, y la investigacion de los remedios para atajarla; los actos de abolicion conservan los pormenores de los juicios y de los crímenes que motivaban las cartas reales. Las ordenanzas de Carlomagno y de sus sucesores están llenas de disposiciones para la reforma del clero.

Sabida es la horrorosa historia del sacerdote Anastasio, que fue encerrado vivo con un cadáver, por venganza del obispo Caulino (Gregorio de Tours). En los cánones añadidos al primer concilio de Tours en tiempo del episcopado de San Perperto, se lee: »Se nos ha »referido que algunos *sacerdotes*, lo que es horrible

»(quod nefas), establecian posadas en las iglesias, y
 »que en el lugar donde no deben oirse mas que oracio-
 »nes y alabanzas de Dios, resonó el ruido de los festines,
 »de palabras obscenas, de alteraciones y pependencias!"

Baronio, tan favorable á la corte de Roma, llama al siglo décimo el siglo de hierro; tantos desórdenes veia en la iglesia. El ilustre y sábio Jerberto, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II, y cuando no era mas que arzobispo de Reims, decia: »;Roma de-
 »plorable! tú diste á nuestros antepasados las mas bri-
 »llantes luces, y ahora estás sumerjida en horribles ti-
 »nieblas..... Nosotros hemos visto á Juan Octaviano
 »conspirar, en medio de mil prostitutas, contra el mis-
 »mo Othon á quien habia proclamado emperador: le
 »derribarón, y le sucedió Leon el Neófito. Othon se au-
 »sentó de Roma, y Octaviano entró en ella; arrojó á
 »Leon, cortó los dedos, las manos y la nariz al diáco-
 »no Juan, y despues de quitar la vida á muchos per-
 »sonajes distinguidos, pereció él mismo en breve tiem-
 »po..... ¿Será posible defender todavia que un núme-
 »ro tan grande de ministros de Dios, dignos por su vi-
 »da y su mérito de ilustrar el universo, deban some-
 »terse á semejantes monstruos, sin ningun conocimien-
 »to de las ciencias divinas y humanas?"

Nos queda una sátira de Adalberon, obispo de Leon, que es un diálogo entre el poeta y el rey Roberto. »Adalberon representa los jueces obligados á
 »llevar la capucha, los obispos despojados, reducidos á
 »seguir el arado; y las sillas episcopales, cuando aca-
 »baban de vacar, ocupadas por marineros y pastores.
 »Un monje se ve transformado en soldado; lleva un
 »gorro de piel de oso; su túnica, en otro tiempo lar-

»ga, es ahora corta, hendida por delante y por detrás;
»y de su estrecho ceñidor penden un arco, un carcaj,
»unas tenazas y una espada. En otro tiempo no había
»entre los ministros del Señor, ni verdugos, ni posade-
»deros, ni ganaderos; no iban al mercado público, ni
»hacían blanquear las telas.”

Adalberon, estendiéndose en su asunto, observa que el noble y el esclavo no estaban sujetos á una misma ley, y que el noble era enteramente libre. El rey toma la defensa de la condicion servil. »Esta clase, dice, no posee nada sin comprarlo con duro trabajo. »¿Quién podría contar las penas, los viajes y las fatigas que tienen que sufrir los esclavos? Sus lágrimas no tienen nunca fin.” Adalberon responde: »que la familia del Señor está dividida en tres clases; la una reza, la otra combate, y la tercera trabaja.”

Adalberon había visto el fin de la segunda dinastía y el principio de la tercera; y había hecho papel en las traiciones que se traman en la caída y en la renovación de los imperios. Tal vez estuvo ligado íntimamente con Emma, esposa de Lotero, aunque fue obispo: era de una familia distinguida de Lorena; había estudiado bajo la dirección de Jerberto; no amaba á los monjes; y se entrometía en la querrela de los obispos nobles contra los religiosos plebeyos. Volvemos á encontrar en él aquella parte de la sociedad inteligente que no fue nunca bárbara.

San Bernardo no manifiesta mas indulgencia con los vicios de su siglo; y á San Luis le obligaron á cerrar los ojos á las prostituciones y desórdenes que reinaban en su ejército. Durante el reinado de Felipe el Hermoso se convocó un concilio espreso para remediar

el desenfreno de las costumbres. El año 1351 los preladados y las órdenes mendicantes espusieron sus mútuas culpas en Avignon ante Clemente VII. Y el papa, favorable á los monjes, apostrofó así á los preladados: »¿Y hablais de humildad vosotros, tan vanos y tan pomposos en vuestras cabalgaduras y equipajes? ¿Y hablais de pobreza, siendo así que sois tan codiciosos, que no os bastarian todos los beneficios del mundo? ¿Que diré, pues, de vuestra castidad...? Vosotros odiais á los mendicantes, les cerrais vuestras puertas, cuando vuestras casas están abiertas para los sicofantas é infames (*lenonibus et truffatoribus*).»

La simonía era jeneral; los sacerdotes violaban casi jeneralmente la regla del celibato; vivian con mujeres perdidas, concubinas y mozas: un abad de Noreis tenia dieziocho hijos. En Vizcaya no querian mas que clérigos que tuviesen *comadres*; es decir, mujeres que suponian ser lejitimas.

Petrarca escribió á uno de sus amigos: »Avignon se ha vuelto un infierno, la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, las cátedras del pontifice y de los cardenales, el aire y la tierra, todo está impregnado de falacia; tratan como fábulas absurdas y pueriles el mundo venidero, el juicio eterno, las penas del infierno, y los gozos del paraíso.» Petrarca cita en apoyo de sus aserciones algunas *anecdotas escandalosas sobre los excesos de los cardenales*. Y él mismo, abad, casto y fiel amante de Laura, estaba rodeado de bastardos: *Ebbe allora un figliuolo naturale, e, dopo alcuni anni, una figliuola; ma protestò, che, non ostante queste licenze, egli non amò mai altra che Laura.* (Saggi.)

En un sermón pronunciado delante del papa, en 1364, el doctor Nicolás Orem probó que el Antecristo no tardaría en aparecer, por seis razones sacadas de la pérdida de la doctrina, del orgullo de los sacerdotes, de la tiranía de los jefes de la iglesia, y de su aversión á la verdad.

Los cantores, que no perdonaban ni á los papas, ni á los reyes, ni á los nobles, no guardaban mas atenciones al clero que los sermones. »Di pues, señor obispo, que nunca serás sábio como no te hagan eunuco." — »¡Ah, falso clérigo, traidor, mentiroso. »perjuro y relajado! San Pedro nunca tuvo rentas, ni »castillos, ni dominios; y nunca pronunció excomunion »alguna. Hay eclesiásticos que no brillan mas que por »su magnificencia, y que casan á sus sobrinos con las »hijas que tuvieron de su amiga." (Raynouard, *Trobadores*).

»Una vil multitud que no combatió nunca, roba á »los nobles su torre y su castillo: el cordero ataca al »lobo." — »Nuestro obispo vende un féretro por mil »sueldos á sus amigos muertos." — »El papa es quien »reina; se humilla á los pies del poderoso monarca, y »opprime al rey desgraciado."

Toda la tierra feudal se parecia; á Inglaterra se la censuraba del mismo modo:

An other abbai is ther bi,
For soth a grei nunnerie, etc.

»Cerca de cierta abadía se halla un convento de »monjas, á la orilla de un rio dulce como la leche. »En los dias de verano las monjas jóvenes suben este

»rio en góndolas, y cuando están lejos de la abadía,
 »el diablo se mete enteramente desnudo, se acuesta
 »en la ribera, y se dispone á nadar con agilidad. Arre-
 »bata á los monjes jóvenes y vuelve á buscar las mon-
 »jas. Enseña á estas una oracion: el monje, bien dis-
 »puesto, tendrá doce mujeres al año, y será en breve
 »padre abad." Suprimo varias obscenidades groseras es-
 critas en antiguo ingles.

El *credo* de Pedro, labrador (Peter Plowman), es una amarga sátira contra los monjes mendicantes.

I fond in a freture a Frere on a benche, etc.

»Encontré á un fraile horrible sentado en un ban-
 »co; estaba grueso como un tonel; y era tan lleno de
 »rostro, que parecia una vejiga hinchada por el vien-
 »to, ó un saco colgado á sus dos mejillas y á su bar-
 »ba: era un verdadero ganso, que hacia remover su
 »carne como el lodo movedizo."

Los castellanos y las castellanas cantaban, amaban, crecian; y por momentos no creian mucho en Dios. El vizconde de Beaucaire amenaza á su hijo Aucassino con el infierno sino se separa de Nicolasa, su amiga. El doncel responde que se le daba muy poco del paraiso, lleno de frailes haraganes y medio desnudos, de clérigos viejos y mugrientos, y de ermitaños llenos de harapos. Quiere ir al infierno, donde tienen consejo pleno los grandes reyes, los paladines y los varones; alli encontrará mujeres hermosas que hayan amado á los ministriles y á los truanes, amigos del vino y de la alegría. (Le Grand d'Aussi, Raynouard, *Hist. de Phil. Aug.* Capesigue, &c.) Un trovador pide un *pater* para

que Dios conceda á todos los que aman, como el hijo del castellano de Aupais, el placer que disfrutó él una noche con Ojina. La condesa de Die escribió al trovador Rambaud, conde de Oranje: »Mi bello amigo, ven esta noche á ocupar en mi lecho el lugar de »mi marido." La condesa de Die era presidente de la corte de amor. Guillermo, conde de Poitiers, fundó en Niort una casa de relajacion, á manera de una abadía: cada *religiosa* tenia una celda, y hacia varios votos placenteros; la priora y la abadesa gobernaban la comunidad, y los vasallos de Guillermo fueron invitados á dotar ricamente el monasterio. Habia tambien *mariscales* de prostitutas.

Vemos á un conde de Armagnac, Juan V, casarse públicamente con su hermana, y vivir con ella en su castillo con todo el honor de baronaje. Nadie ignora los furores sensuales del mariscal de Rais.

Los nobles de la gaja ciencia no eran siempre tan corteses y tan donceles, que no se trasformasen algunas veces en malvados en los caminos reales y en los bosques. Los vecinos de Laon llamaron en socorro suyo á Tomas de Coucy, señor del castillo de Marne. Tomas, jóven todavia, robaba á los pobres y á los peregrinos que iban á Jerusalem, y que volvian de la Tierra Santa, y á fin de obtener dinero de sus cautivos, los enganchaba con su propia mano, *testiculis appendebat propria aliquotiens manu* (Guiberti, *de vita sua*); y resultando una fractura con el peso del cuerpo, salian los intestinos por medio de la abertura. Tomas colgaba tambien á otros desgraciados de los pulgares, y les metia piedras gruesas en los hombros para aumentar su pesadez natural: se paseaba por encima de

aquellos suplicios vivos, y acababa de matar á *palos* á las víctimas que no poseían nada, ó que rehusaban pagar. Habiendo arrojado un día á un leproso en el fondo de una mazmorra, el nuevo Caco se vió sitiado en su cueva por todos los leprosos de la comarca.

El señor de Tournemine, emplazado en su casa de Auvernia por un ujier llamado *Lobo*, le hizo cortar el puño, diciendo que nunca se había presentado ningún lobo en su castillo sin que hubiese quedado una de sus garras clavada en la puerta.

Regnaldo de Pressigny, señor de Marans, cerca de la Rochela, desollador de vecinos, ladrón de caminos reales, y destrozador de pasajeros, se divertía en sacar un ojo y arrancar las barbas á todos los monjes que atravesaban las tierras de su señorío. Cuando enviaba al suplicio á los desgraciados que rehusaban rescatarse, y que clamaban por la justicia del rey, Persigny, que en la apariencia sabía el latín, les respondía equivocando las palabras, que estaban engañados en lamentarse de no morir según las reglas, pues morían *jure aut injuria*.

La edad media ofrece un extraño cuadro, que parece ser el resultado de una imaginación poderosa, pero desarreglada. En la antigüedad cada nación sale, por decirlo así, de su propio manantial; un espíritu primitivo, que lo penetró todo, y se dejó sentir en todas partes, hizo homogéneas las instituciones y las costumbres. La sociedad de la edad media se componía de los restos de otras mil sociedades: la civilización romana, y el mismo paganismo, habían dejado huellas; la religión cristiana tenía sus creencias y sus solemnidades; y los bárbaros, francos, godos, burgui-

ñones, anglo-sajones, daneses y normandos, conservaban los usos y el carácter propios de sus razas. Mezclábanse todos los jéneros de propiedades, y confundíanse todas las especies de leyes; el alcu, el feudo, la mano muerta, el código, el dijesto, las leyes sálica, gombeta y visogoda, y el derecho consuetudinario. Encontrábanse todas las formas de libertad y de esclavitud: la libertad monárquica del rey, la libertad aristocrática del noble, la libertad individual del sacerdote, la libertad colectiva de los consejos, la libertad privilegiada de las ciudades, de la majistratura, de los cuerpos de artesanos y de mercaderes; la libertad representativa de la nacion; la esclavitud romana, la servidumbre bárbara y la esclavitud del extranjero; de aqui nacieron aquellos espectáculos incoherentes, y aquellos usos que parecian contradecirse unos á otros, y que no tenian mas lazo que el de la religion: diríase que eran pueblos diversos sin ninguna relacion los unos con los otros, que se habian convenido tan solo en vivir bajo un dueño comun al derredor de un mismo altar.

Hasta en su apariencia exterior ofrecia entonces la Francia un cuadro mas pintoresco y mas nacional que no el que presenta hoy dia. A los monumentos nacidos de nuestra religion y de nuestras costumbres, hemos substituido, con deplorable afectacion de la arquitectura bastarda-romana, monumentos que no están en armonia con nuestro cielo, ni son á propósito para nuestras necesidades; fria y servil copia que ha introducido el engaño en nuestras artes; asi como la imitacion de la literatura latina ha destruido en nuestra literatura la orijinalidad del ingenio franco. No era asi como imitaba la edad media; los espíritus de aquel

tiempo admiraban también á los griegos y á los romanos; inquirían y estudiaban sus obras; pero en vez de dejarse dominar, los avasallaban, los pulían á su modo, los hacían franceses, y aumentaban su belleza con aquella metamorfosis llena de ereación y de independencia.

Las primeras iglesias cristianas en Occidente no fueron más que templos convertidos en tales: el culto pagano era exterior, la decoración del templo fue exterior; el culto cristiano era interior, la decoración de la iglesia fue interior. Las columnas pasaban desde fuera hasta dentro del edificio, como en las basílicas en donde se celebraron las asambleas de los fieles cuando salieron de las criptas y de las catacumbas. Las proporciones de la iglesia sobrepujaron en extensión á las del templo, porque la muchedumbre cristiana se amontonaba bajo la bóveda de la iglesia, y la muchedumbre pagana se esparcía en el peristilo del templo. Pero cuando los cristianos quedaron dueños, dejaron esta economía, y adornaron el paisaje y el cielo de sus edificios.

La arquitectura neogriega, por una misma emancipación del espíritu humano, se manifestó en Oriente con el neoplatonismo; era natural que las artes siguiesen las ideas, y sobre todo las ideas religiosas, á las cuales se dedican con preferencia los pueblos. Los primeros ensayos, ó más bien los primeros juegos de esta arquitectura, se hicieron notables en los templos de Dafne, de Balbek y de Palmira: desplegóse en Siria en los monumentos de Santa Elena, y se hizo cristiana en Jerusalem, en la época en que el neoplatonismo se hacía cristiano en el concilio de Nicea. Justiniano la hizo reinar, edificando sobre los fundamentos de la Santa So-

lia romana de Constancio, la Santa Sofía neogriega de Isidoro de Mileto. De allí pasó á Italia, y desarrolló su arte en la iglesia octágona de San Vital en Ravena: Carlomagno, en el siglo octavo, reprodujo este monumento ampliado en Aix-la-Chapelle. » Edificó iglesias y abadias en diversos lugares, en honor de Dios » y en provecho de su alma: entre otras fundó la iglesia » de Aix-la-Chapelle, obra maravillosa, en honor de » nuestra señora Santa María.... Principió diversos palacios en varios puntos, de obra costosa: hizo uno cerca de la ciudad de Maguncia, y junto á otra ciudad » que tiene por nombre Injelheim; y otro en la ciudad » sobre el rio de Vahalam. Mandó en su reino á todos » los obispos y á todos aquellos á quienes pertenecian » los curatos, que reedificasen las iglesias y abadias que » el tiempo habia arruinado."

Tres siglos mas tarde la arquitectónica nueva se presentó segunda vez en las playas latinas, y anunció su vuelta por la edificación de la catedral de Pisa. Hay errores que consagra la voz popular, y á los cuales se ve obligada á someterse la ciencia: el neogriego en Italia fue llamado *arquitectura lombarda*, y en Francia *arquitectura gótica*, y ni los lombardos ni los godos tenían parte en ella: el mismo Teodorico se contentó con imitar ó reparar las masas del Foro y del Campo de Marte.

Mientras que la arquitectura neogriega, infiel al Partenon abandonado, se apoderaba de los edificios cristianos, invadía tambien los edificios mahometanos. Los árabes la *orientalizaban* por el califa Aroun y las Mil y una Noches; llevaronla con ellos en sus conquistas; de la mezquita del Cairo en Egipto llegó á la de

Córdoba en España, casi al mismo tiempo en que los exarcas de Ravena la introducían en Italia. Así el descendiente de la Ionia apareció en la Europa occidental, llevando en la una mano el estandarte del profeta y en la otra el de Cristo: la Alhambra de Granada y San Marcos de Venecia atestiguan su inconstancia y las maravillas de sus caprichos. Aparecen mas órdenes distintas, mas arquivadas, ó arquivadas destrozadas; en vez de pórtico una portada; en vez de frontis una fachada; en vez de friso, de cornisa y de entablamento, una balustrada. En fin, con el siglo trece relumbró aquella arquitectura de arcos diagonales, que reinó sobre todo en los países de la dominación franca, sajona y jermánica: mas allá de los Pirineos y de los Alpes encontró las preocupaciones y las piezas maestras de la arquitectura mozárabe, del estilo bastardo-romano, y del primitivo dórico de la grande Grecia. La arquitectura de arcos diagonales fue una conquista de las cruzadas de Felipe-Augusto y de San Luis.

A la columnita corta, á las gruesas columnas de *historiadas capiteles* se substituyeron delgadas y largas columnas en haces, ramificadas en sus extremos, desplegadas en roeles, y proyectando en los aires sus molduras delicadas, que eran como la frágil armazón de los techos. Substituyéronse á los círculos llenos de los arcos, á los arcos abovedados con asas de canasto las ojivas, y los arcos en forma de arista, cuyo origen tal vez viene de Persia, y cuyo patron ó dechado es la hoja de la morera india, á no ser que el arco ojival sea el simple diseño de un fácil rasguño. El diagonal no se separa de tal modo del neogriego, que no se encuentren en él diferentes relaciones.

El círculo, figura geométrica rigurosa, no deja nada al arbitrio; la elipse, curva flexible, se enfilea ó se endereza á voluntad del que la emplea: el diagonal, cuyo foco no es mas que el encuentro de dos elipses de un triángulo curvilíneo, se podia ensanchar y estrechar desde el mas corto diámetro hasta el diámetro mas largo; propiedad que dejaba inmenso juego al gusto del artista, y que esplica la variedad del gótico. Ni un solo monumento de este órden se parece á otro, y en cada monumento ningun pormenor es rigurosamente simétrico; el adorno mismo está algunas veces calculado para no producir su efecto natural: varias figuras pequeñas, colocadas en los nichos ó en las molduras concéntricas de las puertas, se hallan arregladas de modo que podrian tomarse por arabescos, por volutas, por espirales, por collarines, y no por disposiciones del estatuario.

Imitando las construcciones sarracenas, levantáronlas y dilatáronlas los arquitectos cristianos; colocaron mezquitas sobre mezquitas, columnas sobre columnas, galerías sobre galerías; añadieron alas á los dos lados del coro, y capillas á las alas. Por todas partes reemplazó la línea espiral á la línea recta; en vez del techo liso ó encorvado, se vació una bóveda estrecha cerrada á modo de ataud ó de fondos de bajel; las torres labradas sobrepujaron á los minaretes en altura.

La cristiandad elevaba con gastos comunes, por medio de demandas y limosnas, aquellas catedrales, cuya construccion cada estado en particular, no era bastante rico para pagar, y de las cuales ninguna está acabada. En tan vastos y misteriosos edificios se gravaban en relieve ó en molde, como con un sacabocados, los adorno-

nos del altar, los monógramas sagrados, los vestidos y las cosas del uso de los ministros: las banderas, las cruces con diversos adornos, los cálices, los viriles, los doseles, las capas, las capuchas, los báculos y las mitras, cuyas formas se vuelven á encontrar en la arquitectura gótica, conservaban los símbolos del culto produciendo efectos artísticos inesperados; bastante á menudo las canales estaban cortadas en figura de demonios obscenos ó de monjes vomitando. La arquitectura de la edad media ofrecía una mezcla de trágico y de burlesco, de jigantesco y de gracioso, como los poemas y las novelas de la misma época.

Las plantas de nuestro suelo, los árboles de nuestros bosques, el trébol y el roble, decoraban tambien las iglesias, lo mismo que habian embellecido el acanto y la palmera los templos de la patria y del siglo de Pericles. Una catedral por dentro era un bosque, un laberinto, cuyos mil abovedados arcos, á cada movimiento que hacia el espectador, se interceptaban, se separaban, se enlazaban de nuevo en cifras, en aros, en revueltas; aclaraban este bosque algunos rosetones de luz incrustados de vidrios pintados, que parecian otros tantos soles brillando con mil colores bajo de la enramada: por fuera la misma catedral parecia un monumento, al cual hubiesen dejado su casco, sus botareles y sus tablados. Y á fin de que los apoyos de la nave aérea no afeasen la estructura, el cincel los habia cortado; no se veian mas que arcos de puentes, pirámides, agujas y estatuas.

Los adornos que no estaban juntos con el edificio se maridaban con su estilo: los sepulcros eran de forma gótica; y la basílica, que se elevaba como un gran

catafalco por encima de ellos, parecia haberse amoldado á su forma. Todavía se admira en Auch uno de aquellos coros de madera de roble, tan comunes en las abadias, y que repetian los adornos de la arquitectura. Todas las artes del dibujo participaban de aquel gusto florido y compuesto: en las paredes y en los vidrios se veian pintados paisajes, escenas de la religion y de la historia nacional.

En los castillos las armas coloridas puestas en los losanjes de oro, formaban cielos rasos semejantes á los de los hermosos palacios del *cinque cento* de Italia. La misma Escritura estaba dibujada; el jeroglífico jermánico, substituido al pie derecho rectilíneo romano, hacia armonia con los escudos de armas y las piedras sepulcrales. Las torres aisladas que servian de centinelas en las alturas; los castillejos encerrados en los bosques, ó pendientes en las cimas de las rocas como los nidos de los buitres; los puentes puntiagudos y estrechos arrojados osadamente en los torrentes; las ciudades fortificadas que se encontraban á cada paso, y cuyas almenas eran á la vez murallas y adornos; las capillas, los oratorios, las ermitas colocadas en los lugares mas pintorescos á la orilla de los caminos y de las aguas; los campanarios, las agujas de las parroquias del campo, las abadias, los monasterios, las catedrales; todos aquellos edificios que ya no vemos sino en corto número, y de los que el tiempo ha ennegrecido, obstruido y roto las puntas; todos aquellos edificios tenian entonces el brillo de la juventud, salian de manos del artifice; la vista, en la blancura de sus piedras, no perdia nada de la lijereza de sus pormenores, de la elegancia de sus enrejados, de la variedad de sus dibujos, de sus grabados,

de sus cinceladuras, de sus calados, y de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

¿Se quiere saber hasta qué punto estaba cubierta la Francia de aquellos monumentos? Los trece volúmenes de la *Galia cristiana*, que no está acabada, dicen que había mil y quinientas abadías ó fundaciones monásticas. El catálogo jeneral presenta un total de treinta mil cuatrocientos diecinueve curatos, y diezochocientos veinte capillas, cuatrocientos veinte capítulos con sus iglesias, dos mil ochocientos sesenta y dos prioratos, y novecientos treinta y un hospitales; y el catálogo está muy incompleto. Jacobo Gocur contaba un millón y setecientos mil campanarios en Francia, y la *Sátira Menipea* reprodujo el mismo cálculo.

No era mucho dar un castillo, castillejo ó castillo grande por doce campanarios. El señor que poseía tres castellanías y una *ciudad cerrada*, tenía derecho de justicia; así es que se contaban en Francia setenta mil feudos ó sub-feudos, de los cuales tres mil eran titulados.

Un cálculo moderado presenta sobre estos setenta mil feudos, siete mil justicias altas ó bajas, y supone por consiguiente siete mil *ciudades cerradas* ó fortificadas: la suma total aproximativa de los monumentos (así iglesias como capillas, ciudades, castillos, &c.), es un millón ochocientos setenta y dos mil novecientos veintiseis, sin hablar de las basílicas, de los monasterios encerrados en las ciudades, de los palacios reales y episcopales, de las casas de ayuntamiento, de las alhóndigas públicas, de los puentes, de las fuentes, de los anfiteatros, acueductos y templos romanos que

existian todavía en el mediodía de la Francia. Ved aqui sin duda un suelo adornado con mas profusion que en el dia. La arquitectura relijiosa, civil y militar gótica, formaba pirámides, y atraia de lejos la vista; la moderna arquitectura civil y la nueva arquitectura militar apropiada á las nuevas armas, lo han arrasado todo: nuestros monumentos se han humillado y nivelado como nuestros rangos.

¿Dejará nuestro tiempo testimonios tan multiplicados de su tránsito como el tiempo de nuestros padres? ¿Quién levantará al presente iglesias y palacios en todos los rincones de la Francia? No tenemos ya la autoridad real de una dinastía, ni la aristocracia hereditaria, ni las grandes corporaciones civiles y comerciantes, ni la grande propiedad territorial, ni la fe que removió tantas piedras. La libertad de la industria y de la razon no puede levantar mas que bolsas, almacenes, fábricas, mercados, cafes, figones, casas económicas en las ciudades, cabañas en los campos, y pequeños sepulcros por todas partes. Dentro de cinco ó seis siglos, cuando la relijion y la filosofia saldarán sus cuentas, cuando computarán los dias que les habrán pertenecido, y cuando una y otra enseñarán el catálogo de sus ruinas, ¿cual de las dos tendrá mas larga vida transcurrida, y mayor suma de memorias?

La poblacion, moviéndose alrededor de los edificios de la edad media, está descrita en las crónicas y pintada en las láminas; y casi igualaba á la poblacion de hoy dia. Imagino, por algunos cálculos cuyas pruebas no puedo insertar en un analisis, que la sobrefaz del suelo frances, tal como existe al presente, está cubierta por veinticinco millones de hombres: este

número se deduce de las listas de los impuestos, de las quintas, del recuento de los habitantes de las ciudades, y del empadronamiento de las masas comunales cuando eran llamadas bajo sus banderas.

El país era rico, y estaba bien cultivado, lo que demuestran la inmensidad y la variedad de las contribuciones reales y señoriales que he indicado sumariamente.

Así que Eduardo III, después de prestar homenaje á Felipe de Valois, regresó á Inglaterra, » la reina » Felipa de Hainaut lo recibió, dicen las crónicas, alegremente, y le pidió noticias del rey Felipe, su tío, y » de su noble linaje de Francia: su marido el rey le dió » amplia aclaración del brillante estado en que había encontrado la Francia, y de los honores que había en » ella, y le manifestó que ningún otro país se le podía » comparar." Es cierto que la guerra cuando no extermina totalmente los pueblos, los multiplica, é influye en las instituciones más que los hombres: el feudalismo, que debió su nacimiento y su poder á la guerra, fue destruido por ella en el reinado de Felipe de Valois, del rey Juan, de Carlos V, de Carlos VI y de Carlos VII.

Las diversas clases de la sociedad, y las diferentes provincias en la edad media, se distinguían las unas por la forma de sus vestidos, y las otras por sus modos locales: las poblaciones carecían del aspecto uniforme que una misma manera de vestir da ahora á los habitantes de nuestras ciudades y de nuestros campos. La nobleza, los caballeros, los majistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las órdenes, los peregrinos, los penitentes pardos, negros y blancos, los

ermitaños, las cofradías, los gremios de artesanos, los paisanos y los campesinos, ofrecían infinita variedad de vestidos; todavía vemos algo semejante en Italia. Si sobre este punto nos referimos á las artes, ¿que puede hacer el pintor de nuestro vestido estrecho, de nuestro sombrero redondo, y de nuestro sombrero de tres picos?

Desde el siglo doce hasta el siglo catorce, el labrador y el paisano vistieron sayo ó casaca gris atada con un cinturón. El sayo de piel, ó el *pelicon*, del cual nació el sobrepelliz, era común á todos los estados. El ropon forrado y la bata larga oriental envolvían al caballero cuando dejaba su armadura; las mangas de la bata cubrían las manos, y se parecía al castán turco de hoy día: el gorro adornado de plumas, y la capucha ó caperuza hacían las veces de turbante. De la bata ancha pasaron al vestido estrecho, y después volvieron á la bata, que fue blasonada en tiempo de Carlos V. Los calzones, tan cortos y tan estrechos, que rayaban en indecentes, se detenían en medio del muslo; las dos medias eran desemejantes, y llevaban una pierna de un color y otra de otro. Lo mismo sucedía con la cota de archero, que era medio negra y medio blanca, y con la caperuza, que era medio azul y medio colorada. »Y las batas se usaban tan estrechas, que al ponérselas y quitárselas parecía debían romperse. Otros llevaban las batas levantadas hasta los lomos como las mujeres, y las caperuzas partidas igualmente en dos. Y llevaban un calzon de una tela y otro de otra. Y llevaban las caperuzas y las mangas casi arrastrando, y mas bien parecían truhanes que otra cosa. Y por esto no fue maravilla si

»Dios quiso corregir la mala conducta de los franceses con su azote.» La ostentacion del lujo es odiosa sin duda en medio de la miseria pública; pero el gusto en los atavíos distinguió á nuestra nacion, cuando era aun salvaje, en los bosques de la Jermanía. Un frances asi se pone sus mejores vestidos para ir al cadalso ó á atacar al enemigo, como para ir á un festin; y lo que le disculpa es, que no cuida mas de su vida que de su vestido.

Por encima de la bata, en los dias de ceremonia, llevaban una capa, tan pronto corta como larga. La capa de Ricardo I era de una tela rayada, sembrada de globos y de medias lunas de plata, á imitacion del sistema celeste (Winisau). Los collares pendientes servian igualmente de atavíos á los hombres y á las mujeres.

Los zapatos puntiagudos y rehenchidos á la *poulaine* estuvieron mucho tiempo en uso. El operario recortaba la parte superior como las ventanas de la iglesia; eran largos de dos pies para el noble, adornados al extremo con cuernos, garras ó figuras grotescas; alargáronse aun mas, de suerte que era imposible andar sin levantar la punta y atarla á la rodilla con una cadena de oro ó de plata. Los obispos descomulgaron los zapatos á la *poulaine*, y los trataron de *pecado contra naturaleza*: Carlos V declaró que eran *contra las buenas costumbres, é inventados en escarnio del Criador*. En Inglaterra, un decreto del parlamento, prohibió á los zapateros hacer zapatos ó borceguís cuya punta fuese mayor de dos pulgadas. Las anchas habuchas cuadradas por el extremo reemplazaron al calzado de picos. Las modas variaban entonces tanto como al pre-

sente; era conocido el caballero ó la dama que imajinaba el primero ó la primera una *haligote* (moda) nueva: el inventor de los zapatos á la *poulaine* fue el caballero Roberto el Cornudo (W. Malmshury).

Las hidalgas cubrian su delicado cutis con finisimo lienzo; vestian unas tunicas que subian envolviéndoles la garganta, con el escudo de armas de su marido á la derecha y el de su familia á la izquierda. Tan pronto llevaban los cabellos rasos, alisados sobre la frente, y cubiertos con un gorrillo entretejido de cintas; tan pronto hacian con ellos una pirámide alta de tres pies, á la que colgaban griñones, velos largos ó banderillas de seda, que caian hasta el suelo, y daban vueltas á voluntad del viento: en tiempo de la reina Isabel se vieron obligados á levantar y ensanchar las puertas para que pudieran pasar los tocados de las castellanias (Monstrelet). Sostenian tales tocados dos cuernos torcidos, armadura del edificio: de lo alto del cuerno, del lado derecho, descendia una lijera tela, que la jóven dejaba flotar, ó que recojian sobre su seno, como un griñon, envolviéndola en su brazo izquierdo. Una mujer en lleno *esbatement*, ostentaba collares, brazeletes y sortijas; ataban á su cintura enriquecida con oro, perlas y piedras preciosas, y una escarcela bordada: galopaba sobre un palafren; llevaba un pájaro en el puño, ó una caña en la mano. »¿Puede darse cosa mas ridicula, dice Petrarca en una carta dirigida al Papa en 1366; que ver los hombres con la barriga hinchada; por bajo largos zapatos puntiagudos, por arriba gorras cargadas de plumas; cabellos trenzados ondeando por detras como la cola de un animal, y sostenidos en la frente con alfileres de

«cabeza de marfil?» Pedro de Blois añade, que estaba en buen uso hablar con afectación. ¿Y que lengua hablaban así? la lengua de Wallace y del romance de Rou, de Ville-Hardouin, de Joinville y de Froissard.

El lujo de los vestidos y de las fiestas raya en increíble; nosotros somos mezquinos personajes en comparación de aquellos bárbaros de los siglos trece y catorce. Viéronse en un torneo mil caballeros vestidos con ropa uniforme de seda llamada *cointise*, y al día siguiente se presentaron con una vestimenta nueva, también magnífica (Mateo Paris). Uno de los trajes de Ricardo II, rey de Inglaterra, le costó treinta mil marcos de plata (Knyghton). Juan Arundel tenía cincuenta y dos vestidos completos de tela de oro (Hollingshed Chron).

En otra ocasión, y en distinto torneo, desfilaron al principio uno tras otro sesenta caballos ricamente cubiertos de caparazones, conducidos cada uno por un escudero de honor, y precedidos de trompetas y ministriles; siguiéronse despues sesenta damas jóvenes montadas en palafrenes, soberbiamente vestidas, y llevando cada una como de trailla, con una cadena de plata, un caballero armado de todas armas. La danza y la música hacian parte de aquellos *bandors* (regocijos). El rey, los prelados, los barones y los caballeros saltaban al son de las gaitas zamoranas y de las *chiffonies*.

En las fiestas de Navidad había grandes funciones de máscaras: el infortunado Carlos VI, disfrazado de salvaje, y envuelto en una sábana impregnada de pez, pensó ser víctima de una de estas locuras: cuatro caballeros enmascarados como él fueron quemados.

Las representaciones teatrales principiaban en todas partes: en Inglaterra los tratantes de paños representaron la Creacion; y Adan y Eva salieron enteramente desnudos. Los tintoreros representaron el Diluvio; la mujer de Noé rehusaba entrar en el arca, y dió un bofetón á su marido. (*Hist. de la poesia ingl.: Warton*).

La pelota, el mallo, el tejo, los bolos y los dados enloquecian todas las cabezas: queda una cuenta de Eduardo II para pagar á su barbero la suma de cinco eschelinos, la cual suma se la habia prestado el barbero para jugar á cruz ó cara.

La caza era el mayor recreo de la nobleza: citábase jaurias de 1600 perros. Sabido es que los galos adiestraban los perros para la guerra, y que los coronaban de flores. Abandonaban las redes para uso de los plebeyos. Las cazas reales costaban tanto como los torneos: va unida tristemente á nuestra historia una de estas cazas.

Habia llegado á Inglaterra el príncipe Negro, llevando en su compañía al rey Juan, que era prisionero suyo. Eduardo habia dispuesto un grande recibimiento en Lóndres, tal como lo hubiese preparado á un potentado que le hubiese hecho una visita. Él en persona, en medio de los príncipes de su sangre, grandes barones y caballeros, monteros, halconeros, pajes, oficiales de la corona, heraldos de armas y palafreneros, se puso al frente de una brillante caza en un bosque situado en el camino del rey cautivo.

Cuando los picadores enviados á la descubierta anunciaron que se aproximaba Juan, se adelantó montado hácia él, bajó su caperuza, y saludando á su des-

graciado huésped: «Querido primo, le dijo, seas bien venido á la isla de Inglaterra.» Juan bajó la caperuza á su vez, é hizo á Eduardo su saludo. «El rey de Inglaterra, dicen las crónicas, hizo al rey de Francia mucho honor y reverencia, le invitó al vuelo del gavilán para cazar y disfrutar de sus recreos.» Juan rehusó tales placeres con gravedad, pero con cortesía; por lo que saludándole de nuevo Eduardo, le dijo: «Adios, lindo primo:» y haciendo sonar la bocina, se internó con la caza en el bosque. Esta jenerosidad algo ostentosa no consolaba mas al rey Juan, que el humilde y pequeño caballo del principe de Gales; haciendo resaltar la prosperidad de un monarca, manifestaba demasiado la miseria del otro.

En cuanto á la comida, la anunciaban con el sonido de la bocina en la caza de los nobles: esto se llamaba *bocinar el agua*, porque se lavaban las manos antes de sentarse á la mesa. Comian á las nueve horas de la mañana, y cenaban á las cinco horas de la tarde. Se sentaban en bancos, tan pronto elevados, tan pronto bajos, y la mesa subia y bajaba á proporcion. Del *banco* provino la palabra *banquete*. Había mesas de oro y de plata cinceladas; las mesas de madera se cubrian con manteles dobles llamados *doubliers*; los pliegaban como rios *ondeantes que mueve suavemente fresco venticillo*. Las servilletas son mas modernas. Los tenedores, que no eran conocidos de los romanos, fueron tambien desconocidos de los franceses cuasi hasta el fin del siglo catorce; no los volvemos á encontrar hasta el tiempo de Carlos V.

Comian poco mas ó menos todo lo que nosotros comemos, y hasta con un esmero que ignoramos hoy

dia; la civilizacion romana no habia perecido en la cocina. Entre los platos esquisitos encuentro el *dellegrout*, el *maupigyrnum* y la *karumpie*. ¿Que era esto? Servian pastelerías de formas obscenas, que llamaban con sus propios nombres; los eclesiásticos, las mujeres y las *doncellas* hacian inocentos estas desvergüenzas con púdica injenuidad (1). La lengua estaba entonces enteramente desnuda; las traducciones de la Biblia de aquellos tiempos son tan integras é indecentes como el texto. *La instruccion del caballero Geoffroy Latour-Landry, hidalgo anjovino, á sus hijas*, manifiesta la medida de la libertad de las doctrinas y de las palabras.

Hacian abundante uso de la cerveza, de la sidra y de vinos de todas clases: se menciona la sidra en la segunda dinastía. El clarete era vino clarificado mezclado con especias, y el hipocrás, vino endulzado con miel. En un festin que dió un abad, en 1310, se reunieron 6000 convidados, y habia 3000 platos.

Las comidas reales estaban interpoladas con intermedios. En el banquete que Cárlos V ofreció al emperador Cárlos IV, se adelantó moviéndose una vasija por medio de resortes ocultos: veíase en el puente á Godofredo de Bullon rodeado de sus caballeros. A la vasija se siguió la ciudad de Jerusalem con sus torres cargadas de sarracenos; los cristianos desembarcaron,

(1) *Atias fingunt oblonga figura, alias spherica et orbiculari, alias triangula quadrangulaque; quaedam ventricolae sunt: quaedam pudenda muliebria, aliae virilia (si diis placeat) representant: adeo degenerare boni mores ut etiam christianis obscena et pudenda in cibis placeant. Sunt etenim quos.... saccharatos appellant.* (De re cibaria; Io. Bruyerino Campegio Lugdunensi auctore, lib. VI, cap. VII, pag. 402, prima editio. Lugduni, 1560).

pusieron escalas en las murallas, y asaltaron la ciudad santa.

Froissard nos hará ver mejor todavía una comida de un distinguido baron de su siglo.

»En el estado que os digo vivia el conde de Foix.
 »Y cuando á media noche venia desde su cuarto á cenar á la sala, tenia delante de sí doce teas encendidas que llevaban doce criados, las cuales doce teas se quedaban delante de su mesa alumbrando la sala, la cual sala estaba llena de caballeros y de escuderos; y siempre habia mesas dispuestas para cenar los que querian cenar. Nadie hablaba con él en su mesa si no le llamaba. Comia por costumbre aves con abundancia, y en especial las alas y las piernas tan solo, y casi no bebia. Tenia por gran diversion toda especie de música, y bien se echaba de ver. Hacia que los clérigos cantasen delante de él canciones y rondallas. Se sentaba á la mesa á las dos, y así veia con gusto platos de raros manjares, y vistos los enviaba á caballeros y escuderos. Antes que yo llegase á su corte, habia visto ya muchas de reyes, de duques, de principes, y condes y damas de alta jerarquía; pero esta me agradó mucho mas, porque en punto de armas sobresalia la del conde de Foix. En las salas, cámaras y patios iban y venian caballeros que hablaban de los lances de honor y de guerra. No habia distincion y grandeza que allí no se hallase. Allí se sabian noticias de todos los reinos y países, porque se recibian mensajes de todas partes por el cuidado y magnificencia del señor.

Este conde tan célebre por su cortesía habia muerto con su propia mano á su hijo único. »El conde se irritó,

» y sin decir una palabra, salió de su cuarto, y se dirigió
» á la cárcel en que estaba su hijo: por desgracia tenia en
» la mano un pequeño cuchillo para limpiarse y pulirse
» las uñas. Hizo abrir la puerta de la prision, y tenia
» la hoja del cuchillo por la punta. Desgraciadamente
» metiendo esta punta en el cuello de su hijo, le cortó
» no se que vena, y le dijo: » ¡ Ah! malvado! ¿ por que
» no comes? » Saliose en seguida el conde sin decir ni
» hacer otra cosa, y se volvió á su cuarto. El hijo quedó
» espantado de la llegada de su padre, y como estaba
» débil del ayuno, y sintió la punta del cuchillo que le
» tocó la garganta en la vena, se volvió de otro lado,
» y espiró. »

Froissard apenas tiene razones para disculpar el crimen de su huésped.

Se vieron obligados á establecer leyes suntuarias para la mesa: estas leyes no concedian á los ricos mas que dos servicios y dos clases de manjares, á escepcion de los prelados y de los barones, que comian de todo con entera libertad; no permitian comer carne á los negociantes, y una sola comida á los artesanos; en las otras comidas debian sustentarse con leche, manteca y legumbres.

La cuaresma, que era rigurosamente escesiva, no impedia las refacciones clandestinas. Una mujer habia asistido con los pies desnudos á cierta procesion, y hacia la lacerada mas que diez. Al salir de ella, la moji-gata fue á comer con su amante un cuarto de cordero y un jamon. El olor llegó hasta la calle: subieron arriba; prendiéronla, y la condenaron á ser paseada por la ciudad con el cuarto en el asador, al hombro, y el jamon colgado al cuello. (Brantome).

Los viajeros hallaban por dó quiera posadas: cabalgando Jehau Froissard con el señor Espaing de Lyon, va de meson en meson preguntando la historia de los castillos que descubria á lo largo del camino, y que le referia el buen caballero su compañero. »Llegamos á Tarbes, y nos detuvimos en la posada de la Estrella, y permanecemos allí todo el dia, porque es una ciudad muy buena para mantener los caballos: ricos henos, ricas avenas y hermoso rio..... despues llegamos á Orthez. El caballero se apeó en su posada, y yo me apeé en la posada de la Luna.»

Encontrábanse en los caminos carros ó literas, mulas, palafreos y carruajes tirados de bueyes: las ruedas de las carretas estaban hechas á la antigua. Los caminos se dividian en caminos de *pontazgos* y en sendas; varias leyes arreglaban la anchura: el camino de pontazgo debía tener catorce pies (Mss. Sainte-Palaye); las sendas podian estar sombreadas, pero era preciso escomendar los árboles á lo largo de los caminos reales, á escepcion de los *árboles de abrigo* (Ordenanzas). El servicio de los feudos escavó la infinita multitud de caminos de tránsito de que están llenos nuestros campos.

Los baños calientes eran de uso comun, y tenian el nombre de estufas: los romanos nos habian dejado su uso, que no se perdió hasta el tiempo de la monarquía absoluta, época en que la Francia se hizo sucia.

En tiempo de Felipe-Augusto gritaban en las calles de Paris;

¿Queréis bañaros, señor?

Los baños están calientes.

Entrad, pues, sin detencion.

Era aquel tiempo admirable en todas las cosas : el limosnero , el monje , el peregrino , el caballero y el trovador , siempre tenian que decir ó que contar aventuras . Por la noche , sentados en los bancos que rodeaban el hogar , escuchaban ó la novela de Lancelote del Lago , ó la lamentable tragedia del castellano de Coney , ó la historia menos triste de la reina Pedauque , « am-
»pliamente calzada como los gansos , y como iba en
»otro tiempo en Tolosa la reina Pedauque (Ravelais);”
ó el cuento del *gobelin* Orton , gran novelista , que iba por el aire , y que fue muerto dentro de una puerca negra (Froissard).

La linda Melusina estaba condenada á ser medio serpiente todos los sábados , y hasta los otros dias , á menos que un caballero no consintiese en casarse con ella , renunciando no verla el sábado . Raimondino , conde de Forcz , habiendo encontrado á Melusina en un bosque , la hizo su mujer ; tuvo muchos hijos , entre otros un hijo que tenia un ojo colorado y otro azul : Melusina edificó el castillo de Lusñan . Pero en fin , habiendo querido Raimondino ver á su mujer un sábado cuando era medio serpiente , escapose ella por una ventana , y permaneció buda hasta el dia del juicio . Cuando el castillo de Lusñan muda de dueño , ó cuando ha de morir alguno de la familia señorial , se aparece tres dias Melusina en las torres del castillo , y dá grandes gritos . Tal era la Psiquis de la edad media , y aquel castillo de Lusñan que admiró Carlos V , y cuya ruina deplora Brantome .

Con estos cuentos escuchaban tambien ó el serventesio del trovador contra un caballero traidor , ó los milagros de un piadoso personaje . Las vidas de los san-

tos, recojidas por los Bolandistas, no eran de imaginación menos brillante que las relaciones profanas: encantos de hechiceras, torres de trasgos y duendes, viajes de jarullfos, esclavos rescatados, atacados por bandidos; viajeros salvados, y con quienes por causa de su belleza se casan las hijas de sus huéspedes (*Saint-Maxime*); luces que durante la noche revelan en medio de los zarzales el sepulcro de alguna virgen; y castillos que aparecen de repente iluminados. (*Saint-Vivienus, Maure et Brista*.)

San Deicolo se había extraviado; encuentra un pastor, y le ruega que le enseñe una posada: »No sé ninguna, dijo el pastor, sino es en un lugar regado de fuentes, en el dominio del poderoso vasallo Weissart.» — »¿Quieres conducirme allá?» respondió el santo. — »No puedo dejar el ganado;» replicó el pastor. Deicolo clava su baston en tierra, y cuando volvió el pastor despues de haber conducido al santo, halló su ganado durmiendo apaciblemente alrededor del milagroso baston. Weissart, terrible castellano, jura hacer mutilar á Deicolo; pero Bertilda, esposa de Weissart, venera en gran manera al ministro de Dios. Deicolo entra en la fortaleza; los esclavos quieren apresuradamente desembarazarle de su capa; les dá las gracias, y cuelga la capa de un rayo del sol que pasaba por entre la lumbrera de una torre. (Boll. tom. II, pág. 202.)

Querer desarrollar con método el cuadro de las costumbres de aquellos tiempos, seria á la vez intentar un imposible, y confirmar la confusion de las mismas costumbres. Es preciso sacar á luz confundidas todas aquellas escenas, tales como se sucedian sin ór-

den, ó se enredaban en una accion comun y en un mismo momento: no habia unidad mas que en el movimiento jeneral que arrastraba á la sociedad hácia una perfeccion lejana, por la ley natural de la humana existencia.

Veíase por un lado la caballería, por otro el levantamiento de las masas rústicas; y en el clero todos los desarreglos de la vida, y todo el ardor de la fe. Los *galos* y las *galas*, especie de penitentes de amor, se calentaban en el verano en grandes hogueras, y se cubrian de pieles; en el invierno no llevaban mas que una *cota simple*, y no ponian en sus chimeneas mas que verduras. *Muchos tiritaban de puro frio, y morian helados junto á sus amigas, y sus amigas tambien junto á ellos, hablando de sus amores* (1). En tiempo de la *Vaudouoisie de Arras*, los hombres y las mujeres retirados á los bosques, despues de haber hallado cierto demonio; se entregaban á una prostitucion jeneral. Los Turlupinos practicaban iguales liviandades.

Varios monjes libertinos quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir; durante la noche sacaron del féretro el cadáver del prelado, le despojaron de su mortaja, le azotaron, y quedaron absueltos por haber pagado cada año cuarenta sueldos de multa. Los frailes franciscanos habian renunciado *toda clase de propiedades*; y el pan cotidiano que comian era una propiedad. Si, decian los relijiosos de las otras órdenes; asi pues el fraile franciscano, que come, viola la constitucion de su órden, y está en pecado mortal, por la sola razon de que vive, y de que necesita comer pa-

(1) Latour, *Hist. de Paitou; Sainte-Pelaye, Mem sur l'ancien cinquieme partie, dans les not., pag. 387.*

ra vivir. El emperador y los jibelinos se declararon en favor de los frailes franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. De aquí provino una guerra de cien años; y el conde de Mans, que fue despues Felipe de Valois, pasó los Alpes para defender la iglesia contra los Visconti y los frailes franciscanos (1).

Corriau al cabo del mundo, y apenas se atrevian, en el norte de la Francia, á viajar de un monasterio ó otro: ¡tan largo y peligroso parecia el camino de pocas leguas! Los jiróvagos ó monjes errantes (los cuales dependian de los caballeros andantes), caminando á pie, ó cabalgando en una pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos; se hacian quemar vivos por los papas, á quienes reprochaban sus desórdenes, y ahogar por los príncipes, cuya tiranía atacaban. Los hidalgos se emboscaban en los caminos y despojaban á los pasajeros, mientras que otros hidalgos se enseñoreaban en España, en Grecia y en Dalmacia, de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Habia córtes de amor, donde razonaban segun las reglas todas del escotismo, y de las cuales eran miembros los canónigos; habia trovadores y ministriles que vagaban de castillo en castillo, despedazando á los hombres con sátiras, y alabando á las damas en sus baladas; vecinos, divididos en corporaciones de artesanos, celebrando fiestas á sus patronos, en las cuales se mezclaban los santos del paraíso con las divinidades de la fábula; representaciones teatrales; fiestas de locos y de cornudos; misas sacrilégas; sopas de carne que comian en el altar; el *ite misa est*, al que respondian tres rebuznos de

(1) *Spicil.*, tom. 1, pág. 73; *Hist. des ouvrages des sav.*, an. 1700, pág. 72; *Lett. sur le peché imaginaire*, pag. 22 et suiv.

un asno; barones y caballeros que se empeñaban en misteriosas comidas á armar guerra en un pais, y que hacian voto sobre un pavo ó sobre una garza real, de hacer hazañas por sus amigos; los judíos, atrocemente despedazándose entre sí, y conspirando con los leprosos para emponzoñar los pozos y las fuentes; tribunales de todas clases, condenando en virtud de toda especie de leyes, á toda suerte de suplicios, á acusados de todas las categorías, desde el herejiarca desollado y quemado vivo, hasta los adúlteros atados desnudos uno á otro, y paseados por medio del pueblo; el juez prevaricador substituyendo al homicida rico condenado un preso inocente; lejislas dando principio á aquella majistratura que recordó, en medio de un pueblo lijero y frívolo, la gravedad del senado romano: y para mayor confusión, para mayor contraste, la antigua sociedad civilizada, á la manera de los antiguos, perpetuándose en las abadías; los estudiantes de las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia; y el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría, mezclándose con el ruido de los torneos, con las corridas de caballos y de los bélicos ejercicios. Coloquemos, en fin, dentro y fuera de aquella sociedad tan agitada, otro principio de movimiento; un sepulcro, objeto de todas las ternezas, de todos los pesares, de todas las esperanzas, que llevaba sin cesar mas allá de los mares á los reyes y á los vasallos, á los valientes y á los culpables: los primeros para buscar enemigos, reinos, aventuras; los segundos para cumplir votos, espiar crímenes y acallar remordimientos.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las cruzadas, fue mucho tiempo para los franceses el pais de la

religion y de la gloria; volvían sin cesar los ojos hácia aquel hermoso sol, hácia aquellas palmas de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde descansaban los infieles á la sombra de los olivos plantados por Baudouino, y hácia aquellos campos de Ascalon, que conservaban todavía los restos de Godofredo de Bullon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Couci, de San Luis y de Sergino; hácia aquella Jerusalem un momento libertada, despues caída otra vez en las cadenas, y que se presentaba á ellos como á Jeremías, insultada de los pasajeros, inundada con sus lloros, privada de su pueblo, y sentada en medio de la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginacion y de fuerza, que marchaban con tanto boato por medio de los acontecimientos históricos mas variados, por medio de las herejias, de los cismas, de las guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos de dos maneras favorables al ingenio, ó con la soledad de los claustros cuando la buscaban, ó con el mundo mas extraño y mas diverso, cuando le preferian á la soledad. No habia un solo punto de la Francia donde no aconteciese algun hecho nuevo, porque cada señorío secular ó eclesiástico era un pequeño estado que gravitaba en su órbita, y tenia sus faces: á las diez leguas de distancia ya eran diferentes las costumbres. Aquel órden de cosas, en estremo dañoso á la civilizacion jeneral, imprimia en el espíritu particular un movimiento extraordinario; asi es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á aquellos siglos. Nunca el individuo vivió tanto: el rey meditaba el engrandecimiento de su imperio, el señor la conquista del feudo de su vecino, el ciudadano el aumento de sus privilegios, y el co-

merciante cómo daría nuevo jiro á su comercio. No conocian á fondo nada; nada habian agotado; todo lo creian; hallábanse á la entrada, y como al principio de todas las esperanzas, como un viajero que aguarda en la montaña el nacer del dia, cuya aurora percibe. Registraban é indagaban lo pasado y lo futuro: con la misma alegría se descubria un viejo manuscrito, que un nuevo mundo: se avanzaba á largos pasos á unos destinos ignorados, pero cuyo instinto poseian todos, como tiene uno toda su vida presente su juventud. La niñez de los siglos fue bárbara, su virilidad llena de pasión y enerjía, y han dejado su rica herencia á las edades civilizadas que llevaban en su fecundo seno.

HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI, LLAMADO DE VALOIS.

Desde 1328 hasta 1350.

Las disputas entre la Francia y la Inglaterra no habían anunciado antipatía ni violencia alguna hasta el reinado de Felipe de Valois; mas en este tiempo se convirtieron en rivalidad nacional, y esta rivalidad dividió el mundo: comenzada en el país, se perpetuó durante dos siglos para propagarse en seguida por el mar: faltó á los ingleses la tierra y no el odio, y continuaron bramando con el Océano contra estas playas, de las cuales los habíamos arrojado.

Los dos pueblos se separaron para siempre; rompieronse los lazos del parentesco y de la familia, y la Inglaterra cesó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales la lengua francesa: el idioma desdenado del sajón vencido fue adoptado por los vencedores, por aborrecimiento á su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los insulares: sus lanas se convertían en tesoros en los mercados de Flandes: perfeccionábanse tambien con los ganados que el duque de Lancaster sacaba de España y de Portugal; y fueron el alimento de los subsidios que Eduardo III

necesitaba en la guerra que mantenía con nosotros. Felizmente la Francia no es una mercancía que pueda trocarse por sacos de lana; y en todos los tratados de división del reino de San Luis que el príncipe inglés hizo con su compadre Artevelle, el cervecero, solo faltó la firma de Du Guesclin.

El mal que causa un enemigo injusto redonda en beneficio de la nación oprimida, y esta es una ley preciosa de la Providencia: los primeros síntomas de la emancipación nacional estallaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan: las *grandes compañías* y la *jacobinería* (*jacquerie*) fueron los azotes que aumentaron la fuerza del derecho. En todas partes donde los hombres recobraron su independencia natural, esta independencia, imponiendo en seguida el freno de las leyes, hizo dar un paso á la libertad política. Cuando el pensamiento se ha libertado de su cárcel, aunque haya sido por un momento, conserva la memoria: una vez nacida la idea no perece ya; puede ser encadenada, pero prisionera inmortal gasta los hierros de su cautiverio.

A medida que la libertad común crecía, aumentábase el poder regular: la justicia real penetraba en las justicias particulares; las usurpaciones de la ley eclesiástica tuvieron un término, y hubo de sujetarse á la apelación como un abuso. La guerra nacional destruyó por la composición de los grandes ejércitos las guerras particulares: casi puede decirse que la pólvora, mudando la naturaleza de las armas, hizo saltar por los aires el antiguo edificio del feudalismo.

Pero todos estos adelantos de la civilización, y todas esas revoluciones en los espíritus, costumbres y le-

yes, se verificaron por grados en medio de todas las desgracias. Fue preciso que los franceses recibiesen las tres lecciones de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, para que supiesen defender su nativo país. Esta escena de nuestra historia se abre con el reinado de Felipe VI, llamado de Valois.

RESUMEN.

La viuda de Carlos el Hermoso dá á luz una hija. — Una asamblea de prelados y de señores adjudica la corona á Felipe de Valois. — Exámen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia. — Primeros actos de la administracion de Felipe. — Indagaciones de los hacendistas. — *Juana de Francia, que se habia casado con Felipe, conde de Evreux, es proclamada reina de Navarra.* — La Champaña y la Brie se entregan á Felipe en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas consignadas sobre el tesoro del rey y los dominios de la corona. — Consagracion del rey. — Felipe es apellidado el *Afortunado*. — Luis, conde de Flandes, viene á prestar fe y homenaje á Felipe, y á implorar su socorro contra los comunes de Flandes. — Guerra de Flandes. — Felipe va á tomar la oriflama á Saint-Denis. — Colores nacionales, que no siempre han sido los mismos; su historia; que el blanco era el color de los ingleses, y el encarnado el de los franceses hasta el reinado de Felipe de Valois: en aquella época Eduardo III, pretendiente de la corona de Francia, tomó el color frances, y los franceses lo abandonaron cuando vieron que lo llevaban los ingleses. — La oriflama no era en su orijen mas que la bandera de Saint-Denis, que desapareció en el reinado de Carlos VII, y fue reemplazada por el estandarte blanco. — Victoria de Cassel. — Intiman á Eduardo que rinda homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu. — Viene á Amiens, y presta solemnemente el homenaje. — Conflicto en

tre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas. — Discurso de Pedro de Cugnieres. — Eduardo confirma el homenaje que había prestado al rey en Amiens. — Proyecto de cruzada. — El papa piensa pasar á Italia: la santa sede en Aviñon era un bien para la Francia, y un mal para la cristiandad. — El duque de Normandía, hijo del rey, y de edad de catorce años, se casa con Bonna de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia. — El proyecto de la cruzada se frustra. — Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de Mahaudes, condesa de Artois, su tia. — Roberto, convencido de haber hecho falsificar títulos, y de haberse servido de ellos, se retira al lado del duque de Brabante. — Niégase á comparecer en el tribunal de justicia. — El parlamento le condena á muerte, y el rey conmuta la pena en la de destierro perpetuo. — Roberto disfrazado de mercader se refugia á Inglaterra. — David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo cerca de Felipe. — Comunes de Flandes. — Jacobo de Artevelle. — Eduardo, que meditaba la guerra contra Felipe, intriga con Artevelle. — Ambos monarcas se procuran aliados por una y otra parte. — Voto de la garza.

FRAGMENTOS.

VOTO DE LA GARZA.

Después de mucho tiempo abrigaba Eduardo el designio de atacar á la Francia, pero la magnitud de la empresa y los embarazos interiores de su gobierno lo suspendian y espantaban. Tal vez jamás hubiese pensado en tomar las armas sin las investigaciones de Roberto de Artois, que retirado por espacio de dos años en Inglaterra, encendia en el corazón de Eduardo el odio de que él estaba poseido: el desterrado, para determinar á su huésped, se sirvió de un medio extraordinario.

tre las jurisdicciones señoriales y eclesiásticas. — Discurso de Pedro de Cugnieres. — Eduardo confirma el homenaje que había prestado al rey en Amiens. — Proyecto de cruzada. — El papa piensa pasar á Italia: la santa sede en Aviñon era un bien para la Francia, y un mal para la cristiandad. — El duque de Normandía, hijo del rey, y de edad de catorce años, se casa con Bonna de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia. — El proyecto de la cruzada se frustra. — Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de Mahaudes, condesa de Artois, su tia. — Roberto, convencido de haber hecho falsificar títulos, y de haberse servido de ellos, se retira al lado del duque de Brabante. — Niégase á comparecer en el tribunal de justicia. — El parlamento le condena á muerte, y el rey conmuta la pena en la de destierro perpetuo. — Roberto disfrazado de mercader se refugia á Inglaterra. — David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo cerca de Felipe. — Comunes de Flandes. — Jacobo de Artevelle. — Eduardo, que meditaba la guerra contra Felipe, intriga con Artevelle. — Ambos monarcas se procuran aliados por una y otra parte. — Voto de la garza.

FRAGMENTOS.

VOTO DE LA GARZA.

Después de mucho tiempo abrigaba Eduardo el designio de atacar á la Francia, pero la magnitud de la empresa y los embarazos interiores de su gobierno lo suspendian y espantaban. Tal vez jamás hubiese pensado en tomar las armas sin las investigaciones de Roberto de Artois, que retirado por espacio de dos años en Inglaterra, encendia en el corazón de Eduardo el odio de que él estaba poseído: el desterrado, para determinar á su huésped, se sirvió de un medio extraordinario.

En aquella época de nuestros anales confúndense de tal suerte la novela con la historia y la historia con la novela, que apenas se las puede separar: varios bachilleres jóvenes de Inglaterra se presentaban en la corte del conde de Hainaut con el un ojo cubierto de paño, *porque habian hecho voto entre las damas de su país, de que solo verian con un ojo, hasta que hubiesen ejecutado algunas hazañas con su cuerpo en el reino de Francia.* El señor Gauthier de Mauuy habia dicho á varios privados suyos, *que habia ofrecido en Inglaterra en presencia de las damas y señores, que seria el primero que entraria en Francia, y que tomaria un castillo ó ciudad fuerte, distinguiéndose por sus hechos de armas.* Frecuentemente los barones y los caballeros juraban por un santo ó por una dama al pie de la muralla enemiga apoderarse de ella en cierto número de días, aunque el juramento fuese funesto á ellos ó á su patria. Estos hechos, atestiguados por todas las crónicas, no se diferencian de los que se leen en las novelas, y recuerdan tambien los juramentos que hacian los bárbaros del norte cuando se condenaban á llevar una larga barba ó un anillo de hierro hasta que hubiesen muerto á un romano. La querrela de la Inglaterra y de la Francia en el siglo catorce reanimó el espíritu caballeresco: ambas naciones descendieron al palenque, de donde aun no han salido. Como la imaginacion estaba llena de las canciones de los trovadores y de las aventuras de las cruzadas, las costumbres se tuvieron con aquellos colores, y los reflejaron. Descúbrese en todas partes con la caballería histórica la imitacion de la caballería romántica, á la que la vida de los castillos, las cacerías, los torneos, las creencias relijiosas y las empresas de amor,

eran en extremo favorables. Confúndese, pues, á un mismo tiempo la verdad y la mentira, la naturalidad y el artificio, en las costumbres de aquellos tiempos que debemos, si es posible, desentrañar y pintar.

Sainte-Palaye mira, pues, el voto de la garza como un hecho real rimado: entonces cantábase aun la historia como en otro tiempo en la Grecia: tenemos en verso el *Combato de los Treinta*, y la primera historia de Du Guesclin. Al comenzar el otoño del año 1338, y como dice el poeta historiador, *cuando el verano ha declinado, el ave alegre ha perdido la voz, las viñas se secan, mueren las rosas, los árboles se despojan de las hojas que alfombran los caminos. Eduardo estaba en Lóndres en su palacio rodeado de duques, condes, pajes, damas, doncellas y mancebos; y tenía la cabeza inclinada embebido en amorosos pensamientos.* Roberto de Artois, retirado en Inglaterra, había ido á la caza, *porque se acordaba del hermosísimo suelo de Francia, de donde estaba desterrado.* Llevaba un pequeño halcon que había criado, *y tanto voló el halcon por los rios, que cazó una garza.* Roberto volvió á Lóndres, mandó asar la garza, la colocó entre dos platos de plata, se introdujo en la sala del festin del rey, seguido *de dos maestros de gaita, de un tañedor de guitarra, y de dos doncellas hijas de dos marqueses, que cantaban acompañándose al son de las gaitas y de la guitarra.* Roberto gritó: *Apartaos; dejad pasar la empresa que el amor ha conseguido. Ved aquí la comida para los valerosos, para los que viven subyugados á las amorosas damas que tan lindo rostro tienen..... La garza es la mas cobarde de las aves, porque hasta su sombra le pone miedo. Regalaré la garza á aquel de vosotros que sea el mas poltron, y en mi con-*

cepto lo es Eduardo, desheredado del noble suelo de la Francia, de que era heredero legítimo, pero le ha faltado el valor, y por su cobardía morirá privado de su reino. Eduardo se ruborizó estimulado por la cólera y por su escaso talento, palpítele el corazón, y juró por el Dios del paraíso y por su dulce madre, que antes de que pasasen seis meses desafiaría al rey de Saint-Denis (Felipe).

Roberto prorumpió en una carcajada, y dijo en voz baja: *Ahora conozco mis deseos, y por mi garza tendrá principio una terrible guerra.*

Roberto volvió á tomar la garza puesta siempre entre los dos platos de plata, atravesó el salón del banquete seguido de los dos ministriles que tañían dulcesmente las gaitas, del tocador de guitarra y de las dos señoritas que cantaban así: «Voy al campo, que amor me lo ordena.» Roberto presentó la garza al conde de Salisbury, que estaba sentado *junto á su amiga*, que era gentil, cortés y de esbelto talle, é hija del conde Derby, y á quien Salisbury amaba fielmente. Roberto rogó al conde de Salisbury que jurase sobre la garza, y Salisbury respondió: «¿Podré cumplir mi voto exactamente? Sirvo á la dama mas hermosa que hay en el firmamento, y si la Virgen María estuviese aqui, dejando aparte su divinidad, no sabria distinguirla de la que amo. La he requerido de amor, mas se defiende, dándome sin embargo una graciosa esperanza de que me hará merced. Ruégole que me preste un dedo de su mano y que lo ponga sobre mi ojo derecho. — A fe mia, contestó la dama, que prestaré dos. — Y le cerró el ojo derecho con sus dos dedos. » ¿Está bien cerrado, hermosa señora? preguntó el ca-

»ballero con mucha gracia. — Si, respondió ella. —
 »Ahora, bieu, gritó de palabra y de corazon Salisbury,
 »quero y prometo á Dios Todopoderoso y á su dulce
 »Madre, que resplandece de hermosura, que nunca se
 »abrirá este ojo, ni por la distancia del tiempo, ni por
 »el viento, ni por el dolor, ni el martirio, antes de en-
 »trar en Francia, é incendiar y combatir á las jentes de
 »Felipe, ayudando á Eduardo. Y que suceda lo que
 »quiera..... Y cuando Salebrin (el conde de Salisbu-
 »ry) hubo pronunciado su voto, permaneció con el ojo
 »cerrado en la guerra."

RESUMEN.

Eduardo declara que va á empuñar las armas para que le devuelvan las tierras tomadas en otro tiempo en Guyena. — Felipe emplea las fuerzas destinadas á la cruzada en defensa de su reino. — Primeras hostilidades de una guerra que debía durar ciento veintiseis años. — Tregua. — Eduardo apremiado por Artevelle se embarca en Douvres, y llega á Amberes, donde se habian reunido los principes de su confederacion. — Compra de Luis de Baviera el titulo de vicario del imperio. — Declaracion solemne de guerra. — Hazañas de Gauthier de Mauny. — Invasion de la Picardia. — Los dos ejércitos se encuentran en Vironfosse, y se separan sin combatir. — Caballeros de la liebre. — Artevelle apremia al rey de Inglaterra para que tome el titulo de rey de Francia, librando asi de la fe ofrecida á los flamencos. — Segunda campaña en la Guyena y en el Hainaut. — Combate naval de la Eclusa. — Queda destruída la flota francesa.

FRAGMENTOS.

PÉRDIDA DE LOS FRANCESES EN EL COMBATE NAVAL DE
ECLUSA. GODEMAR DU FAY. CAUSA DE LOS ERRORES
PADECIDOS EN ESTAS GUERRAS DEL SIGLO CATORCE.

Consistió nuestra pérdida en treinta mil marineros y soldados: solo los jenoveses, que eran diez mil, pidieron y alcanzaron la vida. De los tres almirantes que mandaban la flota, dos murieron con gloria.

Aquella accion naval pareció augurarnos lo futuro. ¡Cuanta sangre francesa ha teñido las ondas desde esta batalla de la embocadura del Mosa, hasta el combate dado en las aguas del Nilo! El árabe desde el medio de sus arenas, y el flamenco desde la orilla de sus pantanos, han contemplado nuestros últimos y nuestros postreros desastres, á nuestros marineros arrebatados por los torbellinos de fuego ó abismados en las aguas. El carácter de los pueblos es algunas veces independiente de su suelo y de su posicion jeográfica; Francia flanqueada por dos mares nunca ha podido reinar largo tiempo en ellos: tambien Roma, hija de la tierra, no debió su imperio á Neptuno. No hemos tenido flotas formidables sino á largos intervalos, y por un momento, en los reinados de Carlomagno, Luis XIV y Luis XVI. Vencedores en las acciones particulares en que nuestros capitanes se batian como en un negocio de honor, sucumbíamos en las acciones jenerales: en que eran necesarias la obediencia y la disciplina: aquel espíritu de insubordinacion y de envidia que parece unido á nuestro pabellon, estalló desde nuestro primer

combate naval, entre los almirantes encargados de oponerse al paso de Eduardo. Nosotros no habemos, ó casi no habemos participado de los grandes descubrimientos que han cambiado la faz del globo y las relaciones de los pueblos. En nuestras colonias hemos sido cazadores, aventureros, agricultores, mas nunca marineros: no hemos aparecido en las ondas sino como caballeros para conquistar la Inglaterra y la Palestina, para dar un monarca á Lóndres, un rey á Jerusalem, un emperador á Constantinopla, un duque á Aténas, y un príncipe á esa Lacedemonia, á la que nuestro postrer triunfo marítimo dió la libertad en Navarino. Si el Mediterráneo parece estarnos mas sometido que el Océano, es porque este mar que baña playas inmortales, se nos debe por el derecho de nuestra gloria.

En los primeros instantes ninguno se habia atrevido á participar á Felipe la destruccion de su flota, é instruyole de ella uno de aquellos miserables que representaban entonces al pie del trono la libertad bajo el disfraz de la esclavitud; hombres que se vengaban del desprecio con la insolencia, y á quienes era permitido decirlo todo, porque todo lo sufrían: el bufon del rey le enteró, pues, de la muerte de treinta mil franceses por medio de una bufonada. Felipe no se acaloró con la memoria de tan fieles vasallos, y poniendo su vida en manos de Dios, solo pensó en la defensa de su reino.

Adivinó que Eduardo atacaria á Tournay, cuya plaza mandaba Godemar de Fay, escudero de Tournaisis, ó gentil hombre de Borgoña, á quien Felipe habia nombrado *soberano capitán y rejente* de todo el pais que dependia de Douay, de Lille y de Tournay. Era

aque! un oficial bravo y experimentado, que salvó entonces la Francia para perderla en el paso de *Blanc-Taque*, ó bien sea porque hay un término á la fidelidad y al honor, ó bien porque los talentos se agotan, ó bien porque el héroe se hace semejante al vulgo de los hombres, cuando no muere en el día de su gloria. Felipe aumentó la guarnicion de Tournay, *enviando allí la flor y nata de la caballería*; reunió en persona al pie de las murallas de Arras un brillante ejército, que se distinguió mucho con hechos parciales de armas y aventuras. Cometíanse frecuentemente en aquellos encuentros deplorables errores entre los combatientes, cuyas familias tenían ramas establecidas en Francia, en la Gran-Bretaña y en los Países-Bajos: todos aquellos enemigos eran franceses. Los ingleses del siglo catorce hablaban nuestra lengua, y tenían las mismas costumbres y la misma relijion que nosotros: no vivian en un tiempo bastante remoto de la conquista, para haber olvidado su oríjen, y gloriábanse de ser normandos, y de encontrar en nuestro suelo á sus antepasados. Las provincias que la corona de Eduardo (hijo de una princesa de Francia) poseía en Guyena y en Picardía, multiplicaban los lazos de ambos pueblos: el odio que nuestros vecinos insulares concibieron contra nosotros, no comenzó sino con estas guerras, que fueron unas verdaderas guerras civiles.

RESUMEN.

Cartel enviado por Eduardo á Felipe de Valois, y datado en el año primero de nuestro reinado de Francia. — Felipe lo rehusa como rey por escrito, y lo acepta vec-

balmente como caballero. — Juana de Valois, hermana del rey de Francia, negocia una tregua, que se prolonga por espacio de dos años. — Asunto de Bretaña. — Historia de esta provincia. — El conde de Montfort presta homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo. — El tribunal de los pares adjudica aquel ducado á Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

GUERRA DE BRETAÑA. LOS BRETONES.

La ejecución de este decreto mezcló al reino en los destinos de una de sus provincias, abrió á los ingleses las puertas de la Francia, y le dió en la persona de Du Guesclín un libertador.

Poco conocida hasta entonces la Bretaña en nuestra historia, componia en la estremidad occidental de la Francia un estado muy diferente de lo demas del reino, por el jenio, costumbres y lenguaje de una parte de sus habitantes. Esta larga semi-isla, de aspecto selvático, presenta un no sé qué singular; en sus estrechos valles, rios no navegables bañan castillos arruinados, antiguas abadías, chozas cubiertas de pajas, donde los ganados viven confundidos con los pastores. Sus valles se hallan separados entre sí, ó por bosques llenos de acebos grandes como las hayas, ó por matorrales sembrados de piedras druidicas, en torno de las cuales se sostiene el ave marina y pastan las corpulentas vacas con sus tiernos terneros. El viajero camina muchos dias sin descubrir mas que eriales, playas, y un mar que blanquea con su espuma; rejion solitaria, triste, tempestuosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes, y donde es eterno el silbido de los vientos y de las olas.

balmente como caballero. — Juana de Valois, hermana del rey de Francia, negocia una tregua, que se prolonga por espacio de dos años. — Asunto de Bretaña. — Historia de esta provincia. — El conde de Montfort presta homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo. — El tribunal de los pares adjudica aquel ducado á Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

GUERRA DE BRETAÑA. LOS BRETONES.

La ejecución de este decreto mezcló al reino en los destinos de una de sus provincias, abrió á los ingleses las puertas de la Francia, y le dió en la persona de Du Guesclín un libertador.

Poco conocida hasta entonces la Bretaña en nuestra historia, componia en la estremidad occidental de la Francia un estado muy diferente de lo demas del reino, por el jenio, costumbres y lenguaje de una parte de sus habitantes. Esta larga semi-isla, de aspecto selvático, presenta un no sé qué singular; en sus estrechos valles, rios no navegables bañan castillos arruinados, antiguas abadías, chozas cubiertas de pajas, donde los ganados viven confundidos con los pastores. Sus valles se hallan separados entre sí, ó por bosques llenos de acebos grandes como las hayas, ó por matorrales sembrados de piedras druidicas, en torno de las cuales se sostiene el ave marina y pastan las corpulentas vacas con sus tiernos terneros. El viajero camina muchos dias sin descubrir mas que eriales, playas, y un mar que blanquea con su espuma; rejion solitaria, triste, tempestuosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes, y donde es eterno el silbido de los vientos y de las olas.

Necesario es que semejante pais y sus habitantes hayan herido en todos tiempos la imaginacion de los hombres: los griegos y los romanos colocaron allí los restos del culto de los druidas, la isla de Sayne y sus vírgenes, el batel que pasaba á Albion las almas de los muertos en medio de las tempestades y de los torbellinos de fuego: los francos hallaron allí á Murman, y dieron á Rolando el cuidado de vijilar sus *marchas*; finalmente, los novelistas de la edad media lo convirtieron en el pais de las aventuras, en la patria de Artus, de Iseult de las manos blancas, y de Tristan el Leonés. Entre los matorrales y valles de la Bretaña descúbrese algunos labradores cubiertos de pieles de cabra, con los cabellos largos, esparcidos y erizados, y vense bailar al pie de una cruz, y al son de una zampoña, otros labriegos con vestido galo, el sayo ó la chupa pintarrajada, y hablando la lengua céltica.

Con una imaginacion viva y sin embargo melancólica, con un jenio tan móvil como obstinado es su carácter, los bretones se distinguen por su bravura, su franqueza, su fidelidad, su espíritu de independenciam, su fervor relijioso, y su amor á la patria. Orgullosos y susceptibles, y poco á propósito para la córte, no ambicionan ni los honores ni los destinos. Aman la gloria mientras en nada se opone á la sencillez de sus costumbres, y no la buscan sino mientras se acomoda á vivir en sus hogares como un huésped obscuro y complaciente que participa del gusto de la familia. En las letras los bretones han manifestado instrucción, espíritu, originalidad, gracia y finura: testigos Hardouin, Sevigné, Sainte-Foix y Ducloux: han dado á la Francia el pintor mas insigne de las costumbres despues de Moliere, Le-

sage : al presente poseen á Lamennais : en las ciencias reivindican á Descartes : en las armas sus guerreros se distinguen con cualidades particulares , que al primer golpe de vista los diferencian de los demas guerreros : en el reinado de Carlos V, Du Guesclin y sus compañeros, Clisson, Beaumanoir, Tinteniac ; en el de Carlos VII, Taucguy-Duchastel ; en el de Enrique III, Lanoue igualmente respetado de los de la liga y de los hugonotes ; en el de Luis XIV, Duguay-Trouin ; en el de Luis XVI, Lamotte Piquet y Du Coëdic , y en tiempo de la revolucion Charette, de Elbeé, La Rochejaquelein y Moreau. En todos estos soldados se descubren rasgos de semejanza , y por un jénero de ilustracion poco comun, fueron quizás mas estimados del enemigo, que admirados de su patria.

RESUMEN.

Toma de Rennes por Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON. JUANA, CONDESA DE MONTFORT.
 AVENTURA DE GAUTHIER DE MAUNY Y DE LA CERDA.

Con la esperanza que tenia Carlos de Blois de poner fin á la guerra despues de la rendicion de Rennes, se apresuró en dirjirse á Hennebon, la plaza mas considerable de la Bretaña, en donde se habia cerrado Juana, como ya está espresado. Los sitiadores activaron los choques con vivacidad. La condesa de Montfort, armada de pies á cabeza, corria las calles á caballo, ani-

sage : al presente poseen á Lamennais : en las ciencias reivindican á Descartes : en las armas sus guerreros se distinguen con cualidades particulares , que al primer golpe de vista los diferencian de los demas guerreros: en el reinado de Carlos V, Du Guesclin y sus compañeros, Clisson, Beaumanoir, Tinteniac ; en el de Carlos VII, Taucguy-Duchastel ; en el de Enrique III, Lanoue igualmente respetado de los de la liga y de los hugonotes ; en el de Luis XIV, Duguay-Trouin ; en el de Luis XVI, Lamotte Piquet y Du Coëdic , y en tiempo de la revolucion Charette, de Elbeé, La Rochejaquelein y Moreau. En todos estos soldados se descubren rasgos de semejanza , y por un jénero de ilustracion poco comun, fueron quizás mas estimados del enemigo, que admirados de su patria.

RESUMEN.

Toma de Rennes por Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON. JUANA, CONDESA DE MONTFORT.
 AVENTURA DE GAUTHIER DE MAUNY Y DE LA CERDA.

Con la esperanza que tenia Carlos de Blois de poner fin á la guerra despues de la rendicion de Rennes, se apresuró en dirjirse á Hennebon, la plaza mas considerable de la Bretaña, en donde se habia cerrado Juana, como ya está espresado. Los sitiadores activaron los choques con vivacidad. La condesa de Montfort, armada de pies á cabeza, corria las calles á caballo, ani-

maba, suplicaba, reprendía á los asalariados, mandaba á las mujeres que arrancasen las piedras de patios y calles, y las trasladasen á las murallas juntamente con las ollas de cal viva, para arrojarlas sobre el enemigo. Sin embargo, suena la campana: Guillermo Cadoudal que se habia retirado á Hennebon despues de la toma de Rennes, Ives de Treziguidy, el señor de Landremans, el castellano de Guingamp, los dos hermanos de Gueric y Enrique de Olivier de Spincfort, sostienen los esfuerzos de los asaltadores. La condesa se encarama á lo alto de una almena para vijilar el combate, y descubre que el campo de Carlos está desierto, porque señores, caballeros y plebeyos, todos concurrían al asalto. Desciende de la muralla, lánzase en su palafren, sale por una poterna lejana con trecientas lanzas, y prende fuego á las tiendas de los enemigos, quienes percibiendo á su espalda los torbellinos de llamas y de humo, abandonan las escalas, y corren á apagar el fuego. La nueva Clorinda pretende volver á la fortaleza; pero halla cerrado el camino para la vuelta: dirige su caballo por la via de Aurai, ostentando en la mano la espada y la antorcha, instrumentos de su victoria, y Luis de España la persigue sin poder alcanzarla. Retirada dentro de las murallas de Aurai, Juana reúne quinientos ó seiscientos aventureros: creíanla perdida en Hennebon, cuando al salir el sol del dia quinto volvió á aparecer junto á los muros. Empujó con su escuadron la puerta de una de las torres que le abrieron, y entró en la ciudad sitiada ondeando al viento las banderas, resonando las trompetas, y con confusion de los maravillados soldados.

Carlos de Blois divide entonces su ejército: con el

duque de Borbon y Roberto Bertrand, mariscal de Francia, corre á sitiar á Aurai, dejando á Luis de España con el vizconde de Rohan delante de Hennebon.

Luis, de la casa de La Cerda, bravo español, que combatió por la Francia en tierra y en mar, mandó traer doce máquinas de guerra, y comenzó á batir las murallas del castillo, y los habitantes y las jentes asalarriadas se aterraron, y pidieron capitular. El obispo de Leon, encerrado en la ciudad, llamó á su sobrino Enrique de Leon, que despues de haber vendido á Montfort, servia en el ejército del conde de Blois, y convinieron en la rendicion de la plaza. En vano la condesa de Montfort conjuraba á los sitiados para que esperasen, ofreciéndoles que antes de tres dias recibirian socorros de Inglaterra; esperanza de que ella misma carecia. La condesa pasó la noche en la inquietud y en el llanto, porque veia perdido el fruto de su arrojó y de sus sacrificios; su marido prisionero, su hijo despojado, errante, fujitivo, y considerábase á sí propia entregada á su enemigo, y recibiendo los hierros de manos de aquel á quien habia disputado la soberanía de la Bretaña. Al dia siguiente el obispo de Leon mandó decir á Enrique su sobrino, que se acercase á las puertas. Ya avanzaba aquel para recibir la ciudad en nombre de Carlos de Blois, cuando Juana, que miraba el mar por una ventana enrejada del castillo, gritó en un trasporte de alegría: «Ya está aqui el socorro.» Dos veces repitió el mismo grito, y todos trepan á los muros, á las almenas, á la torre de la atalaya: vuélvense todos los ojos al mar que se veia cubierto de una multitud de grandes y de pequeños bajeles que entraban en el puerto á velas desplegadas. El milagroso socorro sume pri-

mero á la muchedumbre en el silencio de la admiracion, y luego saludalo el vulgo con los mas vivos clamores. Queda roto el convenio: solo el obispo de Leon se retira al campo de Carlos de Blois, y Mauny desembarca con su ejército.

La condesa manda entapizar los aposentos y los salones, y preparar un festin á sus huéspedes: descende del castillo, *marcha á su encuentro con sueno agasajo, y besa al señor Gauthier de Mauny y á sus compañeros, unos despues de otros, dos ó tres veces como valerosa dama.* Sin embargo, Luis de España ordena redoblar el ataque: durante toda la noche que siguió á la llegada de los ingleses, ataca los muros con las máquinas mas fuertes, mientras que dentro solo se percibia el estruendo de la fiesta. Al dia siguiente Mauny hizo una salida, rompió los injenios, é incendió una parte del campo frances. El ejército se movió para rechazarle, y cuando Mauny vió venir la cabalgada, *nunca, gritó, sea besado de dama ó de dulce amiga, si vez alguna entro en castillo ó fortaleza, antes de haber derribado á alguno de los que vienen.* Embrazando el broquel, precipitase con la espada en el puño contra los hombres de armas de La Cerda, los pone en fuga, *derriba á muchos de cabeza, y entra en la fortaleza despues de haber cumplido su voto de caballero.*

Luis de España, desesperado ya de apoderarse de Hennebion, levantó el sitio, se reunió con Carlos de Blois delante de Aurai, y se apoderó luego de Dinan y de Guérande. Despues de haber saqueado esta última ciudad, se embarcó en varios bajeles mercantiles que halló en el puerto, y devastó las costas de la Baja-Breña. Habiendo descendido cerca de Quimperlé, inter-

nose tierra adentro: Mauny corrió en su busca, formó tres cuerpos de sus tropas, y marchó en seguimiento de Luis. Inferior en fuerzas, Luis intentó volver á la playa, y encontró el primer cuerpo de ingleses que derrotó; pero rodeado por los otros dos cuerpos, y por los paisanos bretones que le asaltaban con sus hondas, quedó herido. Desembarázase de la muchedumbre, dejando en su lugar á un sobrino, á quien amaba tiernamente, y á la mayor parte de sus soldados; y habiendo llegado casi solo á la orilla del mar, encontró su flota entre las manos de los archeros de Mauny. Arroja en un batel con algunos compañeros: Mauny le siguió por el mar siempre de cerca, pero sin lograr jamás apoderarse de su persona. Luis baró en el puerto de Rhedon, saltó á tierra, tomó caballos, y huyó de nuevo: apenas habia desembarcado, llega Mauny, y corre en su alcance: y por fin La Cerda se salva en los muros de Rennes con la reputacion de ser uno de los mas diestros jenerales, y de los caballeros aventureros de aquella edad.

Mauny vuelve á sus bateles para regresar á Hennebon, y los vientos contrarios le obligaron á abordar en la costa vecina á Roche-Prion: Señores, dijo á sus amigos, *aunque abrumado de fatiga iria voluntariamente á asaltar ese fuerte castillo, si tuviese compañía.* Los caballeros respondieron: Señor, *acometedlo valerosamente, que nosotros os seguiremos hasta la muerte.* Jerardo de Maulain, que defendia la plaza, resistió el asalto: hirió gravemente á Juan de Bouteiller y á Mateo Dufresnoy, que habian tenido mas parte en el negocio de Quimperié.

Jerardo de Maulain tenia un hermano, René de

Maulain, comandante de otro fuerte llamado *Favet*, que distaba de allí una legua; y habiendo sabido René lo que pasaba en la Roche-Prion, salió al campo con cuarenta hombres para socorrer á su hermano, encontró á los caballeros heridos, los hizo prisioneros, y corrió á encerrarlos en su fortaleza. Mauny abandonó el asalto para ir á su rescate, y ardiendo en deseos de librar á Boutciller y á Dufresnoy, intentó apoderarse del fuerte de Favet; lo cual ocasionó un nuevo sitio y un nuevo combate. Jerardo de Maulain salió á su vez de la Roche-Prion, y fue á devolver á su hermano los servicios que habia recibido. Mauny temió verse envuelto, abandonó á Favet, y dió principio á su retirada. En el camino descubrió otro castillo en medio de un bosque, y el infatigable caballero lo asalto, se apoderó de él, y marchó á encontrar en Hennebon á la condesa de Montfort, que le festejó, besó, y alabó de sumo arroyo.

Sin embargo, Carlos de Blois habia tomado á Aurai, Vannes y Carhaix, y sitió de nuevo en Hennebon á su rival. Habian fortificado la plaza, y los habitantes se burlaban de las máquinas que primero les habian puesto tanto miedo: á cada piedra que lanzaban los ingenios reparaban trepando por las almenas el sitio en que habia descargado el golpe. Gritaban desde lo alto de la muralla á los sitiadores: »Id á buscar á vuestros compañeros que descansan en el campo de Quimperlé.»

Tales zumbas encendian en furor á La Cerda, que no curado todavía de sus heridas habiase reunido á Carlos de Blois. Luis era español, y sus resentimientos eran terribles: lloraba amargamente al sobrino que habia

perdido en Quimperlé, y resuelto á la venganza, pidió á Carlos de Blois por única recompensa de sus servicios, que le concediese lo que le pediría. Dotado de un carácter humanísimo y de una virtud tan eminente, que le tributaron los honores de santo despues de su muerte, sin amor á la guerra, aunque no carecia de intrepidez, y estimulado únicamente á los combates por la ambicion de su mujer, Carlos no podía adivinar el galardón que Luis iba á pedirle, y le empeñó imprudentemente su palabra delante de una multitud de señores.

Entonces Luis de España le dijo: *Os ruego que hagais venir aquí al instante á los dos caballeros aprisionados en el castillo de Favet, á saber: al señor Juan le Bouteiller y al señor Huberto Dufresnoy, y me los entregareis para que haga mi voluntad: este es el don que os pido. Me han echado, roto y herido, y han muerto á Alfonso mi sobrino. Si no puedo vengarme de otro modo, les haré cortar las cabezas delante de sus compañeros ahí dentro encerrados.*

Carlos, que habia quedado muy absorto, le respondió: *»En verdad que os daré voluntariamente á los prisioneros porque pedis lo ofrecido; pero seria mucha crueldad digna de vituperio si quitaseis la vida á dos tan valerosos guerreros, y vuestros enemigos tendrian causa para hacer lo mismo con vuestros prisioneros cuando cayesen en sus manos; porque nosotros ignoramos lo que puede sucedernos mañana. Por lo que, querido caballero y buen primo, os suplico que os aconsejeis mejor.»*

Luis declaró que si Carlos no cumplia su palabra abandonaria al punto su servicio; y como la palabra

de un caballero era inviolable, Carlos, desesperado, se vió obligado á enviar por los dos prisioneros. Mandólos conducir á su tienda, y todavia procuró, aunque en vano, disuadir á Luis de su propósito.

La noticia de lo que se intentaba en el campamento frances llegó á oídos de los sitiados: el dolor se apoderó del pecho de Mauny. Reunió al punto un consejo: los caballeros deliberaron, proponiendo primero una cosa y despues otra, y sin saber que partido tomar para salvar á Bouteiller y á Dufresnoy. Gauthier habló el postrero: *» Amigos, dijo, mucho honor seria el nuestro si lográsemos libertar á nuestros compañeros de armas. Si intentamos la empresa, y sucumbimos en ella, el rey Eduardo nos alabará, y lo mismo harán los hombres prudentes que en lo futuro oigan hablar de nosotros. Cumplamos, pues, nuestro deber, amados caballeros: debemos esponer nuestra vida por salvar la de tan valerosos señores.*” Entonces Mauny explicó el proyecto que habia concebido, y todos juraron ejecutarlo.

Resolvióse que una parte de la guarnicion mandada por Amaury de Clisson atacaría de frente el campo de los franceses, mientras que Mauny, con una tropa de hombres escojidos, penetrando por la espalda hasta las tiendas del duque de Bretaña, se apoderaría de Bouteiller y de Dufresnoy. Tomaron las armas: Clisson mandó abrir la puerta principal de la ciudad con grandes gritos y estruendo de trompetas, y cayó sobre los sitiadores, quienes clamaron por socorro, y los franceses se precipitaron al lugar del combate. Entre tanto Mauny, que habia salido por una puerta secreta, dió la vuelta al campo, y llegó á los pabellones

de Carlos de Blois, y algunos criados que los guardaban emprendieron la fuga. Registra Mauny las tiendas, y halla á los prisioneros; los hace cabalgar en briosos corceles dispuestos de antemano, y se aleja á toda prisa, y entra en Hennebon, despues de haber cumplido la mas noble y patética aventura que la amistad, el honor y la caballería han conservado á la posteridad. Creyeron algunos que Carlos de Blois habia secundado el libramiento de Bouteiller y Dufresnoy; porque con facilidad se supone de la virtud una buena accion practicada, como se acusa al vicio de haberse hecho culpable de un crimen.

RESUMEN.

La condesa de Montfort envia embajadores solicitando de nuevo socorros de Inglaterra. — Hallan á Eduardo ocupado en la guerra de Escocia. — Carácter y costumbres de los escoceses. — Roberto de Artois desciende á Bretaña con la condesa de Montfort. — Es herido en la ciudad de Vannes que habia tomado, y va á morir á Londres. — Bajada de Eduardo á las costas de Morbihan. — Suspension de armas convertida en tregua. — Tregua prolongada por tres años y rota casi en el acto. — Torneo con ocasion del matrimonio del hijo segundo de Felipe de Valois. — Arrestan á Clisson y á otros diez caballeros bretones por sospechas de traicion, y los condenan á muerte.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y DE LA CONDESA DE SALISBURY.

No se habia aun visto correr en el cadalso la sangre de la nobleza; sangre que despues derramaron con

de Carlos de Blois, y algunos criados que los guardaban emprendieron la fuga. Registra Mauny las tiendas, y halla á los prisioneros; los hace cabalgar en briosos corceles dispuestos de antemano, y se aleja á toda prisa, y entra en Hennebon, despues de haber cumplido la mas noble y patética aventura que la amistad, el honor y la caballería han conservado á la posteridad. Creyeron algunos que Carlos de Blois habia secundado el libramiento de Bouteiller y Dufresnoy; porque con facilidad se supone de la virtud una buena accion practicada, como se acusa al vicio de haberse hecho culpable de un crimen.

RESUMEN.

La condesa de Montfort envia embajadores solicitando de nuevo socorros de Inglaterra. — Hallan á Eduardo ocupado en la guerra de Escocia. — Carácter y costumbres de los escoceses. — Roberto de Artois desciende á Bretaña con la condesa de Montfort. — Es herido en la ciudad de Vannes que habia tomado, y va á morir á Londres. — Bajada de Eduardo á las costas de Morbihan. — Suspension de armas convertida en tregua. — Tregua prolongada por tres años y rota casi en el acto. — Torneo con ocasion del matrimonio del hijo segundo de Felipe de Valois. — Arrestan á Clisson y á otros diez caballeros bretones por sospechas de traicion, y los condenan á muerte.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y DE LA CONDESA DE SALISBURY.

No se habia aun visto correr en el cadalso la sangre de la nobleza; sangre que despues derramaron con

abundancia Luis XI y el cardenal Richelieu. Los hidalgos que componian entonces, como los caballeros, la fuerza de las tropas, concibieron por Felipe una tibieza, que solo su adversidad pudo vencer: en Creci pusieron en olvido la afrenta hecha á su cuerpo, solo atendieron al honor é infelicidad del rey, y si no vencieron, supieron morir. Felipe, aplicando la ley como gran juez sin explicar los motivos, pareció un tirano, mientras que no era en la legislacion del tiempo mas que un príncipe severo. Al presente los tribunales solos pueden quitar la vida á los reos, y en las causas criminales el rey de Francia no se ha reservado mas que el derecho del perdon.

Un marido ultrajado fue, como en otro tiempo en Roma, la ocasion de un acontecimiento trágico. El rey de Inglaterra habia casado á Guillermo de Montagu, que despues fue conde de Salisbury, con Catalina ó Alice, hija del lord Granlton, una de las mas hermosas mujeres de su siglo. Parece que Eduardo se sintió al punto conmovido con la belleza de Alice, si hemos de juzgar por el principio del poema del voto de la garza. Eduardo no *pensaba en los combates, y vivia inclinado á los deseos de amor*. Los cuidados de la guerra no tardaron en ocupar la mente de Eduardo, y su naciente pasion se hallaba estinguida, cuando un acontecimiento vino á despertarla.

Los escoceses habian invadido el norte de Inglaterra: los caballeros de Suecia y Noruega, los príncipes de Hebridas y de los Orcadas, y los Highlanders, conducidos por el rey David Bruce, habian desolado las llanuras, insultando á Newcastle, y apoderándose por asalto de Durham.

Eduardo, avisado de estas devastaciones por Juan de Neville, que se habia escapado de Newcastle, mandó á todos sus vasallos, desde la edad de quince años hasta la de sesenta, que tomasen las armas, y fuesen á encontrarle á las fronteras de Yorkshire. Despues del saqueo de Durham, David habia marchado por lo largo del rio Thyn hácia el pais de Gales, y habíase acercado al castillo de Salisbury, cuyo castillo habia sido dado á Montagu, entonces prisionero en Francia, en recompensa de sus servicios. La castellana su mujer se hallaba encerrada en el casar donde mandaba Guillermo de Montagu.

Los escoceses, habiendo pasado la noche al pie de la torre, levantaron el campo al dia siguiente; mas el jóven Montagu salió con cuarenta caballeros, cayó sobre la retaguarda de los enemigos, mató é hirió mas de doscientos hombres, se apoderó de ciento y veinte caballos cargados con el botin recojido en Durham, y los condujo á sus torres cerrando las puertas. El ejército de Escocia volvió atras, escaló el castillo, y los sitiados repelieron á los asaltadores; pero aproximándose la noche, David mandó suspender el ataque hasta la vuelta del sol, y alojarse en los contornos. *»Entre tanto podian aparejarse y jimir y buscar un pedazo de tierra donde colocarse los acometedores, curar los heridos y reunir los muertos.»* Al dia siguiente comenzó un nuevo ataque con mas furia que la vispera. *»Alli estaba la condesa de Salisbury, que pasaba plaza de la mas hermosa dama, y de la mas entendida del reino de Inglaterra. La dicha condesa reanimaba mucho á los de dentro, y con las graciosas miradas de tal beldad, y con sus dulces palabras, un*

hombre bien puede valer por dos en casos urgentes." El segundo asalto no tuvo mejor éxito que el primero, y los escoceses se retiraron al oscurecer el día, resueltos á hacer un nuevo esfuerzo al amanecer.

Sin embargo, los sitiados estaban en la mas completa alarma, abrumados de fatiga y de heridas, y temiendo ser vencidos en el último asalto. Montagu reunió á los caballeros para tomar consejo; sabia por la declaracion de algunos prisioneros, que Eduardo habia llegado á Warwick, y hubiera deseado instruirle del extremo á que se veía reducido: mas ¿como habia de salir del castillo? Los pasos estaban cuidadosamente guardados: por otra parte, todos los caballeros querian permanecer para defender á Alice, y cuando la miraban bañada en lágrimas, ninguno podia resolverse á abandonarla.

El castellano dijo á sus compañeros: *«Señores, conozco vuestra lealtad y buen afecto. Intento por amor á madama y á vosotros correr la aventura, y ser yo propio el mensajero: estas palabras alegraron en extremo á la condesa y á sus compañeros.»*

Habiendo Montagu hecho sus preparativos, salió solo en mitad de la noche con el mayor silencio: favoreció sus intentos una abundante lluvia que sobrevino, y pasó por medio de los centinelas enemigos sin ser sentido. Hallábase ya á bastante distancia, cuando al nacer el día encontró á dos escoceses que conducian dos toros y una vaca: mató á los bueyes, é hirió á los soldados. *«Id, les dijo, y contad á vuestro rey que Guillermo de Montagu ha atravesado su campo, y que va á buscar en Warwick al rey de Inglaterra.»*

Bruce, no juzgando á propósito esperar á Eduardo, levantó el sitio y se retiró.

Eduardo llegó al medio día al sitio mismo de donde habian partido los escoceses algunas horas antes: estimulado quizás por una pasión mal estinguida, habia puesto suma diligencia para socorrer á la noble señora, á quien no habia visto desde que se casó con el conde de Salisbury.

Al punto que Alice supo la venida del rey, mandó abrir todas las puertas del castillo, y salió al encuentro tan ricamente ataviada, que todos se maravillaban. Y no era posible dejar de mirarla, y admirar su gran nobleza juntamente con la grande donosura, graciosa habla, y talle que la distinguian. Cuando llegó á la presencia del rey, inclinose hasta el suelo dándole gracias de su socorro, y acompañóle al castillo para festejarle y honrarle. El rey no podía contenerse de mirarla, y no era extraño, porque nunca habia visto tan noble, tan fresca, ni tan linda dama. Hirióle al punto el corazón una chispa de fino amor, que le duró por largo tiempo. Entraron en el castillo mano á mano, y condujole la dama primeramente al salón y despues á su cámara, que estaba tan noblemente adornada, como que pertenecia á tan principal señora. Y el monarca miraba siempre con tanta enerjia á la gentil dama, que ella se llenó de rubor; y cuando la hubo mirado largo rato, se dirigió á una ventana, se apoyó en ella, y comenzó á estar muy pensativo.

Habiendo la condesa ordenádolo todo para un festín, volvió adonde estaba el monarca, á quien encontró sumerjido en el mismo ensueño, y atribuyó su tristeza al disgusto que le habia causado la fuga del ene-

migo; así es que procuró consolarle. » ¡Ah querida señora, dijo Eduardo, *otra cosa conmueve y oprime mi corazón. Los dulces modales, el perfecto entendimiento, la gracia, la gran nobleza, y la hermosura que en vos he encontrado, me han sorprendido tan fuertemente, que conviene que me ameis.*” Entonces respondió la dama: » ¡Oh querido señor! no intenteis burlarme ni probarme: no creo que príncipe tan noble y tan gentil como vos, haya pensado en deshonrar á mi y á mi marido que es tan valeroso caballero, que tanto os ha servido, y jime por vos entre prisiones.”

Cuando sirvieron el banquete, el rey, despues de haberse lavado, se sentó á la mesa entre sus caballeros, comió poco, y se mantuvo siempre pensativo; y concluida la comida se retiró al aposento que le habian preparado. Permaneció toda la noche en suma agitación: tan pronto le parecia odioso el engañar á un noble que le habia servido con tanta fidelidad; y tan pronto amor le dominaba con tanta violencia, que olvidaba el honor y la lealtad. Al dia siguiente se despidió de la condesa, conjurándola á que no tomase precaucion alguna contra él, mientras la dama le rogaba que abandonase sus designios.

Algun tiempo despues el conde de Salisbury, cañeado por el conde de Moray, escoces, regresó á Inglaterra: estaba tranquilo porque ignoraba la pasion del rey que no habia estallado aun. De vuelta á Londres, Eduardo mandó publicar un torneo con la esperanza de atraer á la condesa; ordenó al conde que condujese su esposa á la córte, y el conde ofreció obedecer. » Si me habeis entendido bien, dice el historiador que nos cuenta tan agradablemente esta aventura, sabreis que

el rey de Inglaterra amaba ardientemente y de corazón á la linda y noble dama, la señora Alice, condesa de Salisbury. Amor le estimulaba de noche y de día, y de tal suerte le representaba las gracias y la frescura de la bella, que no tomaba consejo de nadie, y no hacia mas que pensar siempre en Alice." La castellana, invitada á asistir al torneo, no osó negarse por temor de despertar en su marido sospechas de los designios del rey. Las fiestas duraron quince días: vióse brillar en ellas al rey de Inglaterra en persona, á Guillermo II, al conde de Hainaut, á Juan de Hainaut, su tío, á Roberto de Artois, á los condes Derby, de Salisbury, de Gloucester, de Warwich, de Cornouailles y de Suffolck, y á un gran número de caballeros. Justas, peleas, pasos de armas, danzas de toda clase, sobrepujaron á cuanto se había visto hasta entonces: desgraciadamente Juan, primojénito del conde de Beaumont, fue muerto en el postrer combate contra la barrera. Alice se presentó vestida con un sencillo traje en medio de las damas cargadas de atavíos; así estaba mas bella, y queriendo estinguir con su modestia el amor del monarca, lo inflamó.

Se cree que en una de las danzas de aquellas fiestas fue en la que Alice dejó caer la cinta azul que ataba la especie de elegantes sobre calzas que usaban entonces. Eduardo la levantó con presteza; sonriéronse los cortesanos, y el rey se volvió á ellos diciendo: *Infame sea el que piense mal de esto.* Algunos años después el monarca mandó reparar el castillo Windsor, que el rey Artus hizo edificar y fundar allí donde primeramente comenzó la noble tabla redonda, de la que tantos valerosos varones y caballeros salieron á trabajar

con sus armas y con sus proezas por todo el mundo. Cuando el espíritu romántico y la ignorancia de los tiempos daban crédito á estas fábulas, Windsor pareció propio para lugar clásico del establecimiento de la orden, que Eduardo queria crear en testimonio de su pasión: mandó levantar una capilla dedicada á San Jorge, é instituyó *la orden de la Jarretiera*, que pareció á los caballeros una *distincion muy honorifica*, y que servia de cebo al amor: y ha quedado como una de las cinco grandes órdenes de Europa. El frágil monumento de la galantería de un rey de Inglaterra ha resistido á todas las tempestades que han conmovido el trono británico. Cromwell estuvo un momento tentado á vender el honor, que tanto se aprecia al presente de llevar un cordon tomado de la rodilla de una mujer. ¿Que son en efecto los objetos mas graves de la historia, la fe de los altares, la santidad de las costumbres, la dignidad del hombre, la independencia, la civilizacion misma, si pasan con mas presteza que los estatutos de la vanidad y los privilegios del capricho? La antigüedad ignoró los nombres de las mujeres en los fastos de las naciones, á no ser como esposas, madres é hijas; no mezcló la sociedad en las debilidades que el cristianismo se esforzaba en advertir con sus lecciones: la antigüedad ignoró los asuntos domésticos decorados por la aristocracia de la edad media, y vémoslos espirar por la vuelta de los pueblos á la libertad.

Han acusado á Eduardo de no haber vencido á Alice sino por violencia, y sea lo que fuere, el conde de Salisbury creyó á Alice culpable. Clisson y los señores bretones decapitados, habian contraido empeños secretos con la condesa de Montfort y el rey de

Inglaterra. En testimonio de su fe habian enviado sus sellos á Eduardo, quien los dió á guardar al conde de Salsbury: el conde, *aprovechándose* de la ocasion para vergarse del seductor ó del robador de su esposa, mostró los sellos á Felipe, y Felipe hizo cortar la cabeza á los traidores.

La mas evidente prueba de la infidelidad de los señores bretones, es el resentimiento que manifestó Eduardo por su suplicio. Si Clisson hubiese sido fiel siempre al partido del conde de Blois y de la Francia, ¿hubiese causado tanta admiracion á Eduardo su muerte? En la carta que escribió al papa quejándose, califica á los condenados de *Nobles afectos* á su persona. Pretendió con una guerra injusta castigar una sentencia arbitraria; se declaró vengador de aquellos de quienes no era rey, y reparador de una ofensa de que no era juez.

RESUMEN.

Godofredo de Harcourt, de resultas de una querrela con el mariscal de Briquebec, pasa á Inglaterra y presta homenaje á Eduardo, como rey de Francia de las tierras que poseia en Normandía. — Retrato de Godofredo de Harcourt, hombre mediano en una elevada fortuna. — Felipe vendido en todas partes, tórnase sombrio y cruel. — Hace alianza con el rey de Castilla. — Juan de Hainaut, conde de Beaumont, vuelve á Felipe. — Nuevos impuestos: gabela. — Hacienda en tiempo de la tercera dinastia desde Hugo Capeto hasta Felipe de Valois. — Nombres de los jefes de la gabela conservados por la historia con los nombres mas ilustres de la caballeria para mostrar las lágrimas de los pueblos detras de la gloria de las armas. — Eduardo pide socorros pecuniarios á su parlamento, que se los

otorga mediante algunas concesiones: subsidios propicios á Inglaterra y funestos á Francia, que contribuían á la libertad de un pueblo y á la servidumbre de otro. — Hostilidades en Guyena. — Toma de Aiguillon por los ingleses. — Gauthier de Mauny encuentra el sepulcro de su padre en La Reole. — Proezas de Agos en el castillo de esta ciudad. — Renuévanse las hostilidades en Bretaña. — Quimper es tomado por asalto. — La carnicería no cesó hasta que encontraron un niño de teta que *mamaba aun despues de muerta su pobre madre.* — Muerte del conde de Montfort. — Retrato de este señor. — Montfort no faltó á la fortuna, sino la fortuna le faltó á él, y su esposa le robó la gloria. — Sucesos de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTEVELLE.

Gastado Artevelle en las conmociones populares, cansado tal vez de sus democráticas orjías, que para su jenio carecian del atractivo de la novedad, no habiendo producido sus acciones por el convencimiento de una opinion fuerte, sino por el impulso de mezquinos celos plebeyos contra la desigualdad de rangos, Artevelle pensaba solamente en asegurar sus riquezas: hubiese podido preguntar á sus hijos: »¿este oro huele á sangre?» como Vespasiano preguntaba á Tito, si la pieza de moneda que le presentaba olia al impuesto que la habia producido. Pero para reirse pacificamente de las victimas que habia causado, y del pueblo á quien habia engañado, necesario era que Artevelle cambiase de posicion. Restábanle dos partidos que tomar: apoderarse del poder supremo, ó descender de su tribunado, y confundirse con la muchedumbre. El apoderarse del poder supremo exijia un talento de que

otorga mediante algunas concesiones: subsidios propicios á Inglaterra y funestos á Francia, que contribuían á la libertad de un pueblo y á la servidumbre de otro. — Hostilidades en Guyena. — Toma de Aiguillon por los ingleses. — Gauthier de Mauny encuentra el sepulcro de su padre en La Reole. — Proezas de Agos en el castillo de esta ciudad. — Renuévanse las hostilidades en Bretaña. — Quimper es tomado por asalto. — La carnicería no cesó hasta que encontraron un niño de teta que *mamaba aun despues de muerta su pobre madre.* — Muerte del conde de Montfort. — Retrato de este señor. — Montfort no faltó á la fortuna, sino la fortuna le faltó á él, y su esposa le robó la gloria. — Sucesos de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTEVELLE.

Gastado Artevelle en las conmociones populares, cansado tal vez de sus democráticas orjías, que para su jenio carecian del atractivo de la novedad, no habiendo producido sus acciones por el convencimiento de una opinion fuerte, sino por el impulso de mezquinos celos plebeyos contra la desigualdad de rangos, Artevelle pensaba solamente en asegurar sus riquezas: hubiese podido preguntar á sus hijos: »¿este oro huele á sangre?» como Vespasiano preguntaba á Tito, si la pieza de moneda que le presentaba olia al impuesto que la habia producido. Pero para reirse pacificamente de las victimas que habia causado, y del pueblo á quien habia engañado, necesario era que Artevelle cambiase de posicion. Restábanle dos partidos que tomar: apoderarse del poder supremo, ó descender de su tribunado, y confundirse con la muchedumbre. El apoderarse del poder supremo exijia un talento de que

carecia Artevelle, y tampoco se atrevia á desprenderse del tribunado. No hay seguridad en abdicar el crímen, porque su corona deja señales en la frente que ha ceñido, y es preciso sufrir la terrible legitimidad.

Artevelle, no abrazando ni el uno ni el otro partido, recurrió á un espediente que descubria la parte vulgar de la naturaleza de aquel hombre; despues de haber desencadenado á la muchedumbre, imaginó darle un señor, que no fuese el antiguo principe del pais á quien aborrecia, y á quien juzgaba haber ultrajado demasiado. Sucede con frecuencia que un déspota popular, despues de haberse entregado á los desórdenes de la libertad, se retira al abrigo del yugo de otro tirano, con tal que este tirano sea de su eleccion, y que haya participado de sus escesos. Artevelle fijó los ojos en Eduardo, que habia figurado en todas sus cábalas, y servido y aprobado sus furores. Cuanto mas innoble era para un monarca, segun las ideas del tiempo, haber sido el aliado y el cortesano de un cervicero, tanto mas debia el monarca entrar en los proyectos del tal mercader. Artevelle maquinó nombrar al principe de Gales duque de los flamencos, del mismo modo que habia nombrado á Eduardo rey de los franceses.

Para concertar el negocio, Eduardo desembarcó en el puerto de Eclusa hácia mediados del mes de Junio del año 1345; traia consigo á su hijo y á *muchos barones y caballeros*. Los diputados de Flandes se trasladaron por su parte á Eclusa con Artevelle, aunque ignoraban lo que iba á tratarse en aquella entrevista: celebrese el consejo á bordo del gran navío donde estaba el rey de Inglaterra, y que se llamaba

Catalina. Allí Artevelle propuso desheredar al conde Luis de Flandes y á su hijo Luis, y dar el condado de Flandes, con el nombre de ducado, al príncipe de Gales, hijo de Eduardo.

Existe en el corazon del hombre un fondo de justicia que reaparece cuantas veces no están mudas las pasiones. En aquel momento los diputados de Flandes, que conservaban su sangre fria, se indignaron con una proposicion que heria el carácter bondadoso de los unos y leal de los otros; y respondieron que no podian tomar sobre sus hombros un asunto tan grave, que en lo venidero podia tocar á su pais, y que era preciso participarlo á los comunes de Flandes; y se retiraron.

Artevelle, dejando que se adelantase á Gante los diputados, cometió una de aquellas faltas que deciden de la suerte del hombre: si hubiese hablado el primero, quizás hubiera atraido á los vecinos, pero su crédito comenzaba á debilitarse. Un rival peligroso, Jerardo Denis, jefe de los tejedores, se encumbraba sobre las ruinas de su fortuna. O bien sea que este nuevo tribuno se doblase al oro de la Francia, ó bien que abrazase un partido jeneroso por su propio convencimiento, ó bien que obrase por espíritu de oposicion á Artevelle, nunca dejaba de rebatir las proposiciones del postrero; y Artevelle conocia tan perfectamente lo fatal que le era Jerardo Denis, que estaba resuelto á deshacerse de él.

Llegados los diputados á Gante, convocaron el pueblo en la plaza del mercado, y dieron cuenta de las conferencias de Eclusa. El pueblo, tan ardiente en el bien como en el mal, manifestó su descontento con mur-

mullos; entonces Jerardo Denis tomó la palabra:

»Jentes honradas, hasta aqui hemos combatido por
»nuestras inmunidades; y Artevelle, que se apellidaba
»su defensor, os propone ahora hacerles traicion. Mas
»si cesamos de ser libres, todo nos servirá de acusacion
»en el momento. ¿Y como nos justificaremos? ¿Que
»nos quedará de nuestras sangrientas rebeliones? ¡Cri-
»menes y cadenas! El hombre que os ha atraido quiere
»entregaros á la Inglaterra. Príncipe por príncipe, ¿no
»tenemos uno nacido de nuestra sangre, criado entre
»nosotros, á quien conocemos, que nos conoce, que
»habla nuestra lengua, por quien hemos orado, cuyo
»nombre saben nuestros hijos como el de sus vecinos,
»y cuyos padres vivieron y murieron con nosotros? Por
»que hayamos obligado á nuestros condes á que viajen,
»¿será nuestro pais una propiedad criminal que deba
»pasar á los ingleses por derecho del fisco! ¡Ah! por
»Dios, si queremos un señor, no seamos tan desleales
»que desheredemos á nuestro señor natural, para dar
»su lecho al primer artesano que lo pida.»

A los tales discursos, Denis y sus partidarios añadi-
dieron una razon que debia obrar mas inmediatamente sobre la multitud: nueve años hacia que Arte-
velle gobernaba la Flandes, y habia acumulado un tesoro, tanto de sus prevaricaciones y multas, como de las rentas del estado; y el amor del oro, pasion de las almas comunes, le perdió.

Habiendo Artevelle dejado á Eduardo en Eclusa, se habia dirigido á Brujas, y despues á Ipres, á cuyos habitantes convenció á favor de sus designios. De alli se trasladó á Gante, donde cabalgando por las calles acompañado de sus amigos y de la guardia extranjera que

le habia dado Eduardo, conoció que habia urdida alguna trama en contra suya, porque los que tenían costumbre de saludarle, volviendo la espalda, y entraban en sus casas. El pueblo murmuraba y decía: »Ved ahí al que es ya tan gran señor, que quiere disponer del condado de Flandes." Llegado á su casa, mandó cerrar las puertas y las ventanas, porque el conocimiento que tenia del vulgo le hizo adivinar á la primera señal la borrasca. Apenas se habia encerrado, cuando se sublevó el cuartel entero, y rodearon la casa del cervencero como para un asalto. Los criados de Artevelle se mantuvieron fieles, como rara vez acontece á los desgraciados; defendiéronse vigorosamente, y mataron é hirieron á muchos individuos; pero por fin cayeron las puertas destrozadas, y la multitud se deramó por el interior del edificio dando alaridos. Entonces Artevelle apareció en una ventana con la cabeza desnuda y en ademan de suplicar. »Buenas jentes, ¿que quereis? ¿que os mueve? ¿por que os mostrais tan airados contra mí? ¿En que he merecido vuestra cólera? — ¿Donde está el tesoro de Flandes? gritaron los amotinados. — Nada he tomado, dijo Artevelle. »Venid mañana, y os dejaré satisfechos. — No, no, no escapareis de ese modo: habeis enviado el tesoro á Inglaterra, y debeis morir."

Al oír semejante amenaza Artevelle, juntó las manos y comenzó á llorar. »Señores, dijo, yo no soy mas que lo que vosotros me habeis hecho. Me jurasteis en otro tiempo que me defenderiais contra todos, y ahora pretendéis quitarme la vida sin justicia: traed á la memoria el tiempo pasado, y no olvideis mi coratés proceder. Os he gobernado en plena paz con tanta

»abundancia, que nada os ha faltado, ni trigo, ni cebada, ni las demas mercancías. Quereis galardonar muy mezquinamente los grandes bienes que os he proporcionado.»

Sus lágrimas no conmovieron al pueblo: era el ciego llorando delante de los cazadores. La muchedumbre gritó en masa: »Bajad, y no nos arengueis desde tanta altura.» Artevelle leyó en estas palabras su sentencia: cerró la ventana, y probó á salvarse por una puerta de la espalda para refugiarse en una iglesia vecina: esperaba encontrar un asilo á los pies de aquel, cuya misericordia no se cansa como la piedad de los hombres. Mas ya llenaban la casa mas de cuatrocientos amotinados, y habiendo Artevelle tropezado con ellos, fue despedazado. Recibió la muerte de manos de Jerardo Denis, que parecia obrar impulsado por mas noble motivo, y que no queria ser mejor que él. Siendo el pueblo en la república legislador, juez y soberano, puede hacer la ley, pronunciar el fallo y ejecutarlo: el asesinato por la democracia es inicuo, pero legal. Artevelle se habia sujetado á semejante gobierno.

Eduardo supo en Eclusa el fin de aquel, que era, segun Froissard, *su grande amigo y su querido compadre*: dió las velas para Inglaterra, amenazando á Flandes, y declarándose siempre vengador de la muerte de los traidores. No tenia mas gana de pelear con los flamencos, que estos de hostilizarle, y asi es que enviaron una diputacion que le encontró en Lóndres. *¡Oh amado señor! le dijeron, teneis hijos é hijas de mucha hermosura: el príncipe de Gales no dejará de ser un varon poderoso, aunque no tenga la herencia de Flandes. Vos teneis una hija menor, y nosotros un tierno don-*

cel, á quien alimentamos y guardamos, y que es heredero de Flandes; ambos pudieran entazarse con el himeneo. Semejantes voces suavizaron el dolor finjido de Eduardo, y Artevelle cayó en olvido, como todos aquellos cuya fama no estriva en el jenio ni en la virtud.

RESUMEN.

Juan, duque de Normandía, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haber tomado á Angulema, sitia á Aiguillon con mas de cien mil hombres. — Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.

INVASION DE FRANCIA POR EDUARDO.

Este sitio fue fatal; por él se determinó Eduardo á pasar á Francia, y se vió privado Felipe de cien mil hombres que hubiesen podido hallarse en la batalla de Crecy. Todo estaba dispuesto en los consejos de la Providencia. »Pero, dice el grave historiador que conoció »muy bien nuestras antigüedades, las desgracias que »ha padecido la Francia, y las grandes victorias del »rey Eduardo, no debian persuadir la justicia de sus »quejas, sino que se debian mirar como castigo de los »vicios de los franceses. La restitution de pérdidas y »conservacion del estado hasta el presente, manifiestan que no ha sido arruinada.»

El duque de Normandía habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon hasta tomar la ciudad, á no ser que su padre le llamase: y envió al condestable de Eu y á Tancarville para que participasen á Felipe la resistencia que experimentaba. Felipe retuvo á su

cel, á quien alimentamos y guardamos, y que es heredero de Flandes; ambos pudieran entazarse con el himeneo. Semejantes voces suavizaron el dolor finjido de Eduardo, y Artevelle cayó en olvido, como todos aquellos cuya fama no estriva en el jenio ni en la virtud.

RESUMEN.

Juan, duque de Normandía, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haber tomado á Angulema, sitia á Aiguillon con mas de cien mil hombres. — Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.

INVASION DE FRANCIA POR EDUARDO.

Este sitio fue fatal; por él se determinó Eduardo á pasar á Francia, y se vió privado Felipe de cien mil hombres que hubiesen podido hallarse en la batalla de Crecy. Todo estaba dispuesto en los consejos de la Providencia. »Pero, dice el grave historiador que conoció »muy bien nuestras antigüedades, las desgracias que »ha padecido la Francia, y las grandes victorias del »rey Eduardo, no debian persuadir la justicia de sus »quejas, sino que se debian mirar como castigo de los »vicios de los franceses. La restitucion de pérdidas y »conservacion del estado hasta el presente, manifiestan que no ha sido arruinada.»

El duque de Normandía habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon hasta tomar la ciudad, á no ser que su padre le llamase: y envió al condestable de Eu y á Tancarville para que participasen á Felipe la resistencia que experimentaba. Felipe retuvo á su

lado á ambos señores, y mandó decir á su hijo, que continuase el sitio hasta que obligase á la ciudad á rendirse por hambre, ya que no podia por fuerza.

Sin embargo, el rey de Inglaterra, instruido de lo que pasaba en Guyena, preparábase á socorrer en persona al conde de Derby. Reunió en el puerto de Southampton mil buques, cuatro mil hombres de armas, diez mil archeros, dieziseis mil soldados de infantería lijera, de los que diez mil eran del país de Gales, y seis mil irlandeses: dejó el gobierno de Inglaterra encargado á los arzobispos de *Contorbery* y de *Yorck*, á los obispos de *Lincola* y de *Durham*, y á los señores de *Percy* y de *Neville*; y confió la guardia particular de la reina al conde de *Kent*, su primo. Eduardo, habiendo soplado vientos favorables á fines del mes de *Junio* del año *1346*, se dió á la vela con toda su escuadra para las costas de *Gascuña*.

Llevaba á su lado en el navío á *Godofredo de Harcourt* y al principe de *Gales*, que tenia entonces quince años: los otros señores embarcados eran los condes de *Hercford*, de *Northampton*, de *Arundel*, de *Cornouailles*, de *Warwick*, de *Huntingdon*, de *Suffolk* y de *Oxford*. Entre los barones y caballeros contábase *Juan Luis* y *Rojero de Beauchamp*, *Renaldo de Cobham*, los señores *Mortimer*, de *Mowbray*, de *Roos*, de *Lucy*, de *Felton*, de *Bradestan*, de *Mouton*, de *Man*, de *Basset*, de *Berkley* y de *Willoughby*. Otros combatientes que se hicieron despues célebres, como *Juan Chandos*, *Fitz Warren*, *Pedro* y *Jaime de Audelay*, *Rojero de Wettevalle*, *Bartolomé de Burgherst*, y *Ricardo de Pembridge*, se hallaban tambien á bordo de la *Barcada*, en el simple rango de donceles. De-

bemos añadir algunos extranjeros, como Oulphart del Ghistelle, del país de Hainaut, y cinco ó seis caballeros alemanes.

Durante dos días, los buques caminaron prósperamente hácia el puerto donde se dirijian: si hubieran entrado en Jironda se hubiese salvado la Francia, pero la Francia debía perderse. El que domina en el mar, hizo cesar el viento que favorecía la flota, y envió otro, que la repelió violentamente contra Cornouailles, y echaron áncoras. Eduardo esperó, ansiando la vuelta del primer viento, no dudando que la tempestad que ondeaba entonces su pabellon le conduciría al triunfo.

Hemos dicho que Godofredo de Harcourt se había embarcado en la *Nave real*: nunca había oprimado que se atacase á la Francia por el lado de Guyena, demasiado lejana del centro de nuestro imperio, y defendida como provincia fronteriza por una multitud de castillos; parecía que alguno hubiese revelado á aquel traidor la cólera celeste, aunque la venganza y el odio sobresalen en inteligencia. Cuando Harcourt vió la flota repelida á las costas de Inglaterra, se aprovechó de aquel incidente para hacer vacilar la resolución de Eduardo. »Señor, le dijo, siempre os he aconsejado, y os aconsejo aun que tomemos tierra en Normandía: ninguno »se opondrá á vuestro desembarco. Hace mucho tiempo »que los pueblos de aquel canton están sin armas, y »nunca han visto la guerra: toda la nobleza de la provincia hállase ocupada en el sitio de Aiguillon. En- »contrareis un país abierto lleno de populosas ciudades »no muradas, donde vuestros soldados se enriquecerán »para veinte años. Ruégoos que me escuchéis, y res- »pondo de todo con mi vida.»

El rey prestó oídos al consejo, y mandando levar áncoras, quiso servir él mismo de piloto: pasó con su navío á la cabeza de la flota, é hizo volver las proas hácia las costas de Normandía. Las calamidades de cien años fueron el fruto de la inspiracion de un momento y del cambio de los vientos en la atmósfera.

Los franceses, que tantas veces habian devastado los territorios extranjeros, iban á su turno á experimentar las abominaciones de la conquista: desde la invasion de los normandos no habian visto á los enemigos en el corazon de su país, y ahora, pasados cuatro siglos, un normando se preparaba á sembrar la desolacion. Los mil buques ingleses se presentaron delante de La Hogue-Saint-Wast, en Cotentin: cubierto de sus armas, rodeado de sus caballeros, Eduardo que venia en el gran navio que precedia á los otros, desarrollaba al viento los colores de Inglaterra, que eran blancos entonces, porque nosotros habíamos adoptado el encarnado. Abordó sin obstáculos, como se lo habia anunciado Godofredo de Harcourt, en el puerto de La Hogue el 12 de Junio de 1346. Cerca del cabo de este nombre vertieron los franceses en el reinado de Luis XIV su sangre para reponer á un monarca ingles en el trono de sus mayores.

La tierra de San Salvador, que pertenecia á Godofredo de Harcourt, estendíase hasta La Hogue, y desde encima de los navíos ingleses, Harcourt descubria el sitio mismo de su nacimiento, y las playas llenas de los recuerdos de su juventud. Al enseñar á Eduardo el país que iba á devastar, podia decirle: »Ahí está la torre de la iglesia en que fui bautizado; »aquella es la habitacion del castillo en que me eric:

»ahí vuestros soldados podrán deshonrar el tálamo de
»mi madre, y mas allá desenterrar los huesos de mis
»abuelos.”

Cuando Godofredo imprimió sus huellas en la arena, ¿como pudo ver sin conmoverse á los labradores huyendo delante de él en los mismos campos en que habia pasado su infancia, y por los propios caminos que le guiaban al techo paterno? Un historiador figura á Roma diciendo á Manlio Capitolino: »Manlio,
»te he mirado como el mas querido de mis hijos cuando arrojabas á los enemigos desde lo alto del Capitolio; pero ahora que desgarras mi seno, ve, desventurado, y así seas precipitado como los galos de los cuales has alcanzado victoria.”

La Francia, llena de heridas, con los ojos llorosos, y envuelta en su despedazado manto, hubiera podido decir á Godofredo de Harcourt: »Caballero falso y traidor, te aguardo en Crecy sobre el cuerpo sangriento de tu hermano fiel á su patria. ¡En vano te arrepentirás! tu arrepentimiento no durará mas que tu inocencia. Traidor de nuevo, morirás con fe mentida, doblemente infamado por tu crimen y por el perdón de tu rey.”

Habiendo la flota echado el ancla, verificose el desembarco en una playa desierta, imájen de lo que iba á ser nuestra patria hollada por los ingleses. Eduardo cayó, segun dicen, al fijar la planta en la arena, como César en Africa, y como Guillermo el Bastardo en Inglaterra. Vertió sangre de la nariz, y los caballeros horrorizados con el presajio dijeron al rey: »Querido señor, volved á vuestra nave, y no os internéis en tierra, porque esta señal es para vos no li-

»sonjera." Eduardo respondió alegremente: »El signo no es muy bueno; esta tierra me desea." Hay palabras y aventuras propias de todos los conquistadores; el mismo instinto y las mismas costumbres distinguen á los animales de presa.

En el sitio mismo del desembarco armó caballero el rey de Inglaterra á su hijo el príncipe de Gales: la tierra de Francia tiene la propiedad de producir héroes, aun en sus enemigos. Eduardo nombró condestable al conde de Arundel, y mariscales á Godofredo de Harcourt y al conde de Warwick.

Cotentin forma una semi-isla, y Eduardo ordenó sus soldados segun la naturaleza del terreno que tenia que recorrer: dividiolos en tres cuerpos, dos de los cuales, es decir, las dos alas del ejército, mandadas por los dos mariscales, marchaban la una por la derecha, y la otra por la izquierda de la orilla del mar, barriendo las dos riberas de la semi-isla, mientras que el cuerpo de batalla donde se hallaban Eduardo, el príncipe de Gales y el condestable, se dirigia al centro por medio de las tierras. Cada noche las dos alas se replegaban, y venian á acampar en los flancos de la cabalgada del rey. El conde de Huntingdon se habia quedado en la armada con ciento y veinte hombres de armas, y cuatrocientos archeros, y tenia orden de seguir costeando el movimiento de las tropas. Con esta hermosa disposicion militar, el ejército de Eduardo, moviéndose en una sola y larga línea, y abrazándolo todo delante de ella, se desarrollaba lentamente sobre la Francia como un océano de llamas.

Nada se libró en mar y en tierra de la desolacion

de aquel monarca, que se decia rey de los franceses, y que venia á reinar sobre franceses: por mar todos los barcos, desde el navio mayor hasta el mas reducido batel, fueron tomados y reunidos á la armada inglesa: por tierra, todas las ciudades y aldeas sufrieron el saqueo y el incendio. Barfleur sucumbió la primera, y aunque se rindió sin resistencia, no por eso dejó de ser entrada á saco; perdió oro, plata y preciosas joyas. Encontraron tanto cúmulo de riquezas, que los saqueadores no se cuidaban de los paños forrados de verde. Los habitantes aprisionados en la ciudad fueron sepultados en la armada inglesa: incendiaron á Cherburgo; el castillo se defendió, y destruyeron hasta los cimientos de Monteburgo, Valonia y Carentan.

El cuerpo de batalla no causaba menos estragos en medio del país. Godofredo de Harcourt iba delante de la batalla del rey con quinientas armaduras de hierro y dos mil archeros, y como conocia bien los pueblos de su patria, trazaba el camino. Halló el país repleto y plantado de todas las cosas, y las trojes llenas de trigo y avena: las casas rebosando en riquezas, opulentos vecinos, carros, carretas, caballos, cerdos, carneros y bueyes que se criaban en aquel país, y que eran los mejores del mundo. Los habitantes huían delante de los ingleses, de tan lejos, que apenas oían hablar de ellos abandonaban sus casas y sus trojes del todo llenas. Así los ingleses incendiaban, robaban, destruían y saqueaban el hermoso país de Normandia. Saint-Lo, donde habia entonces fábricas considerables de paños, pereció; y habiéndose reunido los tres cuerpos del ejército ingles, adelantáronse hácia la llanura de Caen. Por la relacion de los infortunios de la Francia, aprendemos el

curioso detalle de su cultura y de su industria interior en este tiempo.

No habian ignorado en París el armamento de los ingleses; pero no habian podido adivinar sobre qué punto descargaría la borrasca; apenas supieron que estallaríá en el corazon del reino, cuando Felipe se apresuró á enviar á Caen al conde de Eu, condestable de Francia, y al conde de Tancarville, recientemente venido del sitio de Aiguillon. Lanzáronse en la ciudad acompañados de algunos hombres de armas, y encontraron en ella á Guillermo Bertrand, obispo de Bayeux, que se habia encerrado con la nobleza que habia quedado en el país. Caen era una ciudad mercantil y popular, llena de ricos vecinos, de nobles damas y de hermosas iglesias, pero sus murallas estaban abiertas en varios puntos; y su castillo bastante fuerte, no defendía la ciudad sino por un lado. Trecientos jenoveses mandados por el señor de Wargny componian toda la guarnicion. Ya era un gran progreso en administracion el poder mantener, como lo hacia Felipe entonces, cien mil hombres en Gascuña; mas no habiéndose establecido aun el sistema de tropas asalariadas, lo restante del reino se hallaba sin una defensa regular. La edad media, que no tenia ejército permanente, existía en el estado mas favorable á la libertad, y por la falta de luces fue un tiempo de esclavitud: cuando las luces se estendieron, llegaron los soldados.

La armada inglesa habia tocado la embocadura del Orne, rio que pasa por Caen; y Eduardo, acampado á dos leguas de la ciudad, creía que iba á experimentar alguna resistencia. El conde de Tancarville

queria con razon que se contentasen con defender el puente sobre el Orne, el castillo y el recinto de la ciudad, y que se abandonasen los arrabales; mas los vecinos dijeron que se reconocian con fuerzas suficientes para combatir al rey de Inglaterra en campo abierto. Apoyó el condestable este pensamiento fanfarron, y por sus consecuencias fue acusado de incapacidad, cobardía y traicion. En otro tiempo habia recibido dones y presentes de Eduardo: durante su cautividad en Inglaterra se hizo enteramente sospechoso por los halagos de este príncipe. Para un trono son necesarias las victorias, y Felipe solo conocia desgracias: la desdicha releva á los mortales del juramento de fidelidad.

Eduardo, resuelto á esterminar una ciudad, oyó misa al nacer el sol: algun tiempo despues, violando los sepuleros y asesinando los pueblos, mandó celebrar magníficos officios por los nobles normandos decapitados por la felonía de Godofredó de Harcourt.

Sin embargo, los vecinos de Caen, ordenados en batalla, no cumplieron lo que habian ofrecido: apenas vieron que se acercaban las banderas de los ingleses, y oyeron silbar las flechas, huyeron. Los enemigos entraron confundidos con ellos en la ciudad, porque el rio venia tan escaso, que se le vadeaba por todas partes. El condestable se puso en salvo con el conde de Tancarville, en una puerta á la entrada del puente delante de la iglesia de San Pedro. Varios caballeros y escuderos se refugiaron en el castillo: el condestable subido á las almenas, distinguió, mirando á lo largo de la calle, á los archeros ingleses matando á los habitantes, y sin perdonar á ninguno. Entre los soldados reconoció á un caballero tuerto, Tomás Holland,

con quien habia en otro tiempo contraido amistad en las guerras de Prusia y de Granada. Llamole, y se le entregó con el conde de Tancarville y otros veinte caballeros.

Los habitantes, viendo que no les daban cuartel, formaron barricadas, y comenzaron á defenderse; arrojaban de las ventanas y desde encima de los techos, muebles, ladrillos y piedras sobre los ingleses. Estos hundian las puertas, se abrian camino con el hierro y el fuego, violaban las mujeres en medio de las llamas, y asesinaban á todos sin distincion de edad, de sexo y de condicion. Cada edificio daba ocasion á un asedio, donde se repetian los horrores que se ejecutan en una ciudad tomada por asalto. Mas de quinientos ingleses habian perecido en aquel tumulto. Eduardo, que estaba furioso, mandó pasar á cuchillo á todos los franceses, y que un vasto incendio coronase la obra. Godofredo de Harcourt se hallaba presente cuando se dió la órden: por la vez primera sintió remordimientos; espuso al monarca extranjero que le quedaba todavía un pais dilatado que atravesar, y á Felipe á quien combatir; que le importaba contener á sus soldados, porque los vecinos de Caen desesperados, venderian caras sus vidas, y que si por el contrario usaba de misericordia, encargábase Harcourt de reducir la ciudad en breves horas.

Este consejo, al que cedió Eduardo, ahorrando algunos males particulares, causó un mal jeneral á la Francia. En el principio de una invasion, el ejemplo de un sacrificio inflama los corazones, los hace palpar á impulso de la virtud y de la gloria, é inspira aquel entusiasmo que hace una nacion invencible: los

trecientos esparciatas salvaron la Grecia en las Termópilas. Harcourt cabalgó de calle en calle, mandando de parte del rey de Inglaterra, que ninguno, bajo pena de horca, fuese osado á prender fuego á las casas, violar mujeres, ni matar á los hombres que opusiesen resistencia. Los vecinos cesaron al punto de combatir, y abrieron sus puertas: entonces comenzó una especie de saqueo regular, que duró tres días. Eduardo se reservó en la parte del botín las joyas, la hajilla de plata, la seda, las telas preciosas y los paños. Compró de Tomás de Holland, por la suma de veinte mil nobles, al condestable y al conde de Tancarville. Ambos señores fueron embarcados en el gran navío de la armada inglesa con sesenta caballeros prisioneros y trecientos vecinos, de quienes esperaban rescate, no obstante que todo lo habían perdido. El navío trasladó á Londres á los cautivos y á los mas preciosos despojos. A los ojos del resto de los ingleses, este era un cebo para que corriesen á saquear la Francia.

Caen encerraba el sepulcro de Guillermo el Bastardo: el suelo en que descansaba su tumba habia sido en otro tiempo disputado á los restos del príncipe por un vecino llamado Ascelino, que decia que aquel pedazo de tierra, propiedad de su padre, habia sido tomado contra toda justicia por Guillermo cuando vivia. Los hijos de los compañeros que Guillermo habia conducido á la conquista de Inglaterra, volvian á conquistar y á profanar sus cenizas.

Dos cardenales legados, á quienes Eduardo no quería escuchar, fueron testigos de la ruina de Caen. He notado ya, y notaré en adelante, los esfuerzos de la santa sede para contener la efusion de sangre en las

guerras crueles. Era un espectáculo que conmovia el ver á los hombres de misericordia siguiendo por todas partes á los hombres de sangre, procurando hacer caer las armas de sus manos, rogando antes del combate, llorando despues de la victoria, siempre rechazados, jamás cansados, palomas de paz errando de campo de batalla en campo de batalla con los buitres.

Felipe reunia en Saint-Denis un ejército, y los principes sus vasallos, sus aliados ó sus amigos se apresuraban á reunirse en su auxilio. El conde Beaumont, Juan de Hainaut, poco tiempo hacia reconciliado con la Francia, corrió con un gran número de caballeros; el duque de Lorena se puso al frente de trecientas lanzas; y los condes de Saboya, de Salbruges, de Flandes, de Namur, de Blois, toda la nobleza que no se hallaba en el sitio de Aiguillon, concurrieron á Saint-Denis. Juan, rey de Bohemia, hallábase entonces en sus estados: su hijo Carlos acababa de ser elegido emperador: el antiguo emperador escomulgado, Luis de Baviera, inquietaba al nuevo emperador, y el rey de Bohemia habia perdido la vista: tantas razones parecian deber detenerle en Alemania; mas cuando recibió los correos de Felipe, en vano intentaron contenerle sus ministros. El viejo monarca que se ha convertido en un modelo de lealtad, dijo á sus barones: »¡Ah! ¡ah! aunque ciego, no he olvidado nunca el camino de Francia. Quiero ir á defender á mis queridos amigos y á los hijos de mi hija, á quienes pretenden robar los ingleses.» Juan partió en efecto con su hijo Carlos, y vino al encuentro de Felipe.

Eduardo habia salido de Caen. Los titulos solos de los capitulos de nuestras crónicas dan una idea de

su marcha, *de los males que los ingleses hicieron en Normandía, de cómo fue saqueada tal ciudad, y de cómo el país entero fue incendiado, despoblado y robado.* Tomó primero el camino de Evreux, pero hallando cerrada la ciudad, no quiso atacarla; apoderose y entregó á las llamas á Louviers, ya conocida por sus fábricas de paños; de allí se adelantó á Rouen; los condes de Evreux y de Harcourt tenían en ellas el mando. Godofredo de Harcourt pudo ver flotar sobre la muralla de Rouen la bandera de su hermano.

Felipe habia mandado romper todos los puentes del Sena, desde Paris hasta Rouen; y el mismo rey, habiendo descendido de Paris con su ejército, encontrábase en Rouen en el instante en que los ingleses se presentaron al otro lado del Sena. Eduardo pasó sin insultar la ciudad, de la que le separaba el rio; espiaba la ocasion de entrar en Picardía para retirarse á Ponthieu que le pertenecía. Subió el Sena, continuando sus estragos; Felipe marchaba por la orilla opuesta arreglando su movimiento al de los enemigos, á quienes seguia por las huellas de sangre y á la claridad de los incendios. Redujeron á cenizas á Pont-de-l'Arche, Vernon, Mantes, y á la villa de Meulan; los forrajeadores penetraron en el país de Chartrain. El ejército inglés llegó de este modo hasta Poissy, cuyo puente estaba destruido, mas desgraciadamente quedaban los machones y las ataduras, lo cual facilitó su restablecimiento; Felipe llegó á Paris al propio tiempo que Eduardo á Poissy. La civilizacion de los tiempos modernos ha puesto fin á los desastres voluntarios de las antiguas guerras; pero los bárbaros mismos rara vez verifica-

ron una invasión con tanta inhumanidad como esta carrera sangrienta de Eduardo.

Derramáronse por los contornos de Poissy partidas inglesas, que convirtieron en cenizas el castillo de San Jerman, en Laye, Nanterre, Ruel, Saint-Cloud y Neuilly. Por la noche desde París se distinguía en el cielo la reflexion de las llamas, y de dia desde lo alto de las torres de nuestra Señora, descubriáanse las aldeas por los espesos torbellinos de humo que se elevaban. Los habitantes de París no habían corrido un peligro semejante desde la invasión de los primeros normandos; á semejanza de los ciudadanos de Lacedemonia, antes del tiempo de Epaminondas, sus esposas no habían visto los fuegos del campamento enemigo. Al presente, París ha recibido al extranjero dentro de sus muros, y Esparta se levanta de sus ruinas.

Felipe intentó ponerse á la cabeza de su ejército en Saint-Denis, y la muchedumbre se arrojó á sus plantas: »¡Ah, señor y noble monarca! ¿que vais á hacer? ¿Quereis abandonar la noble ciudad de París? » Los enemigos se hallan á dos leguas de distancia, y » pronto estarán aquí. Si vos partís, ninguno habrá que » nos defienda de ellos." El rey respondió: » Buenas » jentes, no temais á los ingleses: no se acercarán á vos » otros. Voy á Saint-Denis al frente de mis jendarmes, » porque quiero cabalgar contra los ingleses, y comba- » tirlos."

Estas palabras no calmaron enteramente los ánimos: los terrores del pueblo van casi siempre mezclados con la sedición y la locura: por una parte no querían que el rey se alejase, porque París quedaba sin

defensa; y por otra negábanse á tomar las medidas necesarias para poner la ciudad á cubierto de un golpe de mano. París no estaba todavía rodeado de murallas, ó las que habia levantado Felipe-Augusto no existian ya; y el rey mandó abrir trincheras. Era preciso derrocar algunas casas, y los propietarios se opusieron: *notad la fuerza de la libertad civil en un tiempo en que la libertad política no era nada. El pueblo tomó el partido de los propietarios: el rey de Bohemia corrió con quinientos caballos á calmar la sedición, lo que únicamente se consiguió abandonando la obra.*

A estas turbaciones y rebeliones de hombres, que nada tenían que perder, y se alegraban de la pública calamidad, mezclábanse otros motivos de confusion: todo se habia inundado de traidores pagados por Eduardo con sus rapiñas: estos traidores se aumentaban con el rebaño de los débiles y jentes sin corazon y sin carácter naturalmente unidas á los malos, especie de falsarios, que son causa del miedo y de la adversidad. Muchos comenzaron á creer que el rey de Inglaterra tenia derechos á la corona de Francia, porque vencía.

El interes era grande, y asombroso el espectáculo: Eduardo en Poissy, en la cuna de San Luis, y Felipe en Saint-Denis, en el sepulcro del mismo monarca, ambos dispuestos á lanzarse de sus barreras, y á disputarse el cetro del rey que se habia llevado su corona al cielo.

A juzgar por las apariencias iba á triunfar el derecho de justicia. Mientras Eduardo no habia encontrado obstáculo alguno, habíase adelantado abismando el pais; mas tuvo que pensar en la retirada al punto que se presentó Felipe; lo mismo que el lobo, dice

Mezerau, que despues de haber hecho gran carniceria en un redil, cuando oye ladrar á los mastines, no piensa sino en retirarse á los bosques. La retirada no era fácil. Eduardo no se hubiera atrevido á arrojarle sobre una ciudad como París, apoyada por un ejército de cien mil hombres. Si hubiera vuelto atras, hubiéranle perseguido en un suelo arrasado: si insistia en su primer proyecto de acantonarse en el Ponthieu, el Sena, cuyos puentes habian sido destrozados, cerraba el camino al príncipe inglés, y aun cuando hubiera pasado, hallaríase encerrado entre las aguas de aquel rio, las del Oise, el curso del Somme, y el ejército francés que estaba en Saint-Denis. Sin embargo, este era el único plan que tenia apariencias de triunfo.

Cuatro dias hacia que Eduardo preparaba en secreto los materiales necesarios al restablecimiento del puente de Poissy, y habia divulgado la voz de que no pudiendo atravesar el Sena por el sitio donde se habia acantonado, tentaria el paso mas arriba de París. El dia de la Ascension celebró en la abadía de las Damas la fiesta de la Virgen: dió un gran banquete con suma afectacion, que presidió ornado con un traje sin mangas, de color de escarlata, forrado de armiño, como hubiera podido hacerlo San Luis, tranquilo en el seno de su reino, y en el lugar de su nacimiento: sus tropas habian recibido órden de ponerse en movimiento para circunvalar á París. Engañado por aquellas maniobras y por falsas noticias, Felipe habia acampado en el puente de Antony, con el fin de cortar el camino á los enemigos. No salió de Saint-Denis hasta que Eduardo, por medio de una contramarcha, repasó el Sena en Poissy, cuyo puente habia recompuesto

con prodijiosa diligencia. La vanguardia de los ingleses, mandada por Godofredo de Harcourt, estaba apenas al otro lado del Sena cuando tropezó con las milicias de Amiens, guiadas por cuatro caballeros de Picardía. Harcourt atacó á aquellos plebeyos, que se defendieron valerosamente, pero que quedaron derrotados y tomados sus bagajes; mil y doscientos de los llamados *buenas jentes*, fueron muertos en el campo despues de haber arrostrado y hecho frente los primeros á los destructores de su pais. Tales eran aquellos comunes que formaban el fondo de la verdadera nacion francesa, y de los que para eterno oprobio nunca habla nuestra historia, sino para darles nombres afrentosos.... ¿Los orgullosos nobles eran mas bravos, cubiertos con sus coseletes y sus cascos de hierro á prueba de flecha y de lanza, que los paisanos armados de un baston ó de una hoz, y espuestos casi desnudos á la carga de aquellos centauros de bronce? No estaba lejos el momento en que la pólvora, brillando en Crecy, igualaria los peligros, nivelaria las clases en el campo de batalla, y permitiria en fin á la gloria inscribir al pueblo frances en sus propios anales.

Felipe no supo hasta despues de dos dias que habian levantado las tiendas inglesas; y aunque tenia á la cabeza de las huestes un jeneral mas diestro que él, no por eso carecia de arrojo ni de conocimientos militares: no debemos atribuir gran parte de sus increíbles faltas y de los triunfos de sus enemigos, sino á aquel vértigo de infidelidad que se habia apoderado de una parte de sus vasallos: tan verdadero es, que no todos los entendimientos conocian evidentemente la ley sálica. Entonces reconoció, dice un his-

torizador, que estaba rodeado de traidores que le engañaban con falsas noticias, y daban aviso á los ingleses de todos sus pasos; y desesperado de haber dejado escapar la presa, corrió en su seguimiento. Propuso la batalla á Eduardo en la llanura de Vaugirard si queria retroceder, ó entre Pontoise y Fraucoville, si preferia detenerse y esperar. Eduardo respondió que no necesitaba consejos de su enemigo, y siguió el camino.

Llegados á los campos de Beauvois, arrasolos como los restantes, pasó por debajo de las murallas de Beauvais, cuyos arrabales incendió y saqueó, porque su obispo defendió arrojadamente la ciudad. La abadia de San Luciano, fundada por Childerico, estaba cerca de Saint-Germain-des-Pres, el edificio religioso mas antiguo de la Francia, y Eduardo sentó allí sus cuarteles: habiéndolos levantado al día siguiente, miró atras, y habiendo visto las llamas que salian de las torrecillas de sus huéspedes, mandó prender á algunos incendiarios. Habia vuelto en si por politica, y mandó respetar las iglesias: órdenes risibles que no engañan al cielo, y que no escucha el soldado.

Asi parecia la patria, asi sus ciudades, sus cabañas, los templos de su religion y los monumentos de sus reyes. Crecy iba á coronar tantos desastres, y á terminar la marcha triunfal de Eduardo por medio de las ruinas.

De la abadia de San Luciano vino á alojarse en Milly, de Milly á Grand-Villiers: desfiló por delante de Dargies, incendió el castillo, y forrajeó en los contornos. La ciudad de Poix no se defendió; solo habian quedado en sus dos castillos *dos lindas señoritas*, hijas del señor de Poix, las cuales hubieran

sido deshonradas si el señor de Basset y Juan Chandos no las hubiesen conducido á la presencia del rey de Inglaterra. Los vecinos de Poix se libertaron del saqueo por una suma considerable; mas al día siguiente mediaron contestaciones, y siguió á ellas la matanza jeneral de los habitantes. En fin, Eduardo acampó en Airaines, y envió sus mariscales para que buscasen un paso en el Somme.

Allí debieran haber terminado sus triunfos y comenzado sus espiaciones: Felipe, corriendo á marchas forzadas, iba á presentarse á la cabeza de cien mil hombres animados como su rey por la mas justa venganza.

Los ingleses no contaban mas de treinta mil combatientes: hallábanse fatigados con tan largo camino, y embarazados con el botín; y cercados por el mar, el ejército frances y el rio Somme, cuyos puentes yacian rotos ó custodiados, creian tocar el momento de su pérdida. Los mariscales ingleses habian intentado en vano forzar el puente de Remy, despues el de Long en Ponthieu y el de Pequigny; y no habiendo podido descubrir vado alguno en el Somme, volvieron á dar cuenta á Eduardo de sus inútiles investigaciones: en aquel momento entraba Felipe en Amiens.

Arrepintiéndose de sus triunfos el monarca de Inglaterra, envió á proponer una suspension de armas, ofreciendo volver cuanto habia tomado; mas ¿podia tornar la vida á los labradores, á los vecinos pacificos, á las familias inocentes inmoladas por su ambicion? ¿Tantas calamidades debian considerarse como juegos de los reyes, que no dejan huella alguna cuando place á los mismo reyes interrumpirlos? Jefe y pa-

dre de la patria, el monarca lleno de dolor y de resentimiento, lo rehusó todo: un historiador dice que Felipe, no aceptando las proposiciones de Eduardo, se mostró injusto, y se hizo culpable de los infortunios de la Francia: esto es abusar del espíritu filosófico, y juzgar los acontecimientos por su resultado. Felipe debía obtener para sus pueblos una reparación solemne: debía procurar que los extranjeros recibiesen una lección duradera, y que aprendiesen cuál sería su suerte si volvían jamás á renovar aquellas incursiones de salteadores. Un enemigo de tan mala fe como Eduardo no hubiera podido escapar tan pronto del peligro si hubiese comenzado de nuevo sus estragos. Mas la batalla de Crecy fue desgraciada: la fortuna no siempre sigue á la justicia, y los derechos de la segunda no son menos reales, aunque los abandone la primera.

El rey de Inglaterra, dice Froissard, estaba muy pensativo en Airaines, oyó misa al salir el sol, y mandó tocar las trompetas para partir. Atravesó el país de Vimeu, y se acercó á Abbeville: incendió una grande aldea en los contornos, y fue á dormir al hospital de Oisemont. Felipe, partido de Amiens, hallábase á la una de la tarde en Airaines: allí encontró provisiones de carnes, pan, piernas asadas, vino en toneles y barriles, y muchas mesas ordenadas que los ingleses habían dejado. Los mariscales de Eduardo que habían despedido por lo largo del Somme hasta Saint-Valery, siempre con el ansia de buscar un vado, volvieron aquella tarde á decir á su amo, que no habían sido mas dichosos que la vez primera. Si Felipe se hubiera adelantado algunas horas, ó si hubiesen guarda-

do mejor el vado de Blanque-Taque, habia llegado la hora de los ingleses.

El monarca y el ejército que habian causado tantos estragos, resentianse á su vez del terror que habian inspirado. Perdida su reputacion como jeneral, menospreciado como rey, aborrecido como hombre, Eduardo debia acabar como un aventurero y como un incendiario. La derrota hubiérale convertido en un jefe sin mérito, sin prevision, sin arrojo, y el triunfo le convirtió en un capitan ilustre: parece que la victoria es el injenio; en un momento separa el oprobio de la gloria.

Era de noche: ninguno dormia en el campamento ingles; los unos se dolian del botin que iban á perder; los otros lloraban á sus esposas, á sus hijos y á su patria. Los soldados que habian explorado el rio, hacian horribles relaciones: otros creian oir ya los clamores del ejército frances que habia ofrecido no dar cuartel al enemigo; juramento que Felipe habia pronunciado en su cólera, y que no hubiera cumplido lograda la victoria.

Los jefes no tenian menores alarmas: estrechado contra el mar, y retirado bajo su tienda como un jabalí en su cubil, Eduardo lanzaba en silencio miradas sombrías, que eran mas tiernas al fijarse en su hijo: este príncipe jóven, destinado á ser el modelo de la caballería, estaba sin saberlo en la víspera de su nombradía, y brillaba ya con la aurora de aquella gloria próxima á amanecer para él. Su armadura negra, dando una gracia particular á su alta estatura y á su juventud, realizaba todavia la blancura de su tez; porque era alto y pálido, tal como han pintado

después al capitán Bayardo, aunque era más hermoso.

Para determinar, reúne Eduardo su consejo á la luz de las antorchas: inspirado por la desgracia de la Francia, manda que se le presenten los prisioneros del territorio de Vimeu y de Ponthieu, preguntándoles si sabían algún vado más allá de Abbeville, y prometiendo al que lo manifestase la libertad y veinte cautivos. Un criado, llamado Gobino Agace, se hallaba entre estos desventurados; la historia ha conservado su nombre ignoble, como el de aquellos hombres de perdición que emplea la Providencia cuando quiere castigar á los pueblos.

Este criado declaró que existía un vado por el que podían pasar de frente en muchos sitios doce soldados, dos veces al día, en baja mar: el fondo de aquel vado componíase de una arena blanca y dura, de la que había provenido el nombre de Blanque-Taque, ó de Blanche-Tache, ó de Blanche-Cayeux. El criado añadió que se le podía atravesar en carros, y que el agua solo llegaba á la rodilla del hombre. *«Campeſino, gritó Eduardo trasportado de alegría, si sale verdad lo que dices, romperé tus cadenas y las de todos tus compañeros, y te regalaré cien escudos nobles.»* Y Gobino Agace le respondió: *«Señor, lo aseguro con mi cabeza.»*

Al instante ordenó Eduardo á sus capitanes que estuviesen preparados: á media noche sonó la trompeta: *litaron las acémilas, cargaron los carros, y tomaron las armas.* Al despuntar el día los ingleses abandonaron á Oisemont, y comenzaron á desfilar: serviales de guía Gobino Agace: Harcourt iba en la vanguardia: así dos franceses marchaban á la cabeza de la fuga de nuestros enemigos. Salía el sol cuando llegaron al vado,

y si la alegría de los ingleses habia sido grande cuando se lisonjearon atravesar el Somme, mayor fue su despecho al llegar á sus orillas; porque el mar estaba alto, y la corriente venia de ribera á ribera. Al otro lado del rio descubriense doce mil franceses ordenados en batalla, y mandados por el bravo Godemar de Fay, que tan valerosamente habia defendido á Tournoi. Felipe, previendo que el enemigo descubriria el vado de Branche-Tache, habia destacado de su ejército mil hombres de armas y seis mil archeros jenoveses. Este cuerpo, al que se reunieron los comunes de Abbeville, pasó el Somme en Saint-Seigneur, y descendió á Branche-Tache.

Cuatro horas largas transcurrieron hasta que el vado estuvo practicable: entonces el monarca ingles dió la señal, y mandó á los dos mariscales Warwick y Harcourt que atravesasen el Somme, *con las banderas al viento, en nombre de Dios y de San Jorje, caminando delante los mas valerosos y los mejor montados.* Eduardo, seguido del principe de Gales, se arrojó en el agua con la espada en la mano: los caballeros franceses de la orilla opuesta bajan las lanzas, vienen á su encuentro, y reciben ardientemente al enemigo. Empéñase el combate en el lecho mismo del rio: el peligro de los ingleses era inminente, porque no tenian mas que dos horas para verificar el paso de sus tropas, carros y bagajes, á causa de que la vuelta del flujo los hubiera arrebatado. En la ribera que dejaban comenzábase á descubrir los corredores del ejército de Felipe. La necesidad dobla las fuerzas y el arrojo de los enemigos: sus archeros arrojaron á flechazos á los archeros jenoveses que ocupaban la ribera derecha del

Somme. Harcourt y Warwick llegaron á la orilla con algunos escuadrones , cargaron á los franceses , los arrollaron , y ganaron un terreno , en el que se formó detras de ellos el ejército de Eduardo , á medida que salió del agua. Entonces las milicias , mandadas por Du Fay , emprendieron la fuga , y él mismo se vió obligado á retirarse.

Apenas el enemigo hubo pasado , cuando la vanguardia de nuestro ejército entró en el campamento abandonado por los ingleses : apoderose de los carros , y prendió á trecientos ó cuatrocientos rezagados. Fácil hubiera sido ejercer represalias en aquellos incendiarios de cabañas , pero concediéronles la vida. Felipe llegó y vió á Eduardo al otro lado del Somme , é intentó seguirle ; mas ya la alta marca llegaba al vado , y hubo que perder un día para retrogradar y atravesar el rio en Abbeville. Eduardo efectuó el paso el 24 de Agosto de 1346 , día de San Bartolomé.

Tal es la narracion que Froissard y otros muchos despues de él nos ofrecen del encuentro de Blanche-Tache ; pero el continuador de Nanjis y el autor anónimo de la crónica de Flandes , afirman que Godemar du Fay se retiró sin combatir. Mezeray añade que era pariente de Godofredo de Harcourt , y que se vendió á Eduardo : lo cierto es que Felipe intentó prenderle despues por traidor. Mas la cólera del rey escitada por la desgracia , y el testimonio de dos historiadores que adoptan todas las hablillas populares , no bastan para destruir la narracion circunstanciada de Froissard , y para deshorrar la memoria de un antiguo capitan que habia dado tantas pruebas de arrojo y de fidelidad. Felipe contaba cien mil combatientes ; si en vez de doce

mil hombres hubiese enviado treinta mil al vado de **Blanche-Tache**, número igual al del ejército de **Eduardo**, probable es que los ingleses se hubiesen perdido.

Eduardo, pasado el vado, dió gracias á Dios, mandó llamar á **Gobino Agace**, le concedió la libertad juntamente con sus compañeros, y le dió los cien nobles ofrecidos y un caballo.

El enemigo entraba en las llanuras abiertas, donde los franceses no dejarían de esperarle; no podía vivir *mas* que del saqueo, y el saqueo retardaba su marcha. Si **Eduardo** aceleraba la retirada con un ejército fatigado, y en presencia de tropas frescas y superiores en número, *no tardaría en convertirse la retirada en fuga*: sabía que los comunes de Flandes le enviaban un socorro de treinta mil hombres, y estas distintas *consideraciones le determinaron á no precipitarse, á elegir solo posiciones fuertes para ponerse al abrigo de Felipe, ó combatirle teniendo alguna ventaja.*

Con tal acuerdo, que revelaba las miras y los talentos de un capitán, señaló para su primer campamento una altura que domina á **Crecy**, aldea para siempre famosa en la orilla del pequeño río de **Maye**. El condado de **Ponthieu** había sido dado en dote á **Isabel**, hija de **Felipe el Hermoso**, y madre de **Eduardo**: el rey de **Inglaterra** tuvo por buen agüero el defenderse si le atacaban en la tierra materna que parecía deber amarle: los hombres se juzgan mas fuertes cuando pueden autorizarse con alguna cosa semejante á la justicia.

Felipe, que temía aun que se escapase el enemigo, no dejó tomar reposo á sus tropas, que desfilaron por el puente de **Abbeville**. Alojado en la abadía de

San Pedro de aquella ciudad, el monarca convidó á cenar á los principes, de los que la mayor parte hicieron entonces lo que los mártires cristianos llamaban *el banquete libre*, el último banquete antes de ir á morir. El 25 de Agosto de 1346, al despuntar la aurora, el ejército frances todo entero habia pasado el Somme: marchaban á su cabeza cuatro reyes; Felipe el Afortunado, rey de Francia; Juan el Ciego, rey de Bohemia; Carlos su hijo, electo emperador, llamado rey de los romanos, y el monarca destronado de Mallorca. Distinguíanse tambien allí el conde de Alenzon, hermano del rey, que fue causa de que se perdiese la batalla; el conde de Blois, su sobrino; Luis, conde de Flandes y su tierno hijo; los condes de Saucerre, de Auxerre; Juan de Hainaut, conde de Beaumont; los duques de Lorena y de Saboya, y toda la nobleza que no estaba en el sitio de Aiguillon; y entre los escuderos y caballeros, Harcourt, hermano mayor de Godofredo de Harcourt.

Al salir de Abbeville, engañado por una noticia falsa, creyó Felipe que los ingleses habian abandonado á Crecy: y habia andado ya dos leguas por camino opuesto, cuando supo que Eduardo conservaba sus primeras posiciones. Fue preciso hacer alto, mudar de camino y enviar á reconocer al enemigo. Miles Desnoyers, porta-oriflama, y los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Basle, dice el monje, se encargaron de aquella mision.

El ejército ingles, dividido en tres cuerpos, cubria la colina de Crecy: en la cúspide de la colina habia un bosque que Eduardo hizo circunvalar de foso, y en el que habian encerrado los bagajes y los caballos,

porque Eduardo habia dejado á pie á los hombres de armas, exceptuando unos mil y doscientos caballeros derramados por las dos alas de la infantería. El bosque formaba el último atrincheramiento, que sin embargo no hubiera servido mas que de matadero y no de abrigo á los asalariados que se hubiesen retirado á él en caso de derrota: la izquierda de los ingleses cubrálala el bosque de Crecy; la derecha, la ciudad de este nombre, obras de tierra y árboles tendidos: su frente aparecía libre, pero estrecha, de suerte que el ejército asaltador debía perder allí la ventaja del número.

Los tres cuerpos escalonados designaban tres medias lunas paralelas sobre la colina; cada uno de estos cuerpos se subdividía en tres líneas: la primera de archeros, la segunda de infantería de Gales ó irlandesa, y la tercera de hombres de armas ó de caballería á pie.

El primer cuerpo que servía de vanguardia casi á la falda de la colina, contaba ochocientos hombres de armas, una tercera parte de infantería y dos mil archeros; mandábalo el príncipe de Gales, teniendo á su lado á Godofredo de Harcourt, á los condes de Warwick y de Kenfort, á Chandos, al señor de Man, y á toda la flor de la caballería.

Colocado encima del primero, el segundo cuerpo se componía de ochocientos hombres de armas y mil y doscientos archeros. Tal vez tenían su mando los condes de Northampton y Arundel.

La colina estaba coronada por el tercer cuerpo, compuesto de setecientos hombres de armas y dos mil archeros. Tal vez en lo interior de esta división se ocultaban máquinas desconocidas.

De este modo, para lograr una victoria, Felipe tenia que vencer nueve líneas fuertes subiendo la pendiente.

Aquella noche, víspera de la batalla, Eduardo dió una gran cena á los condes y barones, y cuando estos se hubieron retirado, entró en su oratorio levantado dentro de una tienda, y permaneció solo y de rodillas delante del altar hasta media noche. Acabadas sus preces, echose sobre una piel de oveja, y se levantó el 26 al vislumbrar el día: oyó misa, y comulgó juntamente con el príncipe de Gales, y la mayor parte de sus jentes se confesaron y se pusieron en estado de comparecer en presencia de Dios. Felipe habia hecho otro tanto en la abadía de San Pedro de Abbeville. En aquel tiempo, la oracion pronunciada debajo de un casco, no era reputada debilidad, porque el caballero que alzaba la espada al cielo, pedia la victoria y no la vida.

Concluida la oracion y oída la misa, los tres cuerpos volvieron á tomar su lugar los unos sobre los otros, como se ha dicho, cada caballero al pie de su bandera, formando en la colina un espectáculo magnífico. Eduardo, montado en su palafren, con un baston blanco en la mano, *seguido de sus mariscales*, fue al paso de fila en fila, *amonestando á los condes, barones, caballeros, escuderos y jentes asalariados, á que conservasen su honor, y cumpliesen con sus deberes, y decia todo esto riéndose con tanta dulzura y con tan alegre rostro*, que los mas tímidos se reputaban seguros al mirarle. Cuando hubo visitado así sus tres líneas de batalla, retiróse cerca de medio día á la que mandaba en persona, y desde donde po-

dia mirar los sucesos del combate. El ejército bebió y comió por orden de los mariscales, y despues los soldados se sentaron en tierra sin dejar sus filas, con los cascos y los arcos delante de ellos, aguardando al enemigo.

El porta-orillama, Miles Desnoyers, los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Basele, enviados por Felipe á la descubierta, encontraron á los enemigos sentados de aquella manera, como segadores preparados en una colina para segar un campo de trigo: los ingleses descubrieron á los caballeros franceses, y dejáronles que lo examinasen todo á su placer: esta superioridad de sangre fria y de confianza, anunciaban ya á que lado se inclinaria la fortuna. Eduardo habia prohibido principalmente que, bajo pretesto alguno, rompiesen las filas: contaba justamente con el herboroso ardor de nuestros soldados: habia aprendido ya á vencernos por el exceso de nuestro arrojo.

El tumulto y la confusion de nuestro ejército formaban un triste contraste con la calma y la regularidad de las huestes enemigas; tentamos mil intrépidos capitanes, pero ninguno jeneral. Desde los primeros movimientos no reinaba el acuerdo sobre el orden que habia de observarse. Los ballesteros jenoveses marchaban detras de la caballería, á la cola de la columna: el rey de Bohemia espuso el poco caso que se hacia de aquellos extranjeros, cuyo valor conocia, y que ellos solos debian oponerse á los archeros ingleses. La majestad del anciano rey, y su esperiencia en la guerra, persuadieron á Felipe, y mandó que pasasen los jenoveses á la cabeza de las tropas; mas el impetuoso conde de Alenzon criticó el acuerdo tomado, por-

que le impedía encontrar el primero al enemigo.

Cuando el ejército francés se adelantó hacia Crecy, hallábase dividido así: quince mil ballesteros, casi todos jenoveses, mandados por Carlos Grimaldi y Antonio Doria, formaban la vanguardia: venía en seguida Carlos, conde de Alenzon y hermano del rey, con cuatro mil hombres de armas, y el monarca venía despues al frente del cuerpo de batalla, compuesto igualmente de caballería, en el que se encontraban los reyes extranjeros y la alta nobleza. El duque de Saboya, recientemente llegado con mil caballos, guiaba la retaguardia en union con el rey de Bohemia. Una infantería innumerable erraba á la ventura por el campo, obstruyendo los caminos, é incomodando á las tropas regulares. Acompañaban á cada guerrero de á caballo tres ó cuatro peones para servirle, como en nuestros días en los cuerpos de inamelucos: debemos á las guerras de las cruzadas semejante organizacion de la caballería y el uso de la ballesta y del vestido largo.

Al ver que volvían los cuatro caballeros enviados á la descubierta, Felipe gritó: «¿Que noticias traéis?». Los enviados miráronse los unos á los otros, porque ninguno se atrevía á tomar la palabra para responder. Felipe mandó al monje de Basele que se esplicase; y este caballero suizo ó de Champaña, que estaba al servicio del rey de Bohemia, y pasaba por uno de los capitanes mas experimentados del ejército, respondió: *»Señor, hemos cabalgado, y visto y examinado la posicion de los ingleses. Por mi parte aconsejo, salvo siempre el mejor dictámen, que dejeis aqui á vuestras jentes que descansan acampadas y armodadas lo restante*

del día. Porque antes que lleguen los postreros, y ordeneis vuestras líneas de batalla, será tarde; y porque vuestras jentes se hallarán cansadas y fatigadas y sin arrojo, y lucharán con enemigos frescos y nuevos. Así podreis por la mañana ordenar la batalla con mas madurez y arte, y entreteneros en examinar á vuestros enemigos, y pensar por qué lado debéis atacarlos, porque estad seguro de que os aguardarán.

Nunca se habia dado un consejo mas saludable; porque hacia muchos dias que el ejército caminaba á marchas forzadas; habia pasado la noche desfilando por delante de Abbeville, y habia andado seis leguas al trote de la caballería; y hallábase sin aliento, abrumado de fatiga y de calor, como que reinaban los dias mas ardientes del estio; no habia tomado alimento, y finalmente, una tempestad que mujía aun, habia mojado á hombres y caballos, humedecido las armas, y casi inutilizado los arcos de los jenoveses.

Felipe penetró la sabiduría del consejo, y mandó suspender la marcha del ejército: los dos mariscales de Montmorency y Saint-Venant corrieron por todas partes gritando: *Detened las banderas en nombre de Dios y de San Dionisio.* Costumbres, usos y lenguaje que manifiestan que *Dios* era en aquel tiempo el único señor soberano, y que los mariscales de Francia llenaban entonces funciones confiadas ahora á los oficiales inferiores.

Los jenoveses hicieron alto, depusieron sus armas, y comenzaron á preparar y distribuir sus raciones; mas el conde de Alençon que los seguía con su caballería, ó no oyó la orden, ó no quiso obedecerla. La juventud que le rodeaba creíase como insulta-

da, porque los jenoveses habian de descubrir al enemigo antes que ella, y juró no se pararia hasta que los pies traseros de sus caballos se imprimiesen en las huellas de los extranjeros que marchaban á la cabeza de la columna. El conde de Alençon halló á los jenoveses ocupados en su alimento, los trató de cobardes, y los forzó á continuar el camino. Los últimos cuerpos del ejército no quisieron quedar rezagados, y un movimiento jeneral arrastró al monarca y á los mariscales, no obstante sus esfuerzos. Los comunes que cubrian todos los campos que median entre Abbeville y Crecy, oyendo la voz de sus jefes, y notando el apresuramiento de la caballeria, creyeron que los contrarios habian venido á las manos: blandieron, pues, sus diversas armas, y gritaron á grandes voces: *¡A la muerte! ¡á la muerte!* Cada señor se precipitó con sus vasallos para llegar el primero; y ciento veinte mil hombres se empujaron, se colocaron y se oprimieron en un reducido espacio: un eclipse conmueve la imaginacion, una borrasca aumenta el desórden, y en medio de los torrentes de la lluvia, al estruendo de los truenos y al grito repetido de *¡á la muerte! ¡á la muerte!* llegan á la vista del enemigo.

Los ingleses se levantan en silencio, y solos los archeros ordenados en primera linea dan un paso adelante: la infanteria irlandesa y del pais de Gales de la segunda linea, desenvaina su larga y su corta espada, y los hombres de armas de la tercera linea levantan sus lanzas *tan derechas, que se asemejan á un pequeño bosque.*

Si Felipe no habia podido detener su ejército antes de llegar al campo de batalla, mas imposible le

era en presencia de los ingleses: la vista del enemigo produjo en Felipe el efecto que causa siempre en todos los franceses: el ardor del combate y el furor guerrero. *Ved, gritó, á los malvados que han degollado á mis pobres pueblos; perdido, incendiado y despojado la Francia. Vamos, señores, barones, caballeros, escuderos y hombres buenos de los comunes, vengamos nuestras injurias, olvidemos odios y rencores pasados, si existen entre nosotros, y corteses y sin orgullo portémonos en esta batalla como hermanos y parientes.*

Aunque eran ya las tres de la tarde del 26 de Agosto de 1346, dióse la señal á los ballesteros jeneses para que comenzasen el ataque: secretamente ofendidos de las palabras ultrajantes del hermano del rey, pidieron un momento de reposo: espusieron que estaban consumidos de fatiga y de hambre; que la lluvia había aflojado las cuerdas de sus ballestas, y que no se hallaban en estado de llevar á cabo grandes hazañas en la batalla. Habiendo escuchado tales palabras el conde de Alençon, gritó: *Carguemos á esos pícaros que así faltan á sus deberes, y marchó contra ellos.* Obligados á correr al combate los jeneses, dieron principio *gritando muy espantosamente para invadir á los ingleses.* Tres veces tornaron á gritar, deteniéndose á cada grito, y corriendo despues al enemigo: á la tercera vez lanzaron sus flechas, que cayeron sin resultado.

Los archeros ingleses descubrieron sus arcos que habían tenido en las bolsas durante la lluvia, encorbáronlos hasta las plumas de las saetas, y despidieron á la vez tan gran número, que se parecían, dicen

los historiadores, á la nieve ó á una grande ola que caía sobre los jenoveses. Los italianos se echaron sobre los hombres de armas del conde de Alenzon, y Grimaldi y Doria recibieron la muerte procurando reorganizar su jente.

Felipe descubrió el desórden, y perseguido siempre por la idea de traicion, gritó: »Matad, matad á esos pícaros que nos impiden el camino.» El conde de Alenzon mandó tocar á carga, y pasó con su caballería por encima del vientre de los jenoveses: heridos por las flechas inglesas, hollados por las plantas de nuestros hombres de armas, cortan las cuerdas de sus ballestas, y se dispersan en todas las direcciones: los archeros contrarios asestan sus tiros á aquella espesa nube, y caen los caballeros traspasados de lejos con sus caballos.

El conde de Alenzon se abre paso por entre los archeros jenoveses que huían y los archeros ingleses que avanzaban, choca con la segunda línea de tropas mandadas por el hijo de Eduardo, rompe tambien aquella infantería, y hállase en presencia de los caballeros del príncipe de Gales, que le cargan á su turno. El conde de Flandes con su hijo el delfín Vienés y el duque de Lorena, se desprenden del cuerpo de batalla frances, y corren á participar de la gloria y de los peligros del conde de Alenzon. Las lanzas se cruzan; las espadas reemplazan á las lanzas rotas, y todos aquellos reyes, condes, duques, barones y caballeros, en vez de pelear juntos, combaten los unos despues de los otros. La independéncia bárbara dominaba todavía los entendimientos con las ideas románticas: tratábase únicamente de labrar una reputacion particular de arrojo, sin in-

quietarse por el éxito jeneral: nunca brillaron mas valor y menos destreza. El cielo estaba ya sereno, pero con desventaja de los franceses, porque tenian el viento y el sol de cara; y á medida que caian, era degollados en tierra por los de gales y los irlandeses.

Felipe, al distinguir al conde de Alençon en lo mas espeso de la segunda linea de los ingleses, temió por la vida de su hermano: volviöse á los suyos, y les dijo: »¡Vamos!» y se movió con el cuerpo de batalla; entonces la segunda linea enemiga descendió de la colina para sostener al príncipe de Gales y contener al monarca de Francia, y reanimose la batalla.

El príncipe de Gales, acometido por el conde de Alençon, se hallaba próximo á sucumbir, y Warwick y Godofredo de Harcourt que mandaban la guardia del hijo de Eduardo, enviaban á pedir socorro á su padre. »Como, dijo Eduardo al mensajero, ¿mi hijo está muerto ó en tierra, ó herido que no puede ayudarse? El caballero respondió: *No plazca á Dios, señor.* El rey añadió: *Volved á su presencia y á la de aquellos que os han enviado, y decidles de mi parte que no me manden mensajes, succédales lo que suceda, mientras que mi hijo tenga vida; y añadidles que mando yo que dejen al jóven que gane sus espuelas, porque quiero, si Dios lo ordena, que la victoria sea suya.*»

Tal respuesta, en que la injenuidad caballeresca se unia á la firmeza de un antiguo romano, reanimó el esfuerzo de los dos mariscales ingleses. Harcourt debía sufrir el castigo de su victoria conseguida contra su patria, como acontece á todos aquellos que se obstinan en largas venganzas que solo á Dios pertenecen. A Godofredo se le habia dicho que se habia des-

cubierto la bandera del conde su hermano : iba en busca de él para salvarlo ; pero el conde no habia querido sobrevivir á la afrenta del triunfo de Godofredo , y se habia hecho asesinar por los enemigos de la Francia.

El rey de Bohemia estaba en la retaguardia con el conde de Saboya , y se le dió cuenta de los acontecimientos ; *¿y donde está Carlos mi hijo?* preguntó : respondiéronle que peleaba valerosamente gritando : *Soy rey de Bohemia* , y que habia recibido ya tres heridas.

El anciano rey , estimulado por los sentimientos de padre y por el valor , rogó al duque de Saboya que marchase al socorro de sus amigos , y el duque partió con la retaguardia. No caminaban con bastante presteza segun los deseos del monarca ciego , que decia á sus caballeros : *«Compañeros , hemos nacido en una misma tierra , bajo un mismo sol , y nos han criado y alimentado para un destino mismo , y así os protesto que no os abandonaré en este dia , mientras me dure la vida.»* Cuando iban á alcanzar ya al enemigo , añadió á su comitiva : *«Señores , sois mis amigos , y exijo de vosotros que me conduzcáis tan adelante , que pueda descargar fendientes con mi espada.»* Los caballeros respondieron que lo harian de buena gana . *«Y para no perderle en la confusion , ataron su caballo al freno de sus caballos , colocando al rey delante , para mejor cumplir su deseo , y así se dirijieron juntos contra sus enemigos.»*

El rey de Bohemia , guiado por sus caballeros , penetró hasta donde estaba el príncipe de Gales , y ambos héroes , de los que el uno comenzaba y el otro terminaba su carrera , ensayaron algunos pasos de lanza , ilustrando para siempre sus primeros y sus últimos golpes. La muchedumbre separó á los dos campeones tan di-

ferentes en edad y esperanzas, pero que tanto se parecían por su nobleza, su jenerosidad y su denuedo. »El rey de Bohemia se adelantó tanto, que hirió con su espada á mas de cuatro, y pelcó muy vigorosamente haciendo lo mismo los de su comitiva, y tanto se internaron en el campo ingles, que todos quedaron allí, y al dia siguiente los encontraron en el mismo sitio, y en torno de su señor, con los caballos atados juntos." Verdadero milagro de fidelidad y de honor. Las musas, que despertaron entonces del profundo sueño de la barbarie, se apresuraron á inmortalizar al anciano y ciego monarca: Petrarca lo cantó, y el jóven Eduardo adoptó su divisa, que fue la de los príncipes de Gales: consistia en tres plumas de avestruz con estas palabras tudescas escritas alrededor, *Yo sirvo: á la Francia pertenecia tener servidores tan fieles.*

Sin embargo continuaba el combate, y habiendo sido muertos el conde de Alenzon y el conde de Flandes, comenzaron á replegarse los hombres de armas de entrambos príncipes: el hermano de Felipe espíaba con un fin digno de su estirpe los infortunios de que habia sido la causa primera.

Súbitamente nuestros soldados creyeron percibir el estallido del rayo, y sintiéronse heridos por una muerte invisible: Dios mismo parecia declararse en favor de sus enemigos, y lanzar el trueno en medio de la batalla. Por la primera vez el estruendo del cañon hirió el oído de los franceses: horrorizáronse; mas acompañoles el instinto de las futuras victorias que obtendrian un dia con aquella arma; y una nube de humo, desgarrada por rápidos fuegos, cubrió su gloria y su desgracia. Aquella obscuridad bélica debía envolver en

adelante los altos hechos, los grandes combates, y el espectáculo de sangre que tanto complacian al sol y á los caballeros.

Eduardo habia colocado seis cañones en la colina: la pólvora era ya conocida, pero aun no se habia empleado en las batallas. La guerra antigua y la guerra moderna, el jenio de Du Guesclin y el de Turena, se encontraron en los campos de Crecy. La lanza, la flecha y la bala hicieron á un mismo tiempo al caballo y al caballero: la oriflama, el estandarte real, las divisas diversas cortadas por el sable, vense tambien atravesadas por esas bolas de hierro que rompen al presente las banderas. Levántanse montones tan altos de armas, de cadáveres y de caballos, que los que conservan aun la vida, se encuentran circundados, bloqueados é inmóviles en medio de aquellas barricadas de muertos.

Todos perecen, reyes, príncipes, caballeros, hombres de armas y plebeyos. En medio de tanta carnicería, el mismo Felipe buscaba solo el tiro que debia poner fin á su existencia: en la primera descarga habia quedado muerto su caballo: bajó de él, y al ver caer al monarca, habíase levantado un grito de »¡salvemos al rey!" Ultimo recurso de los franceses, postrer sentimiento que los animaba cuando todo lo habian perdido. Los contrarios oyeron aquel grito de honor, de fidelidad, de ternura y de dolor, y aumentaron las esperanzas de la victoria. Juan de Hainaut que estaba cerca de Felipe, logró con harta pena que subiese en otro caballo: en vano le suplicó que se retirase; Felipe, que insistía en socorrer á su hermano ya vencido, penetró sin escuchar nada por los bata-

liones enemigos, y recibió dos heridas, una en la garganta y otra en el muslo. Ya el sol se habia puesto, y el rey obstinábase en morir por los franceses que habian muerto por él, y Juan de Hainaut se vió obligado á usar de violencia. Asió del freno el caballo del monarca, y arrastrando tras sí á Felipe, gritó: *»Señor, retiraos: ya es tiempo; no os sacrifiqueis tan simplemente; si habeis perdido la batalla es'a vez, otra la ganareis.''*

La noche, lluviosa y oscura, favoreció la retirada de Felipe, que habia entrado en el campo de batalla con ciento veinte mil hombres, y salió con cinco caballeros: Juan de Hainaut, Carlos de Montmorency, los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Montsault. Llegó al castillo de Broye, y las puertas estaban cerradas: llamaron al comandante, que asomándose á las almenas preguntó: *»¿Quien llama á estas horas?»* Y el monarca respondió: *»Abrid, es la fortuna de Francia.''* Frase mas bella que la de César en la tempestad, confianza magnánima y honrosa, así al vasallo como al monarca, y que pinta la grandeza de uno y de otro en la monarquía de San Luis. Del castillo de Broye Felipe se dirigió á Amiens.

Des horas hacia que habia anochecido, y los ingleses no se creian aun seguros del triunfo, hasta que vino á relevarles su victoria el silencio que reinaba en el campo de batalla. Inquietos por no oir nada, encendieron luminarias, y entrevieron á su pálida luz los inmensos funerales que los rodeaban. Algunos movimientos mudos indicaban los restos de una vida sin conocimiento; varios heridos, perdidas la palabra y la voz, levantaban la cabeza ó los brazos sobre las rejiones de

la muerte; escena indefinida y formidable entre la resurreccion y la nada.

Eduardo, que durante toda aquella jornada no se habia ni aun puesto el casco, descendió entonces de la colina adonde estaba el príncipe de Gales, y le dijo estrechándole entre sus brazos: «Dios os dé perseverancia; vos sois mi hijo.» El príncipe se inclinó y se humilló honrando á su padre: las luminarias encendidas por los soldados alumbraban aquellos abrazos en medio de tantos jóvenes privados para siempre de las caricias paternas. Por las venas del hijo y del nieto de la hija de Felipe el Hermoso circulaba la misma sangre francesa que bañaba sus pies; y podian contar á su madre, que vivia aun, lo que habian visto en la vasta y ardiente cámara donde yacian los cuerpos de sus parientes y de sus amigos.

Cuando vino el dia reinaba una niebla tan espesa, que á pocos pasos ya no veian los objetos. Los comunes de Rouen y de Beauvais, y otras tropas mandadas por los delegados del arzobispo de Rouen y del gran prior de Francia, y mil lanzas guiadas por el duque de Lorena, adelantábanse á socorrer á Felipe, ignorando lo que habia pasado. Los ingleses plantaron en un sitio elevado las banderas que habian caido en sus manos: engañados por aquellas enseñas de la patria, corrian los franceses á colocarse en torno suyo, y eran degollados: el duque de Lorena, el arzobispo de Rouen y el gran prior de Francia perecieron con sus jentes.

Eduardo quiso enterarse de la estension de su triunfo, y diputó á Regualdo de Cobham y á Ricardo de Stanfort, para que contasen los muertos, juntamente con tres heraldos para reconocer los escudos, y dos

clérigos para escribir los nombres: regresaron por la noche y presentaron el padron fúnebre.

En aquellos fastos del honor hallábanse inscritos, según Froissard, mil y cien jefes de principes, ochenta ricos-hombres de pendon y caldera, mil y doscientos caballeros de un escudo (sirviendo con su sola persona), y treinta mil hombres de otras jerarquías. Varios historiadores afirman que perecieron treinta mil hombres el día de la batalla, y sesenta mil al siguiente; exajeracion manifiesta: olvidan siempre en el cálculo de las antiguas batallas, el tiempo material que se necesitaba para matar, cuando no se empleaban las máquinas de guerra, y principalmente entonces, que no conocian esa especie de artillería de los tiempos modernos, que se lleva á la vez filas enteras de soldados. Treinta mil ingleses, porque no debemos contar el efecto de los seis cañones que tiraron por corto espacio á la caída de la tarde, y verosimilmente mal servidos, treinta mil ingleses hubieran muerto entonces á ochenta mil franceses en cinco ó seis horas á tiros de flecha y á golpes de lanza y de espada: y aun no es bastante, porque la division del ejército enemigo mandada por Eduardo en persona, no entró en el combate. Roberto de Avesbury, en su historia de Eduardo III (1), nos ha conservado una carta de Miguel Northburgh, testigo ocular. La referida carta reduce el número de los hombres de armas muertos el día de la batalla, á mil quinientos cuarenta y dos, sin contar las jentes de á pie, y el día siguiente, á dos mil y mas. Northburgh nombra como sigue á los principales jefes que perecieron en las

(1) Véase esta carta en la excelente edicion de Froissard, por M. Buchon.

diversas acciones. »Fueron muertos el rey de Bohemia, »el duque de Lorena, el conde de Alençon, el conde »de Flandes, el conde de Harcourt y sus dos hijos (particularidad notable), el conde de Aumale, el conde »de Nevers, y su hermano el señor de Thouars, el »arzobispo de Sens, el arzobispo de Nîmes, el alto »prior del hospital de Francia, el conde de Saboya, »el señor de Morles, el señor de Guyes, el señor de »Saint-Venant (mariscal), el señor de Bosingburgh, »seis condes de Alemania, y otros condes, barones y »señores, cuyos nombres no pueden saberse todavía. »Y Felipe de Valois y el marques que se llama el electo de los romanos (Carlos de Luxemburgo, electo rey de los romanos) escaparon heridos." Esta carta tiene la fecha de Calais á 4 de Setiembre, nueve días solamente despues de la batalla.

Preciso es añadir á estos muertos distinguidos el rey de Mallorca, el conde de Blois, nieto del rey de Francia, los condes de Saucerre y Aujeerre, el duque de Borbon, y los dos jefes de los jenoveses, Grimaldi y Doris.

Habiéndose levantado del campo por órden de Eduardo, los cadáveres de estos señores fueron inhumados en sagrado en el monasterio de Mantiney, cerca de Crecy. Knighton y Walsingham aseguran que los ingleses solo perdieron un escudero, tres caballeros y unos pocos soldados: la victoria no cuenta sus muertos, y el que triunfa no pierde nada.

La alta aristocracia de Francia ha experimentado tres derrotas grandes por los ingleses, Crecy, Poitiers y Azincourt, del mismo modo que la alta aristocracia romana perdió contra los cartajineses las batallas de la Trebia, de Trasimena y de Canas. Estos desastres, que

nos costaron la sangre y no la gloria, convirtiéronse en último resultado en provecho de nuestra civilización y de nuestras libertades. Abrióse en el campo de Crecy una herida en el seno de la alta nobleza de Francia; herida que dilatada en Poitiers, Azincourt y Nicópolis, agotó el cuerpo aristocrático. No tardó en aparecer, despues de las derrotas de Felipe de Valois y de Juan su hijo, una nobleza de la que casi no se había oído hablar, y que sucedió á la primera, del mismo modo que la segunda nobleza franca se había presentado despues de la rota de Lotero en la batalla de Fontenay. Habían despreciado la pobreza de los ricos-hombres de provincia, y fue una fortuna el encontrar su espada: á los Charny, Rihaumont, Du Guesclin, La Tremoille, Boucicault y Saintre, siguieron los Pothon y los La Hire, y perpetuaron aquella estirpe heroica hasta Bayardo y el capitán La Noue. Esta segunda caballería, no menos ilustre, sustituida á los grandes barones, formó la transición entre el ejército aristocrático y el ejército plebeyo. Du Guesclin dió principio al arte militar moderno y á la disciplina: la jacobería y las grandes compañías enseñaron á los paisanos que podían batirse tan bien como sus señores. El llamamiento de la nobleza reemplazó poco á poco al levantamiento en masa de los vasallos; y el llamamiento se hizo inútil cuando se establecieron en el reinado de Carlos VII las tropas regulares. La dignidad real, así como el ejército nacional, acrecentaron su fuerza con la estenuación del cuerpo aristocrático militar: la antigua constitución del estado se alteró en su parte virtual, y la sociedad caminó, por lo que parecia una desgracia, al grado de civilización en que la vemos al presente. Puede decirse

que entre los muertos del campo de batalla de Greay fueron encontradas la corona de Francia y la nacion francesa.

La última aparicion de los nobles como soldados se verificó en la batalla de Ivri, en aquel cuerpo de dos mil hidalgos armados desde la cabeza hasta los pies. Hacia fines del reinado de Enrique IV, el furor de los desafios debilitó los restos de la segunda aristocracia: finalmente, en los reinados de Luis XIII y de Luis XIV, los hidalgos, ó sirvieron en los cuerpos privilegiados reputados nobles, ó se convirtieron en oficiales del ejército nacional. En su nueva situacion no desmintieron su fama: las batallas dadas por Coadé y por Turena, atestiguan que si los nobles habian cambiado de fortuna, no por eso habia dejenado su valor. En los campos de Clostercamp y en los de Fontenoi, en tiempo de Luis XV, en la guerra de América, en el de Luis XVI, la Francia no tenia por qué avergonzarse de sus Assas y de sus La Fayette. Al principiar la revolucion no quedó ya mas recurso á los pobres hidalgos, convertidos en francos, que su espada, y corrieron á ponerla á los pies de aquellos, que segun sus ideas, tenian el derecho de exigir el servicio y abandonar la victoria por el infortunio. Si esta fue una falta, fue la del honor, y supuesto que la nobleza debia acabar, mejor era que encontrase su fin en el mismo principio que le habia dado la vida. Poco despues se desplegaron las virtudes de la armada plebeya. Al presente, si llega la Francia á jeneralizar el sistema de guardias nacionales, destruirá el de ejércitos permanentes, y restablecerá los levantamientos ya antiguos en masa de los comunes, los llamamientos de

los plebeyos sustituirán á las convocaciones de los nobles, y la democracia llenará el deber de la aristocracia. Los hombres jiran en un círculo, é incesantemente repiten las mismas instituciones en otro espíritu, con diferentes nombres.

RESUMEN.

Felipe llegado á Amiens se esfuerza en vano en reunir nuevos soldados para dar una segunda batalla. — Quiere mandar prender á Godemar du Fay, y lo disuade de su propósito Juan de Hainaut. — Godofredo de Harcourt se postra con *la soga* al cuello á los pies de Felipe, que le perdona. — Eduardo pone el sitio á Calés, y el duque de Normandía levanta el de Aiguillon. — Los ingleses de Guyena invaden el terreno hasta el Loira. — Continuacion de la guerra en Bretaña. — Heroismo de Godofredo de Pontblanc en Lannion. — Carlos de Blois cae prisionero en el sitio de la *Roche de Rieu*. — Muerte del vizconde de Rohan, de los señores de Chateaubriand y de Roye, de los señores de Laval, de Tournemine, de Rieu, de Boisboissel, de Machecon, de Rostorner, de Loheac y de la Jaille. — Batalla de Neville, en la que David Bruce, rey de Escocia, cae prisionero de la reina de Inglaterra. — Aumento de impuestos. — Aumento y alteracion de las monedas. — Multitud de pensiones asignadas sobre el tesoro en calidad de feudos. — Aventura de Luis de Malle, conde de Flandes, hijo de Luis, muerto en la batalla de Crecy. — Gauthier de Mauny obtiene un salvo-conducto para atravesar la Francia, y volver desde Guyena al campo de Eduardo, que sitiaba á Calés. — Carácter del tiempo: la fe religiosa se muestra en la fe política: no es la civilizacion intelectual de la especie, sino la civilizacion del individuo. — La política de alta esfera hace desaparecer la barbarie, y el fanatismo del honor caballeresco ocupa el lugar de la virtud del ciudadano. — Felipe marcha al socorro de Ca-

TOMO III. 9

lés, que padecía los estragos del hambre.—Alegria de los habitantes de Calés, cuando desde lo alto de sus murallas descubren el ejército de Felipe marchando de noche en orden de batalla á la claridad de la luna.— Su dolor cuando se aleja sin haberlos podido socorrer.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALÉS.

Los que habitaban la abandonada ciudad vieron desde la altura de sus fuertes la retirada del rey, y exhalaron un grito como los hijos á quienes desamparan sus padres. *»Era tan grande su dolor y hambre, que el mas robusto apenas podia tenerse en pie.»* Persuadidos ya de que no tenian esperanza de auxilio, se presentaron á Juan de Viena, y le suplicaron que se entablasen negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las torres de la muralla de la ciudad, é hizo señal á los enemigos de que desca-
ba parlamentar; é instruido de ello el rey de Inglaterra, envió á Gauthier de Mauny y al señor Basset á oír las proposiciones de Juan de Viena. Cuando estuvieron á distancia conveniente para poderse oír, gritó el anciano capitán: *»Amados señores, sois caballeros muy valerosos en hechos de armas. Ya sabeis que el rey de Francia, á quien tenemos por señor, nos ha enviado aqui para que guardemos esta ciudad y su castillo: hemos hecho lo que hemos podido, mas nos han faltado los auxilios. No tenemos ya con que sustentarnos, y preciso será que todos muramos de hambre, si el noble monarca, señor vuestro, no se compadecede de nosotros. Dignaos rogárselo por piedad, y que nos deje ir libres.»*

lés, que padecía los estragos del hambre.—Alegria de los habitantes de Calés, cuando desde lo alto de sus murallas descubren el ejército de Felipe marchando de noche en orden de batalla á la claridad de la luna.— Su dolor cuando se aleja sin haberlos podido socorrer.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALÉS.

Los que habitaban la abandonada ciudad vieron desde la altura de sus fuertes la retirada del rey, y exhalaron un grito como los hijos á quienes desamparan sus padres. *»Era tan grande su dolor y hambre, que el mas robusto apenas podia tenerse en pie.»* Persuadidos ya de que no tenian esperanza de auxilio, se presentaron á Juan de Viena, y le suplicaron que se entablasen negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las torres de la muralla de la ciudad, é hizo señal á los enemigos de que desca-
ba parlamentar; é instruido de ello el rey de Inglaterra, envió á Gauthier de Mauny y al señor Basset á oír las proposiciones de Juan de Viena. Cuando estuvieron á distancia conveniente para poderse oír, gritó el anciano capitán: *»Amados señores, sois caballeros muy valerosos en hechos de armas. Ya sabeis que el rey de Francia, á quien tenemos por señor, nos ha enviado aqui para que guardemos esta ciudad y su castillo: hemos hecho lo que hemos podido, mas nos han faltado los auxilios. No tenemos ya con que sustentarnos, y preciso será que todos muramos de hambre, si el noble monarca, señor vuestro, no se compadecede de nosotros. Dignaos rogárselo por piedad, y que nos deje ir libres.»*

— «Juan, respondió Gauthier de Mauny, no es la intención del monarca que os vayais como os plazga, sino que os sometais todos á su voluntad, para rescatar á los que quiera, ó condenarlos á muerte.”

El gobernador repuso: «Gauthier, eso sería demasiado duro para nosotros. Somos un número reducido de caballeros y de escuderos, que hemos servido lealmente al rey de Francia nuestro soberano y señor, del mismo modo que lo hariais vosotros en iguales circunstancias. Hemos llevado á cima muy mal nuestra empresa; mas estamos resueltos á sufrir cuanto haya que sufrir, antes que consentir que el menor mancho de la ciudad reciba mas daño que el mayor de nosotros. Os rogamos, pues, por vuestra cortesía, que hagáis presentes nuestros votos al monarca de Inglaterra, y esperamos de su mucha bizarría, que con la gracia de Dios mudará de dictámen.”

Los dos caballeros ingleses regresaron á la presencia de su amo, y le refirieron las razones del gobernador. Eduardo, irritado por la larga resistencia de la plaza, y recordando las ventajas que los habitantes de Calés habian obtenido sobre los ingleses en los combates marítimos, queria condenarlos á todos á la muerte. Mauny, tan jeneroso como valiente, osó declarar al rey, que por haber sido leales servidores de su príncipe, no merecian aquellos franceses que los tratase así; y que Felipe, cuando tomase alguna ciudad, podia usar de represalias. «Finalmente, añadió, podriais muy bien, señor, cometer un error y dar un ejemplo muy funesto.” Los barones y los caballeros ingleses que estaban presentes fueron de la opinion de Gauthier. «Pues bien, señores, gritó Eduar-

«do, no quiero ser solo contra todos vosotros. Señor
 »Gauthier, id y decid al comandante de Calés, que me
 »entregue seis de los mas ricos ciudadanos, y que ven-
 »gan con la cabeza desnuda, los pies descalzos, el lazo
 »al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en
 »las manos: haré de ellos lo que me plazca, y perdo-
 »naré á los restantes.

Mauny llevó esta respuesta á Juan de Viena, que permanecía apoyado en las almenas; Juan rogó á Mauny que le esperase mientras enteraba á los ciudadanos de la proposicion de Eduardo: mandó tocar la campana, y hombres, mujeres, niños y ancianos se reunieron en las plazas: el gobernador les contó los pasos que habia dado, y cuál era la última voluntad del rey de Inglaterra.

Un silencio profundo reinó primero en la asamblea, y los ojos de todos buscan las seis víctimas que deben comprar con su sangre la vida de los restantes ciudadanos: aquella muchedumbre, medio consumida por el hambre, no tardó en prorumpir en llanto: *»Comenzó á llorar toda la jente y á hacer tal duelo, que no habia corazon tan duro que no se compadeciese, y el señor Juan (el anciano gobernador) tambien vertia tiernas lágrimas.»* Requeríase una pronta respuesta, y el tiempo concedido espiraba: un hombre se levantó, el lector ha adivinado su nombre, Eustaquio de Saint-Pierre. Su inmensa fortuna, y la consideracion de que gozaba, le hacian notable y le daban las condiciones exigidas para morir. La historia nos ha transmitido su discurso: palabras santas que deben permanecer íntegras. *»Señores, grandes y pequeños, mucha lástima seria el dejar morir un pueblo como este de hambre, ó de otro*

»modo, cuando hay un medio de salvarle, y mucho mérito contraerá á los ojos de Dios nuestro Señor el que »de tantas calamidades lo preserve. Tengo mucha esperanza de lograr el perdón de nuestro Señor, si muero por salvar este pueblo, y quiero ser el primero, y »presentarme voluntariamente en camisa, con la cabeza »desnuda y el lazo al cuello en presencia del rey de »Inglaterra.»

»Cuando Eustaquio hubo pronunciado tales palabras, todos le adoraron por agradecimiento, y muchos »hombres y mujeres se arrojaron á sus plantas llorando tiernamente.»

La virtud es contagiosa como el vicio; apenas Eustaquio habia cesado de hablar, cuando Juan de Aire, que tenia dos hermosas hijas, declaró que acompañaría á su compadre. Jacobo y Pedro de Wissant, hermanos, ofrecieron á su vez ir en compañía de sus primos Eustaquio de Saint-Pierre y Juan de Aire; y fueron tan magnánimos como Eustaquio en su sacrificio, porque sino tuvieron el primer pensamiento, inmoláronse tambien á una muerte, de la que él solo debia recojer el honor. En efecto, los nombres de Juan de Aire, de Pedro y de Jacobo de Wissant, son jeneralmente ignorados, y todos conocen el de Eustaquio de Saint-Pierre. Y por esta razon deben reputarse como mas ilustres entre las seis víctimas, las dos únicas que no fueron designadas en nuestras crónicas: todo frances debe tener presente este olvido de la historia, y rendir un tributo de gratitud á los dos héroes inmortales sin nombre, del mismo modo que los antiguos elevaban altares á los dioses que no conocian.

Los anales de Calés aseguran, que los dos últimos

candidatos de la muerte fueron sacados por suerte entre mas de ciento que se brindaron despues de los cuatro primeros; y un escritor conjetura que el gran número de concurrentes es quizás la causa de que no hayan llegado á nosotros los nombres de los dos últimos ciudadanos, y de que se perdiesen en la gloria comun de aquellos Decios. Otra version no autorizada asegura que Eduardo exijió ocho personas; cuatro caballeros y cuatro ciudadanos.

Recientemente herido, abrumado por los años, las enfermedades, el dolor y la fatiga, y pudiéndose apenas sostener, Juan de Viena subió en una hacanea, y escoltó á los seis ciudadanos hasta las puertas de la ciudad. Los héroes caminaban en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, y el lazo al cuello, como lo habia exijido Eduardo, y semejantes á los sacerdotes que en aquella época se adelantaban seguidos del pueblo en las calamidades públicas, á ofrecer un sacrificio espia-torio. Eustaquio y sus compañeros iban con las llaves de la ciudad en las manos: *»Cada uno llevaba un pu-
»ñado. Las esposas y los hijos de estos torcian sus
»manos, y gritaban fuerte y amargamente: así llegaron
»hasta la puerta entre ruegos, gritos y lágrimas:»* espectáculo que no habia vuelto á ver el mundo desde los días en que Régulo salió de Roma para regresar á Cartago. El gobernador entregó á Eustaquio de Saint-Pierre, á Juan de Aire, á Pedro y á Jacobo de Wis-sant, y á los dos incógnitos en manos del señor de Mauny, recomendándolos á su cortesía: *»Señor Gau-
»thier, os entrego como comandante de Calés, con con-
»sentimiento del desgraciado vecindario de la ciudad,
»á estos seis ciudadanos..... Yo os pido, noble señor,*

»que os digneis interceder con el rey de Inglaterra para que no sean entregados á la muerte.»

Entonces abrieron la barrera, y los seis ciudadanos fueron conducidos á la presencia de Eduardo por medio del campo enemigo. Segun Tomás de la Moore y Knighton, el gobernador de Calés acompañó con parte de la guarnicion á los prisioneros, y entregó por sí mismo las llaves de la ciudad al monarca de Inglaterra. Los condes, los barones y los caballeros que rodeaban al rey británico, estimulados por la admiracion que les causó la relacion de Gauthier de Mauny, invitaron con sus murmullos á Eduardo á que igualase la jenerosidad de aquellos ciudadanos. El monarca permaneció inflexible. *»Conservó su sangre fria, y miró con mucha crueldad á los ciudadanos, porque aborrecia en estremo á los habitantes de Calés, por los grandes daños y contrariedades que le habian causado en los tiempos pasados en el mar.»*

Mandó cortar la cabeza á los ciudadanos. *»¡Ah, noble señor! le dijo Gauthier de Mauny, procurad frenar vuestro furor.... Sino tenéis piedad de ellos, todos dirán que sois cruel, por condenar á la muerte á unos honrados ciudadanos que se han entregado en vuestras manos para salvar á los otros.*

»Entonces el rey rechinó los dientes, y dijo: Señor Gauthier, callad,» y mandó llamar al encargado de cortar cabezas.

La reina de Inglaterra se hallaba á la sazón en el campamento: estaba embarazada, y lloraba tan tiernamente de piedad, que no podia sostenerse: arrodíllase delante del rey su señor, y le dijo: *»¡Ah noble señor! despues que pasé el mar con tanto peligro, nada*

»os he exigido ni demandado. Ahora os ruego humildemente, que por el hijo de Santa María y por mi amor »perdoneis á esos hombres.»

El rey esperó que hablase su bella esposa, y miró á la dama que lloraba muy tiernamente arrodillada: enterneciéndose el corazón, y le respondió: »Ah, señora, »mas quisiera que no os hallaseis aquí.... Tomad- »los, os los entrego, puesto que es vuestro gusto.» La buena señora contestó: »Señor, gracias.»

Levantose la reina, y mandó levantar á los seis ciudadanos, y les quitó los lazos del cuello, los condujo en su compañía á su cámara, les hizo vestir y comer, y despues les regaló seis nobles, ordenando que los pusiesen en salvo.

Eduardo tomó posesion de Calés. Cabalgó en ella con mucha gloria en compañía de los barones y los caballeros, con gran multitud de ministriles, trompetas, tambores, zampoñas y otros instrumentos que seria prodijioso poder recordar. No dejaron en la ciudad mas que tres franceses, un sacerdote y otros dos ancianos, hombres honrados y consuetudinarios de las leyes y ordenanzas de Calés, y fue para enseñar las heredades, porque el rey quería volver á poblar la ciudad con ingleses. Mucha compasion causaba el ver como los nobles vecinos y los ciudadanos, y los hermosos mancebos se veían obligados á abandonar sus bellos edificios, sus heredades, sus muebles y sus haberes, porque nada podían tomar.

Parécenos leer una de las mas gloriosas pájinas de la historia romana, colocada casualmente, y como por equivocacion, en medio de la historia de la caballería. Las virtudes civiles de Eustaquio de Saint-Pierre,

de Juan de Aire, y de los dos Wissant, contrastan con las virtudes militares de los Ribau mont, Charny y Mauny: dos sociedades contrarias se presentan á la vez, y ambas honran la especie humana.

Calés fue repoblada por los ingleses. Estableció Eduardo en ella treinta y seis familias ciudadanas de las mas ricas, y otras trecientas personas de menos estado. Las franquicias que se concedieron á esta ciudad llamaron á su seno muchos habitantes. Regaló Eduardo las mejores casas de la ciudad á algunos de sus caballeros, como Mauny, Cobham, Stanfort y Bartholemy de Burghersh: la reina Felipa recibió la herencia de Juan de Aire. Algunos franceses obtuvieron tambien propiedades en Calés. Eustaquio de Saint-Pierre entró en posesion de una parte de sus bienes, y obtuvo una grande pensión.

A fines del último siglo jeneralizose entre nosotros una especie de espíritu de decoro: complacianse en rebajar las acciones heroicas: del mismo modo que no querian la relijion de nuestros abuelos, mostrábanse tambien incrédulos con su gloria. Apenas descubrieron que Eustaquio de Saint-Pierre habia recibido una pensión de Eduardo, cuando creyeron haber conseguido un triunfo con este descubrimiento: observaron que los historiadores ingleses guardaban silencio sobre los hechos contados por Froissard con motivo de la rendicion de Calés, y dudaron de tales hechos. Mas ¿no se habia visto al siglo de Augusto callar por lo que mira á Ciceron? ¿Las larguezas de Eduardo á Eustaquio de Saint-Pierre no son un nuevo homenaje rendido al sacrificio de aquel gran ciudadano? ¿La admiracion que escitó en los enemigos de la Francia,

debe disminuir la que nosotros le profesamos? Desgraciado de aquel que busca en la vida privada de un hombre razones para admirar menos sus acciones públicas: seguro es que semejante deprimidor de virtudes nunca ejecutará acciones que merezcan pasar á la posteridad.

Una injusticia de la misma naturaleza se habia cometido antes con Felipe de Valois. Froissard y el continuador de Nanjis aseguran que los habitantes de Calés anduvieron errantes por Francia sin recompensa y sin asilo, mendigando el pan de la caridad. Felipe no tuvo culpa de aquella ingratitud: dos ordenanzas de este rey, y otras ordenanzas de Juan y de Carlos, sus sucesores inmediatos, otorgaron á los de Calés empleos, privilegios y propiedades. La ordenanza de 8 de Setiembre de 1347 menciona una concesion notable: Felipe da á los vecinos de Calés, arrojados de sus hogares, todos los bienes y herencias que pudiesen pertenecerle por cualquiera razon ó motivo: así concedia el rey sus propios bienes en cambio de los que sus vasallos habian perdido: esta especie de pena de talion que se imponia á sí mismo, no por el crimen, sino por la desgracia, está conforme con un espíritu patético de igualdad y de justicia. Calés debia ser restituida á la Francia en 1558 por Francisco de Guisa, hombre destinado á hacer desaparecer la última huella de los males que habia causado á la Francia Eduardo, y á dar principio á otros nuevos.

RESUMEN.

Treguas continuadas distintas veces hasta la muerte de Felipe. — Hambre y peste general. — Asesinato de los

judios. — Disciplinantes. — Tentativa sobre Calés. — Combate singular de Eduardo y de Eustaquio de Ribamont. — El delfin de Auvernia abandona sus estados á Felipe: Jacobo, rey de Mallorca, le habia cedido ya el Rosellon, la Cerdaña y el señorío de Montpellier. — El papa compra á Aviñon de la reina Juana de Nápoles. — Felipe se casa en segundas nupcias con Blanca, hija de Felipe, rey de Navarra, que habia destinado primero á su hijo Juan, duque de Normandia, que era viudo. — Felipe murió como Luis XII, víctima de su pasión á la reina, que prolongando su vida hasta una edad muy avanzada, vió la desolacion de la Francia, que comenzó bajo el reinado del rey Juan, y terminó en el de Carlos V, para volver á comenzar en el de Carlos VI.

FRAGMENTOS.

MUERTE DEL REY.

Estando en su lecho de agonía, hizo llamar Felipe á sus hijos el duque de Normandía y el de Orleans. En aquellos instantes en que desaparecen todas las ilusiones, cuando solo queda la memoria del bien ó del mal que uno ha hecho, protestó el rey de su buen derecho en la guerra que se habia obligado á sostener, y de sus títulos legítimos á la corona. Dijo, pues, al duque de Normandía que fue su sucesor: »Hijo mio, defended con valor á la Francia despues de mi muerte. Ocorre muchas veces, como me ha sucedido á mí, que los que combaten por una causa justa experimentan reveses; pero deben fundar sus esperanzas en Dios, que no permite que el reinado de la iniquidad sea durable. Amaos, hijos míos, conservad la justicia, y consolad á los pueblos.»

judios. — Disciplinantes. — Tentativa sobre Calés. — Combate singular de Eduardo y de Eustaquio de Ribamont. — El delfin de Auvernia abandona sus estados á Felipe: Jacobo, rey de Mallorca, le habia cedido ya el Rosellon, la Cerdaña y el señorío de Montpellier. — El papa compra á Aviñon de la reina Juana de Nápoles. — Felipe se casa en segundas nupcias con Blanca, hija de Felipe, rey de Navarra, que habia destinado primero á su hijo Juan, duque de Normandia, que era viudo. — Felipe murió como Luis XII, víctima de su pasión á la reina, que prolongando su vida hasta una edad muy avanzada, vió la desolacion de la Francia, que comenzó bajo el reinado del rey Juan, y terminó en el de Carlos V, para volver á comenzar en el de Carlos VI.

FRAGMENTOS.

MUERTE DEL REY.

Estando en su lecho de agonía, hizo llamar Felipe á sus hijos el duque de Normandía y el de Orleans. En aquellos instantes en que desaparecen todas las ilusiones, cuando solo queda la memoria del bien ó del mal que uno ha hecho, protestó el rey de su buen derecho en la guerra que se habia obligado á sostener, y de sus títulos legítimos á la corona. Dijo, pues, al duque de Normandía que fue su sucesor: »Hijo mio, defended con valor á la Francia despues de mi muerte. Ocorre muchas veces, como me ha sucedido á mí, que los que combaten por una causa justa experimentan reveses; pero deben fundar sus esperanzas en Dios, que no permite que el reinado de la iniquidad sea durable. Amaos, hijos míos, conservad la justicia, y consolad á los pueblos.»

Un monarca que teme que sus infortunios le hagan mirar como culpable, y que se cree obligado á probar á su sucesor la justicia de sus derechos, no obstante el mal éxito de sus empresas, hubiera igualmente confesado la sinrazon de los mismos derechos y el castigo merecido por una ambición criminal. ¿Y á quien hacia semejante confesion, á quien recordaba las vias impenetrables de la Providencia? Al rey Juan, á quien la adversidad marcaba ya con su sello, adversidad que sin embargo no debia perder á la Francia, porque Dios *no permíte que el reinado de la iniquidad sea durable.*

El primero de los Valois subió el 22 de Agosto de 1350 á poner su causa á los pies de aquel que dá y quita los reinos conforme le place, y cuya voluntad es el poder eterno y la infalible justicia.

JUAN II.

DESDE SU ADVENIMIENTO A LA CORONA, HASTA LA BATA-
LLA DE POITIERS.

De 1350 á 1356.

Felipe VI, llamado de Valois, dejó el cetro á su hijo Juan, segundo de este nombre, porque cuentan á un hijo de Luis X, Juan I, que no vivió mas que cinco dias: tambien colocaron igualmente en el número de los monarcas á Luis XVII, de tierna edad. La ley sálica estaba en este punto de acuerdo con el carácter nacional: en Francia la inocencia y el infortunio no escluyen de la corona.

Juan habia recibido una educacion tan escogida, como descuidada habia sido la de su padre; amó y pro-

tejió las letras tanto como las habia despreciado Felipe , y á sus mandatos debemos las primeras traducciones de Tito-Livio, de Salustio, de Lucano, y de los comentarios de César. Buscó y recompensó el mérito , y sentia per una especie de instinto lo que no veia con los ojos del entendimiento. Tuvo á la vez los defectos y las prendas propias para perder los imperios : el ímpetu de carácter y la irresolucion de espíritu ; el arrojó que no consulta sino al honor , y la magnanimidad que todo lo sacrifica al cumplimiento de su palabra. En un tiempo en que la justicia era en Francia la libertad , protejió la justicia ; en amistades no hubo un hombre mas fiel ; pero rara vez perdonan á los reyes el tener amigos y el no tenerlos.

En 26 de Setiembre de 1350 , Juan se ciñó en Reims la corona que debía ornar su féretro en Londres. El día de su consagracion armó caballeros á los príncipes y nobles que no debian volver ya á la vaina la espada que recibian de su mano. La pompa fue soberbia ; los gastos prodijiosos, y cada nuevo caballero recibió segun costumbre, á espensas del rey , el vestido de ceremonia con pieles preciosas y terciopelo doble de oro y de seda. París se conmovió á la vista de su monarca : entapizáronse las calles ; los artesanos divididos en cuerpos de oficios , los unos á pie , los otros á caballo , presentáronse vestidos de un modo uniforme, pero distinto en cada cofradia. Las fiestas duraron ocho dias , y una ejecucion sangrienta puño término á tan funestos regocijos.

Juan mandó decapitar al conde de Eu , condestable de Francia , que bajo su palabra habia vuelto de nuevo de la prision de Inglaterra. Dijose , pero sin

probarlo, que el condestable vendia á su patria á ejemplo de tantos franceses.

RESUMEN.

La tregua concluida con Inglaterra en el reinado anterior, confirmase por los cuidados del papa, y prorogase en varias veces para tres años. — Sin embargo, nunca cesan del todo las hostilidades en Guyena y en Bretaña. — Combate de los treinta. — Creacion de la orden de la Estrella. — Sorpresa del castillo de Guines por Eduardo, que decia que las treguas eran mercantiles. — Pesquisas inútiles del tribunal de Cuentas sobre las malversaciones de la hacienda. — Juan elegido juez en una querrela de honor entre el duque de Brunswick y el duque de Lancaster. — Muerte del papa Clemente VI. — Primer crimen del rey de Navarra.

FRAGMENTOS.

DEL REY DE NAVARRA.

Cárlos el Malo, tercer azote de su patria, aparece en la escena despues de Roberto de Artois, que habia desaparecido ya, y de Godofredo de Harcourt, que iba tambien á desaparecer. Como hemos dicho, era hijo de Juana, hija de Luis el Pendenciero, reina de Navarra, y de Felipe, conde de Evreux, príncipe de la sangre: por maternal herencia poseia un estado importante hácia los Pirineos, y por herencia paterna tierras, ciudades y castillos en Normandia. Su poder se aumentó todavía cuando subió á verno del rey, que le dió en esponsales á su hija Juana, de edad de ocho años. Cuanto mas se acercaba Cárlos al sòlio, mas parecia desearle y aborrecerle: si se hubiese desechado la

probarlo, que el condestable vendia á su patria á ejemplo de tantos franceses.

RESUMEN.

La tregua concluida con Inglaterra en el reinado anterior, confirmase por los cuidados del papa, y prorogase en varias veces para tres años. — Sin embargo, nunca cesan del todo las hostilidades en Guyena y en Bretaña. — Combate de los treinta. — Creacion de la orden de la Estrella. — Sorpresa del castillo de Guines por Eduardo, que decia que las treguas eran mercantiles. — Pesquisas inútiles del tribunal de Cuentas sobre las malversaciones de la hacienda. — Juan elegido juez en una querrela de honor entre el duque de Brunswick y el duque de Lancaster. — Muerte del papa Clemente VI. — Primer crimen del rey de Navarra.

FRAGMENTOS.

DEL REY DE NAVARRA.

Cárlos el Malo, tercer azote de su patria, aparece en la escena despues de Roberto de Artois, que habia desaparecido ya, y de Godofredo de Harcourt, que iba tambien á desaparecer. Como hemos dicho, era hijo de Juana, hija de Luis el Pendenciero, reina de Navarra, y de Felipe, conde de Evreux, príncipe de la sangre: por maternal herencia poseia un estado importante hácia los Pirineos, y por herencia paterna tierras, ciudades y castillos en Normandia. Su poder se aumentó todavia cuando subió á verno del rey, que le dió en esponsales á su hija Juana, de edad de ocho años. Cuanto mas se acercaba Cárlos al sòlio, mas parecia desearle y aborrecerle: si se hubiese desechado la

ley sálica, el rey de Navarra hubiera tenido pretensiones mas fundadas al trono que las de Eduardo, puesto que era hijo de una hija de Luis, y que Eduardo no descendía sino de una hija de Felipe el Hermoso. De aqui provino el que Eduardo auxilió á Cárlos tan solo el tiempo necesario para asolar la Francia, pero no el suficiente para que triunfara.

Cárlos el Malo se hizo digno de su nombre: era un espíritu inquieto, una alma negra, impotente en los crímenes como en los escesos, y cuyas prendas eran abortadas como sus vicios. La historia habla de su hermosura, de su liberalidad, de su elocuencia y de su bravura, y estas cualidades no produjeron fruto alguno: tambien se muestran cubiertos con adornos los monstruos que son adorados en las orillas del Nilo.

Su carácter es una escepcion en medio de los caracteres de su siglo: Cárlos no era tanto un caballero como uno de aquellos tiranos que oprimian entonces las repúblicas de Italia, y nació como Marcelo, para las turbulencias civiles, que anunciaban la aparicion del pueblo en sus propios negocios, y una revolucion en las costumbres.

La dignidad de condestable de Francia habia pasado despues de la ejecucion del conde de Eu á Cárlos de España, hermano de Luis de España. Este extranjero, conocido con el nombre de La Cerda, es el primero de los favoritos que se unió á los Valois como una rama bastarda de su familia: acusaron á La Cerda de haber impelido á Juan á un acto de rigor para apoderarse de los despojos de la víctima. Ora fuese ó no verdadera la acusacion, lo cierto es que Cárlos de España se hizo odioso al punto que tomó la espada de condes-

table; perdónase algunas veces al que vierte la sangre, pero nunca al que recibe su precio.

RESUMEN.

Cárlos el Malo, celoso de La Cerda, le hace asesinar. — Salta del asesinato á la traicion, se liga con la Inglaterra, y arrastra á sus proyectos al conde de Harcourt y á Luis su hermano. — Tratado vergonzoso para el rey Juan, concluido en Mantes, y perdon solemne concedido al rey de Navarra. — Riñe éste de nuevo. — Otro tratado concluido en Valognes, casi tan vergonzoso como el de Mantes. — Espira la tregua con la Inglaterra. — Eduardo desembarca en Calés, y entra por primera vez en Francia por la puerta, cuyas llaves tenia. — Vuelve á Inglaterra obligado por la invasion de los escoceses. — Cárlos el Malo seduce á Cárlos el delfín, de edad de diezisiete años, que despues fue Cárlos el Sábio. — Indúcele á fugarse de la córte bajo pretexto de que el rey Juan preferia á sus otros hijos. — El delfín, acusado por los remordimientos, revela el secreto á su padre. — Juan, aunque habia concedido nuevo perdon al rey de Navarra, se resuelve á vengarse de él. — Convocacion de los estados.

FRAGMENTOS.

LOS TRES ESTADOS.

En menos de cincuenta años transcurridos desde la primera convocacion regular de los estados hasta la convocacion de los mismos en tiempo del rey Don Juan, se desenvolvieron los principios políticos con una fuerza y una claridad, que nadie hubiese podido prever. Si el reino hubiese sido un cuerpo compacto; si los vasallos no hubiesen ejercido la soberanía en las provincias po-

table; perdónase algunas veces al que vierte la sangre, pero nunca al que recibe su precio.

RESUMEN.

Cárlos el Malo, celoso de La Cerda, le hace asesinar. — Salta del asesinato á la traicion, se liga con la Inglaterra, y arrastra á sus proyectos al conde de Harcourt y á Luis su hermano. — Tratado vergonzoso para el rey Juan, concluido en Mantes, y perdon solemne concedido al rey de Navarra. — Riñe éste de nuevo. — Otro tratado concluido en Valognes, casi tan vergonzoso como el de Mantes. — Espira la tregua con la Inglaterra. — Eduardo desembarca en Calés, y entra por primera vez en Francia por la puerta, cuyas llaves tenia. — Vuelve á Inglaterra obligado por la invasion de los escoceses. — Cárlos el Malo seduce á Cárlos el delfín, de edad de diezisiete años, que despues fue Cárlos el Sábio. — Indúcele á fugarse de la córte bajo pretexto de que el rey Juan preferia á sus otros hijos. — El delfín, acusado por los remordimientos, revela el secreto á su padre. — Juan, aunque habia concedido nuevo perdon al rey de Navarra, se resuelve á vengarse de él. — Convocacion de los estados.

FRAGMENTOS.

LOS TRES ESTADOS.

En menos de cincuenta años transcurridos desde la primera convocacion regular de los estados hasta la convocacion de los mismos en tiempo del rey Don Juan, se desenvolvieron los principios políticos con una fuerza y una claridad, que nadie hubiese podido prever. Si el reino hubiese sido un cuerpo compacto; si los vasallos no hubiesen ejercido la soberanía en las provincias po-

seidas por ellos; si una guerra de invasion no hubiera distraido de la politica á los entendimientos, es probable que se hubiesen fundado los tres estados como el parlamento de Inglaterra. Los estados de 1355 y los que siguieron, tuvieron ideas mucho mas exactas de los derechos de una nacion, que las que entonces tenia el parlamento británico. No sabemos donde los vecinos apenas emancipados, donde los prelados y los señores feudales habian podido beber nociones tan claras del gobierno representativo en medio de las preocupaciones del tiempo, y de la obscuridad y del caos de las leyes: la viveza del entendimiento de los franceses suple la esperiencia de los siglos.

Verdad es que el infortunio, poderoso maestro de la especie humana, aceleró el desarrollo de las verdades políticas en el reinado de Juan, y durante la rejenia de su hijo. Un hecho grande se presenta por todas partes en la historia: jamás entran los pueblos en el goce de sus derechos, sin pasar por medio de los males inherentes á las revoluciones combatidas. En vano tales revoluciones se cumplen en el fondo de las costumbres; en vano se hacen inevitables como las producciones naturales del tiempo: los jefes de los imperios no quieren reconocer que ha llegado el momento. Los intereses particulares oponen resistencia á los intereses jenerales: la lucha se abre y se vuelve mas ó menos sangrienta, segun el movimiento de las pasiones, el carácter de los individuos, el acaso y los accidentes de la fortuna. Deploremos las calamidades que llevan consigo las mudanzas, pero aprendamos de la historia que son necesidades de las que no pueden sustraerse los hombres. ¿Cuanto se harán las revoluciones sin esfuer-

zos y sin injusticias? ¿Cuando se habrán esparcido bastante las luces, y rayado tan alta la civilizacion, que los pueblos y los reyes cedan mutuamente los derechos que no deben negarse ni usurparse? Ese es un secreto de Dios.

Los estados de la lengua de Oile; es decir, del pais consuetudinario, en el que se reconocia sin embargo el Leonesado, aunque pais de derecho escrito, se reunieron en la gran cámara del parlamento en París el 2 de Diciembre del año 1355. El arzobispo de Rouen, Pedro de Laforest, canceller de Francia, abrió la asamblea con un discurso que pronunció en nombre del monarca: espuso las necesidades del reino, y declaró que el rey estaba dispuesto á abandonar la alteracion de las monedas, si los estados hallaban el medio de recomplazar aquella especie de tributo por un subsidio equivalente. Fijemos en el reinado de Valois la creacion de los impuestos.

Juan de Craon, arzobispo de Reims, en nombre del clero; Gauthier de Brienne, duque de Aténas, en nombre de la nobleza; Estévan Marcel, prevoste de los mercaderes de París, en nombre del tercer estado, protestaron su amor y su fidelidad al rey; y pidieron permiso de retirarse para deliberar entre si sobre los subsidios que debian concederse y sobre la reforma de los abusos.

Su declaracion estaba concebida en estos términos: Ningun reglamento tendrá fuerza de ley hasta tanto que lo aprueben las tres órdenes; y la órden que haya negado su consentimiento, no estará obligada por el voto de las otras dos. Semejante declaracion iguala el tercer estado con el clero y la nobleza. La libertad sobrepasa

ya los límites de la monarquía constitucional; porque al presente basta para la aprobación de la ley la mayoría absoluta de votos; y por el decreto de los estados, *una orden corrompida ó facciosa lograba detener el movimiento del cuerpo político.*

No se dice si el rey fue llamado á sancionar el decreto constituyente de los estados de 1355; ignorábase, pues, el principio del poder de la corona tal como le admitimos ahora, lo cual no es tan admirable como la fuerza adquirida por el tercer estado: porque aun no se habían cumplido dos siglos desde que era aun esclavo, y desde que el rey tampoco era nada en medio de sus grandes vasallos. La libertad vuelve á la sociedad por todos los canales, del mismo modo que la sangre sube al corazón por todas las venas.

Obtenido este punto, pagaron al rey Juan con un voto que puso á su disposición treinta mil hombres de armas, que componían un cuerpo de noventa mil combatientes, porque no entraban en este número los comunes que componían la infantería del ejército. Un impuesto sobre la sal, y otro de ocho dineros sobre todos los objetos que se vendiesen, esceptuando las ventas de las heredades, debían producir por espacio de un año la suma de cincuenta mil libras al día; suma que se juzgaba equivalente para el sostenimiento de los treinta mil hombres de armas. Los estados se reservaban la elección de las personas sometidas al levuntamiento, y de las reglas del impuesto, del que ninguno, ni aun el rey y la familia real, debían esceptuarse.

El rey dió el 28 de Diciembre de 1355 una orden conforme á lo que habían deliberado los estados: prometía no tocar el dinero destinado para la guerra y

consentir en que se distribuyese á los hombres de armas por una comision de los diputados de los estados, lo que era entregar el poder ejecutivo al poder legislativo. El monarca se obligaba por otra parte á fabricar monedas fuertes y duraderas, á renunciar en los viajes para sí y su casa, y los grandes oficiales de boca y de guerra, las requisiciones de trigo, de vino, de víveres, de carretas y de caballos que los paisanos estaban obligados á suministrar. Prohibíase á los acreedores transferir su deuda á las personas privilegiadas ó mas poderosas que ellos: ordenábase á todas las jurisdicciones que dependiesen de los jueces ordinarios: arreglábase el número de los sarjentos, restringiéndolo como abusivo; y encargábase á los referidos sarjentos que no exijiesen cosa alguna á mas de su salario: prohibíase el comercio á los jueces y oficiales judiciales de cualquier tribunal, y se confirmaban todas las ordenanzas en favor de la clase de agricultores.

En cuanto á las cosas de la milicia, el rey empeñaba su palabra de no acudir á los llamamientos en masa sin una necesidad evidente, y consultando á los estados si fuese posible. Prohibíanse las revistas falsas con penas rigurosas; los caballos debian estar marcados para ser reconocidos al revistarlos, y con el fin de que un hombre de armas no recibiese dos ó tres veces la paga por el mismo caballo. Hacíase responsables á los capitanes de los desórdenes que cometiesen los soldados: las tropas de paso no podían detenerse mas de un día en las ciudades, y si permanecian mas tiempo, no habia obligacion de darles la etapa, y se les podia obligar á pasar adelante. El monarca se obligaba por último á no concluir paces ni treguas sino de acuerdo con

una comision de las tres órdenes de los estados.

Tal es esta ordenanza, que se ha comparado en ciertos puntos con la gran carta de Juan, rey de Inglaterra, primer manantial de la libertad británica: por las prohibiciones de semejante ordenanza se trasluce lo que estaba permitido. Mas los estados de 1333 sobrepujaban en principios políticos y administrativos á las luces de su siglo, y cambiaban la naturaleza de la monarquía. Asi es que en el momento no quedó cosa alguna de aquellos saludables ensayos: el tiempo y la desgracia hicieron abortar en un suelo mal preparado aun los jérmenes de una civilizacion demasiado elevada.

RESUMEN.

Dirijese el rey á Rouen á arrestar con sus propias manos al rey de Navarra en un banquete. — Manda quitar la vida en su presencia al conde de Harcourt, al señor de Graille, á Maubué de Mainant y á Oliveros Doublet. — El rey de Navarra hecho prisionero, es conducido á la torre del Louvre ó al castillo de Gaillard, y de allí al Chatelet.

FRAGMENTOS.

BATALLA DE POITIERS.

Admirables son los defectos del rey; su cólera lo ciega, y pasa mas pronto que su bondad, que viene demasiado pronto á perdonar al único culpable que hubiera sido preciso castigar: se cree seguro de su justicia, y es detenido en la ejecución por su misericordia; quebranta demasiado las leyes, para que no sea abortada la corona, y no lo suficiente para salvarla: en

una comision de las tres órdenes de los estados.

Tal es esta ordenanza, que se ha comparado en ciertos puntos con la gran carta de Juan, rey de Inglaterra, primer manantial de la libertad británica: por las prohibiciones de semejante ordenanza se trasluce lo que estaba permitido. Mas los estados de 1333 sobrepujaban en principios políticos y administrativos á las luces de su siglo, y cambiaban la naturaleza de la monarquía. Asi es que en el momento no quedó cosa alguna de aquellos saludables ensayos: el tiempo y la desgracia hicieron abortar en un suelo mal preparado aun los jérmenes de una civilizacion demasiado elevada.

RESUMEN.

Dirijese el rey á Rouen á arrestar con sus propias manos al rey de Navarra en un banquete. — Manda quitar la vida en su presencia al conde de Harcourt, al señor de Graille, á Maubué de Mainant y á Oliveros Doublet. — El rey de Navarra hecho prisionero, es conducido á la torre del Louvre ó al castillo de Gaillard, y de allí al Chatelet.

FRAGMENTOS.

BATALLA DE POITIERS.

Admirables son los defectos del rey; su cólera lo ciega, y pasa mas pronto que su bondad, que viene demasiado pronto á perdonar al único culpable que hubiera sido preciso castigar: se cree seguro de su justicia, y es detenido en la ejecución por su misericordia; quebranta demasiado las leyes, para que no sea abortada la corona, y no lo suficiente para salvarla: en

una palabra, probó perfectamente que un hombre honrado no puede ser mal rey, y que no puede convertirse tan fácilmente en tirano. Los errores que, como los de Juan, son sensibles, suministran á los entendimientos adocenados ocasion de prorumpir en lugares comunes de moral, y á los perversos un motivo de triunfo: los clamores fueron universales; Felipe de Navarra, hermano de Carlos, y Godofredo de Harcourt, el célebre traidor perdonado, tío del conde á quien decapitaron, sublevaron la Normandía: entregáronse al rey de Inglaterra, reconocieronle por rey de Francia, juraron secundarle en la conquista de este reino, y prestaronle homenaje de sus dominios. Eduardo por su parte obró como habia obrado en otro tiempo en la muerte de los señores bretones, y envió á todas las córtes de la cristiandad un manifiesto, declarando: »Que los nobles decapitados ó encarcelados por Juan, que se llamaba rey de Francia, habian sido traidoramente muertos; que no habian concluido tratado alguno con él, y que por el contrario Eduardo habia mirado siempre al rey de Navarra y á sus parciales como enemigos de Inglaterra.» ¿Godofredo de Harcourt era enemigo de Eduardo?

Para apoyar el manifiesto descendió á Normandía el duque de Lancaster, y los ingleses reunidos á los navarros, formaron un ejército de cuarenta mil hombres de armas, sin contar las jentes de á pie. Juan se adelantó contra los aliados, que acababan de tomar y de arrasar á Verneuil de Perche: los ingleses se retiraron á los bosques de l'Aigle, y Juan puso sitio á Breteuil, que no abrió sus puertas sino despues de oponer una resistencia de dos meses.

Juan, de regreso á Paris, supo que el príncipe de Gales, despues de haber saqueado la Auvernia, el Lemosin y el Berri, se acercaba á Turena; y al punto juró marchar contra el príncipe, y combatirle en todas partes donde le encontrase. Convocó á los barones, grandes vasallos, señores, nobles y caballeros de su reino, ordenando que ninguno faltase al llamamiento, y se reuniese en los caminos de Blois y de Tours.

Verificose la reunion en las llanuras de Chartres: Craon, Boucicault y el ermitaño de Chaumont, se adelantaron con trecientos hombres de armas para reconocer y hostigar al enemigo.

El príncipe Negro habia tenido primero el designio de reunirse en Perche con el ejército del duque de Lancastre; pero hallando guardados los pasos del Loira, y sabiendo que Felipe reunia fuerzas considerables, volvió á tomar el camino de Burdeos por Turena y Poitou: perdió algun tiempo en el castillo de Romorantin, en el que se habian encerrado Boucicault, Craon y el ermitaño de Chaumont, empeñados en una escaramuza, y este fue el primer sitio en que jugó el cañon, así como en Crecy fue la primera batalla. ¿Tenia, pues, cañones en su ejército el príncipe de Gales? Sin embargo, no los empleó en la batalla de Poitiers: nuestros grandes barones desdeñáronse igualmente de hacer uso de ellos en la batalla de Azincourt, no obstante que podian echar mano de una artillería formidable para aquel tiempo. El arrojo caballeresco despreciaba unas armas que podian igualmente ser las del cobarde y las del valiente.

Deteniéndose el príncipe de Gales delante de Ro-

morantín, habia cometido una falta que debia perderle, y sin embargo su error le cubrió de gloria y á la Francia de luto: dió á Juan tiempo para alcanzar el ejército ingles, que á no mediar este sitio imprudente, hubiera entrado en Guyena sin disparar un tiro.

Los franceses pasaron el Loira por diferentes puentes.

Comenzaban á faltar los víveres al príncipe Negro, y habia dado un rodeo para evitar el acercarse á Poitiers, que permanecía fiel á la Francia; su movimiento permitió al rey, que seguia la línea mas corta, que llegase á la presencia de los ingleses.

Enviaron estos á la descubierta doscientas armaduras de hierro, «*todos montados sobre escojidos corceles,*» y mandados por Buch. Precipitáronse sobre las tropas del monarca, vieron el campo cubierto de hombres de armas, y atacaron á los rezagados. En el instante en que Juan iba á entrar en Poitiers, supo que se habia empeñado el ataque, y volvió atrás con el grueso de su ejército.

Los corredores ingleses alcanzaron al príncipe de Gales, y le refirieron las noticias que habian adquirido, y cuán numeroso era el ejército frances. El príncipe respondió: «*Fáltanos saber ahora como le combataremos con ventaja.*» Tomó posesiones en un terreno de difícil acceso: Felipe por su parte se detuvo, y la noche que sobrevino tendió su manto sobre ambos campamentos.

Al día siguiente, domingo 18 de Setiembre, el rey hizo cantar una misa en su tienda, y comulgó con sus cuatro hijos Carlos, Luis, Juan y Felipe, y

los señores de las flores de lis, que es como se llamaban entonces los príncipes de la sangre.

Concluida la ceremonia, Juan reunió su consejo, y propuso atacar al enemigo, aprobando el parecer del rey todo el consejo.

Los historiadores han censurado el acuerdo del monarca; pero no han tenido en consideracion ni las circunstancias ni las costumbres. No cabe duda en que hubiese sido mas seguro obligar por el hambre á los ingleses á que se rindieran; pero tambien era posible y mas heroico el vencerlos. Sino se hubiese perdido un dia; si el duque de Orleans no se hubiese retirado con la tercera parte del ejército en el momento del empeño, es muy probable que el principe de Gales hubiera sucumbido. ¡Y que motivo tan justo de resentimiento no tenia el rey contra los ingleses! En aquellos tiempos las batallas no eran cálculos, eran fruto del acaso, ó de un impulso guerrero; casi nunca producian grandes resultados, ni cambiaban la faz de los imperios: reducíanse á acciones en que se decidia, no la existencia, sino el honor de las naciones. Así es, que los príncipes se enviaban carteles para encontrarse en un sitio convenido, como los simples caballeros se emplazaban para un campo cerrado. Los heraldos de armas eran los portadores de tales desafíos: »Id á Troyes, dice el conde de Bukingham á los »dos heraldos de armas que envió al duque de Bor- »goña en el reinado de Carlos V, hablad á los señores, y decidles que hemos salido de Inglaterra para »ejecutar hechos de armas, y allí donde creamos encontrarlos, allí los buscaremos; y por cuanto nos »consta que una parte de las flores de lis y de la ca-

»ballería francesa descansan allí, hemos tomado este camino, y si quieren decirnos algo, en el campo nos hallarán.»

Llevaban tan lejos algunas veces dos ejércitos la delicadeza y el honor, que se negaban á aprovecharse de las ventajas del terreno. Con frecuencia los jenerales y los reyes pronunciaban el juramento de batirse con sus enemigos en todas partes donde los encontrasen, del mismo modo que los dioses de Homero juraban por sí mismos ejecutar cosas que no siempre eran justas, ó á la manera de los antiguos jermanos, que se obligaban á llevar una larga barba ó un anillo de hierro hasta que hubiesen vencido á un romano. Dos naciones que descendian así á la liza, no podian negarse al combate, semejantes á un hombre valeroso, que no puede evitar el desnudar el acero cuando se ve ofendido con un baldon.

Resolvióse, pues, en el consejo del rey el marchar en derechura contra el enemigo: diéronse al punto las órdenes: las cornetas y las trompetas resonaron alta y distintamente; los ministriles tañeron sus instrumentos, mientras los soldados se preparaban; los señores desplegaron sus banderas; los caballeros saltaron sobre sus bridones, y colocáronse allí donde el estandarte de las lises y la oriflama flotaban al viento. Veíanse correr los cabalgadores, los persebantes, los heraldos de armas, los pajes, los escuderos con el traje, el blason y la divisa de sus señores. En todas partes brillaban hermosas corazas, ricas armaduras, lanzas, escudos, yelmos y pendones: allí se encontraba toda la flor de la Francia, porque ningún caballero ni escudero habia osado quedarse en sus casti-

llos. Percibíase por entre el estruendo de los clarines las voces de los jefes y el relincho de los caballos, los gritos de armas de los diferentes señores: *Montmorency, el primer cristiano; Chatillon, el noble duque Montjoye, el gabitan blanco, Montjoye Borgoña, Borbon nuestra Señora*. Sofocaba toda aquella gritería el nombre de *Francia, Montjoye, San Dionisio*, y las preces en honor de la Virgen, que se confundían con la canción de Rolando.

Los vasallos, con la cabeza desnuda al pie de la bandera de su parroquia, llevando una especie de camisas sin mangas y un manto corto; los barones con espuelas y largas ropas forradas de pieles, marchando bajo la divisa de sus damas: la infantería con sayos armada de arcos, de ballestas, de bastones con puntas de hierro y de hoces; la caballería cubierta de hierro y con el casco y la lanza; los obispos con cota de malla y mitra; los legatarios, los confesores, las cruces, las imágenes de los santos, las máquinas de guerra modernas y antiguas, todo esto, en fin, visto en un ejército, presentaba á la luz de los rayos del sol un espectáculo tan extraordinario como brillante y variado.

Las tropas reunidas pasaban de sesenta mil combatientes, y veíase en ellas al hermano y á los cuatro hijos del rey, á la mayor parte de los señores de la flor de lis, á ilustres comandantes extranjeros, y á tres mil caballeros que llevaban banderas. Todos aquellos guerreros tenían á su cabeza al monarca, que sino era el capitán mas ilustre de su reino, era al menos el mas bravo soldado y el primer caballero.

Por consejo del condestable Juan de Brienne y de los dos mariscales Audeneham y Clermont habíase di-

vidido el ejército en tres cuerpos ó tres *batallas*, como decian entonces. El duque de Orleans, hermano del rey, que tenia á sus órdenes treinta y seis banderas y doscientos peones, mandaba la primera batalla: el jefe de la segunda era el delfin Carlos, duque de Normandía, llamado despues Carlos el Sábio; següante sus dos hermanos Luis y Juan, y custodiaba á los tres príncipes la guardia de los señores de Saint-Venant, de Landas, de Vondenay y de Cervolles, llamado el archidiácono, que despues fue un célebre aventurero. El rey dirijia la tercera batalla con Felipe, el menor de sus hijos, tronco de la segunda casa de Borgoña.

Estas tres masas, que hubiesen podido arrollar al enemigo cercando la posicion del príncipe de Gales, se colocaron en línea oblicua un corto espacio detras los unos de los otros. La ala izquierda, la mas avanzada *contra el enemigo*, mandada por el duque de Orleans, solo estaba separada de los ingleses por un montecillo, cuya ocupacion no se tuvo por interesante: el delfin comandaba el centro, y el rey la reserva, al ala derecha. Se juzgará de las disposiciones militares de este tiempo cuando se sepa que se practicaban antes de hacer el reconocimiento del terreno ocupado por el príncipe de Gales.

Mientras que el ejército frances se ordenaba en batalla, el rey envió á Eustaquio de Ribaumont, á Juan de Landas y á Ricardo de Beaujeu, á examinar el campo del caballero que habia ganado sus espuelas en Crecy. Entre tanto Felipe, montado en un caballo blanco, recorría las líneas, y decia: » Cuando estais en vuestras ciudades, amenazais á los ingleses, y deseais tener el casco y la cabeza delante de ellos. Ya estais en su

presencia: miradlos; haced patente su impericia, y vengad los perjuicios que os han causado." El ejército respondió á una voz: »Señor, Dios nos ayude."

Los tres caballeros enviados á la descubierta volvieron, y dieron cuenta al monarca de lo que habian observado.

El enemigo se halló atrincherado sobre una altura que habia en medio de una viña, y cerca de una aldea llamada *Maupertuis*, á la que solo se podia ir por un camino hondo, guarnecido á una y otra parte de dos cercados espesos, y era tan estrecho, que apenas podian caminar de frente tres caballeros juntos; y el príncipe de Gales habia emboscado los archeros detras de los cercados. Al llegar al cabo del desfiladero, encontrábase el ejército inglés, compuesto cuando mas de dos mil hombres de armas, de cuatro mil archeros y de quinientos aventureros. De estos siete ú ocho mil hombres, solos tres mil eran ingleses, y los demas franceses ó gascones.

El príncipe habia mandado apearse á su caballería, que no podia maniobrar en el sitio donde estaba: el todo formaba sobre la cúspide de la colina un cuerpo de infantería pesada, atrincherada entre los zarzales y las viñas, y cubierta su frente por los archeros ordenados en forma de grada. Habia dispuesto así las huestes Jaime de Audeley, caballero muy experimentado.

Si el rey Juan llevaba consigo la flor de la caballería de Francia, al príncipe Negro acompañaban los guerreros mas valerosos de Inglaterra y de la Guyena: entre los primeros sobresalian Juan Lord Chandos, los condes de Warwick y de Suffolk, Ricardo de Stanfort, Jaime de Audeley, y Pedro su hermano, el señor Bas-

set y otros muchos: entre los segundos contábanse Buch, Juan de Chaumont, los señores de Lesparre, de Rozem, de Montferrant, de Lauduras, de Prumes, de Bourguenze, de Aubrecicourt y de Chistelles, que al fin eran franceses.

Habiendo Ribaumont pintado al rey la posicion de los enemigos, Juan le preguntó cómo se les debía atacar: »Todos á pie, respondió Ribaumont, esceptuando trecientas armaduras de hierro escojidas entre los mas diestros y los mas valerosos caballeros, entraremos en el camino hondo para romper á los archeros. »A las armaduras seguirán los restantes hombres de armas á pie, para acometer á los hombres de armas ingleses ordenados en batalla en la altura, al extremo del desfiladero, y para pelear mano á mano.»

Juan siguió este consejo, que le lisonjeaba por su atrevimiento: mejor aconsejado, hubiera debido atacar á los archeros por la espalda, y desalojarlos de los dos cercados antes de empeñarse en el desfiladero. Los mariscales, segun el plan adoptado, designaron los restantes caballeros que debían abrir el camino: los restantes hombres de armas fueron desmontados; mandóseles quitar las espuelas, cortar las picas, y reducir las á cinco pies de largas, para servirse de ellas con mas facilidad en la refriega. Un cuerpo de alemanes, mandado por los condes de Nidan, de Nassau y de Saarbruck, permaneció á caballo para sostener en caso de necesidad á los trecientos hombres de armas en el ataque del desfiladero. El rey, acompañado de veinte caballeros, se puso en medio de los alemanes, para ver de mas cerca el principio de la accion. Dispuesto todo así, se dió la señal para empezar la batalla.

Ya los trecientos hombres de armas habian embrazado sus broqueles, cuando vieron venir á un caballero, que pidió hablar al monarca: era el cardenal de Perigord. El papa no cesaba de trabajar en la reconciliacion de la Francia y de la Inglaterra; los dos cardenales de Urjel y de Perigord habian sido enviados á los dos ejércitos para empeñarlos en la paz, y tratar de la libertad del rey de Navarra. El cardenal de Perigord no se habia desanimado con el mal éxito de sus primeras tentativas, y siguiendo las huellas de los principes rivales, habia llegado en el instante mismo en que iban á medir sus diferencias.

Corrió adonde estaba el rey de Francia, y luego que lo descubrió, se apeó del caballo, se inclinó, y gritó juntando las manos: »Querido señor, aqui teneis »á toda la flor de la caballería de vuestro reino reunida contra un número reducido de vuestros enemigos. Si obteneis lo que deseais sin combatir, ahorrarais la sangre cristiana, y la vida de vuestros vasallos. Ya sabeis que Dios tiene en su mano la suerte de las armas, y os conjuro en nombre de ese mismo »Dios y de la caridad, para que me permitais ir al campamento del principe de Gales á representarle su peligro y las ventajas de la paz.»

El rey respondió: »Plácenos que obreis asi, pero »volved pronto.»

El cardenal marchó á galope hácia el campo de los ingleses: al nombre de la religion, las barreras de los dos ejércitos se abrian y dejaban pasar á su ministro: halló al hijo de Eduardo rodeado de sus caballeros, cubierto con su armadura negra, y llevando la divisa de los principes de Gales pendiente del escudo del an-

ciano rey de Bohemia: presajo que anunciaba á Poitiers el destino de Crecy: »Sin duda, hermoso man-
»cebo, le dijo el enviado del papa, que si hubierais
»examinado el ejército del rey de Francia, me auto-
»rizariais para que concluyera con él un tratado." El
príncipe respondió: »Me conformaré con todo, menos
»con la pérdida de mi honor y el de mis caballe-
ros." El cardenal replicó: »Decis bien, hermoso man-
cebo:" y regresó aceleradamente al campo de los fran-
ceses.

Suplicó al monarca que suspendiese el ataque hasta el día siguiente: »Vuestros enemigos, decia, no pue-
»den escaparse: concededles algunos momentos para
»que descubran su peligro." Negose Juan por acuerdo de la mayor parte de su consejo: pero por miramiento á la santa sede consintió en fin en aquella dilacion, que dió tiempo á los ingleses para atrincherarse y para reanimar el ardimiento del soldado, y que fue la causa principal de la pérdida de la batalla.

El rey mandó levantar una hermosa tienda de color de grana en el sitio mismo en que se hallaba, y las tropas dejaron las armas, á escepcion del cuerpo mandado por el condestable y por los dos mariscales.

El cardenal que regresó al campo ingles y volvió en seguida al de los franceses, presentó al rey las proposiciones del príncipe de Gales, reducidas á ofrecer que entregaria los prisioneros que habia hecho, las ciudades y castillos que habia tomado en el discurso de tres años: obligábase por espacio de siete á no empuñar las armas contra la Francia; y Villani añade, que se conformaba en pagar doscientos mil nobles ó escudos de oro, por los estragos que habia ocasionado su

ejército. El príncipe solicitaba la mano de una hija del rey, y para dote de la princesa el ducado solo de Angulema: finalmente, reclamaba la libertad de Carlos el Malo, y se empeñaba en hacer aprobar á Eduardo las condiciones del tratado.

Juan, á quien los historiadores representan como un temerario, habiase mostrado en extremo moderado, concediendo á los ingleses la suspensión de armas, é iba á dar una nueva prueba de su espíritu conciliador, aceptando las ofertas del príncipe Negro, cuando Reinaldos de Chauveau, obispo de Chalons, se levantó en el consejo, y dijo:

» Señor, si mal no me acuerdo, el rey de Inglaterra, su hijo, y su hermano el duque de Lancastre, os han insultado en varias ocasiones, y sembrado vuestro reino de cadáveres y ruinas. Por tierra humillaron á vuestro padre Felipe, y asesinaron á vuestra nobleza, y por mar han asaltado vuestros navíos, é incendiado vuestros puertos como piratas. ¿Y que venganza habeis tomado? ¡Y que! ¿En recompensa de tantos crímenes entregareis vuestra hija en unas manos teñidas con sangre francesa? Dios os entrega vuestros principales enemigos, esos orgullosos ingleses, esos gascones infieles, esos cobardes que vienen de degollar á los sacerdotes y á los labradores, esos incendiarios que han entregado á las llamas las cañas que humean todavía, ¡y los dejareis escapar!

¿Creeis que obran de buena fe al proponeros tales condiciones? ¿No conoceis su perfidia? Bajo pretexto de que ha de ratificar el tratado el monarca ingles, ganarán tiempo, y Eduardo se negará á confirmar los artículos estipulados. Entre tanto, el duque de Lan-

»castre, que tala el Perche con su ejército, se habrá
 »reunido al príncipe de Gales, y la victoria coronará
 »quizás á vuestros enemigos. ¡Dios nos preserve de ma-
 »yores infortunios! Pido que no haya dilaciones; y que
 »dejen de suspender vuestra venganza proposiciones in-
 »sidiosas, y la lentitud de vuestro consejo.”

Este discurso, cuyo vigor sostuvo el prelado con la
 lanza en la mano, encendió en el pecho del rey el ar-
 dimiento bélico, y los barones gritaron: »¡A las ar-
 »mas! Id, dijo Juan al cardenal, id, y decid al prin-
 »cipe de Gales que se entregue prisionero con ciento
 »de sus principales caballeros. Con tal condicion dejaré
 »pasar su ejército.” El príncipe, al oír estas palabras
 que le refirió el cardenal, respondió: »Mis caballeros
 »no se toman sino con las armas en la mano. En cuanto
 »á mí, suceda lo que quiera, no tendrá la Inglaterra
 »que pagar mi rescate.”

Tales conferencias ocuparon todo el domingo; y
 mientras duró el consejo, varios caballeros de ambos
 ejércitos corrieron á caballo por delante de las líneas
 de uno y otro campo. En una de estas correrías, el mar-
 iscal de Clermont encontró á Juan Chandos: ambos
habian adoptado en sus armas el mismo emblema, que
 consistia en una dama vestida de tela azul y rodeada
 por los rayos del sol: »Chandos, dijo el mariscal, ¿des-
 »de cuando habeis tomado mi divisa? — Desde que ha-
 »beis vos adoptado la mia, contestó Chandos. — Si
 »nuestras huestes, replicó Clermont, no estuviesen á
 »punto de venir á las manos, os probaria en el acto
 »que no debeis usar mi divisa. — Sí, gritó Chandos,
 »mañana nos encontraremos, y os haré ver que la da-
 »ma azul es mas mia que vuestra.” Esta querrela de

caballería costó la vida al mariscal, que fue muerto por Chandos.

La noche tendió su velo: los franceses, provistos de víveres abundantes, fiando en su número y valor, pasaron la noche durmiendo; los ingleses, faltos de todo, velaron y se fortificaron: en torno del campo, y delante de los archeros, abrieron fosos profundos, que revistieron de empalizadas, y en la parte más débil de su línea se cubrieron con los bagajes y carros. Mandó el príncipe de Gales que presentasen el botín recojido, y dividiéndolo en tres porciones entre su campo y el de los franceses, hizo que les prendiesen fuego. Este sacrificio no dejó ya á los ingleses nada que perder, y los torbellinos de llamas y humo que se levantaban la víspera de la batalla entre las tinieblas, sirvieron para disimular los trabajos del enemigo, y pasar á nuestros soldados.

Salió el sol que debía alumbrar un día tan funesto á nuestra patria, y halló los corazones alimentados con falsas esperanzas (19 de Setiembre de 1356). Los franceses se colocaron en el mismo orden que el día anterior, y los ingleses cambiaron algun tanto su preparativos. Instruidos, no sabemos como, de la manera con que serian atacados, ordenaron al frente de su línea cierto número de caballeros para sostener el choque de los mariscales: ocultaron tambien trecientos hombres de armas y trecientos archeros á caballo detras de una colina, á cuyo lado opuesto se extendia el cuerpo mandado por el delfin y sus dos hermanos. Estos seiscientos hombres tenian orden, luego que viesen la accion empeñada, de dar la vuelta al cerro, y flanquear las tropas del delfin. El cardenal de Perigord

volvió á presentarse, pero dijéronle de parte de los franceses que se retirase: entonces se dirigió al campamento del príncipe de Gales, de quien era vasallo, como á hijo de Guyena: »;Bello príncipe, le dijo, haced lo que podais, puesto que es necesario batirse!» El príncipe respondió: »Confío, como igualmente mis caballeros, que Dios favorecerá mis derechos.» El cardenal se reunió al otro legado en la altura de una colina, donde levantaron sus manos al Dios de paz, mientras que en la llanura invocaban al de las armas.

Rodeado de sus compañeros de armas el príncipe Negro, pronunció el siguiente discurso:

»Señores, sino somos mas que un número reducido contra el poderoso ejército de nuestros enemigos, no por eso debe desfallecer nuestro arrojo. No el soldado, sino Dios dá la victoria. Si salimos vencedores, nuestro triunfo será mas brillante; si morimos, tengo un padre y dos hermanos, y vosotros amigos que nos vengarán; no penseis, pues, sino en pelear denodadamente. Si á Dios place, me vereis hoy llenando los deberes de buen caballero.»

El príncipe de Gales conservó á su lado á Chandos, que no obstante corrió al choque de los mariscales de Francia: deseaba tambien retener á Audeley; pero habia hecho voto de pelear en la primera fila en todo combate en que el rey de Inglaterra ó sus hijos se hallasen en persona; permitióle, pues, el príncipe de Gales que cumplierse su voto, y corrió á colocarse al frente de la línea, entre los hombres de armas que sostenian á los archeros.

Los franceses lanzaron el grito de armas. A esta señal los dos mariscales de Francia, los condes de

Audeneham y de Clermont, penetran en el desfiladero á la cabeza de trecientos caballos destinados á flanquear el camino. Apenas estuvieron entre los dos cercados que coronan el camino, cuando los archeros allí atrincherados lanzaron sobre ellos una nube de flechas, cuyas flechas largas, barbudas, dentelladas, y arrojadas á tiro seguro por un enemigo invisible, clávanse en el espeso batallon. Los caballos heridos uno tras otro, espantados y furiosos con el dolor, relinchan, se encabritan, no quieren pasar adelante, se vuelven de lado, tropiezan, y caen debajo de los jinetes. Las últimas filas intentan pasar por encima de las primeras ya caidas, atropéllanse y aumentan el peligro y la confusion. Sin embargo, los dos mariscales con algunos archeros vencen los obstáculos, y llegan al frente del ejército inglés, donde descubren una nueva línea de archeros, y á Jaime de Audeley á la cabeza de sus hombres de armas. Los bravos mariscales que habian salido casi solos del desfiladero, no pudieron sostener un combate tan desigual: Clermont murió á manos de Chandos; y de Audeneham, derribado en tierra por Audeley, se vió obligado á rendirse.

No tardó en divulgarse la noticia de la derrota. Los caballeros detenidos en medio del desfiladero entre sus propias filas caidas, y los hombres de armas á pie que los siguen, no pudiendo pasar adelante ni atras, permanecen inmóviles, espuestos á las flechas que los traspasan y los clavan á sus caballos, y solo salen de aquella horrible confusion gritos y alaridos. Los hombres de armas que ya penetraban por el camino, se replegan al cuerpo mandado por el delfín Carlos: en tan criticos momentos, los seiscientos ca-

balleros ingleses ocultos detras de la colina, salen de su emboscada, y corren á tomar por la espalda aquel mismo cuerpo. El terror se apodera de los soldados asalariados, y los hombres de armas desmontados se dispersan. Los señores de Landas, de Vondenay y de Saint-Venant, á quienes estaba confiada la guardia de los tres hijos del rey, juzgan demasiado pronto perdida la batalla, los fuerzan á alejarse; y Landas y Vondenay, despues de haber dejado á los príncipes en manos de Saint-Venant, volvieron á ponerse al lado del monarca en compañía de Angle, Saintré y Cervolles.

Habiéndose desbandado las tropas del delfin, las del duque de Orleans emprendieron cobardemente la fuga con su jefe: únicamente quedaron en el campo de batalla el escuadron de caballería alemana y la division mandada por el rey, á la que se unieron muchos caballeros que no habian podido resolverse á dejar abandonado á su señor.

Sabedor de la derrota de los dos primeros cuerpos franceses, el príncipe de Gales mandó á sus hombres de armas que montasen á caballo. Juan Chandos dijo al príncipe: «Señor, pasemos adelante: la victoria es vuestra; Dios estará de vuestra parte: aco- metamos al rey de Francia, pues sé que por su valor no huirá, y nos esperará.» El príncipe respondió: «Vamos, Juan, no me verás hoy volver atras.» Y en seguida gritó á su bandera: «Bandera, adelante en nombre de Dios y de San Jorje,» y descendió de la colina con todo su ejército.

El monarca, mandando estrechar las filas, corrió al encuentro de los ingleses que salian del desfilade-

ro para atacarle; sobresalía en medio de los suyos, por su alta estatura, su aire marcial, y por las flores de lis doradas de que estaba sembrada su cota de mallas; caminaba á pie como los demas caballeros, y llevaba en la mano una hacha de dos filos, arma de los antiguos francos. A su lado venia su hijo Felipe, que apenas contaba catorce años, como el leoncillo junto al leon. Todos los historiadores convienen en que si la cuarta parte de nuestro ejército hubiera combatido como su rey, hubiese logrado la victoria. El combate fue terrible; por una parte peleaba el príncipe Negro rodeado de Chandos, de Buch, rival famoso de Du Guesclin, de Audeley, de Aubrecicourt, de los condes de Warwick y de Suffolk, mariscales de Inglaterra; y por otra el rey Juan acompañado de Jacobo de Borbon y de Pedro de Borbon, padre de Luis II de Borbon, cuyas virtudes anunciaron las de Enrique IV; los dos príncipes de Artois, hijos de un traidor, y ambos fieles; los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, todos tres alemanes, y dignos de ser franceses; de Guichard de Beaujeu, de Guillermo de Nesle, de Guillermo de Montagu, de Ricardo de Angle, de los señores Chambly, de la Heuse, de Pons, de Tancarville, de Laval, de Damp-Marie, de La-Tour, de Humieres, de Urfé, de Duras, de Gaucher de Brienne, condestable de Francia y duque de Aténas, títulos que le imponian la obligación de morir gloriosamente; del obispo de Chalons, que espiró con el casco en la cabeza, como Adhemar en las murallas de Jerusalem; de Godofredo de Charny, el valiente porta-oriflama; de Eustaquio de Ribaimout, tan célebre por la corona de perlas que

Eduardo le dió delante de Calais; de **La Fayette** y de **la Rochefoucauld**, nombres que las armas han cedido á las letras; finalmente, de **Juan de Saintré**, reputado por el mas bravo caballero de su tiempo, y cuyo nombre han consagrado los romances galos.

Sostuvo bien la primera carga la caballería de los alemanes; pero retiró despues de haber perdido á los condes de Saarbruck, de Nidau y de Nassau, que eran sus jefes. Los caballeros franceses de diferentes provincias, colocados en fila con sus escuderos alrededor de la bandera de sus soberanos, combatian tan pronto por pelotones separados, tan pronto mezclados y confundidos. El príncipe de Gales con Chandos atacó la division del condestable, y el caudillo de Buch con los mariscales de Inglaterra se encontró en frente del rey.

Juan vió que se acercaba con una alegría intrépida, y aunque abandonado de las dos terceras partes de sus soldados, no pensó ni un momento en retroceder, resuelto á salvar el honor frances sino podia salvar la Francia. Como los hombres de armas habian acortado sus lanzas, el rey no pudo mandar que montasen á caballo como lo habia hecho el príncipe de Gales con los suyos. A los ingleses acompañaban ademas los archeros, que decidieron la victoria, hiriendo de lejos á los peones pesados que no podían alcanzar á sus ligeros enemigos. El ejército ingles todo á caballo, cayó con grande algazara sobre el ejército frances todo á pie: las oleadas de los combatientes impellianse mutuamente hácia Poitiers, y ejecutose la mayor matanza en los contornos de aquella ciudad. Los habitantes, temiendo que los vencedores entrasen confundidos con los vencidos, se negaron á abrir las puertas.

Va habian perecido los mas bravos ; disminuise el estruendo en el campo de batalla ; aclarábanse las filas á golpe de vista , y los caballeros caian los unos tras los otros como un bosque del que se cortan los árboles. Charny , levantando la oriflama , luchaba todavía con una multitud de enemigos que pretendian arrancarla de sus manos. Juan , con la cabeza desnuda , porque le habia caido el casco con el movimiento del combate , con dos heridas en el rostro , presentaba su frente sangrienta al enemigo. Incapaz de temer por su existencia , enterneciole la suerte de su hijo herido ya al parar los golpes que asestaban á su padre : quiso que se alejase el rejoy niño , y le confió al cuidado de algunos señores : mas Felipe se escapó de las manos de sus guardias , y volvió al lado de Juan , á pesar de sus mandatos. No teniendo bastantes fuerzas para herir , velaba por los dias del monarca , gritándole : « Padre mio , guardaos : á la derecha , á la izquierda , á » la espalda : » á medida que veia que se acercaba el enemigo.

Los gritos habian cesado. Charny , tendido á los pies del monarca , apretaba entre sus brazos entorpecidos por la muerte la oriflama que no habia abandonado : no quedaban ya en pie sobre el campo de batalla mas que las flores de lis , y la Francia entera no existia ya sino en la persona de su rey. Juan , empuñando la hacha con las dos manos , defendiendo la patria , el hijo , la corona y la oriflama , inmolaba á cuantos osaban acercarse. No se veian en torno suyo mas que algunos caballeros caidos y llenos de heridas , que se reanimaban en el polvo á la voz de su soberano , hacian un último esfuerzo , y caian para no levantarse.

mas. Mil enemigos intentaban apoderarse del rey en vida, y le decían: «Señor, rendios.» Juan, fatigado y sin cesar de perder sangre, nada escuchaba, y apetecía la muerte.

Un caballero penetra por medio de la muchedumbre, aparta á los soldados, se acerca respetuosamente al rey, y hablando en frances, le dice: «Señor, en nombre de Dios, rendios.» El monarca, admirado con el sonido de la voz, bajó el hacha, y respondió: «¿A quien me he de rendir? ¿á quien? ¿donde está mi primo el principe de Gales? Si le viera, le hablaria.» — No está aquí, respondió el caballero, pero rendios á mí, y os conduciré á su presencia. — Y quien sois vos, preguntó el rey. — Señor, soy Dionisio de Morbec, caballero de Artois. Sirvo al rey de Inglaterra, porque me vi obligado á abandonar mi país por haber muerto un hombre.”

Juan se quitó el guante de la mano derecha y lo echó al caballero, diciéndole: «A vos me rindo.” Al menos el rey de Francia entregó su espada á un frances.

No se veían ya ni banderas ni pendones en el campo de Poitiers: el principe de Gales ignoraba aun toda su gloria; Chandos le aconsejó plantar su bandera en un matorral, para reunir sus tropas y descansar. Levantaron una tienda encarnada, donde entró el principe: los oficiales de su cámara le quitaron el casco, y le dieron á beber; las trompetas tocaron llamada. Los caballeros ingleses y gascones corrieron llevando tras sí un número prodijioso de prisioneros; soldado hubo que presentó diez: tratáronlos con una jenerosidad extraordinaria; á la mayor parte les dieron liber-

tad bajo palabra, y con la simple promesa de un rescate, que procuraron no fuese demasiado grande para no arruinarlos.

Los dos mariscales de Inglaterra llegaron á la presencia del hijo de Eduardo, quien les pidió noticias del rey de Francia: »Señor, respondieron, no sabemos que se ha hecho; mas es preciso que haya muerto ó caído prisionero, porque no ha abandonado sus huestes." Chandos habia pronosticado ya que Juan no huiría, conocido *su valor*: y Warwick declaró que debia haber caído muerto ó prisionero, porque no habia cesado de pelear; y vamos á ver al príncipe de Gales proclamando á Juan, el mas bravo caballero de su ejército: un monarca frances, cuyo denuedo es tan altamente reconocido hasta por sus enemigos, puede ser vencido sin cesar de reinar; los reyes cabelludos no perdieron la corona que habian recibido sobre un escudo, sino bajo la púrpura.

El príncipe Negro dijo á Warwick y á Cobham: »Id, os ruego, y recorred á lo lejos el campo, de suerte que me deis noticia del rey de Francia." Warwick y Cobham partieron montados en sus caballos, y treparon á un cerro para mirar en torno suyo: descubrieron un tropel de hombres que caminaban lentamente, y se detenian á cada paso. Los dos varones descendieron al punto de la colina, y dieron espuela á los bridones corriendo por aquel lado, y al acercarse al tropel gritaron: »¿Quién va ahí?" Respondiéronles: »El rey de Francia, que ha caído prisionero, y se lo disputan mas de diez caballeros y escuderos."

Juan, en medio de aquellos soldados, llevaba su hijo de la mano, espuesto á los mayores peligros, por-

que los ingleses y los gascones se arrebataban á su turno la presa, despues de habérsela quitado á Dionisio de Morbec. Todos gritaban al hablar del rey : » Yo le he rendido ; yo le he rendido. » Juan decia : » Conducidme cortesmente en compañía de mi hijo á la presencia del príncipe de Gales, mi primo. No riñais por mi presa, porque soy bastante poderoso para haceros ricos á todos. » Tales palabras apaciguaban por un momento á los hombres de armas, pero apenas habian dado un paso, cuando comenzaban de nuevo su contienda. Warwick y Cobham se arrojaron sobre la muchedumbre, apartaron á los soldados, les prohibieron bajo pena de la vida acercarse al monarca, apeáronse de los caballos, saludaron al rey y á su hijo, y acompañáronlos á la tienda del príncipe de Gales.

Advertido ya de la llegada del rey, el hijo de Eduardo salió á recibir al ilustre prisionero, se inclinó delante de él hasta el suelo, le acogió con palabras corteses, le rogó entrar en su tienda, mandó traer vino y aromas, » y lo presentó por su mano á Juan y á su hijo, segun dicen las crónicas, *en señal de su gran amor.* » Así están escritas en el cielo las derrotas y las victorias; así se levantan y sucumben los imperios. Ocho siglos antes, el primer rey franco triunfó de los visogodos casi en el sitio mismo en que Juan cayó prisionero de los ingleses, y Charny pereció defendiendo la orillama en los campos en que cuatrocientos años despues Larrochejaquelein debia morir por la bandera blanca.

Llegada la noche, el príncipe Negro mandó poner en su tienda una mesa abundantemente provista, en la que se sentaron juntamente con el rey y su hijo, los mas ilustres prisioneros, Jacobo de Borbon, Juan

de Artois, los condes de Tancarville, de Estampes, de Damp-Marie, de Graville, y el señor de Parthenay: los demas barones y caballeros franceses, compañeros de los peligros y de los infortunios de su señor, hallábanse colocados en otras mesas. El príncipe de Gales servia en persona á sus huéspedes, y se negó constantemente á tomar parte en la comida del rey, diciendo que no tenia bastante presuncion para sentarse en la mesa de un príncipe tan grande, y de un hombre tan valeroso. »Querido señor, decia á Juan, no os abatais, si Dios no ha querido en este dia acceder á vuestros deseos, mi señor padre os tratará con todos los honores que mereceis, y os propondrá condiciones tan justas, que quedareis para siempre amigos. Debeis regocijaros, aunque la victoria no haya sido vuestra, porque habeis adquirido el alto renombre de valiente, y escedido á cuantos han peleado á vuestro lado. No digo esto, amado señor, para consolaros, porque todos mis caballeros que han presenciado el combate, están de acuerdo en concederos la prez y la corona.»

Hasta entonces Juan habia sobrellevado su desgracia con ánimo magnánimo; de sus labios no habia salido ni una queja: ninguna señal de debilidad habia vendido al hombre; pero cuando se vió tratar con aquella jenerosidad, cuando vió á sus mismos enemigos que le negaban en el trono el título de rey de Francia, reconocérle como rey en las cadenas, reputose realmente vencido. Escapáronse las lágrimas de los ojos, y lavaron las huellas de sangre que quedaban en su rostro. En el banquete del cautiverio, el rey cristianísimo pudo decir como el rey santo: »*Mis lágrimas se han mezclado con el vino de mi copa.*»

Los demas prisioneros comenzaron á llorar al ver el llanto del monarca , y suspendiose por breves instantes el festin. Los guerreros franceses , jueces tan jenerosos en las acciones nobles , miraban con un murmullo de admiracion á su vencedor , que apenas contaba veintiseis años. » ¡Que monarca promete á su patria , decian , si vive y persevera en su fortuna ! »

Las palabras de los desgraciados son proféticas : si el príncipe de Gales oyó las de sus prisioneros , debió tener , en vista de las inconstancias de la suerte , un presentimiento de su propio destino. El príncipe vivió pocos dias. Su hijo , que se sentó en el trono de Inglaterra , vendido por los mismos nobles que habian combatido en Poitiers , obligado á recurrir á la proteccion del heredero del rey Juan , depuesto por un parlamento ingrato , y encerrado en una torre ; su hijo , digo , condenado á morir de hambre , luchó largos dias contra la muerte , y ansió en vano en sus últimos momentos las migajas del convite que su padre victorioso dió á un monarca desgraciado. La gloria misma del vencedor de Poitiers pereció en los campos en que arrojó una luz tan clara.

Mas arriba de la antigua abadía de Nouillé y de la poblacion de Beauvoir , en el Poitú , sobre lo alto de una colina cubierta de juncos marinos , creyéronse encontrar los vestijios de un antiguo campo. Hacia el medio del campo se nota la abertura de un pozo medio cegado , y esto es todo lo que atestigua la existencia de un héroe. El lugar de Maupertuis ha desaparecido , y en el pais nadie se acuerda de que haya existido. Por otro capricho de la suerte , el lugar en donde se ven vestijios del campo ingles , se llama hoy

Cartago ; como si la fortuna, para jugar con los hombres, se haya complacido en borrar un nombre famoso con otro mas famoso, una ruina con otra ruina, y una vanidad con otra vanidad (1).

(1) Véase sobre la palabra Cartago el *Ensayo ó disertacion sobre el campo voctadense*, en las disertaciones de Lebocuf. Ved tambien las *vidas de los capitanes ilustres en la edad media*, por M. Mazas. Encuéntrase en esta obra exactas noticias y observaciones sobre la batalla de Crecy, de Poitiers y de Azincourt. He corregido en mi narracion los nombres propios, miserablemente estropeados por nuestros historiadores, que han seguido á Froissard y á las crónicas de Flandes. La edicion de Froissard por M. Buchon me ha servido en extremo para estas correcciones, aunque no he adoptado enteramente el texto. Tambien he recibido de Poitiers planes y documentos sobre la batalla de este nombre.

ANÁLISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

DESDE LA BATALLA DE POITIERS, EN TIEMPO DEL
REY JUAN EN 1356, HASTA LA REVOLUCION
DE 1789.

JUAN II.

De 1356 hasta 1364.

Parecía que había la Francia tocado el término de su ruina: su hacienda estaba exhausta, y sus ejércitos se transformaban en tropas de bandidos que despedazaban su seno: sus pueblos se sublevaron; sus estados atacaron al trono, que quedó vacío por la cautividad del soberano: un príncipe de la sangre, buyendo de su prisión, vino á mezclar á las violencias extranjeras las discordias domésticas: dió veneno al heredero de la corona cautiva: traidores en la iglesia y en la nobleza, facciosos en el tercer estado; dentro las sediciones y los crímenes del tribunado, fuera los horrores de la anarquía civil y militar: y el único remedio que quedaba á tantos males, era un príncipe que apenas rayaba en los dieziocho años, y cuyo proyecto de fuga con el rey de Navarra, y cuya conducta en la batalla de Poitiers, habíale quitado la estimacion de los franceses y de los enemigos. ¿Quién podía adivinar

que aquel jóven seria Cárlos el Sábio, salvador de su pueblo, y uno de los reyes mas útiles que han gobernado á los hombres?

Pero Cárlos V no era sino la cabeza; necesitaba un brazo, y Dios lo habia formado al propio tiempo. Mientras que el delfin se retiraba obscuramente de Poitiers despreciado por los vencedores, un noble tan desconocido como él combatia por Cárlos de Blois en los matorrales de la Bretaña. Sin belleza, sin gracia, sin fortuna, de un talento tan mediano, que no habia podido lograr que aprendiese á leer; aquel noble medio labrador no se distinguia en la apariencia por ninguna de las prendas que anuncian á los héroes, á escepcion del valor. Nuestras crónicas, que le mencionan en aquella época por vez primera, le dan el nombre de *cierto doncel*. Y era Du Guesclin, el primer gran capitán que la Europa habia visto desde el tiempo de Roma, y á quien nuestros abuelos dan el nombre de *el buen condestable*: ¡tan fecundo es el suelo de Francia! ¡tantos recursos tiene en la desgracia nuestra patria!

Cárlos y Du Guesclin se presentan juntos, nacidos el uno para el otro, y ambos para la nacion; y tanto mas ilustres, cuantos mas obstáculos se oponian á sus victorias. Cuando Dios envia á los ejecutores de su venganza, el mundo se allana delante de ellos; consiguen triunfos extraordinarios con medianos talentos; ningun adversario diestro les disputa el triunfo, y todo se arregla para que hasta sus errores les sirvan para aumentar su poder. El cielo, para secundarlos, sienta en los tronos á la locura y á la estupidez, y no aparece un jeneral en el campo, ni un ministro en los

consejos. Tales esterminadores logran la sumision del pueblo en nombre de las calamidades de que han sufrido, y del terror que las mismas calamidades han inspirado. Arrastrando tras ellos un rebaño de esclavos armados, deshonrados por cien victorias, con el hacha en la mano y los pies bañados en sangre, van al estremo de la tierra, como hombres ebrios impelidos por Dios, que constituye su fuerza, y de quien reniegan.

Mas cuando la Providencia, por el contrario, quiere levantar un reino y no abatirlo; cuando echa mano de sus servidores y no de sus enemigos; cuando destina á los mismos servidores una gloria verdadera, y no una espantosa nombradía, en vez de ofrecerles llano el sendero, opóneles obstáculos dignos de sus virtudes. Asi es fácil de distinguir el azote del Salvador, y el hombre enviado para destruir, del hombre nacido para reparar. Aparece el primero cuando no brillan los talentos, y el segundo encuentra á cada paso diestros adversarios capaces de poner en duda sus triunfos: nada contraria al uno, es dueño de todo, y sirve para triunfar de medios inmensos: todo se opone al otro, no es dueño de nada, y cuenta tan solo con los mas débiles recursos. El delfin se bate con Eduardo, poderoso monarca, guerrero afortunado, soberano de un reino floreciente y de la mitad de la Francia: lucha contra Carlos el Malo, príncipe cuyos crímenes daban importancia á sus artificios, contra Marcelo, Le Coq y Pecquigny, triunvirato formidable por la triple alianza del poder popular, aristocrático y religioso. Du Guesclin combatió contra el príncipe de Gales, contra Chandos y Buch, rivales que le aventajaban en nombradía y le igualaban en mérito. Careciendo de dinero y de cré-

dito, tuvo que vender las joyas de su esposa para sostener á sus compañeros de armas: tan pronto no tuvo por soldados sino á caballeros bravos, pero indóciles, y á paisanos indisciplinados, tan pronto su ejército se compuso de una muchedumbre de saltadores, que no le seguian sino por el milagro de su gloria. Y sin embargo, el príncipe y el súbdito llevaron á cima su obra, batieron al extranjero, restablecieron el órden, é hicieron florecer las leyes, las letras, el comercio y la agricultura; y despues de haber brillado juntos los dos en la escena del mundo, salieron ambos de él casi al propio tiempo: el buen condestable fue á dormir á Saint-Denis á los pies de Cárlos el Sábio. Despertados en nuestros dias en sus tumbas, unidos siempre por el mismo destino, han salido á la luz despues de una noche de cuatro siglos: las cenizas del rey que arrancó á los ingleses nuestra tierra natal, han sido arrojadas al viento, y manos francesas han roto el féretro de Du Guesclín: arca santa, delante de la cual caian las murallas enemigas.

París, despues de la batalla de Poitiers, recibió á Cárlos con honores y con respeto, ó bien porque los hombres no puedan negarse á saludar al infortunio como maestro suyo, ó bien porque procuran desempeñarse prontamente de su deuda, para alejarse en seguida sin remordimientos, y manifestar sin trabas su ingratitud. El delfin habia sido nombrado por su padre lugar-teniente jeneral del reino, algun tiempo antes de la batalla de Poitiers, y en calidad de tal gobernó la Francia hasta su mayor edad, época en que tomó el título de rejente, que ninguno le disputó. El primer cuidado de Cárlos fue convocar los estados, que en su

última sesión se habían emplazado para el mes de Noviembre; y reuniéronse en la cámara del parlamento.

Ochocientos diputados componian toda la asamblea de la lengua de oyl: presidia á la nobleza el duque de Orleans, hermano del rey; al clero, Juan de Craon, arzobispo de Reims, y al tercer estado, Estévan Marcel, prevoste de los comerciantes. El canceller pronunció el discurso de apertura, y estimuló á los diputados á que se ocupasen en las necesidades de la Francia y de la libertad del rey. Las órdenes se reunieron separadamente, nombraron una comision compuesta de cincuenta miembros, con dos de las tres órdenes, y elejidos entre los diputados mas opuestos al príncipe, cuya comision debia trabajar en el proyecto de reforma jeneral.

Ordenadas las bases de aquel plan, rogaron al príncipe que se presentase en los franciscanos, donde se habían trasladado los estados; y quisieron obligarle á que mantuviese secreto lo que tenian que decirle, á lo cual se negó.

Entonces el obispo de Leon, Roberto le Coq, se levantó y tomó la palabra: atribuyó los infortunios públicos á los aduladores y consejeros de que se habia rodeado el rey Juan: presentó una lista de proscripcion de veintidos personas, exijiendo que se abriese su proceso: propuso que se formase una comision sacada del seno de los estados, para que vijilase los diferentes ramos de administracion, y finalmente pidió que Carlos no tomase medida alguna sin conocimiento de un consejo igualmente elejido entre los diputados, terminando el obispo su discurso con solicitar la libertad del rey de Navarra. A este precio los esta-

dos ofrecían el levantamiento de treinta mil hombres de armas, el impuesto de un décimo y medio, ó de tres vijésimas partes sobre los bienes de la nobleza y del clero, y el tercer estado se obligaba á pagar por cada diez hogares un hombre de armas.

Pasma el ver á un cuerpo que carecía aun de experiencia, caminar tan directamente á su objeto, y seguir con firme paso los caminos que despues se han seguido.

Los estados de 1356 (5 de Febrero) y los de 1357 (7 de Octubre), se encontraron poco mas ó menos en el mismo caso que la asamblea lejislativa en 1792. La Francia en ambas épocas tenia que hacer frente á una guerra extranjera, mientras que interiormente se ocupaba de la reforma de sus leyes, y se verificaba una grande revolucion política. La misma causa dada produjo algunos efectos idénticos: los estados de 1356, por el instinto natural que estimula á las reuniones de los hombres, lo mismo que á los individuos, á aprovecharse de las circunstancias, se constituyeron: ya habian dado un paso inmenso en las sesiones anteriores, y dieron otro mas considerable despues de la batalla de Poitiers.

Pero el peligro de las armas extranjeras, las dimensiones internas y las resistencias locales, desvirtuaron estos elementos, y produjeron algunos efectos semejantes á los crímenes que hemos presenciado en 1793. Se alzaron tribunos: Marcel, Roberto le Coq y Pequinay exaltaron las pasiones de la muchedumbre. Marcel, tomando el poderío de señor, disponia segun su capricho de esos reyes medio desnudos, embrutecidos por la miseria, verdaderos salvajes en medio de la ci-

vilización, pero salvajes degradados de la nobleza de los bosques, que solo tenían el orgullo de sus harapos.

El rey de Navarra, libre de su prision de Arleux en Pailleul por Juan de Pecquigny, gobernador de Artois (1357), corrió á Paris y vino á aumentar la discordia. Arcngó al pueblo convocado en Pré aux Clees, donde se celebraron asambleas semejantes al Foro en las calles y en San Jacobo del Hospital, donde Marcel, Consac, rejidor, Juan de Dormans, canceller del ducado de Normandía, y el delfin mismo, pronunciaron discursos en presencia del pueblo, que pasaba de una opinion á otra, escuchando uno tras otro á los oradores. No hemos visto tales escenas en 1793: el pueblo que tomó entonces una parte tan activa en los acontecimientos, jamás deliberó en masa, y no obligó á los principales personajes del estado á que viniesen á discutir su causa delante de él, pues hasta la Convencion desechó la apelacion al pueblo.

Paris se convirvió en un momento, en 1357, en una especie de antigua democracia, en medio del feudalismo. Inventaron colores nacionales, adoptaron la caperuza, mitad de paño encarnado y mitad de azul verdoso con broches de plata esmaltada, y pusieronse esta inscripcion: *Al buen fin*. Abriéronse las cárceles á propuesta del rey de Navarra, que entregó la lista de los criminales que debian recobrar la libertad, á saber: »*Ladrones, asesinos, saltadores de caminos, falsos monederos, falsarios, violadores, raptores de mujeres, perturbadores del reposo público, hechiceros, brujas y emvenenadores.*» A tales sucesos siguieron los asesinatos: el monarca no pereció en estas turbulencias, porque estaba prisionero de los ingleses; mas el

heredero del trono estuvo espuesto á los mas inminentes peligros.

Y no se diga que el formar proceso al rey era una idea que no podia ocurrir entonces, porque, por el contrario, era una idea natural en los tiempos antiguos.

El artículo décimo-octavo del testamento de Carlomagno contiene esta notable disposicion: » Si algunos de nuestros nietos nacidos ó por nacer son acusados, ordenamos que no se les motile la cabeza, que no les saquen los ojos, que no les corten miembro alguno, ni les condenen á muerte sin preceder una madura discusion y exámen (1).” ¡Y es Carlomagno el que habla, Carlomagno, cuyos nietos nacidos ó por nacer estaban destinados al solio!

En el reinado de su hijo Luis el Pio, una asamblea nacional juzgó y condenó á Bernardo, rey de Italia, y otra asamblea forzó al mismo emperador Luis á descender del trono, del mismo modo que un congreso posterior volvió á sus manos el cetro. Algun tiempo antes del advenimiento de la rama de los Valois al trono, el parlamento de Inglaterra habia despojado de la corona á Eduardo, segundo padre de Eduardo III. El espíritu de las dos primeras órdenes de los estados de la edad media tendia á establecer un derecho de supremacia sobre la autoridad real: la igle-

(1) De nepotibus vero nostris, scilicet filiis praedictorum filiorum nostrorum, qui ex eis vel jam nati sunt vel adhuc nascituri sunt, placuit nobis praecipere ut nullus eorum per quaslibet occasiones quemlibet ex illis apud se accusatum sine justa discussione atque examinatione aut occidere, aut membris mancare, aut excaecare, aut invitum tondere faciat. (*Capitul. Baluz.*, tom. 1, pág. 446.)

sia romana absorvía á los súbditos del juramento de fidelidad, y los concilios jenerales privaban á los papas de la tiara; los grandes vasallos miraban á los reyes como á sus iguales, y este principio de igualdad no necesitaba de la fuerza y de la desgracia para producir su consecuencia natural. ¿Podemos creer, por ejemplo, que Cárlos el Malo, que habia envenenado al delfin, formado el designio de robar al rey Juan, de encerrarle en una torre, y de quitarle la vida en ella, hubiera tenido escrúpulos de juzgar al mismo monarca? Las dietas de Alemania conservaban el principio electivo del imperio, y las mismas dietas deponian los emperadores. Una asamblea de notables nombró primero en Francia la rejencia, y despues puso la corona en la cabeza de Felipe de Valois, y no está lejos de despojar del cetro el que lo concede.

En cuanto á los comunes, los de Flandes tenian á sus príncipes en tutela; los comunes de Inglaterra habian votado la sentencia que condenó á Eduardo II. Los comunes de Francia de 1355, 1356 y 1357, constituyeron los estados sin embarazarse con los privilejios de la dignidad real, y sin solicitar la sancion del príncipe para restablecer la independendencia.

El derecho divino no se habia erijido aun en principio: es verdad que los reyes decian que su poder dimanaba de Dios y de su espada, pero decianlo siempre al repeler las pretensiones de las potencias estranjeras, y nunca al combatir la autoridad nacional. Juan Petit, en el reinado de Cárlos VI, sostuvo públicamente con motivo del asesinato del duque de Orleans, la doctrina del rejjicidio: y á fines del siglo décimosexto, el parlamento de Paris principió el proceso criminal

de Enrique III. Mariana resucitó la doctrina de Juan Petit, antes que Milton la sentase en la causa de Carlos I. Debemos, pues, reconocer que el principio abstracto de inviolabilidad de la persona del soberano, principio tan sagrado y tan saludable, pertenece á la monarquía constitucional, que la ignorancia de las pasiones cree contraria al poder y á la seguridad de los reyes: necesario es reconocer tambien que la aristocracia y la teocracia habian juzgado, depuesto y quitado la vida á los soberanos antes de que la democracia imitase su ejemplo.

La tregua que siguió á la batalla de Poitiers, en vez de ser favorable á la Francia, aumentó la confusión.

Desbandáronse las tropas nacionales y extranjeras, de las que no habia ya necesidad, y que no se podian pagar; las cuales se clijeron jefes, y formaron las grandes compañías que desolaron la Francia. Una de estas compañías, que se llamó *sociedad de lo adquirido*, asoló la Provenza, é hizo temblar al papa en Aviñon. Tras las primeras compañías, aparecieron los *pitotos* y los *tarde-venidos*, que batieron á Jacobo de Borbon en Brignais en 1361, quien murió de resultas de las heridas, así como su hijo Pedro: el conde de Forez pereció en la accion. Arnaldo de Cervolles, llamado el archipreste, el caballero Verde, Meschin, Aymerigot, Cabeza-Negra, y otros muchos, repetian con sus hechos de armas en las gargantas de los valles que ocupaban, y en los castillos de que se habian apoderado, cuanto nos refieren los romances de los incrédulos y encantadores.

Otra plaga habia estallado, la jacoberia ó jaco-

bismo. Los campesinos se sublevaron contra los nobles ó hidalgos, á quienes habian apodado *Jacobo Buenhombre*, apodo que los hidalgos les habian dado primero: acusaban, y no sin fundamento, á una parte de la nobleza de haber huido en Poitiers; de suerte que su insurreccion provenia á la vez del sentimiento de la opresion que habian sufrido, de la sed de independencia que los atormentaba, del deseo de vengar al rey, y de un movimiento patriótico contra la invasion extranjera. Combatieron á las huestes inglesas con arrojo, que hubiera librado mas prontamente á la Francia, si hubiesen tenido imitadores. El levantamiento de los paisanos de Beauvoisis, de Soissons y de Picardía, marca el nacimiento de la monarquía de los estados, del mismo modo que el levantamiento de los labradores de la Vandé señaló el fin de la propia monarquía. En medio de las detestables crueldades del jacobismo, Guillermo Caillet, Guillermo Lalouette, y su criado el Gran-Ferré, fueron sin embargo unos héroes.

Los campesinos, tanto los que se habian sublevado como los que habian permanecido en sus casas, habian fortificado sus aldeas y colocado vijías en los campanarios de las parroquias: cuando se acercaba el enemigo, los vijías tocaban las campanas, ó daban la señal de alarma con una trompeta, y al punto los labradores esparcidos por el campo se retiraban á la iglesia. Los habitantes de las riberas del Loira albergábanse por la noche en los bateles que anclaban en medio del rio. En Paris prohibiose tocar las campanas, excepto la del fuego (1358) desde despues que se hubiesen cantado visperas, hasta despues de amanecido el

dia siguiente, para que los vecinos que asistian á sus trabajos no se distrajesen con algun sonido. Cubriéronse los caminos de hierbas, y los monasterios se vieron abandonados: las huertas sin cultivo, no sirvieron ya sino de campo de batalla á las distintas tropas de salteadores, de jacobos, de asalariados ingleses, navarros y franceses que se sucedian en ellas como las bordas de árabes que atraviesan el desierto, y no se conocia la existencia del hombre en tales soledades, sino por el humo de los incendios que se levantaba en los edificios.

Conservamos aun las lamentaciones latinas que se cantaban sobre las desgracias de estos tiempos, y la copla para los Buenos-hombres :

Jacobos Buenos-hombres,
 Cesad, ó jentes de armas,
 Caballeros ó infantes,
 Del pillaje y matanza
 Contra el hombre que ha tiempo
 Que Buen-hombre se llama.

Ved aqui lo que hicieron los *Jacobos*, los *compañeros*, los *vecinos de París*: debioles Francia el principio de una infantería nacional, que reemplazó á la infantería del feudalismo de los comunes, juntamente con el sentimiento de independencia natural á la fuerza armada; fuerza tiránica cuando triunfó regularmente, y libertadora cuando nació espontáneamente en el seno de un pueblo oprimido.

La Francia no se libertó, pues, de la conquista en el reinado de Carlos V, por la enerjía de las masas populares como en la última revolucion, sino por la

sabiduría de la corona; así es que el vencimiento fue mas lento. De la insurrección de los habitantes de París, solo quedaron los hondos fosos y las murallas levantadas por los parisienses en menos de dos años, y en un momento de terror pánico que les causó Mercei.

La revolución política producida por los estados de 1356 y 1357 no pasó de las murallas de París, porque París no comunicaba entonces su movimiento al reino, ni era la capital de la Francia, sino la de los dominios del rey. Era un gran comun que obraba espontáneamente, al que no imitaban los otros comunes, y cuyo nombre apenas sabian; pues Saint-Denis en Francia era mucho mas conocido por su celebridad religiosa que París. En el pais de la lengua de oc y de la lengua de oyl existian dos ciudades, que igualaban en riquezas y aventajaban en hermosura á la fangosa Lutecia, de la que Felipe-Augusto habia apenas empedrado algunas calles.

Viéronse los jérmenes de la libertad política perdidos en medio de la monarquía feudal, que aun comovidas sus instituciones, conservábase omnipotente por sus costumbres. Así es que despues de los estados de 1356 y 1357, notamos disminuirse su poder apenas nacido. La corona que los habia convocado para defenderse, los temió; y su reaparicion en los tiempos de calamidades juzgose desde entonces como una señal de apuro, enlazándose su memoria á la de los infortunios que no habian ocasionado, y para cuyo reparo no se les dejaba tiempo. El parlamento en su ausencia usurpó el poder político que se le escapaba, principalmente el derecho de queja y la sancion del impuesto. Sea lo que fuere, lo cierto es que la monarquía de los tres

estados, sustituida á la monarquía feudal, es la que nos ha transmitido la monarquía representativa, despues de la corta aparicion de la monarquía absoluta de Luis XIV y de Luis XV.

Concluyose la paz entre el rejeute y el rey de Navarra en 1359, y en el propio año espiró la tregua con Inglaterra. *Batiéronse y entablaron negociaciones para la libertad del rey Juan: propúsose en efecto un proyecto vergonzoso de tratado, que desecharon las tres órdenes de los estados. Guillermo de Dormans, abogado jeneral, leyó desde las gradas de mármol de la córte el tratado al pueblo reunido, y el pueblo gritó, que dicho tratado no podía pasar ni debía concluirse, y que la nacion entera estaba resuelta á sostener la guerra con el monarca inglés.*

Vino despues el tratado de paz de Bretigny, firmado en Bretigny-lez-Chartres el 8 de Mayo de 1360. No debo pasar en silencio una observacion, que me parece se ha escapado á los historiadores: Juan, cediendo tantas provincias á Eduardo, no cedia sin embargo un palmo de los dominios de su reino propiamente dicho. Tan solo los señores independientes como La Marche, Cominjes, Perigord, Chatillon, Foix, Armagnac y Albret, variaban de príncipe, y no reconociendo jamás en la corona de Francia el derecho de darles otro soberano, apelaron en el reinado de Carlos V á la misma corona, y sacudieron el yugo extranjero. De suerte que el descubrimiento de la monarquía feudal no podia compararse en manera alguna al descubrimiento de la monarquía compacta y constitucional de nuestros dias.

El rey Juan volvió á Francia despues de cuatro

años, un mes y seis días de cautiverio, el 25 de Octubre de 1360; concurrió á un torneo en Saint-Omer, oró en Saint-Denis, que valia mas, y verificó su entrada en París el 13 de Diciembre. Caminaba bajo un paño de oro sostenido por cuatro lanzas: fuentes de vino manaban en las calles entapizadas; porque el pueblo frances admira al infortunio como á la gloria.

En esta época Du Guesclin entró al servicio de la Francia: comenzaba á hacerse famoso. »Hallarás (lector) una alma fuerte alimentada en el hierro, formada »bajo de las palmas, y en la que Marte tuvo escuela »largo tiempo. Bretaña le sirvió de ensayo, los ingleses »de aprendizaje, y Castilla de palenque: sus acciones »eran heraldos de su gloria, los reverses, teatros levantados á su constancia, y la muerte, basa de un trofeo inmortal." (*Vida de Du Guesclin*).

La Francia habia perdido varias provincias por el tratado de Bretigny, y recibió en retorno de su pérdida un presente que le fue funesto. Felipe de Rouvre, de edad de quince años, último duque de la primera casa de Borgoña, que habia subsistido treientos treinta años desde Roberto de Francia, primer duque, hijo del rey Roberto, y nieto de Hugo Capeto, murió en el castillo de Rouvre por las fiestas de Pascua en 1362. El ducado, y una parte del condado de Borgoña, y todo lo que venia de la herencia directa de Eudes IV, tocó al rey Juan, hijo de Juana de Borgoña, hermana de Eudes. Juan habia reunido primero su rica sucesion á la corona, y si hubiera mantenido aquella reunion, hubiese evitado muchos infortunios á su dinastía; mas dió la investidura del ducado de Borgoña á su cuarto hijo Felipe, duque primero de la se-

gunda casa de Borgoña. »En reconocimiento, dice el título dado en Jermány en 6 de Setiembre de 1363, »al celo que Felipe había mostrado á Juan, esponiéndose á la muerte, y combatiendo intrépidamente á »su lado en la batalla de Poitiers, en la que este hijo »tan querido había sido herido y caído prisionero en »su compañía." El mismo título nombra al duque de Borgoña primer par de Francia. Juan regularizó la rorida ó guardia nacional de París, y regresó á Inglaterra á morir.

¿Quiso entregarse él mismo en rehenes en vez de su hijo el duque de Anjou, que había faltado á su fe? Muy propio es de su carácter. ¿Volvió á Lóndres á satisfacer una pasión, *causa joci*? pregunta el continuador de Nanjis. ¿Fue el rival de Eduardo con la condesa de Salisbury? Eduardo contaba cincuenta años: la condesa no era ya jóven, y el mismo Juan frisaba en los cuarenta y cuatro. Los personajes que habían figurado en el reinado de Felipe de Valois envejecian; muchos habían ya abandonado la escena; un mundo nuevo principiaba; el príncipe Negro, que nunca fue popular en Inglaterra, había ascendido á príncipe soberano de Aquitania; traslucíase ya en Cárlos el rejeute á Cárlos el Sábio, y Du Guesclin hacia olvidar á los héroes de Poitiers. ¿Terminó Juan su trágica historia con una novela? Todo es creíble en los hombres. Acabó Juan sus dias el 8 de Abril del año 1364: iluminaban sus exequias en San Pablo de Lóndres cuatro mil hachas y cuatro mil cirios: no habían los ingleses encendido tantas lumbres para reconocer los cadáveres del campo de batalla de Crecy. El cuerpo del rey Juan fue trasladado á Francia, y se le dió sepul-

tura al lado del grande altar de la abadía de San Dionisio el 6 de Mayo del mismo año 1364.

Observemos en la parte exterior del reino de Juan la república de Nicolas Rienzi en Roma, y la condenacion de Marino Faliero, dux veneciano. De tiempo en tiempo salían á luz los principios populares como los volcanes al través de las masas que sobre ellos gravitan.

CÁRLOS V.

De 1364 á 1380.

Una cualidad debe realizarse en Carlos V, entre todas aquellas que poseia: el conocimiento de los hombres y la necesaria inteligencia y perspicacia para apreciar su mérito. Se sirvió de todo lo que era superior alrededor suyo, sin verse obligado él mismo á la superioridad. Contentándose con citar dos ejemplos, escogió para sus ejércitos á Bertrand Du Guesclin, y á Bureau de Larivière lo escogió para su consejo. Los mismos defectos de Carlos V le sirvieron de utilidad; la debilidad de su cuerpo, condenándolo al retiro, favoreció mucho al desarrollo de su espíritu. Du Guesclin libertó la Francia de las grandes compañías, obligándolas á penetrar en España. Las guerras del príncipe de Trastámara y de Pedro el Cruel mezcláronse á las guerras de Francia, y produjeron revoluciones, en que el príncipe Negro y Du Guesclin acrecentaron su nombradía. En Bretaña habia aparecido Clisson, y Carlos de Blois habia perecido en la batalla de Aurai.

Los grandes barones de la Gascuña se sublevaron contra los ingleses que los habian oprimido. Carlos V

tura al lado del grande altar de la abadía de San Dionisio el 6 de Mayo del mismo año 1364.

Observemos en la parte exterior del reino de Juan la república de Nicolas Rienzi en Roma, y la condenacion de Marino Faliero, dux veneciano. De tiempo en tiempo salían á luz los principios populares como los volcanes al través de las masas que sobre ellos gravitan.

CÁRLOS V.

De 1364 á 1380.

Una cualidad debe realizarse en Carlos V, entre todas aquellas que poseia: el conocimiento de los hombres y la necesaria inteligencia y perspicacia para apreciar su mérito. Se sirvió de todo lo que era superior alrededor suyo, sin verse obligado él mismo á la superioridad. Contentándose con citar dos ejemplos, escogió para sus ejércitos á Bertrand Du Guesclin, y á Bureau de Larivière lo escogió para su consejo. Los mismos defectos de Carlos V le sirvieron de utilidad; la debilidad de su cuerpo, condenándolo al retiro, favoreció mucho al desarrollo de su espíritu. Du Guesclin libertó la Francia de las grandes compañías, obligándolas á penetrar en España. Las guerras del príncipe de Trastámara y de Pedro el Cruel mezcláronse á las guerras de Francia, y produjeron revoluciones, en que el príncipe Negro y Du Guesclin acrecentaron su nombradía. En Bretaña habia aparecido Clisson, y Carlos de Blois habia perecido en la batalla de Aurai.

Los grandes barones de la Gascuña se sublevaron contra los ingleses que los habian oprimido. Carlos V

mandó notificar al príncipe Negro que se presentase en París *para oír en derecho las referidas quejas y agravios hechos por vos á vuestro pueblo, que quiere alegarlos en nuestra córte; y así no hagáis falta.* Un criado del altar del rey fue el portador á Lóndres de una carta de Carlos V, que declaraba la guerra á Eduardo, quien no quería dar crédito á sus ojos, y juntamente con sus ministros examinó repetidas veces los sellos estampados en aquella inesperada declaracion. Eduardo, dormido á la sombra de los laureles de la victoria, no había observado ni la fuga de los años, ni las mudanzas ocurridas en torno suyo, ni la renovacion de la especie humana, en medio de la cual quedan algunos hombres del tiempo pasado, á quienes no se comprende ya, y que no comprenden nada. El astro del vencedor de Crecy se eclipsaba: su gloria, que pertenecia á otro siglo, nada tenia que ver con la juventud, que con pasiones distintas descubria un porvenir tambien diverso. El lector de la historia es como el hombre que envejece y que ve desaparecer uno á uno á sus amigos y contemporáneos; á medida que va volviendo pájinas, ocúltanse los personajes; una hoja separa los siglos del mismo modo que una palada de tierra las jeneraciones.

Chandos no existia ya, y el príncipe de Gales tambien había muerto. Eduardo hizo una tentativa para desembarcar en Francia con el designio de socorrer á Touars, la última plaza que le quedaba en el Poitú; mas esta vez el mar desconoció su cabeza emblanquecida por la edad, y le repelió; porque el viento de la fortuna henchia otras velas. El príncipe de Gales, vuelto á Lóndres, espiró de edad de cuarenta y seis años en el palacio de Westminster: dejó un hijo, el des-

graciado Ricardo II, á quien disputaron hasta la lejitimidad de su nacimiento. Eduardo III no tardó en seguir al príncipe Negro al sepulcro; no era ya el brillante caballero de la condesa de Salisbury, sino el esclavo de una cortesana que le robó en su lecho de muerte, y le arrancó del dedo el anillo que llevaba (1377).

Debemos notar, en 1371, el nacimiento de Juan de Borgoña y de Luis duque de Orleans: así se forma la cadena de las prosperidades y de los infortunios de los imperios. El gran cisma de Occidente estalló en 1379 con la muerte de Gregorio XI y la doble elección de Urbano VI y de Clemente VII. Carlos V se pronunció por el último papa, y la universidad siguió el mismo partido. Principiaron las revueltas en Flandes; y el duque de Bretaña, sosteniendo con firmeza la alianza de Inglaterra, vió sublevarse contra su persona la nobleza de su ducado. Finalmente, Du-Guesclin, después de haber experimentado la desgracia de la corte, y puesto quizás en manos de Carlos V la espada de condestable, lo cual no está probado, fue á morir delante del *Castillo-Nuevo* de Randan. Sabemos que depositaron en su féretro las llaves de la ciudad, y que cuando las colocaron en él, todavía respiraba. En el testamento de Du Guesclin y en su codicilo de 9 y de 10 de Julio de 1380, toma el título de condestable de Francia. Bertrand dijo á Olivier de Clisson, compañero suyo: «Señor Olivier, veo la muerte muy cerca de mí, y no puedo hablaros mucho. Decid al rey que siento mucho no poder servirle mas tiempo, aunque lo he hecho con toda fidelidad, y si Dios me hubiese concedido mas tiempo, tenia

»esperanzas de vaciar el reino de enemigos de Inglaterra. Hay buenos servidores que desempeñarán estos oficios, y vos, Olivier, sereis el primero. Os suplico que toméis la espada que me confió cuando me entregó la del condestable, y os dignéis volvérsela, porque él sabrá disponer de ella, y hacer la eleccion en persona digna. Le recomiendo á mi esposa y á mi hermano; y adios, no puedo mas." Du Guesclin no sabia escribir, pero sí firmar: he visto su firma, *Beltran*, debajo de varias disposiciones de familia.

Cárlos V no sobrevivió á Du Guesclin mas que dos meses y cuatro días; murió en el castillo de Beaut-sur-Marne el 16 de Setiembre de 1380, al medio dia. Este principe decia de los reyes: »No los juzgo felices, sino porque pueden hacer bien:" frase que pinta toda su vida.

El reinado de Cárlos V fue el reinado de la reparacion y de la reconstruccion de la monarquía. El arte militar lizo progresos considerables en tiempo del buen condestable, de Bayardo en su juventud, y de Turena en su edad madura. Una obstinada prudencia tuvo á Cárlos V encerrado en su palacio, porque se acordaba de Crecy y de Poitiers, y queria confiar la suerte de la Francia, no al impetu, sino á la perseverancia del valor frances. Dejó el reino abierto á las correrías de Eduardo, que paseó sus tropas desde Burdeos á Calés y desde Calés á Burdeos, mientras quiso. Nuestros soldados, desde lo alto de las murallas donde los tenían confinados, veian con despecho semejantes correrías; mas los ingleses perdian siempre varias plazas; las provincias cedidas se fatigaban con el yugo extranjero, y los grandes vasallos de la corona repetian sus

quejas á las plantas de Carlos V, que aplicando la mano al corazón de la Francia, sentía que volvía á la vida, y podía hablar como señor.

CÁRLOS VI.

De 1380 á 1422.

Fue presa la minoría de Carlos VI de las deprecaciones y rivalidades de tres tíos parternos, que eran tutores de este príncipe, á saber: los duques de Anjou, de Berry y Borgoña: el duque de Borbon, sujeto apreciable, no pudo contrabalancear los males de una administracion que carecia de talento y de justicia.

Levantamiento de Rouen y de Paris, y saqueo y asesinato de los judíos asentistas y recaudadores: estados en que se habla del *pueblo* y de la nacion: guerra civil de Bretaña y desórdenes ocasionados por elisma; tal es el prólogo de la tragedia, cuyo primer acto se abre con la locura de Carlos VI. El virtuoso abogado jeneral Juan Desmarets fue conducido al cadalso como cómplice de los tumultos, á los que habia por el contrario opuesto la autoridad de su virtud.

»Señor Juan, le decian al conducirle al suplicio, »pedid gracia al rey y os perdonará." Desmarets respondió: »He servido al rey Felipe su bisabuelo, al »rey Juan y al rey Carlos su padre, franca y lealmente: los tres reyes solicitaron de mi distintas cosas, y »asi no haré lo que decís mientras conserve el conocimiento de hombre: á Dios solo quiero pedir gracia." Palabras magnánimas cual nunca se pronunciaron.

quejas á las plantas de Carlos V, que aplicando la mano al corazón de la Francia, sentía que volvía á la vida, y podía hablar como señor.

CÁRLOS VI.

De 1380 á 1422.

Fue presa la minoría de Carlos VI de las deprecaciones y rivalidades de tres tíos parternos, que eran tutores de este príncipe, á saber: los duques de Anjou, de Berry y Borgoña: el duque de Borbon, sujeto apreciable, no pudo contrabalancear los males de una administracion que carecia de talento y de justicia.

Levantamiento de Rouen y de Paris, y saqueo y asesinato de los judíos asentistas y recaudadores: estados en que se habla del *pueblo* y de la nacion: guerra civil de Bretaña y desórdenes ocasionados por elisma; tal es el prólogo de la tragedia, cuyo primer acto se abre con la locura de Carlos VI. El virtuoso abogado jeneral Juan Desmarets fue conducido al cadalso como cómplice de los tumultos, á los que habia por el contrario opuesto la autoridad de su virtud.

»Señor Juan, le decian al conducirle al suplicio, »pedid gracia al rey y os perdonará." Desmarets respondió: »He servido al rey Felipe su bisabuelo, al »rey Juan y al rey Carlos su padre, franca y lealmente: los tres reyes solicitaron de mi distintas cosas, y »asi no haré lo que decís mientras conserve el conocimiento de hombre: á Dios solo quiero pedir gracia." Palabras magnánimas cual nunca se pronunciaron.

Las ejecuciones nocturnas comenzadas en este reinado continuaron: no se borra la iniquidad ocultándola.

Arrojaban los cuerpos en el Sena con este cartel: «Dejad pasar á *la justicia del rey*:» advertencia hecha al Loira para que en 1793 dejase pasar *la justicia del pueblo*. Los asesinatos jurídicos datan desde el gobierno de los Valois, porque ya caminaban á la monarquía absoluta.

Juan, hijo del duque de Borgoña, se casó con Margarita de Hainaut, y Carlos VI, de edad de diecisiete años, se desposó con Isabeau, hija de Estévan, duque de Baviera, que contaba catorce años. Existen nombres que espresan por sí solos los decretos del destino (1385). «Acostúmbrase en Francia, dice Froissard, el que á las hijas de los altos señores las vean »y examinen desnudas otras señoras, para saber si están bien formadas, y si son aptas para tener hijos.» Al menos el vientre de esta mujer, que debía ser examinada *enteramente desnuda*, había de albergar á Carlos VII.

Gran proyecto de desembarcar en Inglaterra (1386); quinientos barcos reunidos en el puerto de Eclusa; cincuenta mil caballos destinados al embarque, y numerosas municiones de guerra y boca, entre las que había barriles de yemas de huevos cocidos y picados como la harina. Habían construido una ciudad de madera de tres mil pies de diámetro, guarnecida de torres y de atrincheramientos, la cual se componía de piezas enlazadas, que se montaban y volvían á desmontar cuando les placía, y que podía contener un ejército: no tenemos al presente en nuestro estado de

industria perfeccionada la idea de una obra tan gigantesca de maquinaria y carpintería; y es evidente por las obras de madera de la edad media que nos restan, que habian llegado en este ramo á mayor altura que nosotros. Condecoraban los barcos de la flota la escultura y la pintura; la plata y el oro cubrian los mástiles, cuya magnificencia nos recuerda la de la flota de Cleopatra. La alta aristocracia habia descendido desde el mas alto punto de su poder, al mas alto grado de su riqueza: habíase entregado al lujo como la mayor parte de los poderes, y por consiguiente su fuerza declinaba; porque los cortesanos que hicieron tan grandes preparativos, viéronse abrumados bajo su peso. Las intrigas y las pasiones del duque de Berry, los robos de los agentes de toda clase, y la vuelta de la fria estacion, impidieron que la Francia lanzase contra la Inglaterra los males que ésta le habia causado; y así fueron vanos los sacrificios de los propietarios, que se vieron recargados con la cuarta parte de su renta para una inútil amenaza (1386).

Los príncipes de la primera casa de Valois eran fastuosos, limitados é ingobernables, y habian llenado el palacio de una multitud de criados condecorados, que son las sanguijuelas del pueblo y la plaga de la córte. Esta noble muchedumbre gozaba de inmunidades abusivas, y no existia un solo supernumerario de guardaropía, que mientras aguardaba el ejercicio de sus funciones, no estuviese exento de las cargas públicas.

El 1.º de Enero de 1386 vió el fin del rey de Navarra, hombre que amaba el crimen con el mismo ardimiento con que amaba los excesos: si hubiese co-

nocido un medio de reanimar el placer en su corazón, hubiéralo practicado, del mismo modo que se valia de la sábana impregnada en espíritu de vino, en la cual se envolvía para recobrar las fuerzas agotadas en los brazos de las mujeres, en cuya sábana pereció quemado.

Debemos colocar en el año 1386 el desafío judicial de Juan de Carrouges y de Jacobo Legris. La dama de Carrouges decia que habia sido violada en la torre de su castillo por Jacobo Legris, gentil-hombre del conde de Alençon: »Jacobó, dijo ella á Legris, »habeis procedido vilmente avergonzándome, pero el »oprobio no caerá sobre mí, si Dios permite que »vuelva mi marido." Hallábase á la sazón en Escocia. Legris fue muerto: Carrouges pasó á Africa á pelear con los moros, y no volvió mas.

En 1387 ocurrió la aventura de Oliveros de Clisson y del duque de Bretaña, aventura contada en todas las historias, y últimamente por un historiador que no me deja cosa alguna que añadir (M. de Barante). Bavalan libró á su señor de un crimen y de los remordimientos. Clisson pagó una multa de cien mil libras, y entregó cuatro plazas al duque, porque los nobles poseian todavía algunas plazas fortificadas: salieron fiadores de la multa los señores de Laval y de Chateaubriand. En 1387, llegado Carlos VI á mayor edad, tomó las riendas del gobierno.

En 1389 celebrese un oficio solemne en Saint-Denis por el reposo del alma de Du Guesclin, y el obispo de Auxerre pronunció el elojio del buen condestable: la primera oracion fúnebre se dijo por Du Guesclin, y la postrera por el gran Condé, porque

después de Bossuet no debemos contar ya á ninguno, en razon de que aquel era un nuevo jénero de elocuencia inspirada por la gloria de nuestras armas, y noblemente agotado entre los féretros de los dos famosos adalides.

La Europa tembló al nombre de la potencia otomana, que no tardó en apoderarse de Constantinopla, y en oprimir á la antigua patria de la civilizacion, la que espira ahora devolviendo la libertad á la Grecia:

Bayaceto própalaba que pasaria á Occidente; y daria á comer á su caballo cebada sobre el altar de San Pedro de Roma: reaccion de las cruzadas, asi como las cruzadas habian sido la reaccion del primer desbordamiento de las naciones del islamismo en los países cristianos. La guerra de esterminio no ha cesado entre los pueblos de Cristo y de Mahoma, sino cuando se ha debilitado en ambos pueblos el principio relijioso.

Marcharon al socorro de Sijismundo, rey de Hungría, diez mil franceses, entre quienes se contaban mil caballeros y mil escuderos de las familias mas ilustres de Francia, mandados por los mas altos señores, á cuya cabeza se distinguia Juan de Nevers, segundo duque de Borgoña, y que para causar tantos daños á la Francia, iba á adquirir en las cárceles de Bayaceto el sobrenombre de Juan-sin-Miedo. La batalla de Nicópolis, perdida, contribuyó, como lo he notado ya, con las batallas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, á la dislocacion del ejército aristocrático y al establecimiento del ejército nacional. Cuando el duque de Borgoña salió de los calabozos de Bayaceto, Bayaceto entró en las prisiones de Tamerlan. Sin embargo, las grandes invasiones se verificaban en Asia.

El duque de Turena, que despues fue duque de Orleans, se casó con Valentina de Milán, hija de Galeas Vizconti. Pedro de Craon, favorito del duque de Turena, cayó en desgracia por haber revelado á Valentina de Milán una infidelidad de su marido. Craon era el enemigo del condestable Clisson, y pariente del duque de Bretaña.

Isabeau comenzaba á descubrir su inclinacion al lujo y á la galantería, é instituyose la córté del amor por el modelo de las córtés de justicia. Entre los oficiales de aquella córté encuéntranse confundidos con los príncipes de la sangre y con los nobles mas antiguos de Francia á los doctores en teolojia, á los vicarios, capellanes, canónigos y curas. En esta época han colocado los novelistas las aventuras de Juan de Saintré. Las verdades mas terribles no rompen el hilo de la fábula: caminan tan pronto separados, tan pronto confundidos en aquel siglo los crímenes y los amores, las fiestas y los asesinatos, la historia y la novela, y todos los desórdenes de un mundo real y de un mundo fabuloso; porque la imaginacion tomaba parte en los crímenes, y los crímenes se apoderaban de la imaginacion. Los furores del cisma y la invasion de los ingleses complicaron las querellas de los habitantes de Borgoña y de Armañaque.

En 1392 el duque de Turena obtuvo el ducado de Orleans en cambio del de Turena.

Craon asesinó al condestable de Clisson el dia de la fiesta del Santísimo Sacramento en 1392, y Clisson no murió de sus heridas. Carlos VI quiso tomar venganza de Craon, refugiado al lado del duque de Bretaña, y el ejército recibió orden de ponerse en marcha. En el

bosque de Mans, una especie de fantasma envuelta en una sábana, y con la cabeza y los pies desnudos, se precipitó de entre dos árboles, y asió la brida del caballo de Carlos VI, diciéndole: »*Rey, no pases adelante; vuelve, porque vas vendido.*» El espectro internose en el bosque sin que le persiguiesen; y Carlos, temblando y con las facciones alteradas, continuó su camino. Un paje que llevaba la lanza del rey la dejó caer sobre el casco de otro paje, y al oír aquel estruendo el rey, salió de su arrobamiento, desembainó la espada, y cayó sobre los pajes gritando: »¡Adelante! ¡adelante contra los traidores!» El duque de Orleans corrió, y Carlos se echó sobre él: »Huid, sobrino de Orleans, le dijo gritando el duque de Borgoña, monseñor os quiere matar, monseñor está descompuesto. Dios que le guarde.» El rey no mató ni hirió á ninguno, aunque lo hubiese dicho Monstrelet; y condujéronle á Mans en una *carreta de bueyes*: los tios del rey, el duque de Berry y el duque de Borgoña, tomaron las riendas del gobierno. La Riviere, Lemercier, Montaigu y Le Begue de Vilaines, ministros de Carlos, recibieron orden de retirarse; y el condestable de Clisson huyó á Bretaña, porque el duque de Berry le amenazó con sacarle el único ojo que le quedaba. Benedicto, papa de Roma, dijo que Dios habia quitado el juicio al rey, porque habia defendido al anti-papa de Aviñon; y Clemente, papa de Aviñon, sostenia que el monarca habia perdido el valor, porque no habia destruido al anti-papa de Roma. El pueblo frances compadeció al rey, y oró por él, mientras que los grandes se gozaban con la idea de poder conducir á su arbitrio la nave del estado. Jorge III, en una monarquía

constitucional, ha estado privado largos años de inteligencia, y esta es la época mas gloriosa de la monarquía inglesa : *Cárlos VI*, en una monarquía absoluta, permaneció el mismo número de años en un estado de demencia, y aquella es la época mas desastrosa de la monarquía francesa : en la monarquía representativa la *razon nacional* toma el lugar de la *razon del rey*, y en la monarquía absoluta, la locura de la corte reemplazó á la locura del monarca.

El parlamento, esto es, todas las cámaras reunidas (1392), confirmó el edicto de *Cárlos V*, que fijó en los catorce años la mayoría de los reyes. Púsose la tutela de los hijos de Francia en manos de la reina y de *Luis de Baviera*, hermano de la reina ; y algun tiempo despues espidióse el titulo de rejente al duque de Orleans, hermano del rey. Habia un consejo de tutela, que se componia de doce personas ; mas no habia designado un consejo de rejencia : *Cárlos VI* hizo su testamento, y vivió despues de haber dispuesto de todas las cosas, como si realmente hubiese muerto.

Y no tardamos en oír hablar de este rey muerto, como á padre de hijos que nacen casualmente, y tambien porque estuvo á punto de quemarse en un baile de máscaras, en que figuraba el insensato disfrazado de salvaje : como negando que habia sido rey, y borrando con furor su nombre y sus armas ; rogando que quitasen de su presencia cualquier instrumento con que pudiese herir á alguno ; diciendo que mas queria morir que causar el menor daño ; conjurando en nombre de *Jesucristo* á los que tuviesen culpa de sus sufrimientos, que no le atormentasen mas, y que acelerasen su fin ;

gritando á la vista de la reina: » *¿Quién es esta mujer? libradme de ella;* » y recibiendo engañado en su lecho á la hija de un tratante de caballos que la reina misma le enviaba para que la reemplazase. ¡Sombra augusta, desventurada y lastimera, en torno de la que se ajitaba un mundo real de sangre y de fiestas! ¡Espectro rejoy, cuya helada mano tomaban para firmar las órdenes de destruccion, y que hallándose inocente de los actos que revestian con su nombre á la luz del sol, volvia de noche al seno de los vivos, para lamentar los males de su pueblo! ¿Que testimonio nos resta de la enfermedad de este monarca, á quien no pudieron curar un *magó* de Guyena con su libro *Simagorad*, y dos frailes, que fueron los primeros criminales á quienes asistieron en su muerte los confesores? ¿Que momento duradero atestigüa entre nosotros las calamidades de un reinado que pasó entre la aparicion de una fantasma y la de una pastora? Una pesada ironía del destino de los imperios y de la suerte de los mortales, un juego de naipes.

Durante el año 1395 se dió el decreto que establece confesores para los criminales; pero el Sacramento de la Eucaristia se les negaba aun en el último siglo. Muchos concilios habian reprobado esta clase de rigorismo, incompatible efectivamente con la caridad cristiana, y principio moral de una religion que muda en inocencia el arrepentimiento.

Los reos enviados al cadalso se paraban dos veces en el camino: en el patio de las Hijas de Dios bebaban el Crucifijo, recibian el agua bendita, bebian un poco de vino, y comian tres bocados de pan, cuya ceremonia se llamaba *el último bocado del reo*. Sauval observa que esta costumbre se parece á la comida que

las judías daban á las personas condenadas á muerte, y al vino de mirra que los judíos presentaron á Jesucristo. ¿No sería quizás una imitación de la última cena de los mártires, *la cena libre*? Las ejecuciones se verificaban casi siempre los domingos y días festivos: los franciscanos asistieron primero á los criminales, y tuvieron por sucesores á los doctores en teología de la casa de Sorbona: funcion sublime del sacerdote, que comenzó á ejercer en 1395 por el edicto de un monarca de Francia desgraciado, y que debía dar en 1793 el último consolador á un rey de Francia todavía mas desventurado.

Era costumbre tambien ofrecer vino á los jueces que asistian á la muerte del condenado, y el verdugo adelantaba el valor de aquel vino. El prevoste de París abonó en 1477 al verdugo la suma de doce libras y seis dineros por haber suministrado pan, peras, y doce medidas de vino á los señores del parlamento y á los oficiales del rey, que estaban en el desvan mientras se confesaba el duque de Nemours (Armagnac.)

El año último del siglo décimocuarto vió dos papas que renunciaron, y dos reyes juzgados y depuestos por dos asambleas nacionales: el rey de Inglaterra, Ricardo II, y Wenceslao, emperador de Alemania. Wenceslao, hombre ébrio y desordenado, se cuidaba tan poco del imperio, que despues de depuesto vendió por algunos toneles de vino á los habitantes de Norumberg el derecho de soberanía que conservaba sobre ellos. Luis de Anjou no fue feliz en su expedicion contra Nápoles. El duque de Burdeos intentó sorprender á Burdeos y á Bayona durante las turbulencias que produjo la deposicion de Ricardo II: no salió con su

intento, y no pudiendo la córte de Francia despojar á Enrique del Lancastre, entabló con él un tratado.

Estallaron las quereñas de las casas de Orleans y de Borgoña. Encuéntrase cierta grandeza en la casa de Borgoña, é inspira sumo interes la de Orleans: arrástranos sin querer á su partido, y perdonámosle la debilidad de sus costumbres en gracia de su amor á las artes, de su fidelidad á la desgracia y de su heroísmo. Por su rama ilegítima pasa de los Dunois á los Longueville, y por su rama legítima asciende de Valentina de Milán á Luis XII y á Francisco I.

La casa de Borgoña cometió el primer atentado: Juan-sin-Miedo, que habia sucedido á su padre Felipe el Osado, hizo asesinar al duque de Orleans el 23 de Noviembre de 1407. Los dos príncipes se habian jurado en el consejo del rey amistad inviolable: *habian tomado los aromas y bebido vino*; habíanse abrazado al dejarse, y comulgado juntos: el duque de Borgoña habia ofrecido comer en casa del duque de Orleans, que le habia convidado, y sin embargo no asistió al banquete de los muertos, á cuyo seno envió al dia siguiente al convidado de Dios en la mesa santa, y á su huésped en el festin de los hombres.

El duque de Borgoña negó primero su crimen, y despues se jactó de él: último recurso de aquellos que son demasiado culpables para no ser convencidos, y demasiado poderosos para que se les castigue. El pueblo detestaba al duque de Orleans, y cantó su muerte: los crímenes solo inspiran horror en las sociedades donde reina la paz: en las revoluciones componen parte de ellas mismas, y son el drama y el espectáculo.

Habiéndose divulgado en Paris la noticia del ase-

sinato, la reina horrorizada se trasladó al edificio de San Pablo, poniéndose la mujer adúltera bajo la salvaguardia de la demencia real. No tardó en tener que huir delante del duque de Borgoña, y condujo á Tours al rey enfermo: Valentina de Milán sucumbió bajo el peso de su dolor, sin haber podido lograr justicia. Acusáronla de sortilejo, y sus sortilejos consistían en sus gracias: esta italiana, que trajo á nuestro áspero clima y á la Francia bárbara las costumbres de la civilización y el amor á las artes, debió parecer una maga: hubiéranla quemado por su hermosura, como quemaron á Juana de Arc por su gloria.

El tratado de Chartres puso todo el poder en manos del duque de Borgoña: cortaron la cabeza al señor de Montaigu, administrador de la hacienda, con lo cual nada se remedió, y convocaron una asamblea para reformar el estado, que se quedó sin reformar. Los príncipes descontentos tomaron las armas contra el duque de Borgoña. El duque de Orleans, hijo del duque asesinado, se había casado en segundas nupcias con Buena de Armañaque, hija del conde Bernardo de Armañaque, por lo que el partido del duque de Orleans, capitaneado por el conde Bernardo, tomó el nombre de Armañaque. En vano principiaron un tratado en Bicetre, porque se prepararon de nuevo para la guerra. Los Armañaques sitiaron á París; el duque de Borgoña llegó con un ejército, é hizo levantar el sitio: y al través de tantos males, reanimose la antigua guerra de los ingleses.

Estalló la sedición en París, forzando los amotinados los palacios del rey y del delfín: la facción de los carniceros tomó el sombrero blanco; y el duque de

Borgoña, perdido el poder, se retiró. Abrióse negociaciones en Arras.

El rey de Inglaterra desembarcó en Francia, y habiéndose perdido la batalla de Azincourt, renováronse los infortunios de Crecy y de Poitiers. París se vió entregado á los burguñones despues de haber sido gobernado por los Armañques: las cárceles fueron violentadas, y los presos asesinados. Los ingleses se apoderaron de Rouen, y Enrique V tomó el titulo de rey de Francia.

El duque de Borgoña y el delfin concluyeron un tratado de paz en 1419 en Ponceau. ¡Vana esperanza! la enemistad era muy enconada, y Juan-sin-Miedo pereció asesinado en el puente de Montereau.

Felipe el Bueno, nuevo duque de Borgoña, hace alianza con los ingleses para vengar á su padre. Enrique V se casa con Catarina de Francia, y Carlos VI lo reconoce por su heredero, perjudicando al delfin. Dos años despues de firmado el pacto de Troyes muere el rey Enrique V en Vincennes, y Carlos VI fallece en París.

Al volver de los funerales de Enrique V, rey de Inglaterra, el duque de Bedford dispone los de Carlos VI en Francia. Esta carrera entre dos féretros, entre el féretro mas glorioso, como del mas feliz monarca, y el mas obscuro, como del mas desgraciado de los monarcas, es una leccion tan seria como filosófica. ¿Quien se aprovechará de ella? Ninguno.

CÁRLOS VII.

De 1422 hasta 1461.

Hallábase el delfín en Espally, castillo colocado en Velay, y según opinión de otros en Mehun-sur-Yevres, en Berri, cuando tuvo la noticia de la muerte de su padre. Proclamándole rey un pequeño número de criados que estaban á su lado, vistiose de negro, y oyó la misa en la capilla del castillo: despues se desplegó la bandera con las flores de lis de oro. Una docena de domésticos gritó: »Navidad;» y el delfín quedó convertido en monarca.

Richemont, Dunois, Xaintrailles y La-Hire, defendieron el honor frances, sin poder arrancar la Francia á los extranjeros; mas apareció Juana, y salvose la patria (1).

Un no sé qué milagroso se entrevé en la historia de las desgracias y de la prosperidad de aquellos tiempos: una vision extraordinaria habia quitado la razon á Carlos VI: misteriosas revelaciones arman el brazo de la Doncella: una causa sobrenatural quitó la Francia á la dinastía de San Luis, y devolviósela un prodigio.

Brillan en el carácter de Juana de Arc la injenuidad de la aldeana, la debilidad de la mujer, la inspiracion de la santa, y el arrojo de la heroína.

Cuando hubo conducido á Carlos VII á Reims, y héchole consagrar, quiso volver á guardar los ganados de su padre; detuviéronla, y cayó en manos de los burguñones en una vigorosa salida que hizo á la ca-

(1) Véanse los detalles sobre Juana de Arc y su misión. Tomo XIX, *Varietades literarias*.

beza de la guarnicion de Compiègne. El duque de Bedford mandó cantar un *Te-Deum*, y creyó que la Francia entera habia caído en su poder. Los burguñones vendieron la Doncella á los ingleses por la suma de diez mil francos, y trasladáronla á Rouen en una jaula de hierro, encerrándola allí en la gruesa torre del castillo. Comenzaron su proceso, dirigido por el obispo y por un canónigo de Beauvais: »Y una doncella tan sencilla, dicen los historiadores, que cuando mas sabia el Padre nuestro y el ave Maria, no se turbó ni un punto, y dió muchas veces respuestas sublimes." Condenáronla á ser quemada viva como hechicera, y ejecutose la sentencia el 30 de Mayo de 1431.

Habian levantado una hoguera en la plaza del mercado viejo de Rouen, en frente de los dos tablados en que se colocaban los jueces seculares y eclesiásticos, ó por mejor decir, los asesinos en ambas leyes: Juana iba vestida con ropas mujerites, y llevaba en la cabeza una mitra en que se veian escritas estas palabras: *apóstata, relapsa, idólatra, herética*. Juana, sin embargo, no habia adorado mas altares que los de su pais: dos dominicos la sostenian, y llevábanla atada, porque los ingleses habian hecho agarrotar á sus verdugos aquellas manos que no habian podido encadenar sus soldados.

Juana pronunció de rodillas una breve plegaria: se encomendó á Dios y á la piedad de los asistentes, y habló jenerosamente de su rey, que la olvidaba. Los jueces, el pueblo, el verdugo, y hasta el obispo de Beauvais, lloraban.

La sentenciada pidió un Crucifijo, y un ingles, rompiendo su baston, formó una cruz: Juana la tomó como pudo; la besó, la estrechó contra su seno, y su-

bió á la hoguera. Bayardo quiso espirar pendiente del pomo de su espada, que formaba una cruz de hierro.

El segundo confesor de la *Doncella* borraba con sus virtudes la infamia del primero, y no abandonaba á la penitente. Como habian querido presentarla al pueblo en espectáculo, la hoguera estaba muy elevada, siendo así causa de que el suplicio fuese mas doloroso y mas largo. Cuando Juana sintió que la llama llegaba á ella, invitó al hermano *Martin* á que se retirase con el otro religioso que le acompañaba. El dolor arrancó algunos gritos á aquella infeliz y gloriosa jóven. Los ingleses permanecian tranquilos, porque no percibian ya aquella voz, sino en el campo del martirio. La última palabra que pronunció Juana en medio de las llamas fue *Jesus*, nombre del consolador de los aflijidos y del Dios de la patria.

Cuando creyeron que habia espirado la *Doncella*, apartaron los tizones que ardan para que el pueblo pudiese verla: todo estaba consumido, excepto el corazón, que hallaron entero.

Tres grandes poetas han cantado á la *Doncella*: Shakespeare, Voltaire y Schiller. Juana en Shakespeare es una hechicera, que tiene los demonios á sus órdenes; en Schiller una mujer divina inspirada por el cielo, que debe el valor á su inocencia, y que pierde el valor cuando experimenta una pasión. La *Doncella de Shakespeare* reniega de su padre, simple pastor, y declara que está embarazada para retardar su suplicio: tan pronto dice que es *Alençon quien posee su amor*, tan pronto que *René, rey de Nápoles, ha triunfado de su virtud*: sin embargo, Shakespeare, á pesar de su sangre inglesa, pone en boca de la *Doncella* sentimien-

tos heroicos. Hácela decir á Cárlos VII que duda atacar al enemigo: »Mandad á la victoria, y la victoria es vuestra." Cuando cae prisionera grita: »¡Con que ha llegado la hora de que la Francia cubra con un velo su soberbio penacho, y deje caer su cabeza en el regazo de la Inglaterra!" Cuando condenan á la heroína, pronuncia las siguientes palabras: »Juana de Arc ha vivido casta y sin que deba reprenderse sus pensamientos. Su sangre pura, que vuestras manos bárbaras derraman injustamente, clamará venganza contra vosotros en las puertas del cielo (1)."

Schiller, en su admirable tragedia, pone estas palabras en los labios de Juana inspirada: »¿Y ha de sucumbir el reino? Esta comarca gloriosa, la mas bella que el sol alumbra en su carrera, ¿ha de ser encadenada....? ¡Y que! ¡No tendremos ya rey, rey nacido en nuestro suelo! ¡El rey que nunca muere desaparecerá de nuestro pais....! ¡El extranjero que quiere reinar sobre nosotros, amará la tierra en que no descansan los despojos mortales de sus abuelos? ¿Entenderá su corazon nuestra lengua? ¿Ha pasado sus primeros años en medio de la juventud francesa, ó puede ser el padre de nuestros hijos?"

Y Voltaire, el poeta frances, comparado con el poeta ingles y el poeta aleman, ¿que palabras hace pronunciar á la Doncella? Reconozcámoslo en honor del tiempo en que vivimos: semejante crimen del ingenio, semejante desórden de la imaginacion, no seria ya posible en nuestros dias: Voltaire se veria obligado á ser frances por sus sentimientos y por su gloria. Antes del

(1) Obras de Shakespeare, colec. Guizot.

establecimiento de nuestras nuevas instituciones, solo teníamos costumbres privadas; mas al presente tenemos costumbres públicas, y dó quiera que estas existen, no puede insultarse fácilmente á la patria: la libertad es la salvaguardia de las glorias nacionales que pertenecen á todos los ciudadanos. Por otra parte, Voltaire, como historiador y filósofo, es tan exacto, como impío é inicuo es Voltaire poeta (1).

El tratado de Arras reconcilió al rey de Francia y al duque de Borgoña; París abrió sus puertas al mariscal de Isle-Adam (1436), y Cárlos VII, un año despues, verificó en aquella ciudad su entrada solemne. Habíase concluido una tregua entre Francia é Inglaterra, que espiró en 1448.

Cárlos VII y sus jenerales volvieron á tomar la Normandía, la Guyena y á Burdeos, y los ingleses fueron arrojados de Francia, donde despues de tan prolongada ocupacion y de tantos infortunios, solo conservaron á Calés, primera conquista de Eduardo III (1449, 1450, 1451, 1452 y 1453). Talbot, el postrero de los héroes de aquella edad en las filas inglesas, habia sido muerto en la batalla de Castillon.

Entonces vivía Ines Sorel, *dama hermosa*, que reinaba en el corazon del rey, y le estimulaba á la gloria. Cárlos VII tuvo tres hijas de Ines Sorel, Carlota, Margarita y Juana: Monstrelet asegura que este monarca no mantuvo con su querida sino relaciones morales y de meras palabras (1445, 1446).

El delfín (Luis XI), encerrado en el delinado por espacio de quince años, tan pronto en sedicion abierta,

(1) Teatro aleman, coleccion de Ladvocat. Véase el *Ensayo sobre las costumbres*.

tan pronto conspirando en secreto contra su padre, se retiró al lado del duque de Borgoña, donde permaneció seis años (1436).

Abrióse un proceso contra el duque de Alençon, príncipe de la sangre, que resultó condenado á muerte; conmutáronle la pena en la de cárcel, de la que le libertó Luis XI para encerrarle de nuevo, porque volvió á conspirar.

Rivalidad de las casas de Yorck y de Lancastre en Inglaterra. Revoluciones y guerras de la *rosa blanca* y de la *rosa encarnada* (1457, 1458, 1459, 1460 y 1461).

Cárlos VII se deja morir de hambre por el temor de que le envenene su hijo, y espira en Meun de Berry el 22 de Julio de 1461. Se ha dicho muy ingeniosamente que solo habia sido el testigo de las maravillas de su reinado.

Cárlos VII era ingrato, insociable y ligero; defectos que le fueron útiles en la desgracia, porque sintiéndola menos, pareció dominarla.

Veinte años de infortunios mudaron los entendimientos, y comunicáronles una actividad admirable. Las leyes, la administracion, el arte militar, las ciencias y las letras progresaron aguijoneadas por las necesidades de una sociedad, á la que atormentaban todas las plagas de la guerra civil y de la guerra extranjera. El poder popular se aumentó con las pérdidas del poder aristocrático; al propio tiempo que la dignidad real puesta en duda, que la corona atacada en su herencia, consagraron sus derechos legitimos recurriendo á los de la nacion.

No se representan grandes escenas ni se juzgan gran-

des causas delante de los pueblos, sin que las masas adquieran nuevas ideas, y se agrande el círculo del entendimiento humano. Así vemos en el reinado de Carlos VI y de Carlos VII suceder los movimientos populares á los movimientos aristocráticos, y cometerse excesos de naturaleza distinta; y la matanza de los sacerdotes y de los nobles en las cárceles, anuncian el renacimiento de las pasiones plebeyas. El incremento de la propiedad en la clase media; el aumento de las ciudades y de su población: el progreso del derecho civil; la destrucción material del cuerpo de los nobles; la multiplicación de los segundones de las familias nobles, casi todos privados de herencia, y que no teniendo recursos para vivir como sus hermanos mayores, se confundían por su miseria con el estado llano, fueron las principales causas que produjeron en los reinados de Carlos VI y Carlos VII una de las grandes transformaciones de la monarquía.

En tiempo de Carlos VII espiraron las leyes del feudalismo, quedando únicamente sus hábitos. Habiendo obligado la conquista extranjera á la defensa comun, entregáronse naturalmente las voluntades al jefe militar, en torno del cual se habian agrupado; y esto nunca se verifica sin que perezca la libertad. Durante las turbulencias del estado, la nacion no consintió ni pudo consentir el tributo impuesto para pagar el sueldo de las compañías regulares: y la corona heredó de tales turbulencias un impuesto no votado y un ejército permanente, que son los dos ejes de la monarquía absoluta. Las costumbres dejeneraron en semi-caballerescas y semi-soldadescas: el *caballero* se transformó en *soldado de á caballo*, y el *hidalgo á pie* en *soldado de infante-*

ría. Los hermanos Bureau fundaron la artillería, y todos en aquella época, ciudadanos y letrados, corrieron á las armas.

Carlos VII instituyó al consejo de estado, que vino á ser el consejo ejecutivo. No componiendo ya parte del consejo del rey el parlamento, vió mejor deslindadas sus funciones judiciales, al propio tiempo que conservó las funciones políticas de que se habia apoderado: porque á fines del siglo décimocuarto habian casi cesado de convocar los estados.

La historia de las ideas principia á confundirse con la historia de los hechos: los espectáculos modernos comienzan, ó al menos, habiendo comenzado ya, se desenvuelven. A los combates de los animales, á los bufones de la primera y de la segunda dinastía, sucedieron en tiempo de la cuarta los trovadores ó bardos, los juglares, los ministriles, la asociacion de la *Madre loca*, los *Cofrades de la pasion*, los *Niños sin cuidados*, los de la *Cabeza*, los *Cornudos*, las *Moralidades* representadas por los clérigos de la Basoche, la *Dignidad real de los locos* por los estudiantes, y finalmente los *Misterios*: placeres groseros sin duda, é infancia del arte, en que todo se hallaba confundido, la música, la danza, la alegoría, la comedia, la tragedia; pero escenas llenas de movimiento y de vida, y que nos hubieran producido una literatura mucho mas orijinal y mucho mas fecunda, si nuestros ingenios no se hubieran hecho griegos y latinos en el reinado de Luis XIV. Los *Niños sin cuidados* representaban principalmente la comedia: su jefe se llamaba *el príncipe de los asnos*, y llevaba un capucho, en el que sobresalian dos orejas de asno. El jefe de los *Cornudos* era conocido con el

nombre de *abad de los cornudos*. No sé si se ha notado alguna vez que las primeras ediciones del *Mar de las historias y crónicas de Francia*, están adornadas con mayúsculas muy bellas, y con viñetas que representan al *príncipe de los asnos*, y otras escenas poco castas. El matrimonio entre los antiguos no fue nunca como entre los modernos, y principalmente entre los franceses, un motivo de zumba; lo que consiste en que las mujeres no se mezclaban en la sociedad antigua como se mezclan en la sociedad moderna. La comedia naciente no perdonó ni las cosas ni las personas; fue licenciosa como las costumbres que tenía á la vista, y osada como las guerras civiles, en medio de las cuales se levantó. La tragedia cobró su mayor esplendor durante las turbulencias de la Fronda.

El furor de aquellos espectáculos rayó tan alto, que todos quisieron ser actores; y los príncipes, los militares, los magistrados y los obispos se agregaban á las cuadrillas cómicas, cuya profesion era libre. Así el entendimiento pasaba por grados de los placeres materiales á los intelectuales. El cristianismo, que habia introducido la moralidad en las pasiones, habia combinado y modificado las mismas pasiones de una manera enteramente nueva, y el ingenio podia beneficiar aquella mina no esplotada todavía, y cuyas vetas eran inagotables.

Desde el punto á que habia llegado la sociedad en tiempo de Carlos VII, podia llegar igualmente á la monarquía absoluta: percíbense muy claramente el punto de enlace y el punto en que se cruzan los dos caminos; pero la libertad hizo alto, y dejó caminar al poder. El motivo es, que despues de la confusion

de las guerras civiles y extranjeras, y después de los desórdenes del feudalismo, las cosas se inclinaban á la unidad del principio gubernamental. La monarquía en ascension debía llegar al mas alto punto de su pujanza; era preciso que destruyendo del todo la tiranía de la aristocracia, comenzase á hacer sentir la suya, antes que la libertad pudiese reinar á su vez. Así se han sucedido en Francia por un orden regularizado la aristocracia, la monarquía y la república; el noble, el rey y el pueblo: habiendo abusado todos los tres de su poder, por fin han consentido vivir en paz en un gobierno compuesto de sus tres elementos.

LUIS XI.

De 1461 á 1483.

Sobre el cadáver palpitante del feudalismo vino á ensayar Luis XI la monarquía absoluta. Este príncipe singular, colocado entre la edad media que moría y los tiempos modernos que tenían nacimiento, con una mano estrechaba la libertad noble sobre el cadalso, y con la otra arrojaba al agua en un saco la jóven libertad ciudadana: y sin embargo ésta le amaba, porque inmolando á la aristocracia, adulaba la pasión democrática, la igualdad.

Luis XI, que es un personaje único en nuestros anales, no parece pertenecer á la série de los reyes franceses, porque era un tirano justiciero, de bajas costumbres, querido y menospreciado del vulgo, y que hacia decapitar al condestable y aprisionar á las urracas y á los grajos, acostumbrados por los habitantes de París á decir: *Ladron, sal fuera.*" Era al propio tiem-

de las guerras civiles y extranjeras, y después de los desórdenes del feudalismo, las cosas se inclinaban á la unidad del principio gubernamental. La monarquía en ascension debía llegar al mas alto punto de su pujanza; era preciso que destruyendo del todo la tiranía de la aristocracia, comenzase á hacer sentir la suya, antes que la libertad pudiese reinar á su vez. Así se han sucedido en Francia por un orden regularizado la aristocracia, la monarquía y la república; el noble, el rey y el pueblo: habiendo abusado todos los tres de su poder, por fin han consentido vivir en paz en un gobierno compuesto de sus tres elementos.

LUIS XI.

De 1461 á 1483.

Sobre el cadáver palpitante del feudalismo vino á ensayar Luis XI la monarquía absoluta. Este príncipe singular, colocado entre la edad media que moría y los tiempos modernos que tenían nacimiento, con una mano estrechaba la libertad noble sobre el cadalso, y con la otra arrojaba al agua en un saco la jóven libertad ciudadana: y sin embargo ésta le amaba, porque inmolando á la aristocracia, adulaba la pasión democrática, la igualdad.

Luis XI, que es un personaje único en nuestros anales, no parece pertenecer á la série de los reyes franceses, porque era un tirano justiciero, de bajas costumbres, querido y menospreciado del vulgo, y que hacia decapitar al condestable y aprisionar á las urracas y á los grajos, acostumbrados por los habitantes de París á decir: *Ladron, sal fuera.*" Era al propio tiem-

po un hombre zorro, que con jentes despreciables llevaba á cima grandes empresas, que trasformaba sus criados en heraldos de armas, sus barberos en ministros, al gran prevoste en *compadre*, y á dos verdugos, de los que el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*. Ganaba con su destreza lo que perdía por su carácter, reparando como rey los defectos que tenía como hombre; caballero denodado á los veinte años, y pusilánime en su vejez, que espiró rodeado de suplicios, de jaulas de hierro, de abrojos, de asadores, de cadenas llamadas *las chicuelas del rey*, de ermitaños, de empíricos y de astrólogos. Murió despues de haber creado la administracion y las manufacturas, construido caminos, establecido los correos; despues de haber declarado permanentes los oficios de la judicatura, fortificado el reino con su política y sus armas, y visto como bajaban al sepulcro sus rivales y sus enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeas de Milán, Juan de Aragon, Cárlos de Borgoña, y hasta el heredero del duque. Tanta fatalidad iba unida á la persona de un príncipe, que por *jentil industria* envenenó á su hermano el duque de Guyena, *cuando menos lo pensaba*, rogando á la Virgen, *su buena dama*, *su querida y su grande amiga*, que consiguiese su perdon. (*Brantome*).

Luis XI hizo otras cosas por *jentil industria*: »El »bárbaro, despues del tratado (de Conflans), mandó »arrojar en el rio á muchos habitantes de París por »sospechas de que eran partidarios de su enemigo: »atábanlos de dos en dos en un saco.

»
 »Las almas grandes escojen osadamente favoritos

»ilustres y ministros experimentados. Luis XI no tuvo
 »por confidentes y por ministros sino á hombres naci-
 »dos en el fango, y cuyo corazon era inferior á su es-
 »tado. Pocos tiranos ha habido que hayan hecho mo-
 »rir á tantos ciudadanos á manos de los verdugos y en
 »suplicios mas crueles. Las crónicas de su tiempo su-
 »ben á cuatro mil los vasallos castigados con pena de
 »muerte durante su reinado, en público ó en secreto.
 »

»Quiso el rey que se interrogase al duque de Ne-
 »mours en su jaula de hierro, que sufriese en ella el
 »tormento, y que oyese allí su sentencia. Confesáronle
 »en seguida en una sala cubierta de negro.

»Colocaron bajo del cadalso en las calles de Paris
 »á los tiernos hijos del duque para que cayese enci-
 »ma de ellos la sangre de su padre. Salieron de allí
 »teñidos con ella, y en aquel estado condujéronlos á la
 »Bastilla, sepultándolos en unos calabozos construidos
 »en forma de banastas, donde el tormento que esperi-
 »mentaba su cuerpo equivalia á un continuo suplicio.
 »Arrancábanles los dientes por intervalos.
 » . . . En el reinado de Luis XI no apareció ni un
 »hombre grande: envileció la nacion: no tuvo virtud
 »alguna: la obediencia lo fue todo en el pueblo que
 »permaneció tranquilo, como los presidiarios en el pre-
 »sidio." (*Voltaire*).

La perplejidad no cabia sino en las maneras de
 Luis XI; mas no en su cabeza, donde: como él mis-
 mo decia, *llevaba todo su consejo*. Sus cartas atestiguan
 esta verdad: escribia á Saint-Pierre, gran senescal:
 »Señor senescal, decid á Saint-André, que quiero que
 »me sirvan en utilidad mia y no de la avaricia, mien-

»tras dure la guerra; y sino hace la razon, obligadle á
 »hacerla por fuerza, y apoderaos de sus prisioneros,
 »y entregadlos al saqueo como los otros.
 ». Señor senescal, me admira mucho que
 »los capitanes y Mr. de Saint-André no alaben la ór-
 »den que he dado de que *todo se entregue á saco*: lo
 »que quiero es, que otras veces lo pascn todo á cu-
 »chillo, y que no hagan mas prisioneros, ni se apode-
 »ren de caballos, ni de bagajes, y asi jamás perdere-
 »mos batallas.
 ». Decid á Mr. de Saint-André, que esta es
 »la vez primera que me ha desobedecido capitan al-
 »guno; y si insiste en desobedecer, ponedle la mano
 »en la cabeza, y quitadle por fuerza los prisioneros,
 »que os juro que no tardaré en separar su cabeza de
 »los hombros; pero pienso que el traidor no desobede-
 »cerá, porque no puede.”

¿No parece quien asi escribe un esbirro de la Con-
 vencion? Y en efecto, Luis XI era el hombre del
 terror del feudalismo.

La idea de las cadenas y de los tormentos ha-
 biase grabado con tanta fuerza en la imaginacion de
 Luis, que fatigado de las disputas de los *nominales* y
 de los *realistas*, mandó encadenar y clavar en las bi-
 bliotecas las voluminosas obras de los primeros, para
 que no pudiesen ser leidas. Y este mismo hombre
 protejió contra la universidad y el parlamento á los
 primeros impresores venidos de Alemania, y á quienes
 reputaban hechiceros: un tirano levantó en Francia
 la imprenta; ese resorte grande de la libertad.

Los caprichos mismos de Luis XI llevaban impre-
 so el carácter de la dominacion; tenia prisionero á

Wolfango Poulhain, que poseia la confianza de María de Borgoña, y consentia en rescatarle con tal que añadiese al precio convenido las jaurías llamadas del señor de Bossu. Le Bossu no queria de modo alguno ceder sus perros, y despues de muchos correos espedidos por una y otra parte, enviaron los perros al monarca, quien los guardó sin dar libertad á Poulhain; y no le soltó hasta que no lo solicitó.

Pareciase este principe á los judíos de su tiempo: prestaba dinero sobre fianza de provincias y de plazas á los soberanos de la familia que lo necesitaban. Juan de Aragon empeñó los condados de Cerdeña y de Rossellon por trecientos mil escudos de oro, y Margarita de Anjou le habia hipotecado la ciudad de Calés por la suma de veinte mil escudos. Margarita era esposa de Enrique VI, rey de Inglaterra, prisionero en la torre de Lóndres, despues de haber sido rey de Francia en su cuna; y era hija del buen rey René, que no llegó á reinar: pero que componia versos y pintaba cuadros, que redactaba leyes para los torneos, que llevaba por emblema un anafe, y que disminuía los impuestos cuantas veces soplabá el norte en la Provenza. René en nada se parecia á Luis.

La política de Luis XI ha sido el objeto de la crítica jeneral de los historiadores: han dicho que debia haber admitido para el delfin el matrimonio de María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario, ó el de Juana, hija de Fernando y de Isabel: que si hubiese aceptado el primer enlace, se hubieran reunido los Países-Bajos á la Francia, y no hubieran resultado las dilatadas guerras que tanta sangre costaron; y que si hubiese dado su asentimiento á las se-

gundas bodas; es decir, á las del delfin y de Juana, hija de Fernando y de Isabel: Juana no se hubiera casado con Felipe, hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y no hubiera sido por consiguiente madre de Carlos V. Por el primer matrimonio el delfin (Carlos VII) hubiera agregado los Países-Bajos, el condado de Artois, la Borgoña, y el Franco-Condado, á la monarquía de San Luis; y por el segundo, sus hijos hubieran heredado el reino de España, y sido despues señores de América.

No es así como debemos juzgar la política de Luis XI: el objeto de este príncipe no fue nunca dilatar su reino en el exterior, sino abatir la monarquía feudal para crear la monarquía absoluta. En vez de desear las conquistas, renunció la investidura del reino de Nápoles, y no dió oídos á las propuestas de Jenova; »Los jenoveses quieren entregárseme, decia, y yo los entrego al diablo." Mas compró los derechos eventuales de la casa de Penthièvre en la Bretaña, y cuantas veces podía afianzar por el dinero alguna buena ciudad en el interior de sus estados, no lo dejaba por pereza.

Los señores empobrecidos vendian entonces sus casas mas célebres, y Luis XI, como un regateador de glorias antiguas, compraba á bajo precio las mercancías que no volvia ya á vender.

El constante trabajo de la vida de Luis XI, y la idea fija que le dominó, fueron el abatimiento de la alta aristocracia y la centralizacion del poder, y todos los bienes y males que ocasionó nacen de semejante preocupacion. Si declaró que no se daría oficio alguno que no vacase por muerte, renuncia ó delito, princi-

pio de la inmovilidad de los jueces, no fue para hacer independiente la ley, sino para comunicarle mas fuerza; porque sabia muy bien violar los decretos, mudar los jueces en su provecho, y nombrar comisiones ejecutivas. Si abolió la pragmática-sancion, no fue para favorecer á la córte de Roma, sino en odio de todo lo que llevaba el sello de la libertad. Si creó los parlamentos de Burdeos y de Dijon, y si hizo nuevas divisiones del territorio, no fue por un principio de equidad y de órden jeneral, sino porque deseaba destruir el espíritu de provincialismo, y tener en todas partes *jentes del rey*. Si pensó en establecer la uniformidad en los vestidos y la igualdad en los pesos y medidas, no fue con el intento de que desapareciesen aquellos obstáculos de la barbarie, sino para atacar las autoridades señoriales. Si estableció los cien nobles con pico de cuervo, origen de los guardias de corps; si recibió en su servicio á los suizos, uniéndoles un cuerpo de diez mil hombres de infantería francesa, no fue con el intento de crear un ejército nacional, sino con el de formar una guardia para su persona. Cuando se humillaba en presencia de Eduardo IV y del duque de Borgoña, no lo hacia porque desconociese su grandeza, sino para conseguir el placer de perseguir en el interior de Francia á los señores mas poderosos. Hostigó sin descanso al duque de Bretaña; daba mas importancia á la conquista de sus estados, que á la de los del duque de Borgoña, porque no queria tener á sus espaldas un principado independiente; puerta siempre abierta en su reino, por la que podia entrar el enemigo. Mandó ó dejó atosigar á su hermano el duque de Guyena, porque no

quería infantes dotados, así como no quería grandes vasallos: el infantazgo era en efecto una especie de desmembramiento.

Esta cadena de ideas le condujo al menosprecio del matrimonio del delfín con María de Borgoña. El delfín era un niño de ocho años, feo y mal formado, y María una linda princesa de veinte años, que hubiera tenido que esperar, en una especie de viudez de diez años, que creciese aquel aborto, cuyos dieciocho años hubieran quizás desdeñado los treinta de María: Luis XI tenía demasiada penetración para no calcular lo que podía haber sucedido durante aquellos largos esposales sin boda, y el menor accidente bastaba para romper tan débiles lazos. Detestaba además á los flamencos, y los flamencos le detestaban: el espíritu de libertad que reinaba por espacio de tres siglos en sus comunes manufactureros, inspiraba antipatía. Los condes de Flandes eran más bien los súbditos de los flamencos, que los flamencos vasallos suyos; porque en aquel país cerrado, antigua cuna de los francos, se ha conservado hasta nuestros días el fuego de independencia y de denuedo que animaba á los compañeros de Clovis.

¿Que hubiera practicado Luis XI, tutor de su hijo, con unos ciudadanos que hicieron castigar con el último suplicio á los ojos mismos de María de Borgoña sus dos ministros Hymbercourt y Hugonet? Alzar patíbulos era quebrantar los derechos de Luis XI; le pareció, pues, más seguro y mejor apoderarse del ducado de Borgoña, que recaía naturalmente en la corona por la muerte de Carlos el Temerario, porque las hijas no heredaban el infantazgo. Enseñoreose de

las ciudades del Somma y de otras muchas del Artois, sobre las que tenia pretensiones harto fundadas; y para estinguir el derecho de soberanía que tenia el Artois sobre la ciudad de Bolonia, trasladó y confirió la soberanía á la Santa Virgen, *su querida, su grande amiga*.

El matrimonio del delfin y de María de Borgoña hubiérale comprometido con el cuerpo germánico: el Franco-Condado, el Luxemburgo, el Hainaut y la Holanda escluían del imperio, y Luis XI no quería que-rellas cuando no estaba seguro del éxito. Tales consideraciones le indujeron á preferir lo cierto á lo incierto, á tomar lo que podia conservar, y á abandonar lo que presentaba alternativas peligrosas. No favoreció tampoco la union de Carlos de Angulema, de la casa de Orleans con la heredera de Carlos el Temerario, porque esto hubiera sido restablecer bajo otro nombre el poder de los duques de Borgoña. Mas si desechó el matrimonio del delfin con María, buscó el casamiento del mismo delfin con Margarita, hija de María y de Maximiliano; porque por una parte habia proporcion en la edad, y por otra remuneraba á Margarita con los condados de Artois y de Borgoña, y esta dote no daba pie á contestaciones con Flandes y con el imperio. No se verificó el enlace, porque la dama de Beaujeu, que siguió la política de su padre, prefirió para su hermano Carlos VII á la heredera de Bretaña.

Luis XI era en todas las cosas lo que debia ser para completar su obra. Nacido en una época social, en que nada estaba consumado y todo comenzado, siguió un sistema monstruoso, indefinido, orijinal suyo, y que participaba de las dos tiranías, entre quienes aparecía. La prueba de su enerjia bajo semejante forma, era

que tenía la muerte y el infierno, y sin embargo sobreponiase á este pavor cuando creia necesario cometer un crimen. Verdad es que esperaba engañar á Dios como á los hombres, y que tenia amuletos y reliquias para toda especie de delitos. Luis XI ocupó su lugar, y vivió en su época; y tales circunstancias encierran en sí tanta fuerza, que el ingenio mas vasto fuera de su lugar puede ser impotente, y el entendimiento mas limitado en una situacion dada, puede desquiciar el mundo.

Luis XI al fin de su vida enfermó en Plessis-lez-Tours, devorado por el miedo y por el fastidio. Arastrábase de un extremo á otro de una larga galeria, teniendo delante de los ojos para único recreo cuando miraba por las ventanas, un paisaje de rejas de hierro, de cadenas y de horcas que conducian á su castillo, y por único paseante de aquellos contornos presentábase Tristan, el gran provoste compadre de Luis. Los combates de los gatos y de las ratas, las danzas de las tiernas aldeanas y de los aldeanos que figuraban en las torres de Plessis la imájen de la felicidad y de la inocencia campestros, desarrugaban la frente del tirano. En seguida bebía la sangre de los niños para recobrar la juventud; remedio que parecia de todo punto conforme con el temperamento del enfermo. Aplicábanle, dicen las crónicas, *terribles y prodijiosas medicinas*; mas no hubo mas remedio que morir. Luis XI tomó el primero el título de *rey cristianísimo*, y los protestantes arrojaron al viento sus cenizas: los escesos de la libertad relijiosa y política profanaron la tumba del que habia abusado del poder y de la relijion.

Los principales consejeros de aquel rey fueron Fe-

lipo de Comines, hombre complaciente, que ha dejado memorias osadas, y Juan de Lude, hombre aun mas sencillo, y á quien su señor daba el nombre de *Juan de las habilidades*.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo lejitimos, la dama de Beaujeu, Ana, duquesa de Orleans y Cárlos VIII. Este príncipe villano impuso tambien á las mujeres el despotismo de sus caricias, y tuvo de Margarita de Sassenaje una hija, que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fue la abuela de la bella Diana de Poitiers.

Cuando desapareció Luis XI, cayó la Europa feudal; Constantinopla fue tomada, renacieron las letras, se inventó la imprenta, y el descubrimiento de América estaba á punto de verificarse: la grandeza de la casa de Austria se deja ya presentir por el enlace de la heredera de Borgoña y de Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Cárlos V, y Lutero con la reforma, no están muy distantes: estamos al borde de un nuevo mundo.

CARLOS VIII.

De 1483 hasta 1498.

Du Haillaut no concede que Cárlos VIII sea hijo de Luis XI, ó que sea al menos hijo de la reina Carlota de Saboya: asi lo habia oido afirmar. Segun ese modo de pensar, muchos reyes dejarian de ser hijos de sus pretendidos padres, porque esas historias de hijos supuestos se renuevan de reinado en reinado en todos los paises. Ademas, el adulterio es siempre un crimen, y en la familia particular de los príncipes, la infidelidad de las mujeres es aflictiva; mas en la familia je-

lipo de Comines, hombre complaciente, que ha dejado memorias osadas, y Juan de Lude, hombre aun mas sencillo, y á quien su señor daba el nombre de *Juan de las habilidades*.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo lejitimos, la dama de Beaujeu, Ana, duquesa de Orleans y Cárlos VIII. Este príncipe villano impuso tambien á las mujeres el despotismo de sus caricias, y tuvo de Margarita de Sassenaje una hija, que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fue la abuela de la bella Diana de Poitiers.

Cuando desapareció Luis XI, cayó la Europa feudal; Constantinopla fue tomada, renacieron las letras, se inventó la imprenta, y el descubrimiento de América estaba á punto de verificarse: la grandeza de la casa de Austria se deja ya presentir por el enlace de la heredera de Borgoña y de Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Cárlos V, y Lutero con la reforma, no están muy distantes: estamos al borde de un nuevo mundo.

CARLOS VIII.

De 1483 hasta 1498.

Du Haillaut no concede que Cárlos VIII sea hijo de Luis XI, ó que sea al menos hijo de la reina Carlota de Saboya: asi lo habia oido afirmar. Segun ese modo de pensar, muchos reyes dejarian de ser hijos de sus pretendidos padres, porque esas historias de hijos supuestos se renuevan de reinado en reinado en todos los paises. Ademas, el adulterio es siempre un crimen, y en la familia particular de los príncipes, la infidelidad de las mujeres es aflictiva; mas en la familia je-

neral de los pueblos poco importaria, sino fuese la violacion del derecho y el desórden moral, el origen del rejoy niño: si debia á una ficcion legal las ventajas de la herencia y las cualidades de un hombre grande, soberano de hecho y de derecho, tomaria prestada del nacimiento y del ingenio su doble legitimidad. Mas Carlos VIII era en efecto hijo de Luis XI.

El postrero, por un rasgo notable de su política, habia ordenado que Ana de Francia, dama de Beaujeu, su hija, se encargase del gobierno de la persona del rey. Luis XI habia recordado los abusos de la rejenencia en el reinado de Carlos VI. Los estados de Tours de 1484 confirmaron á Ana en el gobierno, no obstante la oposicion del duque de Orleans, que se habia dirigido al parlamento de París, y que declinó su competencia volviendo á enviar el negocio á los estados. Los estados nombraron un consejo de diez personas, al que debian asistir los príncipes de la sangre. El punto mas elevado de la monarquía de los estados encuéntrase en el reinado de Carlos VIII y de Luis XII.

Carlos VIII mandó poner en libertad á Carlos de Armañaque, hermano de Juan, muerto en Lectoure; y todos los Armañaques fueron puestos en libertad ó reintegrados en sus bienes. Pereció en la horca Landois, favorito de Francisco II, duque de Bretaña.

Enrique VII de Inglaterra derrotó y quitó la vida á Ricardo III: Enrique VII, de la rama de Lancastre, se casó con Isabel de York, y confundió los derechos de ambas casas que por tanto tiempo se habian disputado la corona.

El duque de Orleans, descontento de la córte,

habíase retirado á Bretaña, y dió principio con la ayuda de los bretones y de una tropa de ingleses, á la guerra civil, que duro poco. Fue derrotado, y cayó prisionero en la batalla de *Saint-Aubin*, que ganó Luis II, señor de la Tremoille (1488).

Cárlos VIII se casó en 1491 con Ana, heredera del ducado de Bretaña; y Margarita, hija de Maximiliano, con quien aquel se habia desposado y enviado en seguida á su padre, dió su mano al infante de España, Juan de Aragon.

En 1492, con la caída de Granada, se dió fin á la dominacion de los moros en España, y Cristóbal Colon descubrió la América.

Espedicion de Cárlos VIII á Italia. Hasta entonces la Italia no habia visto á los franceses sino como una especie de aventureros; mas luego que los reyes de Francia rompieron el último eslabon de la cadena feudal, pudieron ya salir de su pais á la cabeza de la nacion. Los derechos de Cárlos VIII á la soberanía de Nápoles consistian en la cesion que le habia sido hecha por Cárlos de Anjou, heredero de su tio René. Cárlos VIII llegó á Roma en 1494, y encontró un imperio tan quimérico, como el reino que intentaba conquistar: Andres Paleólogo, heredero del imperio de Constantinopla, que no existia, cedió sus pretensiones al rey de Francia, y el papa Alejandro VI entregó Zizimo, hermano de Bayaceto, que vivia desterrado en el territorio de la santa sede, á Cárlos. Cárlos VIII entró en Nápoles el 21 de Febrero de 1495 con los ornamentos imperiales, ó bien los llevase como emperador de Occidente, ó como emperador de Oriente. La liga concluida en Venecia entre el papa, el em-

perador, el rey de Aragón, Enrique VII, rey de Inglaterra, Ludovico Esforcia y los venecianos, obligó á Carlos VIII á evacuar la Italia; y los franceses volvieron á pasar los Alpes despues de haber vencido á Florencia. Causó admiracion la artillería francesa: por la primera vez un ejército regular de nuestra nacion apareció en la hermosa comarca donde debia adquirir un día tanta gloria.

Carlos VIII espiró en el castillo de Amboise el 7 de Abril de 1498: su hijo el delfin habia muerto á la edad de tres años, y apoderose del solio una rama colateral.

»Carlos VIII, de escasa estatura y escaso entendimiento, dice Comines, era tan bueno, que no es posible encontrar mejor criatura.»

LUIS XII.

De 1498 á 1515.

El mas hermoso renombre de los reyes de Francia lo alcanza Luis XII: unánimemente fue aclamado padre del pueblo. Aquí la palabra *pueblo* va acompañada de mucho mérito y valor, y anuncia una revolucion; no es una frase comun que se aplica á una multitud dominada mucho tiempo por un señor: es una palabra nuevamente introducida en el idioma para designar una nacion libertada, que se formó de los despojos de los siervos y súbditos del feudalismo. Esta nacion abria la puerta á los tiempos modernos, y poseia la fuerza y el esplendor que tuvo en su primera transformacion, cuando los francos convertidos en franceses entraron en los siglos de la edad media.

perador, el rey de Aragón, Enrique VII, rey de Inglaterra, Ludovico Esforcia y los venecianos, obligó á Carlos VIII á evacuar la Italia; y los franceses volvieron á pasar los Alpes despues de haber vencido á Florencia. Causó admiracion la artillería francesa: por la primera vez un ejército regular de nuestra nacion apareció en la hermosa comarca donde debia adquirir un día tanta gloria.

Carlos VIII espiró en el castillo de Amboise el 7 de Abril de 1498: su hijo el delfin habia muerto á la edad de tres años, y apoderose del solio una rama colateral.

»Carlos VIII, de escasa estatura y escaso entendimiento, dice Comines, era tan bueno, que no es posible encontrar mejor criatura.»

LUIS XII.

De 1498 á 1515.

El mas hermoso renombre de los reyes de Francia lo alcanza Luis XII: unánimemente fue aclamado padre del pueblo. Aquí la palabra *pueblo* va acompañada de mucho mérito y valor, y anuncia una revolucion; no es una frase comun que se aplica á una multitud dominada mucho tiempo por un señor: es una palabra nuevamente introducida en el idioma para designar una nacion libertada, que se formó de los despojos de los siervos y súbditos del feudalismo. Esta nacion abria la puerta á los tiempos modernos, y poseia la fuerza y el esplendor que tuvo en su primera transformacion, cuando los francos convertidos en franceses entraron en los siglos de la edad media.

Luis XII era biznieto de aquel Luis, duque de Orleans, por quien la sangre italiana comenzó á circular en las venas de nuestros monarcas, y á inspirarles el gusto de las artes: estirpe lijera y romántica, pero elegante, brava, inteligente, y que amalgamó la civilización con la caballería. Nunca se repetirán demasiado las palabras de Luis XII cuando se sentó en el solio: »El rey de Francia no venga las querellas del duque de Orleans (1498).»

Luis XII se casó con la viuda de Carlos VIII; y la Bretaña fue el último gran feudo que se incorporó á la corona. Así pereció la monarquía feudal, que habiendo comenzado con la desmembración sucesiva de las provincias del reino, terminó con la reunión sucesiva de las mismas provincias al reino, como los rios que saliendo del mar vuelven al mismo mar. Faltaba todavía la sumisión de los condados de Flandes y de Artois que poseía el archiduque de Austria; pero reducíase á un vano homenaje, al que ni el que lo tributaba, ni el que lo recibía, atribuía idea alguna de obediencia ni de superioridad. Los restos de la monarquía feudal duraron largo tiempo en la monarquía absoluta, del mismo modo que vemos al presente los restos del despotismo imperial figurando al lado de la libertad constitucional. Lo pasado se prolonga en lo futuro, y una nación no puede ni debe separarse de sus tumbas.

El tribunal del Echiquier en Normandía se erigió en parlamento: así caían una á una las piezas de la antigua armadura gótica.

Luis XII encendió la guerra en Italia. Cuando cesaron nuestras querellas interiores, tuvieron principio las exteriores, porque era necesario un nuevo campo al

instinto guerrero de la Francia. Luis XII pretendía el ducado de Milán por los derechos de Valentina de Milán, su abuela, y el reino de Nápoles por los derechos de la casa de Anjou. Dominaban entonces en Roma los abominables Borjias: César Borjia, el héroe de Maquiavelo, y Alejandro VI con su hija triplemente incestuosa, llamada Lucrecia, para ofrecer á Roma un contraste famoso con el antiguo poder romano. Conquistose á Milán en el espacio de veinte días, y el reino de Nápoles en menos de cuatro meses, cuyo reino fue ocupado de concierto con Fernando el Católico. No tardaron los franceses y los españoles en desavenirse por la partición de aquel estado (1500, 1501 y 1502): D'Aubigny perdió la batalla de Seminara el viernes 21 de Abril, y el viernes 28 del mismo mes el duque de Nemours fue vencido y muerto en Ceriñola por Gonzalo de Córdoba, llamado el gran capitán. La casa de Armañaque se acabó en la persona del duque de Nemours, y el duque de Nemours no era nada menos que el último descendiente de Clovis: ¡extraños restos del principio del siglo décimosexto! El parlamento de Aix había sido creado en 1501.

Sin embargo, Carlos V había nacido en 1500, y Alejandro murió en 18 de Agosto de 1503. Después de Pío III, que no ocupó la silla pontifical sino veinticinco días, viene Julio II, cuyo nombre anuncia el reinado de las artes, y una revolución en la clase de influencia que la corte de Roma ejerció en el mundo cristiano. La corte romana dejó de ser plebeya, y por un doble error se unió al poder aristocrático cuando ya espiraba: la era política del cristianismo iba en decadencia.

Los estados de Tours de 1506 nos muestran estas asambleas en su mas alto punto de perfeccion, separadas de la majistratura parlamentaria y del poder ejecutivo. Abriólos Luis XII en sesion rejia, rodeado de los príncipes de la sangre y de toda su córte, y teniendo á su derecha al canciller de Francia; esta es la misma forma con que comienzan ahora las sesiones legislativas, y al propio tiempo una prueba de que los grandes de la córte no componian, ó no formaban ya parte de los estados.

La liga de Cambray, formada contra los venecianos, se dispó como todas las coaliciones en las que príncipes enemigos se reúnen por un interés momentáneo.

Enrique VII de Inglaterra murió, y sentose en su trono Enrique VIII (1509 y 1510).

Julio II hizo alianza contra los franceses en Italia con Fernando, Enrique VIII y los suizos. El último de los caballeros franceses, Bayardo, digno de cerrar la época de la caballería, se distinguió en Saint-Felix y en la jornada de la *Bastide* (1511). Concilio jeneral de Pisa, en que Julio II es citado por Luis XII: Concilio de Letran en oposicion al de Pisa.

Batalla de Ravena ganada el dia de Pascua, 11 de Abril de 1512, á los confederados por el duque de Nemours, el caballero Bayardo, Luis de Arce y Lautrec. El duque de Nemours compró con la vida la victoria, muriendo á la tierna edad de veintitres años. El príncipe se llamaba Gaston de Foix, hijo de María, hermana de Luis XII, quien habia erejido en ducado el condado de Nemours, y condecorádole con la dignidad de par (1507). No debemos confundirle con

Armañaque, duque de Nemours, el último de los Merovigianos de que hemos hablado.

Luis XII perdió el Milanesado, y no conservó en Italia mas que algunas plazas y el castillo de Milán. El concilio de Pisa se trasladó á Milán, y en seguida á Lion; Julio II fulminó anatema contra el reino de Francia, y principalmente contra la ciudad de Lion: esto era menospreciar los tiempos, porque los rayos del vaticano, del mismo modo que el feudalismo, quedaban agotados, porque las antiguas costumbres no estaban ya en uso.

Fernando se apoderó del reino de Navarra; Maximiliano Esforcia recobró la soberanía del Milanesado, y los Médicis la de Florencia: el emperador Maximiliano I quiso hacerse papa, y la reina Ana de Bretaña murió, Siguiola al sepulcro Julio II, á quien sucedió Leon X: Luis XII recobró el Milanesado, y finalmente lo perdió en la batalla de Novara. Maximiliano, Enrique VIII y los suizos atacaron la Francia, y todo se arregló por medio de varios matrimonios, de los que algunos quedaron en proyecto, y los otros se realizaron. Luis XII se casó con María, hermana de Enrique VIII, en brazos de la cual encontró la muerte. El conde de Angulema, que despues fue Francisco I, amaba á María, y se alejó por miedo de perder la corona. Semejante cálculo no era propio de su edad ni de su carácter: así es que no cedió sino al consejo de Grignaux, ó de Gouffier, ó de Duprat (1512, 1513, 1514, 1515).

Luis XII murió el 1.º de Enero de 1515 en el palacio de Tournelles de París: redujo los impuestos á mas de la mitad: amaba tiernamente á sus súbditos,

que le pagaron con el mismo amor, no obstante sus faltas en la política exterior; y deseó todas las esencias que podían gozarse en una monarquía como aquella. Es preciso que observemos que en esta época, y hasta en la presente en que vivimos, regulaban los pueblos su aborrecimiento ó su amor, según los mayores ó menores impuestos que pesaban sobre ellos. Hoy día, cuando la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilización, las naciones prodigan menos sus afecciones á esa clase de intereses materiales, y conceden con más gusto el título de padre al soberano que aumenta sus libertades, que al que escasea sus intereses.

FRANCISCO I.

De 1515 hasta 1547.

Era biznieto Francisco I de Luis de Orleans y de Valentina de Milán. Tres generaciones eran las que habían mudado la faz del mundo, y cincuenta años desde el descubrimiento de la imprenta, aunque no libre, habían producido un movimiento extraordinario en los espíritus. Las controversias de Lutero próximo á aparecer, ó no se hubiesen extendido tan rápidamente, ó hubiesen sido sofocadas, si la prensa no estuviera á punto para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515): el 14 de Septiembre dió á los suizos en Marignano el combate que Tribulcio llama *el combate de los gigantes*; y esta fue la primera victoria de consideración que lograron los franceses después de sus derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt. La batalla de Marignano no tenía ya ningun-

que le pagaron con el mismo amor, no obstante sus faltas en la política exterior; y deseó todas las esencias que podían gozarse en una monarquía como aquella. Es preciso que observemos que en esta época, y hasta en la presente en que vivimos, regulaban los pueblos su aborrecimiento ó su amor, según los mayores ó menores impuestos que pesaban sobre ellos. Hoy día, cuando la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilización, las naciones prodigan menos sus afecciones á esa clase de intereses materiales, y conceden con más gusto el título de padre al soberano que aumenta sus libertades, que al que escasea sus intereses.

FRANCISCO I.

De 1515 hasta 1547.

Era biznieto Francisco I de Luis de Orleans y de Valentina de Milán. Tres generaciones eran las que habían mudado la faz del mundo, y cincuenta años desde el descubrimiento de la imprenta, aunque no libre, habían producido un movimiento extraordinario en los espíritus. Las controversias de Lutero próximo á aparecer, ó no se hubiesen extendido tan rápidamente, ó hubiesen sido sofocadas, si la prensa no estuviera á punto para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515): el 14 de Septiembre dió á los suizos en Marignano el combate que Tribulcio llama *el combate de los gigantes*; y esta fue la primera victoria de consideración que lograron los franceses después de sus derrotas de Crecy, Poitiers y Azincourt. La batalla de Marignano no tenía ya ningun-

no de los caractéres que distinguían á las primeras batallas; las cuales se diferenciaban de aquella, como las batallas de la revolucion de la de Marignan. El senado de Venecia declaró en un decreto, que Francisco I y los príncipes de su dinastía eran nobles venecianos; decreto que Luis XVIII quiso borrar con su mano cuando recibió la órden de salir de Verona. Principio de la venalidad de los destinos, que produjo la inamovilidad de los jueces.

Fernando, rey de Aragon por sí, rey de Castilla por su esposa Isabel, rey de Granada por derecho de conquista, rey de Navarra por usurpacion, heredero de tres bastardos con corona, murió, y Cárlos V subió al trono.

El tratado de Friburgo produjo entre la Francia y los suizos la paz llamada perpétua, que no dejó á aquellos mas que el honor de derramar su sangre por los franceses (1516).

Concordato entre Leon X y Francisco I, al que se opusieron el clero, la universidad y el parlamento, como atentatorio á la libertad de la iglesia nacional. Levantose Lutero en el mismo año 1517 contra las indulgencias predicadas en Alemania. Enrique VIII ocupaba el solio, é iba á descargar otro golpe contra la fe católica, de la que primero se constituyó *defensor*. En 1521 fue herido en la fortaleza de Pamplona, que asediaban los franceses, Ignacio de Loyola: Loyola fue para los *reformados*, lo que Santo Domingo habia sido con los albijenses; mas la matanza del dia de San Bartolomé no destruyó el protestantismo, y las cruzadas esterminaron á los albijenses.

Cárlos V fue elegido emperador despues de la muer-

te de Maximiliano, y su rival era Francisco I (1519). Entonces la Francia se halló envuelta por las posesiones de la casa de Austria; España conquistadora en América y en las Indias, decía que el sol no se ponía en sus estados. El descubrimiento de América produjo una revolución en el comercio, en la propiedad y en la hacienda del mundo antiguo: porque la introducción del oro de Méjico y del Perú, disminuyó el precio de los metales, aumentó el de los granos y artefactos, hizo que mudasen de mano los bienes raíces, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, de la que los lombardos y los judíos habían dado la primera idea. Con los capitalistas nació la población industrial y la constitución artificial de los fondos públicos. Y habiendo entrado en este camino la sociedad, se renovó respecto de su hacienda, del mismo modo que se había renovado en sus relaciones morales y políticas.

A las aventuras de las cruzadas se siguieron las aventuras de Ultramar, de mayor importancia: el globo se agrandó, comenzó el sistema de las colonias modernas, y la marina militar y mercantil se acrecentó por toda la extensión de un océano sin playas. El mar interior del mundo antiguo no fue ya más que un lago de poca importancia, después que las riquezas de las Indias venían á Europa por el cabo de las Tempestades. Con tres años de diferencia, el venturoso Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavia.

Mas lo mismo que ocasionó los progresos de los otros pueblos en el camino de la independencia y de la civilización, encadenó á las naciones sometidas al ce-

tro de Felipe II: América, España y los Países-Bajos perdieron la libertad para muchos siglos. Los campos de Flandes, donde los comunes habían por tanto tiempo combatido por su emancipación, no se vieron ya ensangrentados sino por los cadalsos ó por las batallas que en ellos dieron las casas de Francia y de Austria.

La entrevista de Francisco I y de Enrique VIII cerca de Guines, llamada *el campo del paño de oro*, fue la última ostentación de los tiempos feudales, un simulacro de torneos, de consejos plenos, de las costumbres antiguas que habían ya pasado, y que no eran mas que un espectáculo (1520).

El duque de Bouillon declaró la guerra al emperador, quien creyó que la Francia apoyaba en secreto al duque: principio de las guerras entre Carlos V y Francisco I. Piérdese de nuevo el Milanesado; y muere Leon X, que dió su nombre á su siglo: Leon escribia á Rafael: «Vos hareis célebre para siempre mi pontificado:» tales palabras encerraban una profecía. Desgraciadamente el renacimiento de las artes se paralizó en el momento de la reforma, cuya rigidez proscribió las artes. Si el ardor religioso de los siglos que levantaron los monumentos góticos hubiera existido aun en tiempo de Miguel Anjel y de Rafael, ¡cuantas obras clásicas hubieran adornado á Roma ya enriquecida!

A Leon X sucedió Adriano VII, que dejó la tiara á Clemente VII, también Médicis (1524).

Toma de Rodas por Soliman II (1522).

El condestable de Borbon, á quien perseguia la duquesa de Angulema, pasó al servicio de Carlos V: el marques de Villena, á quien el emperador pidió que prestase su palacio al condestable, respondió: «Na-

»da puedo negar á vuestra majestad; pero si el duque
 »de Borbon se aposenta en mi alcázar, lo entregaré
 »á las Harnas al punto que salga de él, como lugar
 »infestado por la traicion, y en el que no podrá ha-
 »bitar en adelante un hombre honrado." Unico trai-
 »dor que han tenido los Borbones en su dinastía.

El capitán Bayardo fue muerto en la retirada de Rebeca (1524). »Salió un tiro de arcabuz, cuya pie-
 »dra vino á herirle en los riñones, rompiéndole el gran-
 »de hueso. Cuando sintió el golpe, se puso á gritar:
 »¡Jesus! y luego añadió: ¡Ah! ¡Dios mio! muerto soy.
 »Tomó su espada, y besó su empuñadura en forma de
 »cruz, y continuó en voz alta: *Miserere mei Deus, se-*
 »*cundam misericordiam tuam.* Quedó de repente pas-
 »mado y faltó de espíritu, y faltó poco para que ca-
 »yera; pero aun tuvo valor para asirse del arzon de
 »la silla, y permaneció así hasta que un noble doncel,
 »su mayordomo, le ayudó á bajar, y colocó debajo
 »de un árbol. Sus tristes criados estaban pasmados, y
 »entre ellos su mayordomo, que jamás lo abandonó.
 »Derramaba lágrimas el gentil-hombre viendo mortal-
 »mente herido á su señor, y sin remedio para su vida;
 »mas el buen caballero lo consolaba, diciéndole: Ja-
 »cobo, mi amigo, deja tu tristeza: es voluntad de
 »Dios que yo salga de este mundo; él me ha dis-
 »pensado por su gracia mas bienes y honores que
 »merecía, y el sentimiento que tengo al morir, es
 »por no haber hecho tanto bien como era de mi obli-
 »gacion."

El condestable de Borbon, del partido de los ene-
 »migos, se presentó á consolar á Bayardo: »Señor, le
 »dijo el capitán, no tengais piedad de mí, sino de vos,

»que os habeis armado contra vuestro rey, vuestro país y vuestra fe." Borbon insistió, y habló de los buenos cirujanos; mas Bayardo replicó: »Conozco que es »toy herido de muerte, y la recibo con gusto." Fuese el condestable con las lágrimas en los ojos, gritando: »Dichoso el príncipe que tiene un servidor como ese, »y la Francia no sabe lo que pierde hoy." El marques de Pescara (Fernando Francisco de Avaloz) dijo: »Quisiera Dios, gentil caballero Bayardo, que me hubiese costado una cuarta parte de mi sangre, sin recibir muerte, y no comer carne en dos años, y teneros en salud prisionero mio."

Batalla de Pavia en 14 de Febrero de 1525. No se encuentra el original del famoso billete: *Todo está perdido menos el honor*; pero la Francia, que lo hubiera escrito, lo tiene por auténtico. Juan, que cayó prisionero en Poitiers, se vió servido en la mesa por su vencedor, y tratado en Londres como un monarca triunfante; pero Francisco I fue trasladado ásperamente á su prision de Madrid: los caballeros á quienes el monarca frances deseaba volver á la vida, no existian ya. Por lo demas, los estados de Borgoña de 1526 no se creyeron obligados por el tratado de Madrid, que separaba sin su consentimiento la Borgoña de la Francia: los estados de Paris de 1559 negáronse tambien á ratificar el tratado negociado con motivo de la libertad del rey Juan; porque solo es durable la independencia de los pueblos, cuantas veces se ve obligada á levantar su voz por sí sola.

El año del cautiverio de Francisco I vió á Alberto Margravè de Brandeburgo, gran maestre de la órden Teutónica, abrazar el luteranismo, y apoderarse de las

provincias de la órden: los descendientes de Alberto se han sentado en el trono de Prusia.

El tratado de Cambrai de 1529 puso fin á las guerras de Italia entre Francisco I y Carlos V, y la Breñaña se reunió á la Francia por un artículo espreso. Antes del edicto de 1566, nuestros reyes disponian libremente de nuestros bienes patrimoniales, y no debian ser inenajenables sino por su reunion al dominio; por lo que debemos distinguir dos cosas en el antiguo derecho comun de la tercera dinastía: la propiedad particular del príncipe, y la propiedad jeneral de la corona.

Francisco I fundó la infantería francesa, que reemplazó á los peones alemanes que servian á nuestras órdenes: formose primero nuestra infantería por el modelo de las legiones romanas, y dividióse en cuerpos de seis mil hombres. Volvióse despues á la division en bandas de quinientos ó seiscientos hombres, que fue el origen de nuestros rejimientos. Enrique, hermano segundo de Francisco el delfin, se casó en Marsella con Catarina de Médicis (1532 y 1533).

El cisma de Inglaterra estalló en 1534 con motivo del divorcio de Enrique VIII para casarse con Ana Bolena: en el mismo año 1534, las doctrinas de Calvino se introducian en Francia bajo la proteccion de Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I: tambien en el mismo año fundó Ignacio de Loyola la sociedad de Jesus. Cuando las ideas de los pueblos llegan á su madurez para una mudanza, acontece que se presentan príncipes que las desenvuelven. Nueva guerra entre Francia y España con motivo de la decapitacion por Francisco Esforcia del enviado de Francia en Mi-

lán. Carlos V, que habia vuelto vencedor de su expedicion de Africa, es vencido en Provenza y en Picardía.

Enrique asciende á delfin con la muerte de Francisco su hermano mayor, que habia sido atosigado. Dispérsanse los anabaptistas con el suplicio de Juan de Leyde en Munster (1536). Carlos V es aplazado al tribunal de los pares de Francia, como vasallo rebelde, del mismo modo que lo habia sido el príncipe Negro; resurreccion ridicula de los derechos perdidos de la monarquía feudal (1537).

Carlos V atraviesa la Francia (1539), dirijiéndose á sufocar las turbulencias que habian sobrevenido en la ciudad de Gante, cuna de los tribunales y asilo de los reyes.

El mandamiento de Villers-Coterets (1539) dispone la brevedad de los procesos, que los tribunales eclesiásticos no usurpen los derechos de la justicia ordinaria y la redaccion en frances de los actos públicos. Causa admiracion que no se espudiese mas pronto este mandamiento; necesario era aguardar los progresos de la lengua que no comenzó á salir del caos, y á ser bastante intelijible hasta el reinado de Francisco I. Si desde el año 1281, el emperador Rodolfo obligó á escribir los actos imperiales en lengua vulgar, fue porque el alemán era una lengua madre, hablada en todos tiempos por un pueblo que la entendia. La lengua francesa no era mas que un patué nacido principalmente de las lenguas romana y latina, y trascurrieron siglos antes que se convirtiese en lengua jeneral en toda la estension de la monarquía. Eduardo III pudo prohibir el uso de la jerga romana en los tribunales ingleses, porque encontró detras de aquella jerga el ingles

ó el bajo alemán, conservado por los sajones conquistadores.

Los procedimientos criminales que eran casi públicos, dejaron de serlo en tiempo del canciller Poyet.

Principian á aparecer los nombres famosos en los reinados siguientes: el cardenal de Lorena y su hermano el primer duque de Guisa, la esposa del condestable Ana de Montmoreney y Catarina de Médicis (1540).

Francisco I estableció nuevas relaciones en el exterior: envió embajadores á Constantinopla cerca de Soliman II, y los recibió de Gustavo-Wasa, rey de Suecia, príncipe célebre por su arrojo y sus aventuras, que convirtió la Suecia al luteranismo, y fue el jefe militar de los protestantes (1542).

En 1544 ganaron los franceses la batalla de Cérisoles.

En 1545 primeras esterminaciones de las guerras de religión en Francia, y ejecución de las ciudades hugonotas de Cabrieres y de Merindol.

Los dos jefes del cisma, Lutero y Enrique VIII, murieron, el primero en 1546, y el segundo en 1547: Francisco I, que comenzó la persecucion contra los hugonotes, siguió al sepulcro, dos meses despues, al tirano de las libertades políticas, y al fundador de la libertad religiosa de Inglaterra (1.º de Marzo de 1547).

Cárlos V se arrastró nueve años por la tierra despues de su rival; abdicó la corona en 1556, se retiró al monasterio de San Justo de Estremadura, y celebró en vida sus propios funerales: envuelto en la mortaja, tendido sobre el féretro, cantó desde el fondo de aquel féretro el oficio de difuntos que celebraban los religiosos en torno suyo. » Y este era el varon por quien

»se dilató el mundo, como dice Montesquieu, y apa-
»reció otro mundo nuevo." El nuevo mundo dió la
muerte á Francisco I; el destino de Carlos V pesó en-
teramente sobre el monarca frances. Importunado hasta
en sus últimas agonías por la rivalidad de sus mance-
bas y de las mancebas de su hijo, Francisco I murió
como cristiano que conoce sus debilidades, y Carlos V
espiró como un ambicioso que se reviste con la capilla
del fraile y con la mortaja, despechado de no haberse
podido apoderar de los despojos del mundo. Las de-
bilidades del monarca español no fueron aparentes co-
mo las del monarca frances, cuya galantería era tan
brillante como su valor: han acusado á Carlos V de
un incesto misterioso, que en las sombras del claustro
dió nacimiento á un héroe; sus pasiones tenían impre-
so el sello de la gravedad, del secreto y de la profun-
didad que le caracterizaban.

*Hay épocas en que la sociedad se renueva, en que
catástrofes imprevistas, acaso felices ó desgraciados,
descubrimientos inesperados determinan un cambio
largo tiempo preparado en el gobierno, las leyes, las
costumbres y las ideas. Y una revolucion que parece
súbita, no es sino obra del trabajo continuo de la ci-
vilizacion que se acrecienta, y el resultado de la misma
civilizacion hácia la perfeccion necesaria, eficiente y pro-
pia de la naturaleza humana. En las revoluciones, aun
en aquellas que nos parecen retrógradas, descúbrese
un paso de hecho, una luz adquirida para llegar á una
verdad determinada. Las consecuencias no se dan in-
mediatamente á conocer saltando del principio que las
produce: han de transcurrir cincuenta años para que
se note la transformacion verificada en los pueblos por*

los acontecimientos que pasaron medio siglo antes.

Así cuando Francisco I subió al trono, el descubrimiento de América, la toma de Constantinopla por los turcos, la invención de la imprenta, que habian precedido al reinado de este rey, comenzaban á obrar extendiendo el dominio del hombre físico y moral. Desafiar mares desconocidos y explorar nuevos mundos, eran esfuerzos dignos del espíritu caballeresco y religioso que reinaba aun, dignos de las letras, de las ciencias y de las artes que renacian, y dignos del gobierno y del comercio que buscaban nuevos manantiales de poder y de riquezas. Parecia que se hubiese descubierto espresamente la imprenta para multiplicar y derramar los tesoros que los griegos desterrados de su patria habian trasladado á Occidente. Las correrias á la otra parte de los Alpes de Carlos VIII y de Luis XII, habian difundido por la Galia el amor á las comodidades de la vida largo tiempo perdido. Milán, Florencia y Siena vieron reaparecer aquellos nombres que habian conocido en tiempo de la conquista de los normandos y de Carlos de Anjou: la Pálice, Nemours, Lautrec y Vieilleville, no encontraron ya, como sus padres, una tierra semi-bárbara, sino una tierra clásica, en que el genio de Augusto habia resucitado, en que á manera de los antiguos romanos suavizaron sus virtudes rústicas á la voz de las artes, que segunda vez habian venido de Grecia. Cuando Bayardo adquiria el alto renombre que le dieron sus proezas, adquiriolo en medio de la Italia moderna, de la Italia en toda su frescura, y que estaba en todo el esplendor de la nueva civilizacion; adquiriolo en medio de los palacios levantados por Bramante, Miguel Anjel y Paladio, de aquellos palacios cuyas pa-

redes se veían cubiertas de cuadros que acababan de salir de las manos de los mas célebres pintores; adquisi-riales en la época en que se desenterraban las estatuas y los monumentos de la antigüedad, mientras que Gonzalo de Córdoba, Tribulcio, los Pescaras y Strozis combatian; en que los artistas se vengaban de sus rivales á puñaladas, en que las aventuras de Romeo y Julieta se repetían en todas las familias, y en que el Ariosto y el Tasso cantaban la caballería de que Bayardo era el último modelo.

Las guerras de Francisco I, de Carlos V y de Enrique VIII, confundieron los pueblos y multiplicaron las ideas. Los ejércitos regulares, conocidos en Europa desde fines del reinado de Carlos VII, hicieron desaparecer los restos de las milicias feudales. Los bravos de todos los países se encontraron en estas tropas disciplinadas; y Bayardo peleó quizás con los hijos de Pizarro y de Hernán Cortés, que habían visto desplomarse los imperios del Perú y de Méjico. Los infieles, á quienes los caballeros iban á buscar al fondo de la Palestina, apoderados de Constantinopla, y convertidos en aliados nuestros, intervenían en nuestra política, y su príncipe enviaba al renegado griego Barbarroja á combatir en favor del papa y del rey cristianismo en las costas de la Provenza.

El cambio fue, pues, jeneral en Francia; hasta los vestidos se alteraron, y las antiguas y las nuevas costumbres confundiéronse en una mezcla única. Escribieron la lengua naciente con talento, primor y naturalidad la hermana de Francisco I, la reina de Navarra, Francisco I, que componía versos también como Marot, Rabelais, Amyot, los dos Marots, y los

autores de *Memorias*. El estudio de los clásicos, el de las leyes romanas, la erudición jeneral se emprendieron con ardor, y las artes adquirieron una perfección que nunca han escedido en Francia. La pintura que tanto brillaba en Italia, adornó nuestros bosques y nuestros castillos góticos, cuyas torrecillas y almenas coronaron las órdenes de Grecia. Ana de Montmorency, que rezaba sus Padres nuestros, ornaba á Ecouen con obras clásicas; Primatice embellecía á Fontainebleau; Francisco I, que se hacía armar caballero como en tiempo de Ricardo Corazon de Leon, asistia á la muerte de Leonardo Vinci, y recibia el último suspiro de aquel gran pintor; y el condestable de Borbon, cuyos soldados, como los de Alarico, se preparaban para saquear á Roma; el condestable de Borbon, que debía morir de una bala de cañon disparado quizás por el grabador Benvenuto Cellini, representaba en sus tierras de Francia el poder, la vida y las costumbres de un antiguo y poderoso vasallo de la corona.

Francisco I, que en realidad no fue un grande hombre, pero que alcanzó el título de *gran rey*; este padre de las letras, que quiso romper todas las presas de su reino, atrajo á las mujeres á la córte. Esta córte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bélicas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía. De todas estas favoritas una sola, Ines Sorel, fue útil al príncipe y á la patria.

Una aventura escojida entre mil bastará para dar á conocer la alta sociedad del tiempo de Francisco I: Brantome, que con distinto talento imita muchas ve-

ces á Froissard, es en tales materias un narrador perfecto: »He oído contar una aventura del reinado de »Francisco I, del bello Gruffy, que era escudero del »rey, y murió en Nápoles en el viaje de M. de Lau- »trec, y de una muy elevada dama de la corte que »se enamoró de él, porque era muy bello, y comun- »mente le llamaban el hermoso Gruffy; mas yo no »he visto un retrato que le represente tal.”

»La dama ganó un día á un criado suyo de quien »se fiaba, de todos desconocido, y que nunca se veía »en su cámara, el cual buscó al escudero y le dijo, »que una muy linda y honesta señora se encomenda- »ba á él, porque estaba tan enamorada, que deseaba »yacer en su compañía mas que con mancebo algu- »no de la corte; pero que no quería por todos los »bienes del mundo que la viese y la conociese, sino »que á la hora de acostarse, y cuando se hubiesen re- »tirado los cortesanos, vendría á buscarle el criado á »un sitio convenido, y que desde allí le guiaria al »dormitorio de la dama, bajo pacto que había de ta- »parle los ojos con un pañuelo blanco, como al trom- »peta que conducen á la ciudad enemiga, para que »no pudiese ver ni reconocer el lugar, ni la cámara »en que entraria; y que le tendria siempre sujeto con »las manos, á fin de que no pudiese desatarse el pa- »ñuelo, pues así lo había encargado su señora, que »no quería ser conocida hasta un tiempo cierto y fijo »que le indicó. Partió el men- »sajero dejando á Gruffy pensativo y desvelado, porque »imaginaba si seria alguna treta que le jugaria algun »enemigo de la corte para que cayese en celada. Ina- »ginaba tambien qué dama seria, si elevada ó de la

»clase media, ó humilde, ó hermosa, ó fea que le
 »desagradaba mas, anaque de noche todos los gatos
 »son pardos. Por lo que despues de haber conferen-
 »ciado con uno de sus mas intimos amigos, resolvió
 »tentar la aventura; y al dia siguiente cuando el rey,
 »las reinas, las damas y todos los cortesanos y corte-
 »sanos se retiraron á dormir, acudió al sitio señalado
 »por el mensajero, que no tardó en presentarse, y al
 »verle le dijo solamente: *Vamos, señor, que la dama*
 »*os espera.* Vendole los ojos, y le condujo por luga-
 »res estrechos, oscuros, tortuosos y desconocidos, de
 »suerte que el escudero dijo francamente, que no sa-
 »bia donde estaba; y despues entró en el aposento de
 »la señora, asaz sombrío y obscuro, en el que nada
 »se veia ni conocia, como en un horno apagado.”

»Hallola exhalando perfumes, lo cual le dió muy
 »buenas esperanzas.
 » y despues, habiéndole desatado el pa-
 »ñuelo, le guió al lecho de la dama que le esperaba,
 »y yació junto á ella.
 »y no encontró cosa alguna que no le placiese, tanto
 »su cutis como el lecho y las sábanas que tentaba con
 »las manos, y así pasó una noche deliciosa con aque-
 »lla hermosa dama á quien oi nombrar.
 » Solo le fastidiaba, segun decia, el que no
 »le hablase ni una palabra.”

»Ella se guardaba, porque el escudero sin saber-
 »lo hablaba con ella muchas veces al dia como con
 »las otras damas de palacio, y por eso la hubiera co-
 »nocido al instante. Mas no olvidaba las zalamerias,
 »los halagos y las caricias, y Gruffy se hallaba muy
 »bien.”

»Al despuntar el día, el mensajero avisó y le
»vantó, vistió y vendó al escudero del rey, acompa-
»ñándole al sitio mismo de donde había venido, y se
»despidió hasta la vuelta, que no tardaría.»

»El bello Gruffý, despues de haberle dado cien
»veces las gracias, le dijo adios, y que siempre le en-
»contraría pronto á volver; así lo hizo, y la fiesta
»duró un mes, al cabo del cual tuvo Gruffý que par-
»tir á Nápoles, y al despedirse de la dama no con-
»siguió ni una palabra de su boca, sino suspiros y lá-
»grimas, que sentía caer de sus ojos. De suerte que
»partió sin conocerla y sin descubrir indicio alguno.»

Necesario es ahora colocar la reforma en medio de aquellas costumbres licenciosas y ligeras: la reforma pretendía resucitar el primer cristianismo entre cristianos envejecidos, así como Francisco I quería reproducir la caballería entre soldados que llevaban mosquetes y arcabuces.

La reforma es el acontecimiento mas importante de aquella época; abrió los siglos modernos, y los separó del siglo indeterminado que siguió á la desaparición de la edad media.

Hasta entonces habíanse notado frecuentemente herejías en la iglesia latina, pero de corta duración, y que nunca habían alterado el orden político. El protestantismo fue desde su origen un negocio de estado, y dividió á los ciudadanos: las metamorfosis verificadas en las leyes y en las costumbres, debían necesariamente producir mudanzas en la religión; porque era imposible mudar el exterior del edificio sin que se resintiesen las bases del mismo.

La reforma despertó las ideas de la igualdad an-

tigua, estimuló al hombre á enriquecerse, á indagar, á aprender: fue, propiamente hablando, la verdad filosófica, que revestida de la forma cristiana, atacó á la verdad religiosa. La reforma contribuyó poderosamente á transformar una sociedad de todo punto militar en una sociedad civil é industrial: este bien es inmenso, mas confundiose con infinitos males que la imparcialidad histórica no nos permite omitir.

El cristianismo comenzó entre los hombres por la clase plebeya, pobre é ignorante: Jesucristo llamó á los humildes que acudieron á su llamamiento. La fe ascendió por grados á las clases elevadas, y sentose por fin en el trono imperial. El cristianismo era entonces católico ó universal, porque la religion llamada católica partió desde el suelo para llegar á la cumbre social, y hemos visto que el papismo no era mas que el tribunado de los pueblos cuando principió la edad política del cristianismo.

El protestantismo siguió un camino opuesto; introdujose por la cabeza del cuerpo político, apoderándose de los príncipes, los nobles, los sacerdotes, los magistrados, los sábios y los literatos, descendiendo lentamente á las condiciones inferiores; y el sello de ambos orígenes distinguió á las dos comuniones.

La comunión reformada nunca ha sido tan popular como el culto católico, porque su estirpe de príncipes y patricios no simpatizó con la muchedumbre. Justo y moral el protestantismo, es exacto en el cumplimiento de sus deberes; pero su bondad nace mas de la razon que de la ternura: viste al que está desnudo, pero no le abriga en su seno; abre asilos á la miseria, pero no vive ni llora con ella en sus mas abyectos lu-

gares: consuela al desgraciado, pero no le compadece. El fraile y el cura son los compañeros del pobre, y pobres como él, tienen por compañeras á las entrañas de Jesucristo: los andrajos, la paja, las llagas, los calabozos no les inspiran ni disgusto ni repugnancia: la caridad ha llenado de perfumes á la indigencia y al infortunio. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron á Jesucristo resucitado: bendice el cuerpo del mendigo moribundo, como despojo sagrado de un ser amado de Dios, y que resucita para la vida eterna. El pastor protestante abandona al indigente en su lecho de muerte; para él los sepulcros no son una relijion, porque no cree en los lugares espiatorios, donde las preces de un amigo libertan á una alma que padece: en este mundo no se precipita en medio del fuego y de la peste, y conserva para su familia privada los cuidados afectuosos que el sacerdote de Roma prodiga á la gran familia humana.

Bajo el aspecto relijioso, la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó la carencia completa de fe: la razon es la independencia del espíritu puesto entre dos abismos: la duda ó la incredulidad.

Y por una reaccion natural la reforma, al presentarse en el mundo, resució el fanatismo católico que se estingua: podíamos, pues, acusarla de haber sido la causa indirecta de los horrores del día de San Bartolomé, del furor de la liga, del asesinato de Enrique IV, de las matanzas de Irlanda, de la revocacion del edicto de Nantes, y de las persecuciones llamadas de los dragones. El protestantismo gritaba contra la intolerancia de Roma, al mismo tiempo que degollaba

á los católicos en Francia, echaba al viento las cenizas de los muertos, encendía las hogueras de Sirven en Jénova, se manchaba con las violencias de Munster, y dictaba leyes atroces que han abrumado á los irlandeses, libres apenas de su tiranía despues de dos siglos de opresion. ¿Que pretendia la reforma en lo relativo al dogma y á la disciplina? Imaginaba raciocinar perfectamente negando varios misterios de la fe católica, al propio tiempo que defendía otros tan difíciles de comprender como los primeros. Atacaba los abusos de la córte de Roma; pero la civilizacion los hubiera destruido con sus progresos, y en todas partes se levantaba la voz hacia largo tiempo contra los mismos abusos. ¿Erasmo, Rabelais y otros muchos no comenzaban á notar y demostrar sin el auxilio de Lutero los vicios que el poder indefinido y la barbarie de la edad media habian introducido en la iglesia? ¿Los reyes no habian sacudido el yugo de los papas? ¿El largo cisma del siglo catorce no habia fijado los ojos de la muchedumbre en la ambicion del gobierno pontificio? ¿Los majistrados no mandaban hacer pedazos y entregar al fuego las bulas?

Penetrada la reforma del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, declaró la guerra á las artes. Apartando la imaginacion de las facultades que distinguen al hombre, cortó al jenio las alas, y lo ató al suelo. Se desenfrenó con motivo de algunas limosnas destinadas á elevar la basilica de San Pedro en el mundo cristiano: ¿acaso hubiesen rehusado los griegos los socorros exijidos de la piedad para levantar un templo á Minerva?

Si la reforma en sus principios hubiese obtenido

un pleno triunfo, hubiera establecido, al menos por espacio de algun tiempo, otra especie de barbarie: calificando de supersticion la pompa de los altares, de idolatría las obras clásicas de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, tendia á hacer desaparecer la alta elocuencia y la sublime poesia, á detoriar el gusto repudiando los modelos, á introducir la aridez, la frialdad, la sutileza en el entendimiento, á sustituir una sociedad remontada y enteramente material á una sociedad fácil y de todo punto intelectual, y á sustituir las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de las operaciones mentales. La observacion de un hecho confirma tales verdades.

En los diversos ramos de la relijion reformada, esta comunión se acerca mas ó menos á lo bueno, segun que se halla mas ó menos apartada de la relijion católica. En Inglaterra, donde se ha conservado la jerarquía eclesiástica, las letras han tenido su siglo clásico. El luteranismo retuvo ciertas chispas de imaginación, que procuró apagar el calvinismo, y que despues descendió hasta el cuácaro, que queria reducir la vida social á modales groseros y á la práctica de los oficios.

Shakespeare, segun todas las probabilidades, era católico; Milton imitó de un modo claro algunos trozos de los poemas de San Avito y de Masenio, y Klopstock ha copiado la mayor parte de las creencias romanas. En nuestro tiempo no ha brillado en Alemania la sublime imaginación hasta que se ha debilitado y desnaturalizado el espíritu del protestantismo: Goethe y Schiller han desplegado su ingenio tratando asuntos católicos: Rousseau y madama de Staël son una es-

cepcion ilustre de la regla; pero ¿son protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? Los pintores, los arquitectos y los escultores de los cultos disidentes, acuden al presente á Roma á buscar las inspiraciones que les permite beber la tolerancia universal. La Europa ¿que he dicho? el mundo hállase cubierto con los monumentos de la religion católica. Debémosle la arquitectura gótica, que rivaliza en sus detalles y eclipsa en grandeza las obras de la Grecia. Tres siglos se han cumplido desde que nació el protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania y en América: practicanlo millones de hombres, ¿y que ha creado? Solo puede enseñaros las ruinas que ha causado, y entre las cuales ha plantado varios jardines ó establecido manufacturas. Rebelde á la autoridad de la tradicion, á la esperiencia de las edades, á la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo prescinde de lo pasado para fundar una sociedad sin raices. La reforma, adoptando por padre á un fraile aleman del siglo décimosexto, renunció á la magnífica jenealogía que remonta al católico por una série de santos y de hombres grandes hasta Jesucristo, hasta los patriarcas, y hasta la cuna del universo. El siglo protestante negó desde su principio todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila, y con el siglo del otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando no era ya necesario defenderla.

La reforma no solo restringia el ingenio en la elocuencia, la poesia y las artes, sino que comprimia los grandes corazones en la guerra: el heroismo no es mas que la imaginacion en el órden militar. El catolicismo

había producido los caballeros; el protestantismo tuvo capitanes valerosos y amigos de la virtud, como La Noue, pero sin vehemencia; crueles algunas veces á sangre fría, y austeros menos en sus costumbres que en su mente, siempre los Guisas eclipsaron á los Châtillons. El único guerrero de movimiento y de vida que contaron los protestantes en sus filas, Enrique IV, desertó de ellas. La reforma produjo á Gustavo Adolfo, á Carlos XII y á Federico; mas nunca hubiera producido á Bonaparte, y del mismo modo que abortó á Fenelon ni á Bossuet, del mismo modo orijinó á Íñigo Jones y á Webb, y no dió nacimiento á Rafael y á Miguel Anjel.

Se ha dicho que el protestantismo ha sido favorable á la libertad política, y que ha emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas?

Es cierto que en su cuna la reforma fue republicana, pero en el sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos fueron nobles. Los calvinistas imaginaron para la Francia una especie de gobierno de principados federales, que la hubieran hecho semejante al imperio germánico, y; cosa estraña! el protestantismo hubiera resucitado el feudalismo. Los nobles se precipitaron por instinto en el nuevo culto, porque despertaba en ellos una especie de recuerdo de su estinguído poder; pero pasado el primer hervor, los pueblos no heredaron del protestantismo especie alguna de libertad política.

Fijad los ojos en el norte de Europa, en los países en que la reforma nació y se ha conservado, y observareis en todas partes la voluntad única de un señor: en Suecia, en Prusia y en Sajonia permanece la monar-

quia absoluta, y en Dinamarca reina el despotismo legal. El protestantismo no triunfó en los países republicanos: no pudo introducirse en Génova, y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una iglesia secreta, que se cerró porque las artes y el hermoso sol del mediodía éranle mortales. En Suiza solo se arraigó en los cantones aristocráticos análogos á su naturaleza, y esto todavía con suma efusion de sangre; y los cantones populares ó democráticos, Schwitz, Ury y Unterwald, cuna de la libertad helvética, la rechazaron. En Inglaterra no ha sido el vehiculo de la constitucion, formada mucho tiempo antes del siglo décimosexto bajo la bandera de la fe católica. Cuando la Gran-Bretaña se separó de la córte de Roma, el parlamento habia juzgado ya y depuesto á los reyes, y los tres poderes eran distintos: el impuesto y el ejército no se decretaban sin el consentimiento de los lores y de los comunes; habiase inventado la monarquía representativa, y marchaba; el tiempo, la civilizacion y las luces que crecian, hubiéranle añadido los resortes que le faltaban, tanto bajo la influencia del culto católico, como bajo el imperio del culto protestante. El pueblo inglés estuvo tan lejos de conseguir el engrandecimiento de sus libertades con la destruccion del culto de sus padres, que ni el senado de Tiberio fue tan vil como el parlamento de Enrique VIII, cuyo parlamento llegó al extremo de decretar que la voluntad única del tirano fundador de la iglesia anglicana tenia fuerza de ley. ¿Fue la Inglaterra mas libre bajo el centro de Isabel que bajo el de María? Lo cierto es que el protestantismo en nada ha alterado las instituciones: allí donde ha encontrado una monarquía representa-

tiva ó repúblicas aristocráticas, como en Inglaterra y en Suiza, las ha adoptado; donde ha hallado gobiernos militares, como en el norte de Europa, se ha acomodado á ellos, y aun los ha hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república plebeya de los Estados-Unidos, no por eso han debido su emancipacion al protestantismo; porque no las han libertado las guerras relijiosas, sino el levantamiento contra la opresion de la madre patria protestante como ellas. El Mariland, estado católico y muy populoso, hizo causa comun con los otros estados, y al presente la mayor parte de los estados del Oeste son católicos, y los progresos de esta comunion en aquel pais libre son superiores á cuanto pueda creerse, á causa de que se ha amalgamado con su elemento natural el pueblo, mientras que las otras comuniones permanecen allí en una profunda independencia. Finalmente, despues de aquella gran república protestante de las colonias inglesas, acaban de levantarse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas, y no cabe duda en que estas, para llegar á la independencia, han tenido mas obstáculos que vencer que las colonias anglo-americanas, que se habian alimentado con las ideas del gobierno representativo antes de haber roto los débiles lazos que las unian al seno materno.

Con la ayuda del protestantismo, una sola república se ha formado en Europa, la de Holanda; pero es preciso reflexionar que la Holanda pertenecia á esos comunes industriales de los Países-Bajos, que durante mas de cuatro siglos lucharon para sacudir el yugo de sus príncipes, y se administraron en forma de repúblicas municipales, celosos católicos como eran. Feli-

pe II y los principales de la casa de Austria no pudieron sofocar en la Bélgica ese espíritu de independencia; y esos mismos sacerdotes católicos son los que hoy día acaban de volverla al estado republicano.

Preciso es, pues, deducir de la estricta investigación de los hechos, que el protestantismo no ha emancipado los pueblos; ha proporcionado á los hombres la libertad filosófica, no la libertad política; y la primera de estas libertades no ha conquistado en parte ninguna á la segunda, á no ser en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿Por que Alemania, tan filosófica naturalmente, y armada con el protestantismo, no ha dado paso alguno hácia la libertad política en el siglo décimoctavo, mientras que la Francia, tan poco filosófica por temperamento, y bajo el yugo del catolicismo, ha obtenido en el mismo siglo su completa libertad?

Descartes, fundador de la duda en el raciocinio, autor del método y de las *meditaciones*, destructor del dogmatismo escolástico; Descartes, que sostenia que para encontrar la verdad era necesario olvidar las opiniones recibidas; Descartes fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino, y perseguido por los teólogos de Holanda.

El hombre teórico desprecia extraordinariamente la práctica: juzgando desde la altura de sus doctrinas las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, remontando sus atrevidas indagaciones hasta los misterios de la naturaleza divina, siéntese y se cree independiente, porque únicamente tiene el cuerpo encadenado. Pensarlo todo y no hacer nada, es al mismo tiempo el carácter y la virtud del

jenio filosófico que desea la ventura del jénero humano , el espectáculo de la libertad le encanta , y poco le importa verle desde las ventanas de una cárcel. Como Sócrates, el protestantismo ha sido un comadron de los talentos , y desgraciadamente los que ha dado á luz no han sido hasta ahora mas que bellos esclavos.

Ademas , la mayor parte de las reflexiones sobre la religion reformada , no deben aplicarse sino á lo pasado : al presente los protestantes , lo mismo que los católicos , no son lo que han sido : los primeros han ganado en imaginacion , en poesia , en elocuencia , en razon , en libertad , en verdadera piedad , tanto como han perdido los segundos. Las antipatias entre las diversas comuniones no existen ya : los hijos de Cristo , de cualquiera linea que provengan , se han estrechado al pie del calvario , tronco comun de la familia. Los desórdenes y la ambicion de la córte romana han cesado ; no han quedado ya al Vaticano sino la virtud de los primeros obispos , la proteccion de las artes , y la majestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica , y con algunas concesiones por una y otra parte no tardarán en ponerse de acuerdo. Volveré á repetir lo que he dicho ya en esta obra : para esparcir sobre el mundo un nuevo brillo , el cristianismo solo espera un jenio superior venido á su hora , y ocupando su lugar. La religion cristiana entra en una nueva época : como las instituciones y las costumbres , sufre la tercera trasformacion ; cesa de ser política ; llegá á ser filosófica sin dejar de ser divina ; su círculo flexible se estiende con las luces y con la libertad , y la cruz marca continuamente su inmóvil centro.

ENRIQUE II.

De 1547 hasta 1559.

Solo fueron los doce años del reinado de Enrique el preámbulo de esta nueva sociedad, que se formó durante el tiempo de los últimos Valois, y que *no se parece á la sociedad comenzada con Luis XI y acabada con Francisco I.* Notemos los famosos sucesos de la batalla de San Quintin perdida por el mariscal de San Andres, el levantamiento del sitio de Metz defendido por el duque de Guisa, la toma de Thionville y de Calés por el mismo príncipe, que pusieron fin á las conquistas de Eduardo III, y establecieron nuestras fronteras militares y la liga en defensa de la libertad jermánica entre Enrique II, el elector de Sajonia y el marques de Brandeburgo. La paz de Cateau-Cambre-sis, obra del condestable de Montmorency, hizo perder á Enrique II las ventajas que comenzaba á conseguir sobre las armas españolas.

Los demas acontecimientos consisten en el matrimonio de Juana de Albret, heredera de Navarra, con Antonio de Borbon, padre de Enrique IV; en el matrimonio de María Estuarda con Francisco el Delfin; en el advenimiento de María al trono de Inglaterra, la que restableció al punto la religion católica, y dejó su corona á otra mujer, á la famosa Isabel, y en la abdicacion y muerte de Carlos V.

En el interior de la Francia la persecucion contra las reformas se estendió y se regularizó con la inter-vencion de la ley: el edicto de Escouen les impone la pena de muerte, prohibiendo el disminuirla. Enrique II

mandó arrestar en 1539 á cinco consejeros del parlamento de París, acusados de ser fautores de herejía, entre los que se hallaban Luis Faur y Dubourg, que se atrevieron á echar en cara á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la corte de Roma, y á anunciar que el poder de las llaves propendia á su ruina. El bautismo de fuego consistia en colgar un protestante encima de una hoguera, y en sumirle diferentes veces en las llamas, bajando y subiendo la cuerda. Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo como á un pasatiempo: el almirante de Coligny se presentaba en la escena, y organizábanse las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa. Entonces, que el entendimiento humano poseia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento por las masas; entonces, que todo se llenaba de luz y de inteligencia, la monarquía, próxima á vencer las postreras libertades aristocráticas, entregábase por el camino de los abusos y de los vicios al gusto del poder absoluto.

Enrique II murió de una herida en el ojo que recibió de manos de Montgommery en una justa, y el reinado del mismo príncipe habíase abierto con el desafío de Jarnac y de la Chataigneraie.

FRANCISCO II.

De 1559 hasta 1560.

Los reinados de Francisco II, de Carlos IX, de Enrique III, y una parte del de Enrique IV, componen un drama único, cuyos principales papeles son, por lo que respecta á las mujeres, Catarina de Médi-

mandó arrestar en 1539 á cinco consejeros del parlamento de París, acusados de ser fautores de herejía, entre los que se hallaban Luis Faur y Dubourg, que se atrevieron á echar en cara á Enrique sus adulterios, atacar los vicios de la corte de Roma, y á anunciar que el poder de las llaves propendia á su ruina. El bautismo de fuego consistia en colgar un protestante encima de una hoguera, y en sumirle diferentes veces en las llamas, bajando y subiendo la cuerda. Enrique II y Diana de Poitiers asistieron al espectáculo como á un pasatiempo: el almirante de Coligny se presentaba en la escena, y organizábanse las tres facciones de Montmorency, de Chatillon y de Guisa. Entonces, que el entendimiento humano poseia un instrumento para multiplicar la palabra y difundir el pensamiento por las masas; entonces, que todo se llenaba de luz y de inteligencia, la monarquía, próxima á vencer las postreras libertades aristocráticas, entregábase por el camino de los abusos y de los vicios al gusto del poder absoluto.

Enrique II murió de una herida en el ojo que recibió de manos de Montgommery en una justa, y el reinado del mismo príncipe habíase abierto con el desafío de Jarnac y de la Chataigneraie.

FRANCISCO II.

De 1539 hasta 1560.

Los reinados de Francisco II, de Carlos IX, de Enrique III, y una parte del de Enrique IV, componen un drama único, cuyos principales papeles son, por lo que respecta á las mujeres, Catarina de Médi-

cis, Margarita de Valois, María Estuarda, Juana de Albret, la duquesa de Nemours, madama de Montpensier, madama de Aumale, madama de Noirmour-tiers, Gabriela de Estreés, y algunas otras: de la clase de príncipes, prelados y guerreros; los dos primeros Guisas, Francisco de Guisa y el cardenal de Lorena; la segunda jeneracion de los Guisas, Enrique, llamado el Acuchillado, el cardenal de Guisa el duque de Mayena; el duque de Nemours, la esposa del condestable Ana de Montmorency, el almirante de Coligny y Chatillon; Antonio, rey de Navarra, su hijo Enrique de Bearné, y los dos príncipes de Condé; l'Hopital, el primer Molé, Harlay, Brisson, y de Thou.

En segundo término del cuadro preséntanse otros personajes: las doncellas de honor de Catarina de Médicis, los favoritos de Enrique III y de su hermano el duque de Alenzon, los satélites de los Guisas; Maugiron, Saint-Mesgrin, Joyeuse, d'Espernon, Bussy; los asesinos de San Bartolomé, Maurevert, Besme, Cononnas, Tomás, el perfumista de Catarina de Médicis, sin olvidar á Poltrot, á Jacobo Clemente, y finalmente á Ravailiac, que cerró mas tarde la lista de aquellos monstruos.

Los letrados y los sábios no deben pasarse en olvido en esta escasa, porque cada uno de ellos representa en ella su papel, segun la religion que profesaba: Juan de Bellai, cardenal; Melanchthon, Beauvais, gobernador de Enrique IV; Juan Calvino, Carlos Estévan, Estévan Jodelle, Carlos Dumoulin, Enrique de Oysel, Pedro Ramus, du Tillet, Belleforest, Juan de Montluc, obispo de Valencia; Pibrac, Romsard, Saint-

Gelais, Amyot, Bodin, Charron, Cujas, Fauchet, Garnier, du Haillan, Lipse, de Mesme, Miron, Montaigne, Nicot, de Ossat, Passerat, Pitou, Scaliger, y de Serres. Entonces el Tasso contaba á la Italia la gloria de los antiguos caballeros, que Cervantes iba á inmortalizar por distinto camino en España: Camoëns alababa el Oriente descubierto; el genio de la edad media que habia aparecido en la tierra con el Dante, descendía glorioso á la tumba con Shakespeare; y Tycho-Brahé, abandonando el verdadero sistema del mundo desenvuelto por Copérnico, adquiría el título de restaurador de la astronomía en aquellas rejiones de que los romanos no habian oido hablar sino como de la patria desconocida de los bárbaros destructores de su imperio.

Los personajes notables que ocupaban los solios extranjeros son: Sixto V, Isabel y Felipe II. De los cuatro reyes que gobernaron la Francia durante tales turbulencias, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV, el primero no es célebre sino por la belleza y los infortunios de su viuda, de María Estuarda, que trasmitió á su hijo un nombre funesto y una sangre de cadalso.

El gobierno, en tiempo de Francisco II, cayó en manos de los tíos maternos de aquel príncipe, Francisco de Guisa y el cardenal de Lorena. El cardenal tenia relaciones íntimas con Catarina de Médicis: «Uno de mis amigos, no hugonote, dice l'Estoile, me ha contado que estando acostado en compañía de un criado del cardenal, en un aposento por donde se pasaba á la habitacion de la reina madre, vió á media noche al dicho cardenal con un vestido lijero que

«atrevesaba al cuarto de la reina, y que su amigo le dijo, que si hablaba jamás de lo que habia visto, perderia la vida.

La mujer del condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron perdido su crédito. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano fueron enviados á España, bajo pretexto de acompañar al palacio de Felipe II á Isabel de Francia. Estalló la conspiracion de Amboisa contra los Guisas; dirijíala en secreto el príncipe de Condé.

Publicase el edicto de Romorentin, que concede á los obispos la facultad de intervenir en el conocimiento del crimen de herejía. Desgraciadamente fue autor de este edicto l'Hopital, y le redactó para impedir el establecimiento de la inquisicion.

Convócanse los estados de Orleans, y son enviados á ellos el rey de Navarra y el príncipe de Condé; este es arrestado como caudillo de una nueva conspiracion; es juzgado y condenado á perder la cabeza, y libertado por la muerte de Francisco II (1559, 1560).

CARLOS IX.

De 1560 hasta 1574.

Quisieron separar los estados de Orleans de 1560 con motivo de la muerte del rey, diciendo que su poder habia espirado. Pero los detuvo la fuerza del principio de que la autoridad del rey jamás muere. Dieron el decreto sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia, y las sustituciones reducidas á dos puntos. Las órdenes ó decretos de los estados ataban tan poco á la autoridad real, que Carlos IX revo-

«atrevesaba al cuarto de la reina, y que su amigo le dijo, que si hablaba jamás de lo que habia visto, perderia la vida.

La mujer del condestable de Montmorency y la duquesa de Valentinois vieron perdido su crédito. Antonio de Borbon y el cardenal su hermano fueron enviados á España, bajo pretexto de acompañar al palacio de Felipe II á Isabel de Francia. Estalló la conspiracion de Amboisa contra los Guisas; dirijíala en secreto el príncipe de Condé.

Publicase el edicto de Romorentin, que concede á los obispos la facultad de intervenir en el conocimiento del crimen de herejía. Desgraciadamente fue autor de este edicto l'Hopital, y le redactó para impedir el establecimiento de la inquisicion.

Convócanse los estados de Orleans, y son enviados á ellos el rey de Navarra y el príncipe de Condé; este es arrestado como caudillo de una nueva conspiracion; es juzgado y condenado á perder la cabeza, y libertado por la muerte de Francisco II (1559, 1560).

CARLOS IX.

De 1560 hasta 1574.

Quisieron separar los estados de Orleans de 1560 con motivo de la muerte del rey, diciendo que su poder habia espirado. Pero los detuvo la fuerza del principio de que la autoridad del rey jamás muere. Dieron el decreto sobre materias eclesiásticas, el reglamento de justicia, y las sustituciones reducidas á dos puntos. Las órdenes ó decretos de los estados ataban tan poco á la autoridad real, que Carlos IX revo-

có por su declaración de Chartres de 1562 el artículo 1.º de la ordenanza de Orleans, que restablecía la pragmática.

Catarina de Médicis, sin ser rejente del reino en la menor edad de Cárlos IX, gozó de una autoridad que se prolongó durante todo el reinado de aquel príncipe y el de Enrique III. Se ha pintado tantas veces el carácter de esta mujer, que no presenta ya sino un lugar comun muy gastado; falta solo hacer una observación; Catarina era italiana, hija de una familia de mercaderes, y educada en el principado de una república; estaba acostumbrada á las tormentas populares, á las facciones, á las intrigas, á los envenenamientos y á las puñaladas; no tenia ni podia tener las preocupaciones de la aristocracia y de la monarquía francesa, el sobrecejo de los grandes, el desprecio de los humildes, las pretensiones del derecho divino, y el amor del poder absoluto cuando era el monopolio de una dinastía; no conocia nuestras leyes, ni se cuidaba de ello, y queria hacer pasar la corona á su hija. Era incrédula y supersticiosa como los italianos de su tiempo; en calidad de incrédula no profesaba odio alguno á los protestantes, é hizolos asesinar por política. Finalmente, si la seguimos en todos sus actos, *conoceremos* que nunca vió en el vasto reino de que era soberana, mas que á Florencia agrandada, los tumultos de su república, el levantamiento de un barrio de su ciudad natal contra otro barrio y la querrela de los Pazzi y de los Médicis en la lucha de los Guisas y de los Chatillons.

Triunvirato del duque de Guisa, del condestable de Montmorency y del mariscal de San Andres: el rey

de Navarra fortificó aquel triunvirato. Conferencia de Poissy, en que el cardenal de Lorena abogó por los católicos, y Teodosio de Beze por los hugonotes. El príncipe de Condé queda absuelto por decreto del parlamento de la conjuración de Amboisa, á cuya cabeza se hallaba sin embargo. María Estuarda vuelve á Escocia; tuvo un secreto presentimiento de sus desgracias.

»Apenas habia nacido, como suele decirse, y cuando todavía mamaba, los ingleses asaltaron la Escocia, »y fue menester que su madre, por miedo de aquella »furia, la fuese ocultando de tierra en tierra de Escocia.
 »Y no bastando esto, tuvo que meterla en los bateles, »y esponerla á las olas, borrascas y vientos del mar, »y la trasladó á Francia para su mayor seguridad. . .
 »La fortuna adversa la dejó, y tomola la próspera de »la mano." (*Branome*).

No permaneció largo tiempo. Viuda de Francisco II, regresó á una comarca semi-bárbara con el corazón lleno de la imájen del esposo que habia perdido: llevaba luto vestida de blanco, cantaba las elejias que componia por sí misma, y acompañábase al laud.

Cuando en mi mullido lecho
 Mi cuerpo sueña y reposa,
 Oigo que él su voz me envia
 Y siento como me toca;
 Siempre á mi lado lo veo,
 Porque jamás me abandona.

Embarcose en Calés en los primeros dias de Setiembre de 1561, á principios del otoño, y vió naufragar un navio al salir del puerto. Apoyada en la po-

pa del barco, y con los ojos clavados en la ribera, prorumpió en lágrimas cuando perdió de vista la tierra; y permaneció cinco horas enteras en aquella actitud, repitiendo sin cesar: *¡Adios, Francia; adios, Francia!* Y cuando sobrevino la noche: *«Adios, mi querida Francia; te pierdo de vista, repelia, y nunca te volveré á ver.»* No quiso bajar á la cámara del navio: tendieron unos tapices sobre el castillo de popa, y acostose allí sin tomar alimento. Mandó al piloto que la despertase al nacer el día si descubria aun la costa de Francia: en efecto, la tierra permanecia visible al despuntar la aurora, y María Estuarda la saludó con estas últimas palabras: *Adios, Francia; no hay remedio: adios, Francia: no volveré á verte ya, (Brantome)*. Otra desterrada, mas infeliz aun, ha podido pronunciar las últimas frases al ir á pedir un abrigo al palacio solitario de María Estuarda.

Primer edicto en favor de los hugonotes, y el parlamento se niega al principio á registrarlo: primera guerra civil por consecuencia de la matanza de Vassy. El príncipe de Condé, declarado jefe de los protestantes, se apodera de la ciudad de Orleans: Rouen cae en poder de los hugonotes; y Antonio, rey de Navarra, padre de Enrique IV, herido delante de aquella plaza el 16 de Octubre de 1562, muere de resultados de la herida y á causa de su intemperancia: habia sido protestante, y se habia hecho católico. Juana de Albret, su esposa, de católica que era se convirtió en *hugonota muy fuerte*, dice Brantome.

Batalla de Dreux, que perdieron los hugonotes. Los dos jenerales de uno y otro ejército cayeron prisioneros, el príncipe de Condé, jefe del ejército pro-

testante, y el condestable de Montmorency, jefe del ejército católico. El mariscal de San Andres quedó muerto en el campo. El duque de Guisa decidió la victoria, y por la noche partió su cama con el príncipe de Condé su prisionero: el príncipe de Condé no pudo dormir, y el duque de Guisa durmió toda la noche (1562).

Polerot asesinó al duque de Guisa delante de Orleans: es probable que el almirante Coligny supiese el proyecto del asesino. Las últimas palabras de Guisa á Polerot, aunque sabidas de todos, nunca deben omitirse:

La diferencia veo de los dioses,
A los cuales servimos y adoramos,
El tuyo te mandó muerte y venganza,
Mas el mio me ha impuesto por mandato
Solo compadecerte y perdonarte
Cuando me asesinó tu airada mano.

Francisco de Guisa fue superior á su hijo Enrique, aunque no representó tan importante papel: necesario es remontarse á la época de los romanos para encontrar tanta gloria y tanto ingenio heredados por una misma familia. Este es el punto mas elevado de la segunda aristocracia, que arrojó al espirar tanto esplendor como la primera: no era tan moral, pero sí mas civilizada y mas inteligente.

El 19 de Marzo de 1563, primer tratado de paz entre los católicos y los hugonotes que dieron los primeros el ejemplo de llamar á los extranjeros en su auxilio, y entregaron á los ingleses el Havre-de-Grâce, que volvió á tomar Carlos IX. Ciérrase el concilio de

Trento; el reino no recibió sus decretos de policía y de reforma.

En 1564 la ordenanza del castillo de Rosellon en el Delfinado, fijó el principio del año en 1.^o de Enero: abriase antes el año el sábado santo despues de vísperas, y como este dia no era fijo, producía errores cronológicos. Como la sociedad moderna había nacido del cristianismo, el año había adoptado la era, y renacia con Cristo.

La historia de los monumentos artísticos exige que hablemos de los primeros trabajos de 1564, al edificar el palacio de las Tullerías; elegante arquitectura, que echan á perder las pesadas obras con que la han engrandecido y confundido.

En 1565 se verificó en Bayona la entrevista del rey y de Catarina de Médicis con Isabel de Francia, esposa de Felipe II, y el duque de Alba. Se ha dicho que se confirmó en aquella entrevista la matanza de los jefes hugonotes, concebida en el concilio de Trento en 1563 por el cardenal Carlos de Lorena. La reina, levantando tropas despues del viaje de Bayona, alarmó á los protestantes regnicolas y extranjeros, ocasionó la segunda guerra civil en Francia, y dió principio á las revueltas de los Países-Bajos.

Apenas fijamos la atencion en esta época en el abandono del sitio de Malta por los turcos, del mismo modo que en tiempo de Luis XIV no reparamos en el sitio de Candia sino por la muerte del héroe de la Fron-da. Sin embargo, los infieles eran mas formidables que nunca, y el espíritu de las cruzadas no existía ya. D'Aubusson, l'Isle-Adam y La Valette, representantes de la caballería, eran como unos monarcas sin esta-

dos, no sin gloria, que sobreviven á su poder.

La primera ordenanza de Moulins reunió y asimiló los dominios poseídos por el rey á los dominios de la corona: otra ordenanza tambien de Moulins reformaba la administracion de justicia, y aun al presente forma el fondo del derecho comun en el nuevo código (1566).

La asociacion de los *mendigos*, para oponerse al establecimiento de la inquisicion, sublevó los Países-Bajos. El príncipe de Oranje huyó, y al año siguiente el duque de Alba mandó cortar la cabeza al conde de Horn y al conde Aignemont.

La batalla de San Dionisio señaló la segunda guerra civil: el condestable Montmorency mandaba el ejército real, y el ejército protestante marchaba bajo las órdenes del príncipe de Condé y del Almirante Caligny. El condestable recibió ocho heridas, y rompió con el pomo de su espada los dientes á Jacobo Estuardo, que le disparó el último tiro de pistola: habia vivido en el reinado de cuatro reyes, y contaba setenta y cuatro años. Este condestable, hombre limitado, grosero y ríjido, formó en parte la gloria nacional de Montmorency, cuya casa era un resto de la primera aristocracia que se habia conservado en medio de la segunda (1567).

Vamos á copiar una anecdota que pinta al hombre y la época: el condestable, *gran sacudidor de las personas*, se hallaba en Burdeos, y Strozzi le pidió permiso para deshacer un navio de trecientas toneladas, llamado *el Monte Real*, que le parecia viejo, para que se calentasen los guardias del rey. El condestable consintió en ello: mas los jurados de la ciudad y los consejeros de la córte reclamaron contra el acuerdo, di-

ciendo que el navío era bueno, y podía servir auní.

»¿Y quien sois vosotros, asnos, gritó el condestable, que queréis oponeros? Sois muy atrevidos de lengua; hago bien, y si me enfado haré deshacer vuestras casas en vez del navío.»

Brantome, en un transporte de admiración, esclama: »¡Y llenos de miedo guardaron silencio avergonzados! Y el navío quedó deshecho despues de comer, porque nunca se habia visto tanta diligencia y actividad en los soldados.»

¿A quien pertenecia el navío? ¿Al estado ó á los particulares? Ved aqui la idea que tenian entonces de la propiedad pública ó privada, de la autoridad de las leyes y de los majistrados. Descúbrese en las palabras del condestable la mezcla de las dos épocas, la insolencia aristocrática y el despotismo monárquico.

Segunda paz de 1568, llamada la paz breve, y seguida inmediatamente de la tercera guerra civil. Aventuras y muerte trájica de Don Carlos y de Isabel de Francia. La reina Isabel manda arrestar á María Estuarda, refugiada en Inglaterra: el canceller de l'Hospital se retira de la córte.

Batalla de Jarnac ganada el 13 de Marzo de 1569 por el duque de Anjou, que despues fue Enrique III, á Luis I, príncipe de Condé, muerto despues del combate por Montesquieu. El almirante de Coligny y el príncipe de Bearne, Enrique IV, declarado jefe del partido, tranquilizan á los hugonotes.

Batalla de Montcontour de 3 de Octubre del mismo año, perdida por el almirante de Coligny.

Tercera paz concluida en San Jermain en el mes de Agosto de 1570. En 1571 propónese el matri-

monio de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, con Margarita, hermana de Carlos IX y de Enrique III.

Las batallas de nuestras guerras civiles y religiosas, que tanto ruido movieron, desaparecen al presente entre las grandes batallas de la aristocracia en tiempo del feudalismo, perdidas casi todas peleando contra los extranjeros, y las grandes batallas de la democracia durante la revolución, ganadas casi todas peleando contra los extranjeros.

De la época de los Valois solo se cuenta una batalla cuyo recuerdo sea europeo, el de la batalla de Lepanto: allí se encontraron frente la una de la otra las dos religiones que no habian podido terminar su querrela durante nueve siglos. Grecia esclava vió al menos humillados á sus tiranos, y pudo tener el presentimiento del último combate naval que debía volverle en Navarino la libertad que en otro tiempo habia conquistado en Salamina.

El año 1572, nacido de las entrañas de un tiempo todo sangriento, conservó y no enjugó la sangre del alumbramiento materno. Juana de Albret, reina de Navarra, fue á París á casar á su hijo Enrique con Margarita de Valois, y el almirante de Coligny y los señores protestantes dirijéronse tambien allí para asistir á las bodas y conferenciar sobre la guerra de los Países-Bajos. La reina de Navarra murió tal vez envenenada: »Reina que no tenia de mujer mas que el sexo, con una alma enteramente entregada á las cosas varoniles, y el entendimiento á los negocios, y con un corazon invencible en las calamidades." (D'Aubigné).

»El rey la llamaba tia, su todo, su mas amada.....

»Por la noche al retirarse dijo á la reina su madre
 »riéndose: ¿Y que os parece, señora? ¿represento bien
 »mi papel?" (L'Estoile).

Enrique, rey de Navarra, se casó con Margarita de Valois: »Después que se ejecutó la matanza de San Bartolomé, el rey decía riéndose y jurando por Dios, según tenía de costumbre; y con palabras que el pudor obliga á callar, que su Margarita, que estaba preñada, casándose había cojido en el lazo á todos los rebeldes hugonotes." (L'Estoile).

Maurevert hiere al almirante de un tiro de arcabuz, y los hugonotes son asesinados el día de San Bartolomé.

Coligny recibe el primero la muerte: »Besme, »Haustefort, Hattain, encuentran al almirante en pie y herido de muerte; ruégales que tengan piedad de su vejez, y sintiendo sus frías espadas que traspasan su cuerpo, prolonga su vida abrazándose á la ventana para que no le arrojen bajo, donde precipitado. »hartó los ojos del hijo á cuyo padre había mandado »quitar la vida." (Tavannes).

El mismo historiador añade: »El rey de Navarra y el príncipe de Condé son conducidos á la presencia del rey, que les propone la misa ó la muerte, y amenaza al príncipe de Condé que no oponia dificultad. »Escediéronse del acuerdo de matar únicamente á los jefes, y la furia popular arrebató la vida á muchas mujeres y niños: pasaron de dos mil los muertos.".

Tavannes hubiera querido que la matanza no comprendiese mas que á los jefes de los hugonotes, y se ganase la batalla en Paris, sosteniendo »que aquella »carnicería no merecía reprehension alguna siendo hija

»del temor, y motivada por un incidente; que bastaba sucumbiesen los príncipes y mariscales de Francia (el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los mariscales de Montmorency y de Damville), y que no debían padecer por los culpables los príncipes inocentes.”

El mariscal de Retz defendía lo contrario: »Que era necesario llevarlo todo á sangre y fuego; que aquellos príncipes educados en su religión, cruelmente ofendidos con la muerte de su tío y de sus amigos, se resentirían; que no se debía ofender á medias; que en aquellos designios extraordinarios se debía considerar primero si eran necesarios, precisos y justos, y que habiéndolos juzgado tales, nada se había de despreciar para conseguir la paz, que era el blanco de sus deseos. Prevalció la opinión del señor Tavannes, por ser mas justa, y por creer que el mariscal de Retz ambicionaba los estados de que quería apoderarse.”

Tal es la doctrina de los asesinos claramente esplicada; no se ha inventado en nuestro tiempo.

Después de la matanza del día de San Bartolomé (1), Carlos IX *pareció enteramente mudado, y de-*

(1) La razón de no dar detalles sobre el día de San Bartolomé es la siguiente: Bonaparte mandó trasladar á París el archivo del Vaticano, inmenso y precioso tesoro, que examinado mudaría en gran parte la historia moderna. Sea lo que fuere, el examen de aquel depósito sobre la época de San Bartolomé, me ha puesto en posesión de los despachos de Salviati, encargado de negocios entonces de la corte de Roma en París. Sus despachos, algunas veces en cifras, pero con la traducción entrelineada, inspiran sumo interés, y quizás los publicaré un día, añadiendo en forma de introducción la historia completa del día de San Bartolomé.

ción que no se notaba ya en su rostro aquella dulzura que acostumbraba á mostrar. (Brantôme).

Aquel execrable día que no produjo mas que mártires, dió á las ideas filosóficas una ventaja que no perdieron nunca sobre las ideas religiosas, y haciendo odiosos á los católicos, aumentó la fuerza de los protestantes. En 1573 estalló la cuarta guerra civil por el levantamiento de la ciudad de Montauban. El senescal de Perigord, Andrés de Bourdeille, escribia al duque de Alençon el 13 de Marzo de 1574: «Si el rey, la reina y vos no oponcis á las revueltas del estado mas remedio que el pasado, temo veros igualados conmigo.»

El duque de Anjou puso sitio á La Rochelle. Cuarta paz ventajosa á los hugonotes. El duque de Anjou, que fue despues Enrique III, fue á ceñirse la corona de Polonia, y á contar en los bosques de Lituania á su médico Miron los asesinatos cuya idea le impedia dormir: «Os he hecho venir aqui para daros cuenta de las inquietudes y agitaciones de esta noche, que han turbado mi reposo pensando en la ejecucion de San Bartolomé.» Al dejar la Francia mas habia perseguido al duque de Anjou la memoria de sus amores que la de sus crímenes, y escribia con su sangre á Maria de Cleves, primera esposa de Enrique I, príncipe de Condé.

En el año 1574 se formó el partido de los *políticos*, ó de los centros, que triunfaron al fin como en todas las revoluciones, porque es el partido de los hombres de razon, y la razon es una de las condiciones de la vida social. Los políticos contaban por jefes al duque de Alençon y á los Montmorency, y la faccion mas débil, la de los hugonotes, se unió natural-

mente á los *políticos*. La Mole y Coconas fueron decapitados por intrigas: al primero amaba la reina Margarita, y al segundo Enriqueta de Cleves, duquesa de Nevers.

Carlos IX hacia dos años que se consumía lentamente, y felicitábase de no haber tenido hijos por temor de que no fuesen tan desgraciados como él. Habiéndole participado la sublevación de los príncipes, respondió: »Al menos hubiesen aguardado mi muerte.» Murió en el castillo de Vincennes el 30 de Mayo de 1574. Dos días antes de que espirase, los médicos habian mandado retirar á todos los que entraban en su cámara, »excepto tres personas, La-Tour, Sain-»Pris y su nodriza, á quien S. M. amaba mucho, aunque era hugonota. Habiéndose recostado sobre un »cofre, comenzó á dormir, y habiendo oido que el »rey se quejaba, y lloraba y suspiraba, se acercó poco á poco á su cama, y habiendo descornado la cortina, comenzó á decirle el rey exhafando un gran »suspiro, y llorando tan fuerte que el llanto ahogaba »sus palabras: ¡Ah! nodriza mia, amiga mia, nodriza mia; ¡cuanta sangre y cuantos asesinatos! ¡Ay! »seguí perversos consejos. ¡Oh Dios mio! perdóname, »si así te place... ¿Que haré? Estoy perdido: bien lo »veo. Entonces el ama de leche le dijo: Señor, caigan los asesinatos sobre aquellos que os los aconsejaron; pero vos, señor, no podeis hacer mas, y con »tal que no presteis vuestro asentimiento y los excrcéis, creed que Dios nunca os los imputará, y los »cubrirá con el manto de la justicia de su hijo; mas »por amor de Dios, cesad de llorar. Y habiendo tomado S. M. de sus manos un pañuelo, porque el su-

»yo estaba empapado en lágrimas, le hizo señal de que se retirase y le dejase descansar.»

Aquí vemos á un monarca que disparaba por las ventanas de su palacio contra sus vasallos hugonotes armas; á un monarca católico dándose en rostro sus asesinatos, entregando el alma en medio de los remordimientos, vomitando su sangre, vertiendo torrentes de lágrimas, y sin mas socorro ni consuelo que el de su nodriza, que era hugonota. ¿No tendremos compasion de ese monarca de veintitres años, nacido con talentos felices, gusto de las letras y artes, y un carácter naturalmente jeneroso, á quien depravó una execrable madre con todos los abusos del libertinaje y del poder? Cárlos IX habia dicho á Ronsard en unos versos, cuya naturalidad y elegancia debia haber imitado el mismo Ronsard:

Los dos con la corona rutilante
 Ceñimos con honor las sienes nuestras,
 Mas yo como monarca, la recibo,
 Y tú la puedes dar como poeta.

¡Dichoso este principe si no hubiese recibido una corona doblemente manchada con su propia sangre y la de los franceses, adorno incómodo á la cabeza para inclinarla en el cabezal de la muerte!

El cuerpo de Cárlos IX fue llevado sin pompa á San Dionisio, acompañado de algunos archeros de la guardia, por cuatro jentiles-hombres de cámara y por *Brantome*, cínico escritor que modelaba los vicios de los magnates como se acostumbra con los semblantes de los difuntos.

ENRIQUE III.

De 1574 hasta 1589.

Así que supo Enrique III la muerte de su hermano, se escapó de Polonia como de una cárcel, huyendo de la corona de los Jagellons, que tenía por demasiado leve, y queriendo abrumar sus sienes con la de San Luis: »Cuando le pusieron la corona sobre la »cabeza (en su consagración en Reims el 15 de Febrero 1574) dijo dos veces en voz alta que le ofendía »con su peso, y dos veces se le deslizó, como si hubiera querido caer." (L'Estoile).

Habían aconsejado á Enrique III en Viena y en Venecia, que concluyese la paz con los hugonotes: no dió oídos al consejo, porque detestaba igualmente á los unos y á los otros, á los Guisas y á los protestantes; y comenzó el reinado de los favoritos (1574).

La primera jeneracion de los Guisas fué este mismo año con el cardenal de Lorena (26 de Diciembre de 1574). »El día de su muerte y la noche siguiente levantose en Aviñon, en París y en casi toda la »Francia un viento tan impetuoso, que no había memoria de otro igual. Los católicos del partido de »Lorena decían que la vehemencia de aquella tormenta presajaba la cólera de Dios contra la Francia, »muerto un prelado tan bueno, tan grande y tan sabio; y los hugonotes propalaban, por el contrario, »que era el conventículo de los diablos que se reunían para venir á buscarle; y que hacia bien en »morir aquel día, porque estaban muy ocupados. Divulgaban también que durante su enfermedad, cuan-

»do intentaban hablarle de Dios, solo respondia vi-
 »llanías.
 »y que el arzobispo de Reims, su sobrino, oyendo se-
 »mejante lenguaje, habia dicho riéndose: No advierto
 »señal alguna en mi tio para desesperar de su vida,
 »pues todavia son muy naturales sus palabras y sus
 »acciones." (L'Estoile). Catarina creyó verle despues
 de su muerte.

El duque de Alençon se puso á la cabeza de los des-
 contentos, é Isabel le envió socorros. Lesdiguières con-
 dujo á los protestantes del Delfinado en vez de Mont-
 brun, que cayó prisionero y fue decapitado; cuyo par-
 tidario acostumbraba decir que el juego y las armas
 hacen á los hombres iguales (1575).

Enrique, rey de Navarra, se escapó de la corte,
 y se hizo jefe de los hugonotes, abjurando la religion
 católica que habia abrazado por fuerza. Quinta paz ó
 quinto edicto de pacificación, que concede á los pro-
 testantes el ejercicio público de su religion: otorgábales
 en los ocho parlamentos del reino cámaras; legitimaba
 los hijos de los sacerdotes y de los frailes casados, y
 rehabilitaba con una confusion injuriosa la memoria
 del almirante, de La Mole y de Coconas. Esta era la
 conquista de las nuevas opiniones sobre las opiniones
 antiguas, y un extraño pero natural resultado del dia
 de San Bartolomé; mas tal resultado no fue durable,
 porque la revolucion no habia descendido á las clases
 populares. El quinto edicto de pacificación produjo
 una reaccion, que fue la *Liga*.

El jenio de los Guisas habia concebido la idea de
 la Liga; habíale ocurrido al cardenal de Lorena en
 el concilio de Trento, y habíala abandonado por la

muerte de Francisco de Guisa; mas volvióla á abrazar el Acuchillado. Los nobles de Picardía y los majistrados de Perona formaron en 1576 una confederacion, que es la primera pieza oficial de la Liga.

Habiéndose puesto al frente, y componiendo el ejército de los protestantes los nobles de Bearne, de Guyena, de Poitou, del Delfinado y de Borgoña, colocáronse á la cabeza, y en las filas de los católicos los hidalgos de Picardía y de las demas provincias. Enrique III, inspirado por su madre, que confundia las revoluciones con las intrigas, juzgó destruir los proyectos de los Guisas, declarándose jefe de la Liga, y así se unió á una faccion que le detestaba, y cuyos furoros legalizó su nombre.

Bajo el gobierno de la Liga el pueblo no tenia el timon de los negocios, sino que marchaba á la cola de los grandes; no habia formado un gobierno aparte, sino que habia adoptado lo que existia; únicamente se hacia servir por el parlamento, y habia transformado sus curas en tribunos. Cuando Mayenne lo juzgaba á propósito, mandaba prender á quien le parecia entre el pueblo y los Dieziseis, tribunal de salud pública de aquel tiempo.

Ademas la Liga, sean los que sucren sus crímenes, salvó la religion católica en Francia; es decir, dió soldados y un jefe á los viejos principios y á las antiguas ideas, á las que atacaban los nuevos principios y las ideas nuevas. La dignidad real hallábase combatida por la Liga, que intentaba mudar la dinastia, y por los protestantes, que tendian á desnaturalizar la constitucion del estado, y este doble asalto que debia destruir la corona, la salvó cuando Enrique IV, abandonando á

los protestantes, cuyo culto protejió, se reunió á los católicos, á los cuales dió rey.

Sexto edicto de pacificacion menos favorable que el quinto (1577),

A este año corresponde la expedición de Don Sebastian á Africa; y el príncipe, á quien quizás aguardan aun varios montañeses de Portugal, pereció en un combate contra el rey de Marruecos. Camoëns, tendido en su lecho de muerte, y alimentándose apenas con las limosnas que un fiel esclavo mendigaba para él en las calles de Lisboa, exclamó al saber la suerte de su rey: »La patria está perdida, pero al menos muero con ella." Y el Tasso, casi tan desgraciado como Camoëns, felicitaba en hermosos versos á Vasco de Gama, porque le habia cantado *el noble ingenio, cuyo vuelo glorioso habia escudido el de los navios que encontraron las rejiones de la aurora.*

Al lado del atrevido navegante, del gran monarca portugues y de los dos grandes poetas, ¡que innobles y que pequeños parecen aquellos favoritos de la fortuna, y aquellos príncipes tan poco dignos de su alto rango! Entonces era cuando los espadachines Caylus, Maugiron y Livarot se balian contra d'Entragues, Riberae y Schomberg; cuando Enrique III mandaba levantar á Caylus, Maugiron y Saint-Mesgrin estatuas y sepulcros que no tenian Don Sebastian en los desiertos de Africa, Gama en las riberas de la India, y los cantores de Jerusalem y de las Lusiadas en las arenas del Tajo y del Tiber.

»Para celebrar la memoria de Caylus y de Maugiron, á causa de sus grandes picardias y detestables blasfemias, Enrique de Valois les hizo levantar sober-

»bias estatuas de mármol blanco , fundadas sobre una
 »base , entorno de la cual habia muchas descripciones
 »como de jenerosos personajes, á pesar de que el siglo
 »sabia todo lo contrario , y los católicos llevaban á mal
 »que se profanase un lugar santo (que era la iglesia de
 »San Pablo en Paris) con las estijas de semejantes li-
 »bertinos y renegados.” (*Vida y muerte de Enrique de
 Valois.*)

El duque de Alençon , ascendido á duque de Anjou, llamado por los católicos de los Paisés-Bajos, mostrose indigno de la soberanía con que querian condecorarle : » *Príncipe*, decia el rey de Navarra, que después fue Enrique IV, *que no tiene valor, y si un corazon doble y maligno, y el cuerpo mal formado.*” Margarita de Valois, que le habia amado mucho, declaraba que *si la infidelidad era desterrada de la tierra, el solo podria volver á poblarla* (1578).

La órden del Espiritu Santo creada en 1579, ó por mejor decir, modelada por la órden *del Espiritu Santo ó del Buen Deseo* de Luis de Anjou, fue al principio mal recibida. Enrique III, electo rey de Polonia el dia de Pentecostés, y elevado al solio de Francia el aniversario del mismo dia, instituyó su órden en memoria de ambos advenimientos. Se ha dicho que esta órden tenia un origen mas misterioso, indicado por el enlace de las cifras que, segun pretenden, designaban á los favoritos del rey y á su manceba, Margarita su hermana. Segun Brantome, la órden no debia sostenerse, porque habia *pasado por la cocina*, habiendo sido dada á Combaut, jefe de los criados de la mesa del rey. Las reflexiones que hemos hecho con motivo de la órden de la Jarretiera, son aplicables igual-

mente á la órden del Espíritu Santo. Las huellas de la sangre de Luis XVI se han borrado en las calles de París; las cenizas de Napoleon se ocultan en la roca de una isla desierta, y la cinta de Enrique III ha vuelto á aparecer en el palacio de Catarina de Médicis, delante del cual cayó la cabeza del rey mártir, y en el que descansó la del vencedor de Europa; finalmente, todavía cubre en el alcázar de los Estuardos el pecho del desterrado que, abdicando le corona (como lo he dicho ya en el prólogo de estos *Estudios*), ha verosimilmente hecho abdicar con él á todos los reyes, poderosos vasallos de lo pasado, bajo la soberanía de los Capetos.

Una ordenanza retrógrada espedida á consecuencia de las actas presentadas por los estados de Blois de 1576, determina que los »plebeyos, y no nobles, que com-»prasen feudos nobles, no por eso se ennoblecian, ni »pasaban al grado de nobles." La nobleza conocia que habian sido invadidas sus filas, y como sucede siempre, la víspera de las grandes revoluciones se queria recobrar por medio de los actos del poder, lo que el tiempo habia usurpado.

Portugal cayó en las manos de Felipe II, despues de la muerte del cardenal Enrique, que habia sucedido á Don Sebastian. Isabel, reina de Inglaterra, lisonjeó al duque de Anjou con la esperanza de darle su mano, y los estados de Holanda privaron de la soberanía de los Países-Bajos á Felipe II, confiriéndola al duque de Anjou. El condado de Joyeuse y la baronía d'Epemon fueron erejidos en ducados y dignidad de par para los dos favoritos de Enrique III, que espendió 300000 escudos en las bodas del duque de Jo-

yeuse, prometiéndole otros 400000. Los tributos elevados á 32 millones excedieron en 23 millones á los del último reinado (1580, 1581.)

Reformose el calendario gregoriano en 1582.

El duque de Anjou, celoso del príncipe de Oranje, quiso apoderarse de Amberes; mas los vecinos rechazaron á los franceses, y perecieron en la refriega cuatrocientos nobles y mil y doscientos soldados. El príncipe frances, despreciado y abandonado, se retiró á Termonde. »Hablando dos dias despues de aquel desastre de la muerte del conde de Saint-Aignan, oficial valiente y muy fiel á su servicio, que se había ahogado en aquella ocasion, creo, dijo, que si alguno hubiese tenido el gusto de contemplar á Saint-Aignan en aquellos momentos, le hubiera visto hacer agradables jestos. Aludia á la costumbre que tenia el conde." Asi se recompensaban la sangre y los servicios heroicos. El duque de Anjou murió al año siguiente, de edad de treinta años; y con su muerte el rey de Navarra heredaba la corona, porque Enrique III no tenia hijos.

El duque de Guisa se aprovechó de esta ocasion para poner en movimiento la Liga, de que se había declarado jefe: tratábase, segun decia, de alejar del solio á un príncipe herético; mas Guisa, aunque codiciaba la corona, no se atrevió á ceñírsela. Baltasar Jerard asesinó al príncipe de Oranje en Delft: los Países-Bajos quisieron pasar al poder de Enrique III, que se negó á sus proposiciones: Francia, por un destino constante, perdió tambien la ocasion de dilatar sus fronteras hasta las orillas del Rhin (1584).

El cardenal de Borbon, en un manifesto toma el

título de primer príncipe de la sangre, y pide que la corona se conserve en la rama católica: el papa y casi todos los príncipes de Europa apoyan su declaración, que era la consecuencia de un tratado hecho con el rey de España para sostener la Liga. El rey permaneció pasivo en medio de aquellos desórdenes, y la Liga principió la guerra por su cuenta contra los hugonotes.

SIXTO V, fiel traslado de los grandes pontífices de antiguos tiempos había sucedido á Gregorio XIII: desaprobó la Liga, y excomulgó al rey de Navarra, á quien declaró indigno de ceñir la corona. Enrique IV apela al parlamento y al concilio jeneral, y hace colocar esta apelacion hasta en las puertas del Vaticano. En París comienzan á tomar el gobierno los Dieziseis. Guerra de tres Enriques; Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y Enrique, duque de Guisa (1585, 1586).

Cortan la cabeza á María Estuarda en el castillo de Fotheringay el 18 de Febrero de 1587, despues de dieznueve años de cautiverio. Las coronas no eran inviolables: »La víspera de su muerte bebió al fin de »la cena delante de sus jentes, mandándoles que hiciesen otro tanto; y obedeciéndola pusieron de rodillas, y mezclando sus lágrimas con el vino, bebieron tambien." El dia de su muerte »mandó á una »de sus doncellas que le vendase los ojos con el pañuelo que espresamente había dedicado para aquel acto. Vendada se arrodilló apoyándose en un tajo, y »y prefiriendo que ejecutasen la sentencia con una espada á la francesa; mas el verdugo, acompañado de »sus satélites, le hizo poner la cabeza en el tajo, y se »la cortó con una azuela." (*Pasquier*). Fuesen los que fuesen los años de Isabel y de María, es probable que

la rivalidad de mujer y la superioridad del talento y de la hermosura costaron la vida á la postrera.

Los Dieziseis imaginaron apoderarse de la persona del rey, y hacerle descender del trono. La Sorbona dió una sentencia, en que se decia que era lícito quitar el gobierno al príncipe que no procediese como debía, del mismo modo que se quita *la administracion al tutor que se tiene por sospechoso*. ¿Las doctrinas de la monarquía antigua respetaban mas la majestad de los reyes y el *derecho divino*, que las doctrinas de la monarquía constitucional? Enrique III se consolaba recibiendo la órden de la Jarretiera y fundando los Fuldenses en París.

Enrique de Navarra ganó la batalla de Coutras, en la que fue muerto á sangre fria el duque de Joyeuse, como lo habian sido Francisco de Guisa delante de Orleans, el príncipe de Condé en Jarnac, el mariscal de San Andres en Drex, y el condestable Montmorency en San Dionisio. El de Bearne, en vez de aprovecharse de su victoria, retrocedió: este príncipe se jugó muchas veces la corona contra sus amores, y quizás sus mismas debilidades, unidas á su denuedo y á sus infortunios, le hicieron tan popular.

Enrique I, príncipe de Condé, murió envenenado en San Juan de Anjel; y Carlota de la Tremoille, su mujer, acusada del envenenamiento, fue declarada inocente ocho años despues por auto del parlamento, dado por órden espresa de Enrique IV. La viuda de Condé, que estaba preñada, dió á luz un hijo, que fue Enrique II de este nombre, abuelo del gran Condé. Su estirpe heroica se parecia á una llama siempre próxima á extinguirse, y que por último se apagó.

Año 1588: Jornada de las barricadas.

Concertáronse los Dieziseis con el duque de Maye-
na, en ausencia del duque de Guisa, que se había ale-
jado de París temeroso de que le sorprendiese el rey,
y resolvieron apoderarse de la Bastilla despues de ha-
ber muerto, si podian, al caballero du Guet, al pri-
mer presidente, al canceller, al procurador jeneral, á
MM. de Guesle y d'Espesses, y á algunos otros. Con-
taban con apoderarse del arsenal por medio de un fun-
didor atraido á su partido, que debía abrirles las puer-
tas. Los comisarios y los sarjentos, fingiendo que con-
ducian presos de noche, estaban encargados de ocupar
los edificios de los tribunales. Otra banda de conjura-
dos habia de estar pronta á precipitarse sobre el Tem-
ple, las casas consistoriales y el palacio de la justicia,
en el momento en que segun costumbre se permitiese
la entrada al público. En cuanto al Louvre, debía ser
bloqueado y sitiado á un mismo tiempo, tomando las
calles que allí desembocan: y pasando á cuchillo la guar-
dia, arrestarian al rey.

En el consejo secreto en que se discutió el plan
de la insurreccion de los partidarios de la liga, uno
de los conjurados espuso que existian en París muchos
ladrones, y seis ó siete mil jornaleros, á quienes no
era posible dar parte de la empresa, y que una vez
entregados estos al pillaje, se aumentarían como una
bola de nieve, y echarían á perder el plan. Convenci-
dos con la advertencia que pareció exacta, concibie-
ron la idea de levantar barricadas, que consistían en
cerrar con cadenas la entrada de las calles y colocar
sobre las cadenas toneles llenos de tierra. Levantadas
las barricadas, no debía permitirse á persona alguna

que las pasase sin dar el santo y seña, y mostrar un objeto convenido: cuatro mil hombres tan solo ocuparían la entrada de los atrincheramientos para ir al Louvre á atacar los guardias del rey y los puntos que ocupaban las fuerzas militares. La nobleza, aposentada en diversos cuarteles de la ciudad, sería degollada con los *policos* y los *sospechosos*, y daríase el grito de: *¡viva la misa!* para que todos los buenos católicos tomasen las armas, imitando el mismo día el ejemplo de París las ciudades de la Liga. Al punto que se hubiesen apoderado de la persona de Enrique, quitarían la vida á los miembros del consejo, y darían otros ministros al rey, perdonando su persona, con tal que ofreciese no mezclarse en adelante en ningún asunto.

Enrique III, advertido de aquellas tramas, no quiso darles crédito, engañado por Villequier, que le repetía que el pueblo le amaba demasiado para emprender cosa alguna contra su corona. La Bruere, La Chapelle, Rolland, Le Clerc, Crucé, Compan, jefes principales de los Dieziseis, se reunieron de nuevo en la casa de Santeul, cerca de San Jervasio. Hallábase también allí Nicolás Poulain, que lo había revelado todo al rey, y leyóse una carta del duque de Guisa, que ofrecía maravillas. La Chapelle desplegó un gran mapa de grueso papel, en que se veían figurados París y sus arrabales: los dieziseis cuarteles de la capital fueron reunidos en cinco cuarteles, señalando á cada uno de ellos para jefe un coronel y un capitán. Hecha la división, calcularon que podían prometer al duque de Guisa treinta mil hombres bien armados.

El Acuchillado envió por su parte capitanes esperimentados que se ocultaron en París: la puerta de

San Dionisio, cuyas llaves tenia, debía franquearse á d'Aumale, que se introduciría en la capital la noche del domingo de Cuasimodo con cincuenta caballos: el duque de Espernon rondaba por órden del rey desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana, y dos individuos de la ronda vendidos á la liga se habian encargado de matarle.

Incrédulo como la debilidad que teme obrar, Enrique hubiera podido hacer arrestar veinte veces á Le Clerc y á sus cómplices en los conciliábulos que le indicaba Nicolás Poulain; pero habia llegado á concebir sospechas de aquel fiel servidor, creyendo que era adicto al partido de los hugonotes, é interesado por lo mismo en abultar los males; porque el pusilánimo cobra odio al que le enseña los peligros.

El rey no halló otra cosa mejor en medio de tantos riesgos, que ir pacíficamente á San Jernan á conducir al duque de Espernon y regresar ocho días después. Madama de Montpensier advirtió á los Dieziscis que la mina habia reventado, y que ella habia pedido á Enrique III que recibiese al duque de Guisa, su hermano, que se presentaria solo á justificarse con su majestad de los proyectos de que *siniestramente* le acusaban. Enrique prohibió al duque de Guisa la entrada en París; pero ó se dió mal la órden, ó se ejecutó peor, porque no se encontraron algunos escudos en el tesoro para hacer partir un correo. En medio de tantos miles de tramas, madama de Montpensier habia observado que el rey iba á pasearse casi sin escolta al bosque de Vincennes, y al instante concibió el proyecto de apoderarse de su persona, y achacar el hecho á los hugonotes, procediendo á la matanza de

los *politicos*. Desbaratose el plan tambien por la revelacion de Poulain. El duque de Guisa fue á Paris, á pesar de la prohibicion del rey, asegurado por Catarina de Médicis, que le prometia arreglarlo todo en su provecho. La reina madre, despreciada por su hijo, queria recobrar su imperio embrollando los negocios y los intereses.

La entrada del Acuchillado en Paris fue un triunfo: la muchedumbre se precipitó detras gritando: *viva Guisa!* ; *viva la columna de la iglesia!* besando su vestido y haciéndole tocar los rosarios como á un santo. Las mujeres echaban desde las ventanas sobre su cabeza hojas y flores: Luisa de l'Hopital-Vitry, encumbrada en una tienda de la calle de San Honorato, bajó su mascarilla, y gritó: «Buen príncipe, pues estás ya aqui, todos nos hemos salvado.» El jefe de la Liga se apeó en el palacio de Soissons, que habitaba la reina madre: Catarina se turbó, pero tranquilizose luego, y acompañó á su huésped al alcázar real. Llevábanla en su litera, y el duque marchaba á pie á su lado: llegados al Louvre, encontraron la guardia doblada, los suizos formados, los archeros en las salas, y los gentiles-hombres en las cámaras. En aquellos momentos Enrique III deliberaba sobre si debía hacer quitar la vida á su enemigo en su presencia; y habia sido llamado Alfonso Corse, apodado Ornano, para que sirviese de verdugo. El duque de Guisa entró con Catarina en el gabinete del monarca, que le echó en cara el haber violado su mandato. El duque pronunció entre dientes varias excusas, y aprovechándose de un momento en que Enrique vaciló, retirose sin ser arrestado. Verificose una segunda entrevista en

el alcázar de Soissons, pero entonces el pueblo custodiaba al duque de Guisa.

Sin embargo, el jueves 4 de Mayo el rey mandó entrar en París cuatro mil suizos: veíalos desfilar el vulgo en silencio, y parecía bastante tranquilo, cuando un *fanfarron de la corte*, según la espresion de Pasquier, creyéndose seguro de la victoria, dijo en alta voz, *que no había mujer honrada que no se entregase á discrecion de un suizo*. Estas palabras pronunciadas en el puente de San Miguel, produjeron una esplosion como la chispa que cae sobre la pólvora: en un momento desempedrarón las calles, y trasladaron las piedras á las ventanas, tendieron las cadenas por ellas atrincherándolas con muebles, tablazones, vigas y toneles llenos de tierra: tocaron á rebato, y las tropas reales que habian quedado sin órdenes, fueron encerradas en los atrincheramientos y en las últimas barricadas que llegaban hasta los postigos del Louvre.

No se dejó ver el duque de Guisa en las primeras horas: retirado en su morada, pensaba en los medios de retirarse. Cuando supo el éxito favorable de la insurreccion, se presentó, y se oyeron las voces de: *¡Viva Guisa!* y él, besando su gran sombrero, escclamaba: *Amigos míos, ya es bastante; bastante, señores: ahora victoread al rey*. La guardia de suizos en el Mercado Nuevo, atacada con piedras y arcabuces, sufrió la baja de treinta hombres muertos ó heridos. Estos extranjeros, cuyo destino era representar tan triste papel en nuestras turbulencias domésticas, no se defendian, sino que tendian las manos á la muchedumbre, y mostrando sus rosarios, gritaban: *Somos buenos católicos*, del mismo modo que hubieran podido decir en

las últimas barricadas: *Somos buenos liberales*. El duque de Guisa los libertó, y permitió á los soldados del rey que se retirasen, mandando abrir las barreras cerradas á su espalda. Las negociaciones entabladas por Catarina no tuvieron resultado, y los predicadores declararon, que *era necesario ir y prender al hermano Enrique de Valois en su Louvre*. Setecientos ú ochocientos estudiantes y treientos ó cuatrocientos frailes se pusieron á asaltar el palacio por el lado de París, mientras que unos quince mil hombres amenazaban embestirlo por el lado de la campiña. El monarca, no pudiendo perder un momento, salió á pie con una varilla en la mano, y llegado á las Tullerías donde estaban las caballerizas, *montó á caballo con los de su comitiva que pudieron; Dualde le calzó las botas, y habiéndole puesto la espuela al revés: «Todo es lo mismo, dijo el rey, no voy á ver á mi querida...» Y estando á caballo se volvió hácia la ciudad, y juró no volver á entrar en ella sino por la brecha. Ya no vió á París sino desde la altura de Saint-Cloud, y no volvió á pisar sus calles.*

Un pastor de ganado, ascendido á papa, hacia entonces reparar á San Juan de Letran, y reedificaba el obelisco de los Faraones; y habiéndole anunciado un correo que el duque de Guisa habia entrado casi solo en París, exclamó: *¡Que imprudente!* no tardó en llegar á su noticia que Enrique habia dejado escapár su presa, y gritó: *¡Que pobre hombre!* Enrique III fue á parar á Chartres, y recibió en vez de diputados una procesion de penitentes: á su cabeza venia un hombre con una gran barba sucia y mugrienta, cubierto con un cilicio, y por encima un tabali, del que colgaba

un alfanje. Llevaba una trompeta vieja y llena de orin, á la que hacia despedir por intervalos sonidos agudos y discordes.

Despues se descubria al hermano Anjel de Joyeuse. Representaba al Salvador subiendo al Calvario. Habíase dejado atar, y pintar en el rostro gotas de sangre, que parecia caer de su cabeza coronada de espines. Arrastraba al parecer con mucho trabajo una larga cruz de carton pintada, y dejábase caer de cuando en cuando exhalando ayes lastimosos.

La historia viva ha repetido estos hechos de la historia muerta, tan famosos en otro tiempo. ; Que son en efecto sino la jornada de las barricadas y el día de San Bartolomé, las grandes insurrecciones del 7 de Octubre de 1789, del 12 de Agosto de 1792, las matanzas del 2, el 3 y el 4 de Setiembre del mismo año, el asesinato de Luis XVI, de su hermana y de su esposa, y en fin todo el reinado del terror! Y mientras me ocupaba en aquellas barricadas que echaron un rey de París, otras barricadas hacian desaparecer en pocas horas tres jeneraciones de reyes. La historia no aguarda ya al historiador; traza una línea, y llévase un mundo.

La jornada de las barricadas nada produjo, porque no era el movimiento de un pueblo que procura conquistar su libertad; la independencia política no era todavía una necesidad comun. El duque de Guisa no soplaba una sedicion para el bien de todos, sino codiciaba solo una corona; despreciaba á los habitantes de París, aunque los acariciaba, y no se atrevia á fiarse demasiado de ellos. No se habia trazado un círculo de ideas nuevas, y su familia habia esparcido folletos probando que descendia de Lotero, duque de Lorena:

sentaba que la dinastía de los Capetos no tenía mas derecho que la usurpación; y que los Lorenas eran los herederos legítimos del trono, como últimos vástagos. La fábula llegaba tarde. Los Guisas representaban el tiempo pasado; luchaban por interés personal contra los hugonotes revolucionarios de la época que representaban lo futuro; y con lo pasado no se hacen revoluciones.

Los pueblos, por su parte, no miraban al duque de Guisa sino como al jefe de una santa liga que había corrido á libertarlos de los edictos pecuniarios, de los favoritos y de las reformas; no tendían la vista mas lejos, y parecían el duque de Guisa de una naturaleza superior á la suya, un hombre nacido para ser su señor en vez de su tirano. Si la Sorbona, y los frailes y los curas predicaban la desobediencia á Enrique III y los principios del rejuicio, era porque la iglesia romana nunca había admitido el poder absoluto de los reyes, y siempre había defendido que se les podía deponer en ciertos casos y por ciertas prevaricaciones. Así todo se verificaba sin las grandes convicciones de las doctrinas políticas, sin la fe en la independencia, que todo lo vence; había pie para revueltas, pero no para una transformación, porque no había cosa alguna bastante cimentada, ni bastante destruida. El instinto de libertad no se había trocado aun en razón: los elementos del órden social fermentaban todavía en las tinieblas del caos; la creación comenzaba, mas no había sido hecha la luz.

La misma insuficiencia se observaba en los hombres; no tenían bastantes defectos, ni mérito, ni vicios, ni virtudes para producir una mudanza radical

en el estado. En la jornada de las barricadas, Enrique de Valois y Enrique de Guisa fueron inferiores á su posicion; al uno faltó el valor y al otro el crimen. Entregose el negocio á los estados de Blois.

Profundamente simulado como los entendimientos de corta estension, el Acuchillado usaba con el papa, con el rey de España, con el duque de Lorena, con el cardenal de Borbon, un lenguaje diferente y acomodado á cada uno: ocultaba muy bien sus intenciones, y cuando todo estaba maduro para obrar, contemporizaba, y no se resolvía á dar el último paso. Descubriase en la conducta del duque de Guisa mas orgullo que audacia, mas presuncion que talento, mas desprecio al rey que ardor por la dignidad real: é intrigaba á caballo como Catarina en su lecho. Libertino sin amor, como la mayor parte de los hombres de su tiempo, no sacaba del trato de las mujeres sino un cuerpo debilitado y pequeñas pasiones: contaba en su apoyo la religion y una nacion, y las puñaladas desenlazaron una tragedia que parecia deber acabar con batallas, con la caida del trono, y con el cambio de dinastía.

La jornada de las barricadas, tan infructuosa, le dió sin embargo mucho honor en su partido. »¿Pero »que milagros no hemos presenciado despues de ocho »meses con el favor de Dios? ¿ Quien puede hablar »sin grande admiracion de la jornada de las barricadas, viendo á un gran pueblo que jamás habia salido »de las puertas de la ciudad para llevar armas, que »al notar al frente de sus tiendas los escuadrones reales armados y dispuestos en todas las grandes y fuertes plazas de la ciudad, formó barricadas con tanta

»diligencia, que rechazó todos esos escuadrones hasta »el Louvre, sin grande efusion de sangre?" (*Oracion fúnebre del duque y cardenal de Guisa*).

La semejanza de los elojios y de las palabras con lo que leemos todos los días, dá solamente alguna importancia á este pasaje olvidado en un folleto de la Liga.

Catarina que, sin miramiento á la ley sálica, queria que recayese la corona en su hija, casada con el duque de Lorena, apresuró en Rouen (11 de Julio 1588) el edicto de union, que restablecia la paz, concediendo inmensas ventajas á la Liga, hacinando los honores y los cargos sobre el duque de Guisa, y escluyendo á los príncipes no católicos de la corona: el rey lo firmó llorando. Entonces Felipe II de España perdía su invencible armada, del mismo modo que Enrique III de Francia perdía su honor. Mas los sucesos que sobreviniéron demostraron que Enrique III por su parte se entregaba á aquel abandono de su dignidad, no tanto por cobardía cuanto por venganza. Los estados debian reunirse en Blois en el mes de Octubre para sancionar el edicto de union: Guisa y Enrique pensaban en su corazon terminar en ellos sus diferencias.

El monarca se puso primero en posicion de obrar despidiendo á sus ministros Bellievre, Cheverny, Villeroy, Pinart y Brulart, y nombró en su lugar á Montholon, Ruzé y Revol. No fijaron la atencion en esta mudanza, que sin embargo no dejaba en el consejo varon alguno capaz por su situacion ó su esperiencia de oponerse á los intentos de su dueño. La reina madre llegó enferma al castillo de Blois con su hijo, y los estados se abrieron el 16 de Octubre (1588). »*Habiendo*

entrado los diputados, cerrada la puerta, y sentado el duque de Guisa en su silla, cubierto con un traje de raso blanco, la capa recogida á un lado, penetrando con sus ojos la espesa asamblea, para reconocer y distinguir á sus servidores, y con una sola mirada fortalecer la esperanza del adelanto de sus proyectos, de su fortuna y de su grandeza, y decirles sin hablar, OS VEO, se levantó, y hecha una reverencia, y seguido de doscientos jentiles-hombres y capitanes de guardias, salió á recibir al rey, que entró lleno de majestad, y llevando al cuello su gran órden." (Mathieu).

»El discurso del rey pronunciado con suma elocuencia y majestad, no agradó á los de la Liga; el duque de Guisa mudó de color y perdió la serenidad, y aun mas el cardenal, que esció al clero á que se quejase á su majestad." (L'Estoile). El monarca se vió obligado á hacer mudanzas en su discurso antes de darle al público. Cuando lo corregía sobrevino una tempestad tan obscura, que tuvieron que encender luces, por lo que »se dijo que Enrique habia hecho su testamento y el »de la Francia, y que le habian alumbrado con antorchas fúnebres para ver como exhalaba el rey el último suspiro."

Los diputados de las tres órdenes eran casi todos del partido de Guisa: Enrique en las cartas que dirigió á los soberanos extranjeros para justificarse del asesinato de los dos hermanos, asegura: »Que en la asamblea de los tres estados no habian perdonado medios, »empleando á varias personas en las provincias para apoderarse de las elecciones, y quitar la autoridad y la »obediencia á su majestad, haciéndola odiosa á sus súbditos."

Veamos cual era el plan del duque de Guisa: ofrecer al rey su dimision de lugar-teniente jeneral del reino, decir que queria retirarse para conseguir de los estados la espada de condestable, y dueño entonces de todas las fuerzas del pais, deponer á Valois, y encerrarle en un convento. El cardenal de Guisa juraba que no queria morir *antes de haber puesto y sostenido entre sus piernas la cabeza del tirano, para hacerle la corona con la punta de un puñal*. Este era un acuerdo de familia: madama de Montpensier llevaba colgadas á su lado unas tijeras de oro, *para hacer*, segun ella decia, *la corona monacal á Enrique*, cuando fuese confinado á la soledad del claustro. Jamás quiso perdonar esta mujer á Enrique III favores ofrecidos ó desdenados, ó algunas frases que se le escaparon á este monarca sobre enfermedades secretas. Estos pequeños detalles serian poco dignos de la gravedad de los fastos de la especie humana, si en Francia la historia del amor propio no estuviere unida con frecuencia á la de los crímenes (1).

Todas las baterias estaban asestadas para romper el cetro en las manos de Enrique de Navarra, heredero lejítimo, pero protestante. El duque de Guisa hacia muy poco caso del de Bearne, por los recuerdos de su juventud y por la humilde condicion en que le habia visto: »La vispera de Todos-Santos (1572), dice

(1) Las zumbas de Enrique III podian tambien tener por objeto alguna imperfeccion visible. Cuando madama de Montpensier supo el asesinato de aquel principe, dijo á sus mujeres: «¿Y que os parece? ¿Mi cabeza no se sostiene bien ahora? Me parece que no oscila ya como oscilaba antes.» ¿No puede deducirse de estas palabras de madama de Montpensier, que tenia cierto cabeceo, y que hacia alusion á alguna zumbá de Enrique III?

»L'Estoile, el rey de Navarra jugaba con el duque de Guisa á pelota, y el poco caso que hacia del jóven reyezuelo prisionero, á quien ofendia con palabras y con títulos mal sonantes, cual si fuese un simple paje ó lacayo, lastimaba el corazon de los hombres honrados que los veian jugar.»

Falta saber si los estados hubiesen adjudicado la corona al duque de Guisa; la reina madre pretendia que pasase á la rama mayor de Lorena: el viejo cardenal de Borbon reivindicaba los pretendidos derechos, y Felipe II mezclaba sus intrigas y sus armas en aquellas pretensiones y discordias.

Sea lo que fuere, Enrique III despechado ardió en deseos de venganza, y condújose con un disimulo tan profundo, que no parecia posible en un alma tan enervada y en un hombre tan envilecido.

Comenzó por acostumbrar al cardenal de Guisa á que viniese frecuentemente al alcázar, bajo pretexto de hablarle del mariscal de Matignon. El rey queria conservar al mariscal en su cargo de lugar-teniente jeneral de Guyena; y el cardenal de Guisa, que descaba obtener aquel empleo, inducia á los estados á que pidiesen la exoneracion de Matignon. El rey lisonjaba doblemente las pasiones del cardenal, dirijiéndose á él para moderar los estados, y dejándole la esperanza de conseguir la plaza que su ambicion codiciaba.

Enrique fingió despues mayor fervor; mandó edificar encima de su cámara celdas, con el fin de albergar en ellas á los capuchinos; pues decia que estaba resuelto á abandonar el mundo, y á entregarse á la soledad. *En un tiempo en que se trataba de su vida y de su corona, parecia, al mirarle, casi privado de movi-*

miento y de sentido. Escribió de su propia mano una memoria para que se entregasen frontales de altar y otros ornamentos de iglesia á los capuchinos. Engañaron de tal suerte al duque de Guisa aquellas señales de una imbecil debilidad, que no queria creer proyecto alguno del menarca: *es demasiado poltron*, decia á la princesa de Lorena; *no se atreverá*, decia á la reina madre, que al parecer le avisaba al mismo tiempo que aconsejaba quizás su muerte.

Enrique ordenó de antemano todo lo que debia hacer en la semana de Navidad, semana que habia fijado para la catástrofe, comprendido el viernes, para cuyo dia habia anunciado su peregrinacion á nuestra Señora de Clery. Los mas celosos criados del principe desesperaban de su seguridad al verle entregar á sus tareas, porque le creian sincero. Del mismo modo que el duque de Guisa recibia continuas noticias de los proyectos del rey, no cesaban de advertir á Enrique las maquinaciones del duque de Guisa: el duque d'Espernon le enviaba detalles en sus cartas; y lo que es mas extraño, el duque de Mayena y el duque de Aumale pertenecian al número de los denunciadores: el uno envió á Blois un gentil-hombre, y el segundo á su mujer, para que instruyesen de todo al rey. No puede dudarse de este hecho, puesto que Enrique III lo cuenta en su declaracion pública del mes de Febrero de 1589 contra el duque de Mayena: afirma que el duque le habia mandado á decir, que si no venia en persona á revelarle el crimen proyectado por su hermano, era porque hallándose en Lyon temia llegar tarde; y confirma tambien el hecho el duque de Nevers en su *Tratado de la toma de las armas*. Y sin embargo, á pe-

ser de la declaración de Enrique III, la Liga, á falta de otro, puso Mayena á su cabeza. El mismo Mayena se habia negado á tomar parte en las tramas urdidas contra la vida del rey, principalmente en aquella que debia ejecutarse el día del oficio fúnebre de la reina de Escocia, y una vez habia querido batirse contra su hermano el duque de Guisa.

En cuanto á la duquesa de Aumale, habiase obligado desde el nacimiento de la Liga á advertir al rey cuanto tramasen contra su persona: desgraciadamente Villequier, que vendia á Enrique III, habia recibido con frecuencia las confidencias de aquella mujer. El 10 de Noviembre de 1588 escribió una carta á la reina madre, y Catarina llamó á su hijo, que le envió á Miron, su médico, para que tomase sus órdenes: »Decid al rey, respondió Catarina, que le ruego baje á mi gabinete, porque tengo que decirle cosas que importan á su vida, á su honor y á su estado." El rey bajó acompañado de uno de sus familiares y de Miron, y Catarina y su hijo se retiraron á una ventana. Cuando el rey se despidió, los dos testigos que habian permanecido al extremo opuesto de la sala, oyeron pronunciar distintamente á la reina madre estas palabras: »Hijo mio, es preciso despachar; harto tiempo hemos aguardado; pero dad vuestras órdenes de modo que nó os engañen como os engañaron en las barricadas de Paris." Otros han creído que Catarina ignoró el proyecto de Enrique, y que se hubiera opuesto á él por el sistema de contrapeso que empleaba para conservar su autoridad en medio de las facciones; pero debemos preferir en tal caso la narracion de un testigo auricular (Miron).

Observaron que el duque, que habia tenido noticia de la conferencia, se paseó mas de dos horas muy ajitado dando señales de impaciencia, en medio de los *pajes* y de los *lacayos* por el terraplen de la torre del castillo llamado Perche-au-Breton.

El castillo de Blois estaba unido á la ciudad por un camino practicado en la roca; vasto edificio, en que estaba impresa la mano de los diversos siglos, desde la fábrica feudal de los Chatillons y la torre del castillo Renaud, hasta las obras medio griegas y medio góticas de Luis XII, de Francisco I y de sus sucesores, y allí se verificó una de las catástrofes mas trágicas de la historia.

Tres dias antes el Acuchillado habia convidado á cenar al cardenal su hermano, al arzobispo de Lyon, al presidente de Neuilly, á La Chapelle-Marteau, pre-
 veste de los comerciantes de Paris, y á Mendreville, todos de su faccion. El duque, por uno de esos vagos presentimientos que advierten los peligros, tenia intencion de hacer un viaje á Orleans, y dijo á sus convidados *pidiéndoles consejo, que se le avisaba de una empresa que tenia el rey entre manos contra su persona.*

El arzobispo de Lion se pronunció enérgicamente contra todo proyecto de retirada: esto era en su concepto perder una ocasion que nunca volveria á presentarse, despues de haber tenido la fortuna de haber hecho convocar los estados, y de haber reunido tantos miembros de la santa union: y sostuvo que el duque de Guisa podia disponer del tercer estado, del clero, y de una tercera parte de los miembros de la nobleza. El presidente de Neuilly se mostraba muy alarmado; La Chapelle-Marteau pretendia que nada habia que temer; pero Mendreville declaró, jurando, que el arzo-

bispo de Lion hablaba del rey como de un príncipe sensato y bien aconsejado; y que el rey era un loco, que obraría como tal; que no tenía penetración ni previsión, y que si había concebido una empresa, la llevaría á cabo mal ó bien. Y que así era necesario ostentarse fuertes en su presencia, pues de otro modo no estaban seguros.

El duque de Guisa confesó que Mendreville tenía mas razón que todos los demás, pero añadió: «Mi negocio está reducido á tales términos, que aun cuando viese entrar la muerte por la ventana, no saldría por la puerta huyendo.»

El rey por su parte había reunido su consejo, compuesto de los señores de Ricux, de Alfonso Ornano y de los secretarios de estado.

«Largo tiempo hace, dijo, que vivo bajo la tutela de los señores de Guisa. Siempre he tenido diez mil motivos para desconfiar de ellos, pero muchos mas desde la abertura de los estados. Estoy resuelto á castigarlos, pero no por la vía ordinaria de la justicia, porque Guisa tiene tanto poder en este sitio, que si le abriésemos un proceso, sentenciaría por sí mismo á los jueces. Quiero, pues, que le quiten la vida de antemano en mi cámara: tiempo es ya de que sea solo rey, porque el que tiene compañero en el gobierno, tiene superior." (*Pasquier*).

Habiendo cesado el monarca de hablar, uno ó dos miembros del consejo propusieron el encarcelamiento legal y el proceso en forma: todos los demás fueron de opinión contraria, defendiendo que en los crímenes de lesa majestad, el castigo debía preceder al juicio.

Corroboró el monarca esta opinión espresándose

así: »Encarcelar al Guisa, sería meter en el lazo al jabalí que sería mas poderoso que nuestras cuerdas." (*L'Estoile*).

Deliberose sobre el día en que se daría el golpe: el rey declaró que haría asesinar al duque de Guisa en la cena que el arzobispo de Lion debía darle en el domingo que precedía á la festividad de Santo Tomas. Despues la ejecución se retardó hasta el miércoles siguiente, día del mismo Santo Tomas, y por fin se dilató al 23, ante-víspera de Navidad.

Habiéndose sentado el duque de Guisa el 22 en la mesa á comer, encontró debajo de la servilleta un billete concebido así: »*Guardaos, que están á punto de jugaros una mala pieza.*" Escribió al pic con lapiz: *no se atreverán*, y arrojó el billete bajo de la mesa. El mismo día el duque de Elbeuf le dijo que al siguiente se atentaría contra su vida: »*Ya veo, primo mio,* respondió el Acuchillado, *que habeis consultado vuestro almanaque, porque todos los almanagues de este año tienen tales amenazas.*" (*L'Estoile*).

El monarca habia anunciado que se trasladaría al día siguiente 23 á la Noue, casa de campo situada al estremo de una larga calle en los contornos del bosque de Blois, para pasar la víspera de Navidad orando. Tranquilizado con el proyecto del pretendido viaje, el cardenal de Guisa escitó á su hermano á partir para Orleans, diciendo que se consideraba bastante fuerte para apoderarse de Enrique y conducirle á París. Una vez entregado en manos de los habitantes de París, hubiéránle depuesto los estados como incapaz de reinar, y confinádole á un castillo con la pension de doscientos mil escudos: hubieran proclamado rey

en lugar suyo al duque de Guisa: tal era el último plan, porque los planes variaban. Catarina misma había pensado privar á su hijo de la corona; pero dándole en su retiro mujeres en vez de oro, como cadenas mas seguras, y entonces hubiera pedido el trono para el duque de Lorena. Dos grandes conspiradores procuraban, pues, adelantarse para arrancarse mutuamente el poder y la vida: uno y otro conocian sus tramas respectivas, y el mas disimulado triunfó del mas vano.

El 22 el rey, despues de haber comido, se retiró á su cámara á las siete, y dió orden á Lioncourt, primer escudero, de que le esperase una carroza en la puerta de la galería de los ciervos á las cuatro de la mañana siguiente, 23 de Diciembre, siempre con el pretesto de ir á la Noue. Al mismo tiempo envió al señor de Marle á que invitase al cardenal de Guisa á que pasase al castillo á las seis, pues descaba hablarle antes de partir. Avisaron al mariscal de Aumont, á los señores de Rambouillet, de Maintenon, de O, al coronel Alfonso Ornano, á otros individuos del consejo, y á los cuarenta y cinco jentiles-hombres ordinarios, para que se encontrasen á la misma hora en la cámara real.

A las nueve de la noche el rey llamó á Larchant, capitán de guardias de corps, y le ordenó que á las siete horas de la siguiente mañana se situase con algunos guardias en el sitio por donde debía pasar el duque de Guisa cuando fuese al consejo, y que Larchant y los suyos presentasen al principe un memorial pidiendo que se les pagasen sus sueldos. Que luego que el duque entrase en el salon del consejo, que se

venia en la ante-cámara del rey, se apoderase Larchant de la escalera y de la puerta, y no dejase entrar, salir, ni pasar á nadie. Que otros veinte guardias se colocasen con el mismo Larchant en la escalera del antiguo gabinete por donde se bajaba á la galería de los ciervos.

Dispuesto de este modo, entró Enrique en su gabinete con Termes, que era Rojero de Saint-Lary de Belgarde, tan conocido despues. A media noche Valois le dijo: »Hijo mio, id á acostaros, y decid á »Duaide que no deje de despertarme á las cuatro, y »venid á la misma hora. El rey tomó la palmatoria y »fuese á dormir con la reina." (*Miron*).

El duque de Guisa velaba entonces al lado de Carlota Beaune, nieta de Semblanzai, casada primero con el señor de Sauve, y en segundas nupcias con Francisco de la Tremoille, marques de Noirmoutiers. Tan hermosa como inconstante, iba, según la espresion libre de Laboureur, á dormir de un partido á otro partido. Relacionada en otro tiempo con el duque de Alençon y con el rey de Navarra, participaba á Catarina de Médicis y al duque de Guisa los secretos que sorprendia al placer. Esta vez procuró ilustrarle sobre los peligros que corria, le conjuró para que huyese, pero el duque creyó menos sus consejos que sus caricias, y permaneció: no volvió á su casa hasta las cuatro de la mañana, hora en que le entregaron cinco billetes, que le amonestaban á que tomase precauciones contra el monarca. El duque puso los billetes debajo de la almohada. Le Jeune, su cirujano, y otros muchos clientes que lo rodeaban, rogábale que no despreciase los avisos: »Nunca acabaremos, respondió: durma-

mos, y vosotros id á acostaros." (*Miron*).

El 23 á las cuatro de la mañana, Duhalde llamó á la puerta de la cámara de la reina, y la señora de Piolant, primera camarista, corrió á los golpes: «¿Quién es?» preguntó ella. — «Dualde," respondió éste: «Decid al rey que son las cuatro." — «Está durmiendo, y también la reina," replicó la señora de Piolant. — «Despertadle, repuso Duhalde, ó daré tales golpes que despierte á los dos."

El rey no dormía, porque su inquietud era demasiado viva, y habiendo sabido que era Duhalde, pidió sus botines, su vestido y la palmatoria; levantose, y dejando á la reina toda conmovida, entró en su gabinete, donde ya le aguardaban Termes y Duhalde. Tomó las llaves de las celdas destinadas á los capuchinos; subió alumbrado por Termes, que llevaba un candelero delante del rey; abrió Enrique una celda, y cerró en ella á Duhalde pasmado; volvió á bajar, y á medida que se presentaron los cuarenta y cinco jentiles-hombres de su guardia, condújolos á las celdas, donde los encarceló uno á uno como á Duhalde. Los personajes convocados al consejo comenzaban á llegar al gabinete del rey, donde entraban por medio de un pasillo estrecho y oblicuo que Enrique había hecho construir espresamente en un extremo de su dormitorio que precedía á aquel gabinete. Había tapado la puerta ordinaria de la cámara; y cuando los ministros y los señores entraron, el rey dió libertad á sus presos, los condujo silenciosamente, encargándoles que no hiciesen ruido, porque la reina madre estaba enferma, y habitaba bajo de aquel piso.

Tomadas tales precauciones, el rey volvió al con-

sejo, y repitió la necesidad á que se hallaba reducido de prevenir las tramas del duque de Guisa. El mariscal de Aumont vacilaba, porque el monarca habia prometido y jurado el 4 de Diciembre por el Santo Sacramento del Altar, perfecta reconciliacion y amistad con el duque de Guisa: »Primo mio, le habia dicho, »¿crecis que tenga una alma tan perversa que os quiera mal? por el contrario, declaro que no hay persona alguna en mi reino á quien ame mas, como lo »manifestaré dentro de poco tiempo." Este ateaista Enrique de Valois selló su traicion con un cirio del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo." (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

Calmaron los escrúpulos del mariscal de Aumont, esforzándose en probarle que el duque de Guisa habia faltado el primero á su palabra.

El rey pasó del gabinete del consejo á la cámara, donde estaban reunidos los jentiles-hombres, y les habló de esta suerte:

»No hay ninguno de vosotros que no reconozca »cuanto honor le he dispensado, elijiéndole entre toda »la nobleza de mi reino para confiar mi persona á su »valor, vijilancia y fidelidad. Debeis estarme agradecidos, y sin embargo quiero yo estarlo á vosotros en »una ocasion urgente en que me van la honra, el estado y la vida. Bien sabeis los insultos que he recibido del duque de Guisa, los que he sufrido con »tanta paciencia, que han dudado de mi poderío y de »mi valor, al ver la dulzura que he empleado para »suavizar ó contener el curso de su violenta y furiosa »ambicion. Resuelto está á emplear la última violencia contra mi persona, para disponer despues de mi

»corona y de mi vida. He quedado reducido á tal estremo, que es preciso que muera yo ó que muera »él, y que sea esta mañana. ¿Querreis servirme y ven- »garme?»

Todos á una voz gritaron que estaban prontos á matar al rebelde; y Sariae, noble gascon, tocando con su mano el pecho del rey, le dijo: *¡Cabeza de Dios, señor, yo os le entregaré muerto!*

Enrique les rogó que moderasen los testimonios de su celo, por miedo de que despertasen á la reina madre. »Veamos, dijo en seguida: ¿quien de vosotros »tiene puñal?» Tenianlo ocho jentiles-hombres, y el de Sariae era de Escocia. Los ocho jentiles-hombres, provistos con el arma del asesino, quedaron principalmente elejidos para permanecer en la cámara y descargar los primeros golpes, y el rey añadió otro guardia llamado Loignac, que no tenia mas que espada. Otros doce de los cuarenta y cinco fueron colocados en el antiguo gabinete, adonde el rey debia enviar al duque, y recibieron orden de matarle ó de acabarle de matar á estocadas cuando abriese la mampara de terciopelo para entrar en el gabinete. Los restantes guardias se colocaron en la escalera que comunicaba del gabinete á la galeria de los ciervos. Nambu, ujier de cámara, debia no dejar entrar ni salir á ninguno, sino por orden espresa del rey; y el mariscal de Aumont se sentó en el consejo para asegurar al cardenal de Guisa y al arzobispo de Lion, muerto el duque.

Retirose el rey al aposento que miraba á los jardines, habiéndolo dispuesto todo con la sangre fria de un jeneral que va á dar una batalla decisiva; no se trataba mas que de un asesinato y de la muerte de

un hombre, pero este hombre era el duque de Guisa. Habiendo quedado solo Enrique, no tenia tranquilidad; iba, venia, no podia estar quieto en un punto, y presentábase en la puerta del gabinete. Lleno de interes y de piedad por los asesinos, escitábalos á que se precaviesen contra el arrojo y la fuerza del otro Enrique, á quien estaban encargados de inmolar: «Es alto y vigoroso, y si se desprendiese de vosotros, me causaria mucho dolor.» Vinieron á decirle que el cardenal de Guisa habia entrado en el consejo, pero su hermano no llegaba, y la tardanza desazonaba cruelmente al monarca.

Dormia el duque; anhelaba reparar con las dulzuras del sueño sus fuerzas agotadas en los placeres de esta misma noche en que se preparaba su muerte: á entrar iba en una noche mas larga, que le daria tiempo para descansar, próximo como estaba á caer de los brazos de una mujer en las manos de Dios. Sus ayudas de cámara no le despertaron hasta las ocho, diciéndole que el rey iba á ponerse en marcha. Levántase con prontitud, se viste una armilla de raso gris, y sale para dirigirse al consejo.

Llegado al terraplen del castillo, acercósele un noble de Auvernia, llamado La.Salle, y le rogó que no pasase adelante: «Amigo mío, le respondió, tiempo ha ce que me he curado las aprensiones.» Apenas habia dado cuatro ó cinco pasos mas, cuando encontró á un vecino de Picardía, llamado d'Aubencourt, que intentó detenerle, y el duque le trató de asno. Aquella misma mañana habia recibido nueve billetes que le anunciaban su suerte, y habia dicho al meterse el último en la faltriquera: «Este ya es el noveno.» Al pie de la esca-

lera del castillo el capitán Larchant le presentó, como le había mandado el rey, un memorial pidiendo la paga de los guardias, y eran los mismos guardias que imploraban su bondad los que habían de asesinarle: así se aprovechaban del carácter jeneroso del duque para quitarle las sospechas que hubiera podido concebir á la vista de los guardias.

Llegado á la sala del consejo, admiróse al ver al mariscal de Aumont, porque únicamente habían de tratarse asuntos de hacienda. Sentóse, y un momento despues dijo: »Tengo frio; me duele el corazon; que enciendan fuego.» Cayéronlo gotas de sangre de la nariz y lágrimas de los ojos; debilidad que atribuyeron mas á algun esceso, que al presentimiento. Habiéndose sentado delante del fuego, dejó caer el pañuelo, y puso el pie encima por descuido: Fontenai ó Mortefontaine, tesorero de ahorros, lo levantó del suelo, y el duque de Guisa rogó á Fontenai que lo entregase á Pericart, su secretario, para que le diese otro, diciéndole al propio tiempo que viniese á buscarle al instante: »Quería, como muchos han creído, dice Pasquier, advertir á sus amigos el peligro en que pensaba estar.» Saint-Prix, primer criado de cámara del rey, presentó al duque frutas secas que había pedido cuando le acometió el desmayo.

Habiendo sabido Enrique la llegada del duque de Guisa, envió á Revol para que le dijese que deseaba hablarle en el antiguo gabinete. El ujier de cámara Nambu, cumpliendo su consigna, negó el paso á Revol, y éste volvió adonde estaba el monarca con el rostro lleno de pasmo: »¿Dios mio, que tenéis? preguntó el rey. ¿Que ha sucedido que estais pálido? Vais á

»echarlo todo á perder. Frotaos las mejillas , frotaos las mejillas, Revol." Explicada la causa de la vuelta de Revol, Enrique abrió la puerta del gabinete, y mandó á Nambu que dejase pasar á Revol.

Marillac , majistrado de París , daba cuenta de un asunto de gabela , cuando Revol se presentó en la sala del consejo : »Señor , dijo al duque de Guisa , el rey vos llama , y está en el antiguo gabinete : " y Revol se retiró. El duque de Guisa se levantó , guardó varias frutas secas en una cajita , arrojó las restantes sobre los tapices , y dijo ; »¿Y que quiere ? " Acomodó la capa sobre sus hombros , echándola ya á un lado ya á otro , como si estuviese alegre ; recojiola debajo del brazo izquierdo , y púsose los guantes sosteniendo la cajita en la mano del brazo que afianzaba la capa : »Adiós , señores , " dijo á los miembros del consejo , y empujó la puerta de la cámara real : Nambu la abrió , salió luego , tiró de ella , y la cerró.

Guisa saludó á los guardias que estaban en la cámara , los guardias se levantaron , se inclinaron y acompañaron al duque como por respeto : uno de ellos le pisó el pie : ¿ era este el último aviso de un amigo ?

Guisa atravesó la cámara , y al entrar en el corredor estrecho y oblicuo que conducia á la puerta del antiguo gabinete , asió su barba con la mano derecha , y medio se volvió para observar á los jentiles-hombres que le seguian. Montlery , el mayor que estaba cerca de la chimenea , creyó que el duque queria retroceder para ponerse en defensa , y abalanzándose le cojió del brazo , y clavándole el puñal en el pecho , gritó : »Traidor , morirás ." Efrfanats se arrojó contra sus piernas , Saint-Malines le dió otra puñalada de la garganta

al pecho, y Loignac le metió la espada por los riñones.

El duque, al recibir los golpes, decía: ¡Ah, amigos míos! ¡ah, amigos míos!" Herido por detras con el estoque de Sarrac, exclamó en alta voz: ¡Misericordia! »Y aunque tenia la espada en la capa y las piernas »cojidas, llevábalos sin embargo empujados de un estremo á otro de la cámara; tan vigoroso era." Caminaba con los brazos tendidos, los ojos apagados, y la boca abierta como si estuviese ya muerto. Apenas le tocó uno de los asesinos, cayó sobre el lecho del rey; jamás en tan vergonzoso lecho espiró tanta gloria. El cardenal de Guisa, sentado en el consejo con el arzobispo de Lion, oyó la voz de su hermano que pedia perdon á Dios: »¡Ah! dijo, matan á mi hermano." Hizo atras la silla para levantarse; pero el mariscal de Aumont, con la mano puesta en la espada: »No os mováis, voto á Dios, cardenal, que el rey tiene que ajustaros la cuenta." El arzobispo de Lion, juntando las manos exclamó: »Nuestra »vida está en manos de Dios y del rey." Encerraron despues al cardenal y al arzobispo en las celdas de los capuchinos, y de alli los trasladaron á la torre de Moulins.

Informado Enrique de que la empresa habia sido llevada á cima, salió de su gabinete para ver la victima: dióle un puntapié en la cara, del mismo modo que el duque de Guisa lo habia dado al almirante de Coligny el dia de la matanza de San Bartolomé. Contempló por un instante al duque, y dijo: »¡Dios mio, »que alto es! aun parece mas alto muerto que vivo." (*L'Estoile*). Despues le tocó con el pie, y hablando con Loignac, le preguntó: »¿Te parece que está muerto, Loignac? Entonces Loignac, asiéndole de la ca-

»beza, respondió á Enrique de Valois: Creo que sí; »porque tiene el color de muerto, señor. Así Enrique »de Valois, traidor, cobarde y poltron, hizo morir á »aquel magnánimo príncipe. . . . Y creo que »sí el duque de Guisa hubiese tan solo respirado cuan- »do le tocó con el pie, hubiera caído lleno de horror á »su lado." (*Vida y muerte de Enrique III*).

Los cortesanos no cesaban de repetir sus zumbas insultando al hombre á quien habian adulado, y llamábale el *hermoso rey de Paris*, nombre que le habia dado Enrique.

Uno de los secretarios de estado, Beaulieu, recibió orden de registrar al duque: encontre al lado del brazo una llavecita unida á una cadena de oro, en las faltriqueras de los calzones una bolsa que contenia doce escudos de oro, y un billete en el que habia escritas estas palabras de mano del duque: »*Para mantener la guerra en Francia se necesitan 700 mil libras todos los meses.*" D'Entragues sacó de su dedo un corazon de diamantes. (*Miron*). »Los cuarenta y cinco le quitaron la espada y las preciosas sortijas que llevaba en los dedos." (*Vida y muerte de Enrique III*). Beaulieu, habiendo terminado el registro, y observando que la ilustre víctima respiraba aun, le dijo: »Duque, ya que os quedan pocos minutos de vida, pedid perdón á Dios y al rey." El rey era quien hubiera debido pedir perdón á Dios y al duque de Guisa, que se lo hubiera concedido. »Entonces el príncipe de Lorena, sin poder hablar, exhaló un grande y profundo suspiro con voz ahogada, y entregó el alma: cubriéronle con un manto gris, y encima una cruz de paja." (*Miron*).

En un folleto de aquel tiempo cuéntase una anec-

dota poco conocida. Dijo que habiendo el rey ordenado arrestar á los principales católicos, mandó conducirlos á su presencia, y enseñándoles el cadáver del duque de Guisa, les dijo: »Señores, aqui teneis á vuestro rey de París ornado como merece.

»Hecho esto, presentáronle al príncipe de Joinville, »al que el rey mostró el cuerpo muerto allí tendido, »cuyo espectáculo de tal suerte conmovió el corazón »del jóven, que horrorizado quiso arrojarle sobre el »cuerpo de su padre, pero el rey le detuvo; y no »pudiendo el príncipe besar al autor de sus días, y »darle el último adios, prorumpió en palabras injuriosas contra los asesinos, por lo que el rey le condenó »á muerte, que se hubiera ejecutado si Carlos el Del- »fin, que estaba presente, y que naturalmente amaba »al príncipe, no se hubiese arrodillado delante del rey, »suplicándole que le concediese la custodia del príncipe, con obligacion de presentarle cuando se le mandase." (*Sangrientas crueldades ejercidas con el cardenal de Guisa, &c.*)

Dos horas despues entregaron el cadáver del duque de Guisa á Richelieu, prevoste de Francia, y abuelo de aquel cardenal que no perdonó á los grandes, y que los hizo morir á manos del verdugo.

Al dia siguiente fue muerto en la torre de Moulins el cardenal de Guisa á golpes de alabarda. Púsose de rodillas, cubriose la cabeza, y dijo á los matadores: »Cumplid vuestra comision." Eran cuatro por precio de cien escudos cada uno: los bonos de los Septembristas eran de cinco francos, porque había bajado el precio de la sangre. El cardenal de Guisa era mas perverso, tenia mas resolucion, y tanto valor y ambi-

cion como el duque; pero habíalos consagrado á su hermano mayor. Quince dias antes, la duquesa de Guisa se habia trasladado á París para esperar en él su próximo alumbramiento, y habíala seguido madama de Montpensier.

Richelieu, acompañado de sus archeros, se trasladó á la sala del tercer estado, prendió al presidente de Neuilly, á Marteau, presidente del comercio, y á Compans y á Cotteblanche, rejidores de París; mas no habia recibido orden de hacer saltar á la asamblea por las ventanas.

Habia Enrique apurado todo el vigor que le restaba en el asesinato de los dos hermanos: no llamó á sus tropas de Poitu para marchar en seguida sobre París, y no se apoderó de Orleans. Cuando se presentó á su madre despues del asesinato, y le dijo: »Señora, ahora yo solo soy el rey, no tengo compañero;" ella le respondió: »¿Que pensais haber hecho? ¿Habeis dado orden para asegurar las ciudades? Bien cortado está eso, hijo mio, pero es preciso coserlo." Catarina estaba moribunda, y falleció el 5 de Enero 1589, »en Blois, en donde era adorada y reverenciada como la »Juno de la corte. Así que exhaló su último aliento, se hizo el mismo caso de ella que de una cabra muerta." (*L'Estoile*).

En el mismo dia, y al siguiente de la muerte de los Guisas, Enrique III mandó arrestar al cardenal de Borbon, á la duquesa de Nemours, al duque de Nemours, su hijo, al príncipe de Joinville, al duque de Elbeuf y al arzobispo de Lion: á los demas señores de la Liga salvoles la lijereza. Cerráronse todas las tiendas, y caian torrentes de agua. Los cuerpos del du-

que y del cardenal de Guisa, trasladados á una de las salas bajas del castillo, fueron hechos pedazos por el verdugo, y despues quemados durante la noche en hogueras, y finalmente arrojadas al rio sus cenizas. Un rey de Francia dormia encima de aquellas llamas, escuchando quizás los golpes del hacha que despedazaba los cuerpos de sus grandes vasallos, y percibiendo quizás el olor de la carne de las víctimas. Si seguimos otra version mucho menos auténtica que la de Miron y de l'Estoile, los cuerpos de ambos hermanos fueron arrojados en cal viva. Madama de Montpensier aguardaba en Paris al fraile que debia salir de sus brazos para ir á clavar su cuchillo en el vientre de Enrique III, asi como el duque de Guisa habia salido de los brazos de madama de Noirmoutiers para caer á los golpes del puñal de los guardias de aquel monarca.

En 1807, al volver de Tierra Santa, pasé por Blois, y visité el castillo que estaba lleno de prisioneros de guerra. Un soldado polaco me enseñó la sala de los estados, la sala en que el duque de Guisa habia sido asesinado, y sobre cuyo pavimento habian creido descubrir por largo tiempo manchas de sangre. ¿Que se habia hecho Enrique III, rey de Polonia? ¿Que habia sido de la dinastia de los monarcas franceses? ¿Donde está al presente el que llevó sus soldados mas allá del Vístula, el que mudando la faz de Europa habia puesto en olvido las épocas mas gloriosas de nuestra historia? El Loira ha precipitado las cenizas del duque de Guisa en el Océano, que encierra las de Napolcon al otro lado de la tierra: asi los siglos van borrándose los unos á los otros. Solo queda Dios que pueda dar cuenta de la vanidad de los hombres.

Cuando la noticia de la muerte de ambos hermanos se divulgó en la capital, reinó un momento de estupor y miedo; mas no tardaron en levantarse los de la liga; el duque de Anmale, creado gobernador de Paris, mandó registrar las casas de los *realistas* y de los *políticos*, y prender á los sospechosos. El predicador Lincestre declaró que el *villano Herodes* (anagrama, en frances, del nombre de Enrique de Valois) no era ya rey de los franceses. Obligó á los oyentes á que jurasen derramar hasta la última gota de su sangre, y emplear hasta el último obolo de su bolsillo para vengar la muerte de los principes. El primer presidente de Harlay estaba sentado delante del púlpito: Lincestre le apostrofa, y le grita: «Levantad la mano, señor presidente: levantadla alta; aun mas alta, para que el pueblo la vea.»

El pueblo arrancó en todas partes las armas reales, las rompió, las holló con sus plantas, las arrojó en los arroyos, y destruyó los hermosos monumentos erijidos en la iglesia de San Pablo á Saint-Mesgrin, Caylus y Maugiron. Bussy Le Clerc encerró en la Bastilla y en la Concerjería al parlamento casi entero: obligaron al presidente Brisson á tener audiencia; á Eduardo Molé, consejero de la córte, á llenar las funciones de procurador jeneral; y á Juan Lemaitre y Luis de Orleans, á aceptar la plaza de abogados del rey. Brisson entregó el 21 de Enero ante dos escribanos una protesta secreta contra todo lo que se viese obligado á hacer ó á decir contra los intereses del monarca: precaucion y presentimiento de un hombre débil, que no era capaz de llenar todos sus deberes, y que sin embargo se sentia con arrojo para abrazar la muerte.

Un heraldo enviado por Enrique á los habitantes de Paris, fue despedido sin respuesta y con ignominia. La facultad de teología (es decir, segun el señor de l'Estoile, ocho ó diez sopistas y galopines de cocina) declaró á los vasallos absueltos del juramento de fidelidad y de obediencia á Enrique de Valois, en otro tiempo rey.

Primum quod populus hujus regni solutus est et liberatus a sacramento fidelitatis et obedientiae praefato Henrico regi praestito. Deinde, &c.

Segun pedia la duquesa viuda de Guisa, el parlamento publicó un decreto en la siguiente forma:

Decreto de la corte soberana de los pares de Francia, contra los asesinos y matadores del señor cardenal y duque de Guisa.

» Reunidas todas las cámaras, y vista por la corte
 » la petición presentada por madama Catarina de Cle-
 » ves, duquesa viuda de Guisa, tanto en su nombre,
 » como en el de tutora natural de sus hijos menores:
 » conteniendo que el difunto duque de Guisa, par y
 » gran señor de Francia, su esposo, era hijo de un
 » príncipe que ha llenado todo el mundo con la fama
 » de sus virtudes, tan útiles á la Francia, que habiéndola
 » estendido por la parte de Alemania con la con-
 » servacion de Metz, la ha unido por la parte de In-
 » glaterra al gran mar, su antiguo límite, con la toma
 » de Calais, y librádola tambien del terror de una plaza
 » juzgada inespugnable, con la ruina de Thionville.
 » Habiendo trabajado despues felizmente para purgar
 » este reino del contagioso veneno de la herejia, de que
 » estaba casi todo inficionado, y hallándose cercano á
 » concluir su empresa, fue asesinado con traicion por

» los enemigos de Dios y de su iglesia, dejando tres
 » hijos, que siempre se han mostrado verdaderos he-
 » rederos de las virtudes de su padre, y celosos en la
 » defensa de la religion católica, apostólica y romana.

»
 » . . . Aquellos que pretenden continuar siempre la di-
 » solucion, y preparar el camino á la dominacion de los
 » herejes, no pueden imaginar mas propio medio que el
 » asesinato de los príncipes que se han mostrado afec-
 » tos al alivio del pueblo, y á la conservacion de la pura
 » religion católica. Para la ejecucion de este plan, han
 » vuelto á jurar el edicto de union, renovando las otras
 » promesas de seguridad con solemnes juramentos y
 » otras simulaciones de benevolencia, y obligándose has-
 » ta con imprecaciones horribles, despues de haber
 » recibido la Santa Eucarestia. En fin, el dia 23 de
 » Diciembre el duque de Guisa, que estaba sentado
 » en el consejo, siendo llamado de parte del rey, y
 » levantándose, y marchando solo y sin otras armas que
 » su espada, como quien no podia pensar en tan in-
 » digna perfidia, es asesinado cruelmente por hombres
 » dispuestos espresamente para este efecto.

» La suplicante desca en esta causa comi-
 » sion de la córte otorgada para informar de los hechos
 » referidos, circunstancias y dependencias; y que á los
 » consejeros de dicha córte que le pareciere sea cometi-
 » da la informacion, vista y decretada contra aque-
 » llos que se hallaren culpables, y proceder conforme
 » á derecho. Todo considerado la dicha córte y todas
 » las cámaras unidas, han ordenado y ordenan se libre
 » la comision á la que suplica."

Este decreto rescució el poder soberano del *tribun-*

nal de los pares que lo ejercía sobre el rey, aunque el rey era el rey *legítimo*, el rey de Francia: el informe debía recaer contra aquellos á *quienes resultasen cargos y fuesen culpables*: los culpables eran los asesinos, y su jefe *Enrique de Valois*. Finalmente, el parlamento se convirtió en tribunal de los pares, y aquí tenemos á la aristocracia entera resucitada y apoyada por el ardimiento popular, volviendo á comenzar su vida de un momento por el proceso de un rey: ¿que mas ha hecho la democracia de 1793?

Por otra parte Enrique III, despojando de la vida á ambos Guisas, habia obrado segun los principios de la monarquía de entonces: la justicia dimanaba del rey; el rey era el juez soberano, y tambien el poder constituyente y el poder ejecutivo: hacia la ley y la aplicaba: llevaba la espada y la mano de la justicia: tenia derecho de pronunciar sentencia y de herir: un asesinato por su parte podia ser inícuo, pero era legal. El despotismo se fundaba en los mismos principios que la democracia: las espoliaciones y las matanzas son legales si las ejecuta el pueblo soberano, y las confiscaciones y los asesinatos son igualmente legales si se ejecutan en nombre del monarca absoluto.

Aquí encontramos cara á cara á la antigua aristocracia y á la antigua monarquía con sus principios y sus inconvenientes.

Celebrose un oficio solemne en nuestra Señora en honor del duque y del cardenal de Guisa: en todas partes presentaban á la vista del público sus retratos ó sus imágenes con cirios y traspasadas á puñaladas. Pasaban y volvian á pasar por las calles procesiones, en que hombres y mujeres, mancebos y doncellas, iban

confundidos y medio desnudos de iglesia en iglesia.
 »El religioso caballero Aumale veíase ordinariamente
 »en ellas tirando por medio de un cañuto confites olo-
 »rosos á las doncellas á quienes daba colaciones, y
 »entre las que no ponía en olvido á la santa viuda,
 »que cubierta solo de una tela fina y de un encaje
 »que le llegaba al cuello, se dejó llevar del brazo
 »por medio de la iglesia de San Juan, y galantear
 »con escándalo de muchos." (*L'Estoile*).

Pero nada llamó tanto la atención como una pro-
 cesion jeneral de niños de ambos sexos, en número
 de cien mil, con cirios encendidos, que apagaban con
 sus pies, diciendo: »Permita Dios que se estinga en
 »breve de todo punto la dinastía de los Valois."

Los predicadores redoblaban las invectivas contra
 el monarca: »Este tiñoso, decia el doctor Boucher,
 »va siempre peinado á la turca, y lleva un turbante
 »que no se ha quitado nunca, ni aun para comulgar
 »por reverencia á Jesucristo; y cuando el desventurado
 »hipócrita parecia dirigirse contra los alemanes, usaba
 »un vestido aleman, forrado y con broches de plata,
 »que significaban la buena inteligencia y acuerdo que
 »reinaban entre él y esos diablos negros; en una pala-
 »bra, tiene la cabeza de turco, el cuerpo de aleman,
 »las manos de harpia, las piernas de ingles, los pies
 »de polaco, y el alma de un verdadero diablo."

Lincester, cura de San Jervasio, anunció el miér-
 coles de Ceniza que no predicaría el Evangelio, sino
 que predicaría »la vida, fechos y abominables haza-
 »ñas del pérfido tirano Enrique de Valois
 ». . . . Sacó de la faltriquera un candelero del rey,
 »que los Dieziseis habian quitado de las celdas de los

»capuchinos, y en el que había unos sátiros grabados, »que afirmó ser los dos demonios del rey, á los cuales »adoraba el tirano por dioses." (*L'Estoile*).

Enrique III había sido uno de los asesinos del día de San Bartolomé: era religioso hasta la superstición; amaba á los frailes; había fundado una nueva órden en París, la de los Fulderases, y pasaba una parte de su vida visitando iglesias, haciendo procesiones y peregrinaciones con los pies desnudos y en hábito de penitente. Era enemigo terrible de los reformados; había ganado contra ellos á fuerza de valor las dos batallas de Jarnac y de Montcontour, y finalmente se había declarado jefe de la Liga: mas nada de esto le valió, porque tenía contra sí el odio de los sacerdotes, que preferían á los Guisas. La manera con que lograron quitarle la opinión popular, es una obra maestra de industria y de calumnia: todo lo emplearon, sermones, libelos y grabados. En una oración fúnebre del duque de Guiso, Muldrac de Senlis compara á Enrique de Valois al rico avariento, »á quien hemos »visto, dice, no solo cubierto de púrpura y de escar- »lata, sino con sus favoritos así vestidos y aun con mas »riqueza, viviendo disolutamente y bailando del todo »desnudo con una mujer (1) pública, que espresamente »ha hecho venir de remotos países."

»No se trata, dice otro escrito, hablando del rey »y del duque de Espernon, no se trata sino de vivir »sensualmente: desterrando la virtud á larga distancia, »emplean hoy (en secreto sin embargo) una especie de »libertinaje (2), y mañana otro; haciéndose servir en

(1) Cambio la palabra del texto.

(2) Cambio también la palabra.

»la mesa por mujeres enteramente desnudas, y comiendo despues otros escesos.»

Malos grabados representaban al Loira arrastrando en su curso á los ahogados, con esta esplicacion: *Imájen de las crueldades que Enrique de Valois ha ejecutado contra los hombres honrados que no aprobaban sus delitos.* En otro grabado veíase una gran mano, en la que habia pintadas tres flores de lis, arrebatando de los cabellos con los dedos retorcidos á una religiosa arrodillada delante de un Crucifijo. La inscripcion decia: *Retrato de una virgen religiosa violada en Poissy por Enrique de Valois.*

Otra mano, deslizándose al través de los hierros, asia una cruz enriquecida con diamantes, y recostada sobre una almohada de terciopelo: leíase debajo de la imájen: *Copia del sacrilejio cometido por Enrique de Valois en la santa capilla de Paris.* Acusaban al mismo principe de haber dicho, al mirar la corona de espinas de la santa capilla: »Muy gruesa tenia la cabeza Jesucristo.»

El duque de Mayena, estimulado por su hermana la duquesa de Montpensier, habia llegado á Paris, y el consejo de la union le declaró lugar-teniente del estado real y corona de Francia. Paris, distinto entonces de lo que era en los tiempos feudales del rey Juan, comenzaba á tomar sobre la Francia compacta y centralizada el ascendiente que ha conservado, y el resto del reino católico le imitó, y se reveló contra la autoridad de Enrique III.

Este principe habia cerrado en Blois los estados el 16 de Enero de 1589; y de allí, no pudiendo dirijirse á Orleans, habíase retirado á Tours casi sin tro-

pas. Llamó á su lado á los miembros fujitivos del parlamento de París y del tribunal de cuentas, y entabló negociaciones con el rey de Navarra.

El de Bearne, durante la sesion de los estados de Blois, habia presidido la asamblea de las iglesias reformadas en La Rochele; hacia la guerra en Poitou y en la Saintouje, teniendo á su cabeza al duque de Nevers, que mandaba las tropas reales. Por medio del consejo de Mornay publicó un manifiesto que tendia á su union con Enrique III y con los franceses; brillan en él sus sentimientos, su carácter y su estilo: »Pluguiese á Dios que nunca hubiese sido capitán, puesto que debia hacer mi aprendizaje á espensas de la Francia. Dispuesto estoy á pedir al rey mi señor la paz y el reposo de su reino y el mio. . . »Me han intimado varias veces que mudase de religion; ¿pero como? con la daga en la garganta. . . . »Si deseais simplemente mi bien, os doy las gracias; »pero si deseais mi conversion por el temor de que os »violente un dia, os engañais.»

El rey de Francia temia unirse al rey de Navarra; su repugnancia hubiera sido fundada en política si hubiese sido el jefe de la opinion católica; mas era el duque de Mayena el que se hallaba á la cabeza de aquella opinion, como hermano y sucesor del duque de Guisa. Sin embargo, ambos reyes se pusieron de acuerdo por la mediacion de Diana, lejitimada de Francia, y hermana natural de Enrique III, y estipularon una tregua de un año, con condicion de declarar juntamente la guerra al duque de Mayena. Presentose el duque con su ejército, y estuvo á punto de apoderarse de Enrique en la ciudad que le servia de asilo. La entrevista de

Enrique III y del de Bearne, se verificó en Plessis-Tours el último día del mes de Abril de 1589. El rey de Francia esperaba al rey de Navarra en los jardines del castillo de Luis XI. Entonces no había ni trapas, ni asadores, ni rejas de hierro, ni calabozos, sino una multitud de capitanes y de soldados curiosos de aquel espectáculo de union, en medio de los odios tan vivos que dividían la Francia.

El de Bearne llegó »con toda su tropa, en la que »ninguno llevaba capa ni penacho sino el príncipe: todos usaban banda, y el príncipe iba vestido de soldado, con la armilla raída en los hombros y en los costados de la coraza. Los calzones eran de terciopelo de color de hoja muerta, la capa de escarlata, y el sombrero gris con un gran plumero blanco.»

Los dos Enriques estuviéronse viendo largo espacio sin poder acercarse á causa de la muchedumbre; en fin, el primer Borbon se arrojó á los pies del último Valois, que le levantó, y le abrazó dándole el nombre de hermano.

Enrique de Navarra escribió á Mornay: »Se ha roto la valla, no sin muchas advertencias de que si fuese ahí seria muerto: he pasado el agua encomendándome á Dios.» Poco mas ó menos esta era la situacion del duque de Guisa en Blois, pero la confianza del Acuchillado nacia de su desprecio y de su despecho, y la del de Bearne de una conciencia pura.

Los reyes se adelantaron hácia París, y la reunion del ejército protestante y del ejército católico bajo el mismo estandarte, trocó la naturaleza de los sucesos. Hasta entonces había sido posible que aquellas guerras civiles y religiosas produjesen una verdadera revolucion,

porque mientras la reforma tuvo una bandera aparte, su marcha á lo futuro, y la independencia de sus principios, hubieran podido ocasionar una mudanza en la constitucion del estado ; mas luego que los católicos y los hugonotes se alistaron bajo un jefe comun, perdióse el espíritu aristocrático republicano; la monarquía triunfó, y las revueltas de la Francia no fueron ya sino una cuestion vulgar de personas y de estériles desgracias.

Hubo algunas refriegas; y los soldados del ejército de Mayena obligaban á los sacerdotes á bautizar á los becerros, carneros y puercos, y á darles los nombres de carpas, sollos y barbotas.

Enrique, descomulgado por el papa, recibió la noticia de la escomunion en Etampes. » El remedio, dijo el de Bearne, es vencer, y os absolverá." Un gentil-hombre enviado de parte del rey á madama Montpensier, le anunció, que puesto que alimentaba el fuego de la sedicion, tuviera entendido que si alguna vez caia en las manos del rey, la haria quemar viva. La dama respondió: » El fuego es para los sodomitas como él." Los reyes sentaron sus reales delante de París; sus ejércitos reunidos, comprendiendo en ellos los diez mil suizos que mandaba Sancy, ascendian á mas de cuarenta mil hombres. Enrique III se alojó en Saint-Cloud en la casa de Gondy, y contemplando la capital de Francia desde lo alto de las colinas, decia: » París, cabeza » demasiada gorda para el cuerpo, es menester san- » grante para curarte." (*D'Avila*.) Jacobo Clemente puso fin á sus amenazas y á sus esperanzas; mató al rey con un cuchillo el 1.º de Agosto de 1589. » Podeis » juzgar, señor, escribe un testigo ocular, qué espec- » táculo tan lastimoso y miserable seria el ver por una

»parte al rey ensangrentado con las tripas en la mano,
»y por otra á sus fieles servidores, que llegaban uno
»tras otro llorando, gritando y desalentados." (*Carta de La Guesle.*)

Cárlos de Valois, hijo natural de Cárlos IX y de María Touchet, conde de Auvernia y duque de Angulema, encontró á Jacobo Clemente cuando iba á ver al rey: »Vi á aquel monstruo de fraile, dice en sus brevisimas memorias, á quien la naturaleza habia dado tan mal aspecto, que mas tenia cara de demonio que de figura humana."

La hermana del duque de Guisa, la orgullosa Montpensier, no habia vacilado en entregarse á aquel diablo para ponerle el puñal en la mano.

Hizo colocar Enrique un altar enfrente de su cama; celebró la misa su capellan, y en el momento de las elevaciones pronunció Enrique estas palabras: »Señor Dios, si tú conoces que mi vida puede ser útil y provechosa á mi pueblo y á mi estado, consérvame, y prolonga mis dias, si no toma mi cuerpo, y salva mi alma: hágase tu voluntad. (*Certificaciones de muchos señores.*)

Llegó el rey de Navarra, y Enrique III le tendió la mano: »Hermano mio, le dijo, ya veis como me han tratado vuestros enemigos y los míos: *guardaos no hagan con vos otro tanto.* Enrique declaró que el rey de Navarra era su lejítimo sucesor, é invitó á los señores presentes á que le reconociesen.

»No siento el haber vivido poco, pues muero en Dios: sé que la última hora de mi vida será la primera de mi felicidad; pero compadezco á los que me sobreviven, á mis buenos y fieles servidores . . .

» Os conjuro por la inviolable fidelidad que debéis á vuestra patria , y por las cenizas de vuestros padres , á que permanecéis firmes y constantes defensores de la libertad comun , y á que no dejéis las armas hasta que hayais limpiado enteramente el reino de los perturbadores del reposo público ; y puesto que la division sola socaba los fundamentos de la monarquía , conservaos unidos y juntos en una misma voluntad. Me consta , y puedo responder de ello , que el rey de Navarra , mi cuñado , lejítimo sucesor de la corona , se halla muy instruido en las leyes del reino para no mandar justa y razonablemente , y me prometo que á vosotros no se oculta la obediencia que le debéis. Confiad el fallo de vuestras diferencias relijiosas á los estados , y aprended de mí que la piedad es un deber del hombre para con Dios , sobre quien el brazo de carne no tiene poder : adios , amigos míos ; trocad vuestras lágrimas en oraciones , y rogad por mí." (*Historia de las últimas revueltas*, lib. v.) Enrique III espiró el miércoles 2 de Agosto á las dos de la tarde , habiendo perdonado antes á los que habian abierto su herida. (*Certificacion de los señores.*)

Si el dolor dominaba en Saint-Cloud , en París reinaba la alegría : maldecido aqui , bendecido mas allá , admirado por un partido , despreciado por otro , personaje importante ó nulo dentro de un límite y de un día , arrastrado del mausoleo al albañal , ó trasladado del albañal al mausoleo ; tal es el destino del hombre que adquiere nombradía en tiempo de facciones. Las palabras verdaderas de Enrique III en el lecho de muerte fueron graves y valientes , aunque los de la liga pusieron en su boca diferentes discursos , del mismo modo

que los revolucionarios falsificaron las *Memorias* de Clergy, y supusieron que Luis XVI había pronunciado en el cadalso espresiones innobles. En 1589 vendíanse por las calles de París *los lamentables improprios de Enrique de Volois.* » ¡Oh Satanás! al principio me escanciaste buen vino

» Ya está pronunciada mi sentencia; mi sepulcro está aparejado en las tinieblas para recibirme, á causa de mis pecados. ¿En donde está ahora la grandeza de mis tesoros? ¿La multitud de mis barones y jentilhombres? ¿En donde se hallan mis jendarmes y las órdenes de mis ejércitos? ¿En donde el aparato de mis delicias? ¿En donde mis perros de caza? ¿Mis caballos lijeros? ¿Mis pájaros cantadores? ¿En donde están las hermosas salas pintadas y tapizadas? O pecados míos y delicias mías, ¿me volveis lo que me habeis prometido?

» ¡Oh! ¿Quién será mi leal amigo, que me socorra en esta última necesidad y estrecha hora de mi partida? Estoy atormentado por la vehemencia del calor, por el furioso rigor del frio, por las tinieblas, humo, hambre, sed, hedor, horrible vision de demonios, y gritos perpétuos y espantosos, y por el gusano de mi mala conciencia. Mis blancas manos que, para desterrar ó el frio ó el ardor del sol, se cubrian en otro tiempo de guantes, y mis brazos hermosos adornados de brazaletes, mis pies, y todo mi cuerpo sufro tormento. Soy feo, villano, sufrido, pesado, obscuro; cosas tristes y desconsoladoras se me representan.

» Permaneceré en tormentos y eterna privacion de la vision de Dios."

Los individuos de la liga convertían á Enrique III en enemigo de Dios, y los revolucionarios convertían á Luis XVI en enemigo de la libertad.

El efecto que produjo la muerte de Enrique en el campamento de ambos reyes pintose á los habitantes de París con una mezcla de exaltacion, de ironía y de verdad, propias para obrar sobre la muchedumbre. »Esparciose al instante por todo el campo la noticia de aquella súbita muerte; Espéron contristose, y lloraba como un becerro; los guardias mirábase los unos á los otros con los brazos cruzados; »los políticos que habian hecho salar sus estados para »conservarlos mejor, llenáronse de asombro, y los suizos de vino. Los que pensaban suceder en la corona »con el corazón alegre, maldecian á los de la liga, »y aun mas al pobre fraile dominico, que despues de »muerto fue arrastrado por cuatro caballos y quemado. Su alma subió al cielo con los bienaventurados; »en cuanto á la de Enrique no es menester decirlo." (*Relacion verdadera de la estraña y súbita muerte de Enrique de Valois*).

Cuando madama de Montpensier recibió la primera noticia del asesinato, echose al cuello del mensajero, y le dijo: »¡Ah, amigo mio, seais bien venido! ¿Y es verdad? ¿ese infame, ese pérfido, ese tirano ha muerto? Solo siento una cosa, que no haya »sabido antes de morir que soy yo la que le he hecho »matar." Corrió en busca de madama de Nemours, su madre, subió en una carroza, y fue de calle en calle distribuyendo bandas verdes, especie de luto irónico consagrado á los locos. »¡Buenas noticias, amigos míos, »gritaba, buenas noticias! El tirano ha muerto; ya

«no existe Enrique de Valois en Francia." (*L'Estoile*).

Madama de Nemours, desde las gradas del convento de los franciscanos, arengó al pueblo: encendieron fuegos de alegría; los predicadores canonizaron á Jacobo Clemente, y publicaron las actas del *Martirio del hermano Jacobo Clemente, de la orden de Santo Domingo*. Vendian al vulgo el retrato del fraile con unos versos dignos del héroe.

Allá en Saint-Cloud un jóven jacobino,
Que Jacobo Clemente fue llamado,
A Enrique de Valois dando una carta,
En su pecho clavó cuchillo airado.

Sixto V en pleno consistorio declaró, que el rejiicidio de Jacobo Clemente era comparable para la salud del mundo á la Encarnacion y á la Resurreccion, y que el arrojó del religioso dominico eclipsaba el de Eleazar y el de Judit. El papa carecia de convicciones políticas y de talento, y no era sincero en sus sacrilegas comparaciones; pero importábale enardecer á los fanáticos prontos á asesinar á los reyes en nombre del poder papal. El parlamento de Tolosa mandó que todos los años se hiciese una procesion solemne el dia del asesinato del rey. (*Dupleix*).

Por lo demas, nunca puñalada alguna produjo mayores resultados y una revolucion mas súbita: dispersó un ejército formidable que sitiaba á París, cortó una rama del árbol de San Luis, y estendió otra rama real. La diadema católica ciñó la cabeza de un príncipe hugonote, que abandonando el protestantismo, privó á los correligionarios de su jefe, y destruyó las esperanzas futuras que habia creado la reforma.

Coligny, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, Francisco de Guisa y el primer cardenal de Guisa, los dos Condés, Enrique de Guisa y el cardenal su hermano, y Catarina de Médicis, no existían ya: así los personajes más notables de los reinados de Enrique II, de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III habían desaparecido antes, ó juntamente con el último príncipe de aquella dinastía. El reinado de los Valois espiró en Saint-Cloud el 2 de Agosto de 1589, y el de los Borbones, que comenzó allí el mismo día, terminó el 31 de Julio de 1830.

Ahora es muy esencial desarrollar el cuadro de las costumbres que reinaron desde el tiempo de Enrique II hasta el de Enrique IV, porque ofrece episodios nunca vistos en Francia, y que nunca volverán á verse. Las orjas sangrientas de la república revolucionaria no renacerán jamás; las costumbres de ambas épocas parecerse en haber agotado los hechos.

El desorden y la crueldad son los dos caracteres distintivos de la época de los Valois.

El día de San Bartolomé, sin hablar de la matanza general, un individuo llamado Tomás se alababa de haber muerto á ochenta hugonotes. Coconas horrorizó al mismo Carlos IX con su relación: había arrebatado treinta hugonotes de las manos del pueblo, y los había muerto á estócadadas después de haberlos hecho abjurar su fe, bajo promesa de conservarles la vida. El perfumista de Catarina de Médicis, «hombre curtido en toda especie de crueldades y de crímenes, iba á las cárceles á traspasar á puñaladas á los hugonotes, y no vivía sino de asesinatos, maldades y envenenamientos.»

Tenian á sueldo asesinos, como si fueran criados; teníanlos los Guisas, los Chatillons y los reyes; teníanlos todos los que podian pagarlos; y estos asesinos, á quienes todos conocian, rara vez eran castigados. Habiendo Cárlos IX, su hermano, entonces rey de Polonia, y despues Enrique III, Enrique, rey de Navarra, y el bastardo de Angulema, ido á comer á casa de Nantouillet, prevoste de Paris, robáronle la vajilla de plata. Aquel mismo dia Nantouillet habia ocultado en su casa cuatro matones para que cometiesen un asesinato, que ejecutaron en efecto; y habiendo oido el estruendo que hacian los reyes, creyéronse descubiertos, y salieron de su escondite con la pistola en la mano.

Margarita de Valois mandó dar de puñaladas en su lecho á Du Gouast, favorito de Enrique III.

A mas de los asesinos asalariados habia valentones que se provocaban los unos á los otros, y que resucitaron la memoria de los gladiadores galos; estos jóvenes, que seguian el partido de un señor, pasaban los dias en las salas bajas del Louvre ejercitándose en las armas ó en el campo, saltando fosos, ó manejando la pistola ó la daga. Los amigos se unian con terribles juramentos, y cuando un amigo se ausentaba, el otro amigo se vestia de luto, dejaba crecer su barba, rehusaba todos los placeres, y parecia abismado en una profunda melancolia. Las mujeres entraban tambien en esta especie de reuniones románticas: á la menor señal de su directora, debian precipitarse en un rio, aunque no supiesen nadar, entregarse á las bestias feroces, ó hacerse pedazos con un puñal.

Jugaban con la muerte: Enrique III llevaba un largo rosario, cuyos granos eran calaveras, y al que

daba el nombre de *azote de sus grandes hacaneas*. Llevaba tambien calaveras pequeñas pintadas en las cintas de sus zapatos; á creerle hubieran trasformado los bosques de Bolonia en un cementerio, que hubiera sido lo que es al presente el cementerio del Oeste. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers mandaron que les presentaran las cabezas de Coconas y de La Mole, sus amantes, decapitados, y las besaron, embalsamaron y bañaron con sus lágrimas. Villequier mató á su esposa porque no queria prostituirse á Enrique III, y Simiers quitó la vida á su hermano, caballero de Malta, porque le amaba su mujer. Baleins condenó á muerte en su castillo á un jóven que habia seducido á su hermana: la sentencia se redactó por un pretendido escribano en un falso tribunal de justicia, y Baleins pronunció la sentencia y la ejecutó. El soldado corzo San Pietro abhorció á Vanina su mujer, y habiéndole amenazado con que le formarian proceso, se presentó en el tribunal y dijo: *¿Que importa al rey, que importa á la Francia la buena ó mala intelijencia de Pedro con su muger?* Pedro no perdió su estimacion, ni recibió castigo alguno.

Todos los dias habia refrigas de ciento contra ciento, de doscientos contra doscientos, como en la edad media de Italia; y por cualquier motivo desafios de uno contra uno, de dos contra dos y de cuatro contra cuatro: los mas conocidos son los de Caylus, Maugiron, Antragues, Riberac, Schomberg y Livarot.

Bussy de Amboisa habia amado á Margarita de Valois, que no lo oculta en sus memorias; y adicto al duque de Anjou, Bussy insultaba sin cesar á los favoritos del monarca. »Habiendo entrado en la cámara

»real con aquel bello continente que le era natural, »el rey le dijo que queria se pudiese de acuerdo con »Caylus.” Bussy le respondió: »Señor, »si quereis que le bese, estoy pronto.” Y diciendo y haciendo le dió un beso en la pierna. (*Margarita de Valois*).

Bussy tenia una intriga con la esposa de Carlos de Chambres, conde de Montsoreau, gran cazador del duque de Anjou, y en una carta que escribia á aquel príncipe le decia que habia caido en sus *redes la corza del gran cazador*. El duque de Anjou enseñó la carta á Enrique III, que odiando á Bussy, la comunicó al marido ofendido, y Montsoreau obligó á su mujer á que diese una cita á Bussy en el castillo de Conslancieres, donde le hizo ascinar. Bussy, gobernador de Anjou, era abad de Bourgueil, y su mensajero de amor era lugar-teniente criminal de Saumur. »Tal fue el fin »del capitán Bussy, de un arrojo invencible, de ma- »no pesada, fiero y osado; tan valiente como su es- »pada....; pero vicioso y poco temeroso de Dios, lo »que causó su desgracia no habiendo llegado á la mi- »tad de sus días, como acontece á los hombres de su »ralea.” Bussy, gran matador del día de San Bartolomé, degolló á Antonio de Clermont, su pariente, con quien tenia un pleito. »Todos estos espadachines, di- »ce L'Estoile, no creian en Dios sino á beneficio de »inventario.”

El señor vizconde de Turona, que fue despues mariscal de Bouillon, y que tenia por segundo á Juan de Sontaut, baron de Salignac, se batió en la playa de Ajen contra Juan de Durfort de Duras-Rauzan, y Jaime de Duras, su hermano. El vizconde de Turona re-

cibió á traicion diezisiete heridas. A Rauzan se le acusó de haber ceñido una cota de mallas debajo del vestido, ó de haber apostado diez ó doce hombres que asaltaron durante el desafío al vizconde de Turena.

Del mismo modo que en las proscripciones romanas, quitaban la vida para confiscar los bienes, sin forma de juicio, y sin que hubiese vencidos ni vencedores. »En aquel tiempo la buena señora Catarina hizo atorar en la cárcel á Lomenie, secretario del rey, porque su favorito Retz queria la tierra de Versailles que pertenecia al primero, é hizo morir á otros muchos para recompensar á sus servidores con las confiscaciones." (*L'Estoile*).

La crueldad de las costumbres privadas se repetia en la guerra: Alfonso Ornano, hijo del corso San Pietro, ejecutaba por sí mismo las sentencias de muerte que pronunciaba contra sus soldados. Un sobrino suyo que habia faltado á los deberes militares, se presentó á comer con su tío: Alfonso se levantó, le dió de puñaladas, lavose las manos, y se sentó en la mesa.

Montluc, del partido católico, dice en sus Memorias: »Recobré dos verdugos, á quienes se dió despues el nombre de lacayos míos, porque venian frecuentemente conmigo. Era fácil conocer por donde habia pasado, porque en los árboles de los caminos se encontraban las señales." — »Enseñaba á sus hijos á imitarle y á bañarse en sangre, que el mayor no economizó el dia de San Bartolomé." Quedó herido este hombre feroz en el asalto de Rabasteins de un tiro de arcabuz, que le traspasó ambas mejillas, y se le llevó parte de la nariz: en el resto de su vida ocultó con una máscara sus facciones despedaza-

das á manera de las víctimas, y tuvo intenciones de acabar sus días en una ermita situada en lo alto de los Pirineos, como los osos.

Su rival en ferocidad entre los calvinistas, era el baron de Adrets: »Tenia una mirada feroz, la nariz aguileña, el rostro escuálido y descarnado, y lleno de manchas de sangre negra." (*De Thou*). En Montbrison divertíase en hacer saltar desde lo alto de la torre á los prisioneros que habia hecho. Uno de ellos vacilaba, y tomó dos veces carrera; mas Adrets gritó: *Dos veces es demasiado.* — El prisionero le respondió: »Saltad vos en diez." Aquí se reconoce al soldado francés.

Los reformados sorprendieron la ciudad de Niort. »Allí ejecutaron toda clase de barbaridades y de crueldades, y despues de haber apresado á todos los sacerdotes de la ciudad, viendo que uno de ellos no quería separarse de su religion por mas tormentos que le diesen, le asieron, y despues de haberle atado como verdugos, le abrieron vivo el vientre en presencia de los demas sacerdotes, y sacáronle por el agujero las partes nobles, que tiraban á la cara de los otros para que se intimidasen y renegasen de Dios. »Emplearon la mayor crueldad imaginable en la persona de una mujer que menospreciaba sus amenazas, la cual, habiendo visto matar á su marido que combatia por la fe católica, reprendioles su barbarie, y la cojieron y amarraron, jurando que le arrancarían la vida sino renegaba de la misa. »Los verdugos, viendo su constancia, escojitaron una muerte que los diablos mismos no hubieran inven-

»tado: llenáronle por la naturaleza el vientre de pólvora, y prendiéronle fuego, quemando de este modo sus tripas, y dejándola morir en semejante martirio.”

El condestable de Montmorency pagaba los males con males. »Decíase en los ejércitos que era preciso guardarse de los padres nuestros de M. el condestable, porque al rezarlos, ó mientras los recitaba, decía: Prended á éste, atad aquel á un árbol; pasad á otro por entre las picas al instante, ó arcabuceadlos á todos en mi presencia: haced pedazos á esos pícaros, entregad á las llamas tal pueblo, y prended fuego en todas partes un cuarto de legua en contorno.”

Las costumbres de Enrique III y de su corte en nada se parecen á las que hemos visto hasta aquí en la historia de Francia, porque se nos presenta con admiracion en medio de la sociedad moderna una especie de Eliogábalo cristiano. Los perros, los papayos, los trajes de mujer, los favoritos, las procesiones de penitentes, llenan con los duelos, los asesinatos y los hechos de armas, las páginas del reinado de un monarca que tanto distaba ya de los tiempos feudales.

»Enrique III daba justas, bailes, torneos y más-caras, á las que asistia de ordinario vestido de mujer, abría su armilla, y descubría el cuello, en el que llevaba un collar de perlas, y los adornos mismos que las damas de la corte.”

En un festín suntuoso las mujeres vestidas de hombres sirvieron en la mesa, y en otro banquete las más hermosas y honradas de la corte medio desnudas y con los cabellos tendidos como desposadas, se emplearon en el servicio.

»No obstante los negocios de la guerra y de la re-

»belion, iba ordinariamente en coche con la reina su
»esposa por las calles y casas de París, escojiendo los
»perros que le agradaban; tambien visitaban los mo-
»nasterios de monjas de los contornos de París, para
»escojer los tales perritos con gran sentimiento de las
»damas que los tenian; y mandaban que les leyeseu
»la gramática y aprendian á declinar.”

»El nombre de favorito, dice L'Estoile, comenzó
»entonces á andar en boca del pueblo (1376), á quien
»eran muy odiosos, tanto por las maneras irónicas y
»altaneras, cuanto por sus trajes afeminados, y por
»los dones inmensos que recibian del rey: llevaban los
»cabellos largos, rizados, y con adornos de terciopo-
»lo como las mujeres, y las gorgueras de las camisas
»de tela de adorno, estiradas y largas medio pie, de ma-
»nera que sus cabezas encima de las gorgueras pare-
»cian la cabeza de San Juan en un plato.”

Tomas Arthus nos pinta á Enrique III acostado
en un lecho largo y espacioso, quejándose de que le
despiertan demasiado temprano al medio dia, con un
lienzo y una máscara en la cara, y guantes en las ma-
nos, tomando caldo y volviendo á abismarse en la ca-
ma. En un salon vecino, Caylus, Saint-Mesgrin y Mau-
giron, rízanse los cabellos, y empléanse en el tocador
con sumo esmero: hácenles las cejas, pónenles dientes,
píntanles el rostro, y consumen un tiempo precioso en
adornarlos y perfumarlos. **Preséntanse en la cámara de**
Enrique III »meneando de tal suerte el cuerpo, la ca-
»beza y las piernas, que creia iban á caer tan largos
»como eran... Mas á ellos les parecía aquel modo de
»andar mas bello que los demas.”

Enrique abrazaba á sus favoritos delante de todo

el mundo; poniales collares y pendientes; pasaba los días con ellos en gabinetes secretos: por la noche dormía en su compañía en una vasta sala, en la que había lechos separados con tabiques como en un dormitorio, y el favorito del día participaba del tálamo de su rey. En esta cámara común fue donde Saint-Luc intentó despertar los remordimientos de su dueño, hablándole por el cañon de una cerbatana.

Las mujeres representaban un papel principal en todas aquellas intrigas: Catarina de Médicis había mantenido íntimo comercio con el primer cardenal de Guisa, como *sobrino de los dos papas* Leon X y Clemente VII, decían los hugonotes. Acusáronla de haber corrompido de intento á su hijo Carlos IX: »En vez de enseñar al réjio jóven todas las virtudes, rodeole de blasfemadores y de impios: acercó á su persona, para que le solicitasen, á hombres viles, y perdió el decoro hasta el punto que le sirvió de proveedora (1).” (*Discursos prodijiosos*). Divulgaron que habia intentado emponzoñar el ejército entero del príncipe de Condé.

Madama de la Bourdaisiere, abuela de Gabriela, llenaba la corte con la fama de sus aventuras. »Era tan bella en su vejez, dice Brantome, que hubiérase dicho que aun era jóven, porque sus cinco hijas, cuya hermosura rayaba tan alta, no la eclipsaban.”

La duquesa de Nevers, jóven aun, no conservó largo tiempo la memoria del fin trájico de Coconas: sorprendiéronla en otras citas, orijinando así el titulo de una de las primeras obras de la injeniosa sátira, titulada: *Biblioteca de madama de Montpensier*. El ti-

(1) Cambio la palabra del texto.

tulo era: *Modo de medir los prados brevemente*, por madama de Nevers.

He hablado ya de la bella de Sauve, esposa en segundas nupcias de Francisco de la Tremoille, marqués de Noirmontiers.

Ana de Estrées, marquesa de Coeuvres, hija de madama La Bourdaisiere, y madre de Gabriela, habia abandonado á su marido para vivir con el marqués de Alegre. Fue muerta en Isoire cuando los católicos tomaron por asalto aquella ciudad el 28 de Mayo de 1577: su cuerpo despojado enseñó un adorno singular de aquellos tiempos de libertinaje.

Otras damas de mas elevada esfera, tales como la duquesa de Guisa, mantenian relaciones, que casi siempre terminaban con asesinatos. Saint-Mesgrin fue asesinado á las once de la noche saliendo del Louvre por unos treinta hombres, á cuya cabeza creyó reconocer al duque de Mayena. Habiéndolo sabido en Gasuña el rey de Navarra, dijo: «Me alegro de que el duque de Guisa, mi primo, no haya sufrido con paciencia que le deshonrase un cualquiera; así debía hacerse con todos esos galanes de la corte que se atreven á acercarse á las princesas para galantearlas.» (*L'Estoile.*)

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de los infortunios del reino con la sola vista de sus brazos de marfil, segun el padre La Coste, y habia triunfado del marqués de Canillac, que la guardaba en su castillo. Finjia amar á la esposa de Canillac. «Lo gracioso fue, dice de Aubigné, que luego que el marido (Canillac) volvió la espalda con rumbo á Paris, Margarita la despojó de sus alhajas,

»la despidió como una mendiga con todos sus guardias, y se hizo dueña y señora del castillo. El marqués pasó plaza de tonto, y sirvió de objeto de risa al rey de Navarra.”

Margarita lloraba los objetos de su afecto cuando los había perdido; hacia versos á su memoria, y declaraba que siempre les seria fiel:

Atys, que con tu pérdida entristeces
 Los años que deslizan de mi vida,
 Tan digno de los votos de almas nobles,
 Elevado con ansia por mí misma,
 Para que contemplasen los humanos
 Obra feliz y de mis manos digna.

.....
 Si yo ceso de amar, me niego á todo,
 Aborrezco querer, y ser querida.

Y aquel mismo día se enamoraba dejando embusteros á su amor y á su musa. Habiendo sido decapitado **La Mole**, contó sus pesares *al hermoso Jacinto*. »Y el pobre diablo de Aubiac, cuando iba al suplicio, en vez de acordarse de su alma y de su salud, besaba un manguito de terciopelo azul que le restaba de los presentes de su dama.” Aubiac, al ver á Margarita por la vez primera, habia dicho: »Quisiera ser amado de ella (1), aunque me ahorcasen de aqui á algun tiempo.” Martigues llevaba consigo á los combates y á los asaltos un perrito que le habia regalado Margarita. De Aubigné pretende que Margarita mandaba hacer en Usson las camas de sus doncellas en extremo altas, »para no desollarse, como solia, los hombros cuan-

(1) El texto es más franco.

»do pasaba á ellas á cuatro pies buscando á Pominy," hijo de un calderero de Auvernia, ascendido á secretario de Margarita. El mismo historiador la prostituye desde la edad de once años á Antragues y á Charin, y la entrega á sus dos hermanos Francisco, duque de Alençon, y á Enrique III; mas no debemos dar enteramente crédito á De Aubigné, hugonote, arisco, ambicioso, descontento, y de un espíritu cáustico; porque Gibrac y Brantome no hablan así.

Margarita no amaba á Enrique IV, porque le parecía sucio. »Recibia á Champvallon en un tálamo alumbrado con hachas, y entre dos sábanas de tafetan negro." Habia dado oídos á M. de Mayena, » hombre gordo y craso, y voluptuoso como ella; al vizconde de Turena; al rufian de Pibrac, cuyas cartas enseñaba á Enrique para que se riese; á Date, de condición humilde en Provenza, y á quien habia ennoblecido en Usson con seis varas de tela de seda; y á Bajaumont," amante último de la larga lista que habia comenzado Antragues, y que habia continuado, con los favoritos ya citados, el duque de Guisa, Saint-Luc y Bussy.

En medio de aquel desbordamiento no debemos negar su lugar á las rijidas costumbres de los reformados, y á la vida austera de los majistrados católicos que se parecian á los romanos del tiempo de Cincinato, trasladados á la córte de Eliogábalo. Duplessis Mornay era el ejemplar del partido protestante: su virtud le daba el derecho de advertir á Enrique IV sus debilidades, y en el campo de batalla de Coutras, y en el momento en que iba á comenzar la accion, recordó al monarca de Navarra, jóven entonces, que ha-

bia introducido el desórden en una familia honrada con lazos criminales, y que debia á su ejército la reparacion pública del escándalo, y á Dios, en cuya presencia se presentaria quizás, la humilde confesion de su falta. Enrique se confesó con el ministro Chandieu, y dijo á los señores de su córte que le disuadian: »Nunca nos humillamos bastante delante de Dios, ni nos ensoberbecemos bastante delante de los hombres:» arrodillose en seguida con sus soldados protestantes, y el pastor pronunció la oracion. Joyeuse, que estaba á la cabeza del ejército católico, los vió y gritó: »El rey de Navarra tiene miedo. — No lo creais, respondió Laverdin, nunca oran sin estar resueltos á vencer ó morir.» Joyeuse perdió la batalla y la vida.

Dornay, como Sully, permaneció fiel á su religion cuando Enrique IV la abjuró; y ultrajado por un noble, pidió justicia á Enrique IV, que le respondió: »Mucho siento, señor Duplessis, la injuria que habeis recibido, y de la que participo como rey y como amigo vuestro. Como monarca os haré justicia, y á mí tambien; y si solo fuese vuestro amigo, ninguno tendria la espada mas pronto á desenvainarla, y que mas elegremente os sacrificase su vida.» En tiempo de Luis III, Mornay gozaba aun de consideracion; pero habiendo caido en desgracia, y viéndose obligado á renunciar su gobierno de Saumur, resolvió ausentarse de Francia. »Grabarán en mi sepulcro, decia, en tierra extranjera: *De edad de setenta y tres años, y despues de haber empleado sin mancha cuarenta y seis en el servicio de los dos grandes reyes, viose obligado á buscar su tumba fuera de su patria.*»

Los majistrados católicos ofrecian todavia el ejem-

plo de costumbres aun mas graves y mas santas: por espacio de muchos siglos no recibieron ni presentes, ni visitas, ni cartas, ni mensajes relativamente á los procesos. Estábalos prohibido el beber y comer con los litigantes: no podia hablárseles sino en la audiencia; y no podían comerciar ni presentarse en la corte sin orden del rey. La justicia fue primero gratuita: los consejeros en el parlamento recibían cinco sueldos *de Paris* al dia, el primer presidente mil libras al año, y los otros tres presidentes quinientas libras: dábanles ademas una capa de invierno y una capa de verano. Eran precisos treinta años de ejercicio para conseguir con el título de pension la continuacion de tan módica recompensa. Cuando aquellos majistrados no estaban de servicio, no recibían paga, y volvían á enseñar el derecho en sus escuelas. En tiempo de Carlos VI el parlamento estaba tan pobre, que su secretario no pudo escribir el proceso verbal de algunas fiestas otorgadas á Paris, porque no habia pergamino, y el tribunal no tenia dinero para comprarlo. Todos los gastos del parlamento *de Paris en el siglo décimocuarto, elévanse á la suma de once mil libras, moneda de aquel tiempo.*

En cuanto á la ciencia, aquellos antiguos majistrados la consideraban como una parte de sus deberes, y desde la infancia hasta la vejez, su vida era un estudio continuado. »El año 1345, dice Enrique »de Mesmes, hijo del primer presidente Mesmes, fui »enviado á Tolosa á estudiar leyes con mi preceptor y »mi hermano, bajo la direccion de un anciano noble »con la cabeza blanca, que habia viajado mucho tiempo »por el mundo. Nos levantábamos á las cuatro, y habiéndolo dirijido nuestras preces á Dios, íbamos á las

» cinco al estudio con nuestros gruesos libros bajo del
» brazo, el tintero y la vela en la mano.”

De Thou encontró á Carlos de Lamoignon en Valencia, donde Cujas esplicaba á Papiniano, y acompañó en Italia á Pablo de Foix y á Arnaldo de Ossat. De Foix hacíase leer mientras cenaba en la posada, y por vía de descanso, algunas páginas de Aristóteles y de Ciceron en su lengua orijinal, ó los comentarios de Cujas sobre el Digesto: de Thou era el auditorio; y de Choesne, que fue presidente en Chartres, el lector. El canciller de Aguesseau cuenta poco mas ó menos lo mismo hablando de la educacion que le daba su padre. » Mi padre nos llevaba casi siempre consigo » en sus frecuentes viajes; su carroza era una especie » de escuela, en que trabajábamos bajo la direccion de » tan gran maestro. Despues de la oracion de los viajeros, con la que mi madre comenzaba siempre la » marcha, esplicábamos los autores griegos y latinos. La regla ordinaria de » mi padre y de mi madre era reservar para el ejercicio continuo de su caridad la décima parte de cuanto » recibían. Miraban á los pobres como á hijos suyos; de » suerte, que si tenían diez mil francos para gastar, no » empleaban mas que ocho, y daban dos mil á los pobres, á quienes reputaban como sangre suya propia » por una adopcion santa y gloriosa para ellos, que ponía á Jesucristo mismo en el número de sus hijos. Pero » las calamidades públicas y particulares aumentaban casi siempre la parte de los pobres, escediendo la indicada » proporcion.”

En la muerte de uno de los antepasados de Thou, el parlamento declaró que no solamente asistiría á las

exequias de su presidente, sino que horaria su pérdida tanto tiempo cuanto reinase la justicia en los tribunales, cuya declaracion se inscribió en los registros. En 1588 comenzaban á usarse en la córte las literas y las carrozas; y la esposa del presidente de Thou no iba jamás por la ciudad sin llevar detras un criado, para servir de regla y de ejemplo á las otras mujeres.

En tiempo de los Valois encontramos un Chrestien de Lamoignon: existen ciertas familias, como ciertos hombres, que están largo tiempo ocupadas en buscar su jenio, y quedan desconocidas hasta que lo encuentran. Los Lamoignons, de valientes y oscuros caballeros se trasformaron en ilustres majistrados; pero parece que conservaban alguna cosa de su primer destino; su toga fue la cota de armas, y la Providencia guardó á Malesherbes un campo de batalla, un combate glorioso, y una muerte á filo de espada. Chrestien de Lamoignon, del siglo décimosexto, habia estudiado con Cujas, asi como su padre Cárlos con Alciato, y vivió en medio de las guerras civiles. Entre otras aventuras cuéntase que volvió de Bourjes á París disfrazado de mendigo, y entró en su casa como Ulises pidiendo limosna: sus hermanos y hermanas recibieronle con lágrimas de alegría. Baviile no era al principio mas que una masia que contenia apenas dos ó tres aposentos para hospedar á los extranjeros, y en el mas espacioso colocábanse cuatro camas. Despues Baviile se trocó en un castillo, en el que se reunia la mas selecta é ilustre sociedad: madama de Sevigné encontraba alli en una biblioteca célebre »al padre Rapin »y á Bourdaloue, cuyo entendimiento era admirable, »y que tenia una facilidad prodijiosa."

Una anécdota pinta la sencillez de las costumbres de los antiguos magistrados: »Claudio de Bullion, dice »el presidente de Lamoignon en sus Memorias, ha- »bíase criado con mi padre. Dábale placer el contarme »como los ponian á ambos sobre una borrica en dos »cestos, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, »y que añadian un pan al cesto en que iba mi padre, »porque no pesaba tanto como Claudio.»

El primer presidente estipulaba con sus arrendatarios: »Que en las vísperas de las cuatro grandes fiestas del año, y en tiempo de las vendimias, quedaban obligados á proporcionar una carreta cubierta, »con paja fresca dentro para que se sentasen en ella »María Sapi, su esposa, y su hija Jenoveva: como tambien un borrico y una borrica para cabalgadura de »su camarera, mientras que el primer presidente marcharia delante en una mula acompañado de su clérigo, que iria á su lado.»

Aquellos hombres tan sencillos, tan doctos, tan íntegros, que caminaban en medio de las generaciones nuevas como oráculos de lo pasado, eran al mismo tiempo jueces intrépidos: no solo eran los custodios de las leyes, sino sus soldados, que sabian morir por ellas.

Brantome, hablando del canceller de l'Hopital, dice: »Era otro Caton el censor, que sabia muy bien »censurar y corregir el mundo corrompido. Asi lo parecia con su gran barba blanca, su rostro pálido, y »su continente tan grave, que hubiérase dicho al verle »que era un verdadero retrato de San Jerónimo.

»No era fácil jugar con aquel gran juez y rústico »magistrado; porque si algunas veces era dulce, cuando

»veía clara la razón.... Las bellas letras suavizaban
 »sin embargo mucho su rigor justiciero. Era gran ora-
 »dor, y muy fecundo, gran historiador, y sobre todo
 »muy divino poeta latino, como lo han mostrado mu-
 »chas de sus obras."

L'Hopital, poco amado de la corte y desgraciado, se retiró pobre á una casa de campo cerca de Etampes. Acusábanle de moderado en sus opiniones religiosas y políticas, y enviaron asesinos para que le quitaran la vida despues del día de San Bartolomé. Sus criados se apresuraban á cerrar las puertas de la casa. »No, »no, dijo, sino es bastante para que entren la puerta »pequeña, abrid la grande."

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canceller ocultándola en su casa, y él mismo debió su salud á los ruegos de la duquesa de Saboya. Poseemos su testamento en latin, que Brantome tradujo en frances.

»Aquellos que me desecharon, dice l'Hopital, tomaban una máscara de religion, y ellos mismos carecían de piedad y de religion: os puedo asegurar que »nada los pasmaba mas, que pensar que mientras yo »permaneciese en el cargo, no les seria permitido rasgar los edictos del rey, ni robar sus haciendas y las »de los vasallos.

»Por fin, hace cerca de cinco años que tengo aqui »una vida como Laertes. y no »quiero refrescar la memoria de los padecimientos sufridos en ese departamento de la corte."

Cafanse las paredes de su casa, y apenas tenia con que alimentar á sus viejos criados y á su numerosa familia: consolábase como Ciceron con las musas. Mas

hubiera deseado ver los pueblos con la libertad recobrada; y murió cuando los gusanos no se habían comido aun los cadáveres de las víctimas del fanatismo, ni los habían devorado los peces y los cuervos.

Después de la jornada de las barricadas, el duque de Guisa fue á visitar con su comitiva al primer presidente Aquiles de Harlay. »Paseábase por su jardín, »y admiróse tan poco de su venida, que se desdenó »de volver tan solo la cabeza, y de suspender el comenzado paseo; y habiendo llegado al fin de la calle, »dió la vuelta, y al darla vió al duque de Guisa que »venia á su encuentro. El grave magistrado levantando »la voz le dijo: *Mi alma es de Dios, mi corazón de »mi rey, y mi cuerpo está entre las manos de los mal- »vados que pueden hacer de él lo que quieran.*” El desprecio de la virtud hollaba el orgullo de la ambición.

Mateo Molé, durante las revueltas de la Fronda, respondió á las amenazas: »Seis pies de tierra darán »siempre cuenta del hombre mas grande del mundo.”

Aquí se acaba la pintura de las costumbres del siglo décimosexto; juntamente con la de los siglos feudales compone la galería de cuadros de nuestro antiguo edificio monárquico.

Por lo demás, la historia que cuenta lo bueno como lo malo, reconoce al presente que no se ha tratado á los Valois con imparcialidad. En su reinado comienza la mejora de las leyes administrativas, civiles y criminales: cuéntanse cuarenta y seis en el brevísimo reinado de Francisco II, ciento ochenta y ocho en el de Carlos IX, y trecientas treinta en el de Enrique III: las mas notables fueron obra del canciller de l'Hopital.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I, continuando hasta el de Luis XIII, y de ningún modo el siglo de Luis XIV: el palacio de las Tullerías, el antiguo Louvre, una parte de Fontainebleau y de Anet, la capilla de los Valois en San Dionisio, y el palacio de Luxemburgo, son ó eran del gusto dominante de las obras del gran rey.

La dinastía de los Valois fue una dinastía literata, ingeniosa, y protectora de las artes que amaba. Debémosle los mas hermosos monumentos: nunca en país ni en época alguna, la aplicación de la estatuaría á la arquitectura hizo tantos progresos como en Francia en el siglo décimosexto. Aténas no presenta objetos superiores á las cariátidas del Louvre. Luis XIV miraba á los artistas como á obreros, y Francisco I como amigos. Luis XIV, soberano mas verdadero que los Valois, les fue inferior en intelijencia y en denuedo. En derredor de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III, descúbrese todavía los restos independientes de la aristocracia; alrededor de Luis el Grande, los descendientes de los orgullosos señores de la Liga no son mas que cortesanos, trocando el orgullo de su independencia por la vanidad de sus nombres, haciendo consistir su honor en servir, y no desenvainando la espada sino en defensa de su señor. El mismo Enrique IV tiene algo menos de noble y de real que los príncipes de quienes heredó la corona: todos juntos se hallan obscurecidos por los Guisas, verdaderos monarcas de esta época.

En el reinado de los últimos Valois, la verdad religiosa luchó cuerpo á cuerpo con la verdad filosófica, y la aniquiló: hubo un choque entre lo pasado y lo

futuro: triunfó lo pasado, porque tenía un Guisa á su cabeza.

ENRIQUE IV.

De 1589 hasta 1610.

Muerto Enrique, se dividió el ejército. Parte de los católicos se unió á Enrique IV; otra parte lo abandonó, poniéndose á las órdenes de Vitry y de Espernon. Viéndose obligado Enrique IV á levantar el sitio de Paris, se refugió á Dieppe, para recibir allí los socorros que esperaba de Isabel. Hallábase entonces en aquel estado miserable que pinta á Sully. »Mis camisas están hechas jirones, mi armilla tiene los codos »remendados, y hace diez días que como y ceno ya »en una casa, ya en otra.»

Los miembros de su consejo eran de parecer que se embarcase para Inglaterra, y Biron se opuso: »Salir de Francia, gritó colérico, aunque solo sea por »veinticuatro horas, seria espatriarse para siempre.» Mézeray pone en su boca un áspero y elocuente discurso.

Combate de Arques y de los arrabales de Dieppe. Enrique IV recibió allí muchos fendientes, y dió otros tantos, y decia al descargarlos lo que decian los reyes cristianísimos al tocar los lámparones: »El rey te toca, »Dios te cure." El campo de batalla inspiraba al de Bearné, y su valor era su ingenio. En la terrible toma de Cahors, en la que se batió cinco dias enteros, herido en diversas partes, habiéndole conjurado sus soldados para que se retirase, respondió: »Mi retirada de esta ciudad sin haberla asegurado á mi par-

futuro: triunfó lo pasado, porque tenía un Guisa á su cabeza.

ENRIQUE IV.

De 1589 hasta 1610.

Muerto Enrique, se dividió el ejército. Parte de los católicos se unió á Enrique IV; otra parte lo abandonó, poniéndose á las órdenes de Vitry y de Espernon. Viéndose obligado Enrique IV á levantar el sitio de Paris, se refugió á Dieppe, para recibir allí los socorros que esperaba de Isabel. Hallábase entonces en aquel estado miserable que pinta á Sully. »Mis camisas están hechas jirones, mi armilla tiene los codos »remendados, y hace diez días que como y ceno ya »en una casa, ya en otra.»

Los miembros de su consejo eran de parecer que se embarcase para Inglaterra, y Biron se opuso: »Salir de Francia, gritó colérico, aunque solo sea por »veinticuatro horas, seria espatriarse para siempre.» Mézeray pone en su boca un áspero y elocuente discurso.

Combate de Arques y de los arrabales de Dieppe. Enrique IV recibió allí muchos fendientes, y dió otros tantos, y decia al descargarlos lo que decian los reyes cristianísimos al tocar los lámparones: »El rey te toca, »Dios te cure." El campo de batalla inspiraba al de Bearné, y su valor era su ingenio. En la terrible toma de Cahors, en la que se batió cinco dias enteros, herido en diversas partes, habiéndole conjurado sus soldados para que se retirase, respondió: »Mi retirada de esta ciudad sin haberla asegurado á mi par-

«tido, será la retirada de mi alma fuera de mi cuerpo.”

En Coutras dijo á los oficiales que se ponian delante de él en el momento de la carga: «A la espalda, no me ofusqueis, quiero que me vean.” Y tambien dijo al príncipe de Condé y al conde de Soissons: «Vive Dios que teneis la sangre de los Borbones, y os «haré ver que soy su primojénito.”

Atacado á un mismo tiempo por el baron de Frinet y por Chateau Renaud, Frontenac derribó al primero de un sablazo; y Enrique, agarrando al segundo del cuerpo, le gritó: «Rindete, filisteo.”

En un vigoroso combate que hubo cerca de Yvetot con los duques de Parma y de Mayena, les mató tres mil hombres. Cubierto todo de sangre y de sudor despues de la pelea, decia á los capitanes que le rodeaban: «Vive Dios, que si pierdo el reino de Francia, al menos estoy en posesion del de Yvetot.”

En Ivry, que es el gran hecho de armas de su vida, sus palabras tomaron el carácter elevado de su gloria: hablábante de procurarse una retirada, y respondió ásperamente: «No hay mas retirada que el «campo de batalla.”

Schomberg le pidió la paga de sus tropas: «Nunca el hombre valeroso, gritó Enrique, pide dinero «la vispera de una batalla.” Al dia siguiente, arrepintiéndose de aquellas palabras duras, añadió: «Señor «de Schomberg, este será quizás el último dia de mi «vida, y no quiero despojar del honor á un bravo: «declaro, pues, que os conozco por un hombre de «bien, é incapaz de hacer una cobardia: abrazadme.”
— «Señor, repuso Schomberg, vuestra majestad me

«hirió ayer, y hoy me mata.» Schomberg perdió la vida peleando al lado del monarca.

En el momento de ir á la carga, Enrique volviéndose á los suyos les dijo: «Guardad vuestras filas; si perdeis vuestras banderas, las cornetas y las guías, este penacho blanco que veis en mi casco, os servirá de tal mientras me quede una gota de sangre: seguidle: siempre le hallareis en el camino del honor y de la gloria.»

El oficial que llevaba el estandarte real quedó herido de una bala en el ojo, y al retirarse de las filas comenzaron á huir las tropas reales. Enrique las detuvo, y les dijo: «Volved el rostro, sino para combatir, al menos para ver como muero.»

Cuando era pacífico dueño de la corona, enseñó un día al mariscal de Estrées á uno de los guardias que iban á la portezuela de su carroza: «Ved, le dijo, al soldado que me hirió en la batalla de Aumale.»

El viejo cardenal de Borbon, á quien llamaban Carlos X, murió en su prision de Fontenay en Poitou; no amaba á los de la liga, de quienes entonces era el pretendido rey, y decia: «El rey de Navarra mi sobrino hará su fortuna, y mientras estoy con ellos, siempre es á un Borbon á quien reconocen.»

Enrique IV, vencedor de todos sus enemigos, acercose á París, cuyas avenidas cerró: este sitio es famoso por las últimas locuras de la Santa Union, por una hambre horrorosa, y por la jenerosidad del de Bearne. La sátira *Meuiepa* describió la gran procesion que coloca en la apertura de la Liga, y que pertenece al año 1590. Los ingeniosos autores han añadido tan so-

lo á los frailes y al clero los principales personajes de este drama traji-cómico.

»Tal fue la procesion. El dicho doctor Roze, dejando su capucha rectoral, tomó el traje de maestro »en artes, con la muceta y el roquete, y su gola encima, rasurada la barba y la cabeza, la espada ceñida, y una partesana al hombro. Los curas Hamilton, »Boucher y Lincestre, armados con mas estrañeza formaban la primer fila, y delante de ellos marchaban »tres novicios con vestido arremangado, llevando en la »cabeza un casco encima de la capucha, y una rodela »colgada al cuello, en la cual estaban pintados los blasones y divisas de dichos señores. Julian Pelletier, »cura de San Juime, marchaba al lado, ya delante, »ya detras, vestido de color de violeta, con la corona »y la barba recién hecha, una cota de malla en la espalda, puñal y alabarda en el hombro izquierdo, en »forma de sarjento, que sudaba y se fatigaba para colocar á cada uno en su puesto y alineacion. Seguian »despues de tres en tres cincuenta ó sesenta religiosos, »tanto franciscanos, como jacobinos, carmelitas, capuchinos, mínimos, buenos-hombres, fuldenses, con »sus capuchas y hábitos abrochados, armados á la antigua usanza católica, por el modelo de las epístolas »de San Pablo: habia entre otros seis capuchinos que »llevaban un morrion en la cabeza con una pluma de »gallo, vestidos de cotas de malla, y la espada ceñida »encima de los hábitos; el uno llevaba una lanza, el »otro una cruz, el otro un venablo, el otro un arcabuz, y el otro una ballesta, todo mohoso por humildad católica: los otros, casi todos llevaban picas, que »blandian continuamente á falta de mejor pasatiempo,

»y se veía un fuldense cojo, que todo armado se ha-
»cía lugar con una espada de dos manos, con una
»hacha en la cintura, y su breviario colgado á la es-
»palda, que bailando sobre un pie hacia el molinillo
»delante de las señoras. Iban á la cola tres mínimos,
»que llevaban encima de los hábitos una coraza con
»correas, descubierta la espalda, la celada en la ca-
»beza, y la espada y pistola en la cintura, con un
»arcabuz de garabato sin horquilla: detras caminaba
»el prior de los jacobinos, llevando una alabarda de
»mano izquierda, y armado á la lijera; pero todos
»marchaban con buena union católica, apostólica, ro-
»mana, y parecian los antiguos ballesteros de Fran-
»cia. Quisieron en su marcha hacer una salva; pero lo
»prohibió el legado, por miedo de que sucediese al-
»gun mal á su persona ó á alguno de los suyos, co-
»mo al cardenal Cayetano. Despues de estos buenos
»padres venian cuatro mendicantes, que habian mul-
»tiplicado en muchas órdenes, tanto eclesiásticas como
»seculares; despues los Dieziseis de cuatro en cuatro,
»reducidos al número de los apóstoles, y vestidos co-
»mo los representan en el día del Corpus. Seguian
»detras los prevostes de comerciantes y rejidores, cu-
»biertos con trajes de diferentes colores; despues la
»corte del parlamento, las guardias italianas, españolas
»y valonas del señor lugar-teniente, y los jentiles-
»hombres graduados por la Santa Union, y algunos ve-
»terinarios de la cofradía de San Eloy. En seguida ve-
»nian el señor de Lyon con mansedumbre, el carde-
»nal de Pellevé con humildad, y el legado, verdade-
»ro espejo de perfecta hermosura; delante de él el
»dean de Sorbona llevaba la cruz, de la cual pendian

» las bulas del poder. *Item*: Madama de Nemours, » representando á la reina madre, ó gran madre (in » *dubio*) del rey futuro: sostenia la cola de su vesti- » do la señorita de La Rue, hija de la noble y dis- » creta persona, M. de La Rue, antes sastre en el » puente de San Miguel, y ahora uno de los jentiles- » hombres y consejeros de estado de la Union; la se- » guian madama viuda de Montpensier con su banda » verde gastada con el uso, y madama lugar-teniente » del estado y corona de Francia, con las señoras de » Blin y de Bussy Le Clerc. Avanzábase y se dejaba » ver el señor lugar-teniente con dos maceros delante, » con ropajes forrados de armiños, y á sus lados dos » valones con sobrevestas de archero negras, sembra- » das de cruces rojas de Lorena.”

Aquellas miserables farsas entretuvieron por algun tiempo el hambre del pueblo, que no tardó á darse á conocer con todo su horror. Despues de haberse alimentado con animales inmundos, gatos, perros y otros, y con las pieles de los mismos animales, y despues de haber devorado los niños, llegaron á moler los huesos de los muertos, con que hicieron pólvora y no harina: porque el pan, conservando su virtud, quitaba la vida al que lo comia. Madama de Montpensier no quiso trocar por joyas del valor de mas de dos mil escudos, un perrito que se reservaba como el último recurso. Treinta mil personas sucumbieron: en las calles estaban amontonados los cadáveres, y arrastrábanse entre ellos los medio vivos. Verificábanse en aquellos cementerios sin hoyos prostituciones impotentes, pagadas con algunos viles alimentos á manos descarnadas: el hombre ar-

rastraba así su vida con las culebras sobre los cuerpos moribundos.

»Habiendo salido de casa M. de Nemours con objeto de visitar los puestos de las murallas de la ciudad, encontró á un hombre que, todo horrorizado, le dijo: ¿Donde vais, señor gobernador? No paséis por esa calle, que he visto una mujer medio muerta, que tiene caroscada al cuello una serpiente, y en torno de ella muchas fieras envenenadas." (*L'Estoile.*)

Durante este tiempo, Enrique IV permitía que sus soldados subiesen en el extremo de sus picas víveres á los habitantes de París, y daba libertad á los aldeanos que habian traído carretas de pan á alguna poterna, distribuyéndoles dinero, y diciéndoles: »Id en paz; Enrique es pobre, si mas tuviera, mas os daría." Y el de Bearne negociaba, aguardaba al duque de Parma, y ponía en olvido sus amorosos cuidados con la abadesa de Montmartre, porque habia nacido ya su nueva pasión á Gabriela de Estrées; disfrazábase de paisano para ir á verla á Coeuvres por entre mil peligros.

El duque de Parma obligó á Enrique IV á abandonar el bloqueo de París, y Sixto V murió fatigado por la Liga: Gregorio XIV que le reemplazó, publicó las letras monitorias contra Enrique. El caballero de Aumale murió en San Dionisio, que habia intentado sorprender, y del mismo modo murió La Noue delante del castillo de Lamballe, combatiendo por el monarca. »Gran guerrero, decia Enrique, y hombre aun mas honrado." El duque de Mercœur hacia la guerra en Bretaña por su propia cuenta, y de acuerdo

con Felipe II. El duque de Guisa, hijo del Acuchillado, se escapó de su prision, y los Dieziseis quisieron que se casase con la infanta de España, y que se ciñese la corona. Los de la Liga ahorcaron á Brisson, Larcher y Tardif, y el duque de Mayena corrió á París, y mandó prender á su turno á cuatro de los Dieziseis. Aquí finó la autoridad de aquel tribunal de seguridad de la Liga, que no habia carecido ni de audacia ni de talento; pero al que no dejaron obrar la multitud de poderes superiores al suyo. Los miembros del tribunal, en vez de llevar á cabo sus proyectos abiertamente como un poder reconocido, viéronse obligados á obrar en secreto como conspiradores, y esto los destruyó. No propendían á la libertad, sino al cambio de dinastía, y nada hicieron despues del suplicio de sus compañeros, porque el cadalso los deshonoró.

El duque de Parma entró en Francia para hacer levantar el sitio de Rouen, y salió con la suya. Murió en la batalla de Epernay el mariscal de Biron: el duque de Parma espiró en los Países-Bajos; gran capitán, que estableció el arte moderno de la guerra. El duque de Espernon, viendo que los negocios del de Bearne se mejoraban, volvió á la córté, ó por mejor decir al campamento, porque entonces el Louvre de Enrique IV era una tienda (1590, 1591, 1592).

Estados de la Liga convocados en París, arruinados por la ridiculez y por las pretensiones de diversos candidatos á la corona. Los españoles pedian la abolicion de la ley sálica, para que recayese el cetro en su infante: el parlamento dió un decreto en favor de la ley sálica, y consiguió la vïctoria sobre los estados. El duque de Mayena, descontento de los españoles, entabló

conferencias en Surena con los católicos. Enrique abjuró en la iglesia de San Dionisio el 25 de Julio de 1593, y se hizo consagrar en seguida en Chartres: remendáronle la armilla por una suma de dineros, cuyo recibo todavía existe; y aquellos remiendos no desdecían al parecer del manto real enteramente nuevo del de Bearné.

Enrique IV se vió desde su nacimiento, y por los acasos de su vida, á la cabeza de la reforma y de las ideas nuevas, pero la reforma no contaba sino con la minoría de la nacion contra el antiguo culto y las ideas antiguas. Los franceses católicos desechaban á un rey protestante, no obstante su derecho hereditario, y podían hacerlo así, como los ingleses protestantes desecharon á un rey católico. La Liga, culpable con el último de los Valois, era inocente respecto del primero de los Borbones, á no ser que se defienda que las naciones no tienen derecho de conservar el culto que han elegido, y las instituciones que les convienen. El peligro era inminente: los estados ilegalmente convocados sin duda eran temibles, porque todos los cuerpos políticos tienen una fuerza prodijiosa en los momentos de crisis; y España, apoyada por la córte de Roma y por sus preocupaciones populares, hallábase pronta, aliándose al príncipe de Lorena, á disponer del solio. El heredero lejítimo no podía defenderse sino con soldados extranjeros; recurso triste para un rey nacional; los protestantes que lo apoyaban eran en corto número, mas inclinados á la aristocracia que á la monarquía, y los católicos adictos á su persona no le seguían, sino porque habia prometido instruirse en su relijion. No restaba, pues, á Enrique IV evidentemente mas que un

partido ; el de abjurar : asunto que era de su conciencia ; y si vió la verdad en el lado donde veía la corona , tuvo razon en mudar de culto. Solo es sensible que escriba á Gabriela con motivo de tener que abjurar : »El domingo daré el salto peligroso.»

Una vez unido al clero y á las grandes masas populares , ya no necesitó otra cosa que comprar uno á uno á los capitanes que mandaban en las ciudades. Los nobles se habian apoderado de las fortalezas y de las capitales , del mismo modo que en los principios de la dinastía de Capeto , y hubiéramos visto renacer los señorios , si las costumbres hubiesen sido las mismas , y el tiempo no hubiera progresado. Enrique IV reconquistó muchos castillos como Luis el Gordo , y compró otros : el espíritu aristocrático tocaba á su término. París abrió sus puertas al primer Borbon el 22 de Marzo de 1594 : el poder absoluto que comenzaba á reinar , suprimió todos los escritos del tiempo , y prohibió bajo pena de la vida la impresion y la venta : Francisco I sintió el primer instinto contra la libertad de la prensa , y Enrique IV concibió la primera razon.

En 1594 Juan Chatel dió á Enrique IV una cuchillada en el labio , y los jesuitas fueron desterrados de Francia. En 1595 ocurrió la refriega de Fontaine-Françoise , una de las mas furiosas que hubo jamás. Enrique peleó con la cabeza desnuda y con todo el ardimiento de un soldado joven : escribió á su hermana : »Poco ha faltado para que hayas sido mi heredera.»

El papa absolvió al rey , y el duque de Mayena se sometió en 1596. Cuando Enrique entró en París , la única venganza que ejerció contra madama de Montpensier fue jugar á los naipes con ella ; y la única ven-

ganza que tomó de su hermano el duque de Mayena, relleno y torpe, fue hacerle marchar pronto á un jardín.

Edicto de Nantes: tratado de Vervins (1598): matrimonio de Enrique con María de Médicis, el primer año del siglo décimoséptimo. ¿Por que no se encontraron allí los Médicis?

Conspiracion del mariscal de Biron: muerte de Isabel, reina de Inglaterra. El primer Estuardo Jacobo I se ciñe la corona de la Gran-Bretaña en la época en que el primer Borbon acababa de sentarse en el solio de Francia. Establecimiento de las fábricas de seda, tapices, loza y cristal: colonizacion del Canadá. Creian hacer progresos mercantiles, y los hacian políticos: la propiedad de la industria vive de la libertad, y rompiendo sus trabas crecen las luces. Enrique IV, á quien en todas partes perseguian las pasiones, no consiguió que le prestasen oídos ni la señorita de Guercheville, ni Catarina de Rohan, ni la duquesa de Mantua, ni Margarita de Montmorency, y vió al príncipe de Condé, marido de la última, retirarse con ella á Bruselas. ¿El príncipe de Condé era hijo de Enrique IV y de Carlota de La Tremoille, acusada de haber envenenado á su marido para ocultar su preñez? Suponen que Margarita de Montmorency, solicitada por Enrique IV, le dijo: »Infame, quereis seducir á la esposa de vuestro hijo, pues ya sabeis que me habeis »confesado que lo es." (*Memorias para escribir la historia de Francia*).

Enrique IV, ó con el designio de perseguir al objeto de su nueva pasion, ó para realizar el proyecto de república cristiana, iba á llevar la guerra á los Países-Bajos, bajo pretexto de la sucesion de Cleves y de

Juliers, cuando le detuvo uno de esos enviados secretos de la muerte que ponen las manos en los reyes (14 de Mayo de 1610). Estos hombres se levantan de repente, y se abisman luego en los cadalsos: ninguna señal los precede ni los sigue: enteramente aislados, cuelgan en este mundo de solo su puñal: su existencia y sus propiedades son las del acero; solo se les entrevé un instante al resplandor del golpe que descargan. Ravailac no distaba mucho de Jacobo Clemente; y es un hecho único en la historia, que el último rey de una dinastía y el primer rey de otra, hayan sido asesinados de la misma suerte, cada uno por un hombre solo, en medio de sus guardias y de su córte, y en el espacio de menos de veinte años. El mismo fanatismo estimuló á los dos asesinos; pero el uno inmoló á un príncipe católico y el otro á un príncipe que creía protestante. Clemente fue el instrumento de una ambicion personal, y Ravailac, como Louvel, el ciego mandatario de una opinion.

He hecho muchas veces la observacion de que la segunda aristocracia espiró en Arques, en Ivry y en Fontaine-Françoise, asi como la primera finó en Crecy, en Poitiers y en Azincourt. Desapareció de hecho y de derecho, porque Enrique IV publicó un decreto en virtud del cual la profesion militar no ennoblecia ya. En el reinado de Luis XII todo hombre de armas era noble, asi como el vecino que habia adquirido un feudo noble y lo servia militarmente. El artículo 258 de la ordenanza de Blois de 1579, habia destruido la nobleza que resultaba de feudos: pero Luis XV, en 1750, restableció la nobleza adquirida á precio de sangre, aunque el golpe era mortal. Enri-

que IV, guerrero, había querido que las armas permaneciesen á prueba, y el ejército, compuesto de plebeyos, tuvo que acudir á la gloria para ennoblecerse.

Se ha formado jeneralmente una idea falsa del modo con que los Borbones subieron al solio. Por una parte solo se han contemplado los asesinatos del día de San Bartolomé, los furores de la Liga, las intrigas de Catarina de Médicis, los excesos de Enrique III, y la ambicion de los príncipes de Lorena; por otra parte solo se ha atendido al valor, espíritu y lealtad de Enrique IV: se ha creído que todos los partidos habían sido fieles á su doctrina, que habían seguido siempre sus banderas respectivas, que los servicios habían sido recompensados, castigadas las injurias, y que cada uno había sido pagado segun sus obras: tal no es la verdad histórica. Todo aconteció como en nuestros días; cediose á la necesidad, á los intereses creados por el tiempo, y el vencedor de Ivry no subió al trono con botas y espuelas al salir de la batalla, sino que capituló con sus enemigos y sus amigos, que no tuvieron muchas veces por recompensa mas que el honor de haber participado de sus desgracias.

Brissac, La Châtre y Bois-Dauphin, mariscales de la Liga, quedaron confirmados en su dignidad, porque todos habían contribuido al resultado con alguna venta. Laverdin, Villars, Balagni y Villeroi, gozaron del favor de Enrique IV. Por el artículo 10 del edicto de Folembrai, se reconocieron y declararon deudas de la corona hasta las deudas del duque de Mayena. El de Bearne era ingrato, olvidaba muchos servicios, y recompensaba pocos: »Subid, dice la duquesa de Rohan »en su injeniosa sátira apolojética, subid las gradas,

»y penetrad hasta su antesala: oíreis á sus jentiles-
 »hombres que dicen: Arriesgué mi vida tantas veces
 »en su servicio; le seguí tanto tiempo; estuve herido;
 »estuve prisionero; perdí á mi hijo, á mi hermano ó
 »á mi pariente: al partir de allí ya no me conocia; y
 »si le pido la menor recompensa, me responde con
 »aspereza. Los efectos hablan y dicen
 »en buen lenguaje: Amigos míos, ofendedme, y os
 »amaré: servidme, y os aborreceré.”

Enrique dejó perecer de hambre al fiel vecino que habia favorecido su fuga cuando se hallaba en París prisionero de Carlos IX. En la muerte de Enrique III, Enrique IV habia dicho á Armando de Gontaud, baron de Biron: *»Ahora es cuando debéis poner vuestra mano derecha en mi corona; venid y me servireis de padre y de amigo contra esa jente que no ama ni á vos ni á mi.”* Enrique hubiera debido retener en su memoria estas palabras: hubiera debido acordarse que Carlos de Gontaud, hijo de Armando, habia sido su compañero de armas; que la cabeza del que habia puesto *la mano derecha en su corona*, se la habia llevado una bala de cañon: y no tocaba al de Bearne unir la cabeza del hijo á la del padre. El gran maestro de los patibulos, Richelieu, desaprobaba el de Biron como inútil.

Mas el arrojo de Enrique IV, su ingenio, sus palabras oportunas, y algunas veces magnánimas, su talento oratorio, sus cartas llenas de originalidad, de viveza y de fuego, sus infortunios, sus aventuras, sus amores, le darán eternamente vida: su fin trájico no contribuyó poco á su nombradía, porque desaparecer del mundo á tiempo es una condicion de la gloria.

Enrique IV era también un perfecto administrador: manifestó su destreza logrando que viviesen en paz hombres que se detestaban, particularmente sus ministros, varones de talento, pero enemigos los unos de los otros, porque habían salido de distintos partidos. Los Borbones solo han contado cinco reyes en su breve monarquía absoluta, y en estos cinco reyes encuéntrase dos grandes príncipes y un mártir. Su sangre no era estéril.

Por lo demás, el siglo entero de Luis XIV guardó silencio sobre el abuelo de los Borbones; porque el gran rey no permitía mas nombradía que la suya. Apenas se lee el nombre de Enrique IV sino en un folleto de la Fronda, que ponía un diálogo entre el *rey de Bronce y la Samaritana*: la obra de Perefice yacía en el olvido. Un poeta que tantas opiniones ha ensalzado juntamente con la suya, Voltaire, ha dado nueva vida al vencedor de Ivry; porque el talento tiene el privilegio de distribuir la gloria.

Desde el principio de la tercera dinastía hasta los Valois, no hubo en Francia guerra civil propiamente dicha. Las guerras feudales eran unas guerras de soberano á soberano, porque los señores eran verdaderos príncipes independientes. Si la mitad de la Francia tomó las armas contra la otra en los reinados de Carlos V, Carlos VI y Carlos VII, fue porque la Francia estaba dividida entre dos soberanos, el rey de Francia y el rey de Inglaterra. La guerra civil se encendió en tiempo de Luis XI y de Carlos VIII, mas no duró sino un momento: desgraciadamente fue la relijion la que dió nacimiento á las dilatadas guerras civiles de la Liga. Sin embargo, esta clase de guerras que tantos

males causan á la especie, son favorables al individuo: dan realce á las cualidades personales, y nunca se presentan en la escena tantos hombres distinguidos, como durante la discordia intestina de los pueblos: Casi siempre el tiempo que sigue á la discordia, es tiempo de esplendor, de prosperidad, de progreso, del mismo modo que los campos estercolados producen abundantes mieses.

Algunos hechos principales constituyen la revolucion de la época que acabamos de recorrer.

La segunda aristocracia perdió los restos de su poder: los nobles quisieron ser los oficiales del ejército democrático, pronto á formarse en los reinados de Luis XIII y Luis XIV.

La monarquía de los estados se acabó con los Valois, y no sacó la cabeza sino un momento en tiempo de Luis XIII para perecer.

La monarquía parlamentaria subió al mas alto grado de su poder, y espiró por haber abusado de su fuerza en las revueltas de la Fronde.

La monarquía absoluta sentose, pues, en el trono con el primer Borbon: ya no tenia esta monarquía sino que destruir algunos obstáculos, que removió Richelieu.

Los estados, durante las guerras civiles, no correspondieron á lo que debia esperarse de un cuerpo tan poderoso, ó bien repeliase, ó bien adoptase las nuevas opiniones; lo cual prueba que no habian entrado en el camino de las costumbres ó de la libertad del pais. Los estados dieron decretos admirables de legislacion civil y administrativa, pero no mostraron talento alguno político; domináronles los caracteres indivi-

duales. Cuando quedó restablecido el orden en el reinado de Enrique IV, el entendimiento humano, después de haber mudado tantas ideas y haber atravesado por entre tantos crímenes, habiase engrandecido; pero el gobierno se había encerrado en más estrecho círculo. El parlamento rival, victorioso de la representación nacional, daba decretos políticos, disponía de la rejeñcia, negaba ó concedía los impuestos, y así que había dos poderes legislativos. Los sábios, los letrados, los escritores adictos con preferencia á la toga, hacian oposicion á la autoridad de las tres órdenes. Los estados de la Liga acabaron de desacreditar las asambleas, que luchando sin cesar contra los abusos del feudalismo, de la corona, del parlamento y del pueblo, jamás habian podido contener el despotismo real, enfrenar la injusticia aristocrática, contener las usurpaciones de la majistratura, y encadenar las violencias populares.

El edicto de Nantes constituyó el estado civil y religioso de los protestantes, que obtuvieron un culto público, consistorios, escuelas, rentas, y hasta fuerzas militares para proteger sus establecimientos. Los noventa y dos artículos jenerales del edicto, y los cincuenta y seis artículos particulares, reprodujeron poco más ó menos las disposiciones del edicto de Poitiers y los convenios de Flex y de Bergerac. El codicilo secreto concedía á los calvinistas el poder conservar varias plazas fortificadas por espacio de ocho años.

Tales concesiones eran por desgracia *privilejos*: Enrique IV las respetó, pero Richelieu y Luis XIV pensaron que lo que se había concedido podía revocarse. Los protestantes sostuvieron tres guerras contra

Luis XIII: el duque de Rohan, su jefe, llamó á los ingleses en su auxilio, y fueron batidos. La Rochele sucumbió; y Luis XIV, despues de una larga série de seducciones y de persecuciones, revocó el edicto de Nantes en 1668.

Contando desde la conjuracion de Amboisa, 1560, hasta la publicacion del edicto de Nantes en 1599, transcurrieron treinta y nueve años de matanzas, de guerras civiles y estrañeras, interpoladas de algunos momentos de paz: tal es poco mas ó menos el período que ha recorrido nuestra última revolucion. El tiempo del degüello de San Bartolomé y de la Liga, es el tiempo del terror relijioso, del que salió la monarquía absoluta, así como el despotismo militar fue hijo del terror político de 1793. No corrió menos sangre francesa en las guerras y las matanzas del siglo décimo-sexto, que en las matanzas y en las guerras de la revolucion. »Durante este tiempo (de la Liga) murieron »prematuramente, y antes de sazón, mas de dos millones de personas, tanto de muerte violenta como »de necesidad y pobreza, y de otras plagas." (*Vida y conducta de Enrique de Bearne*).

Disipose un capital inmenso: las deudas del estado ascendian en el reinado de Enrique IV á trecientos treinta millones de la moneda de aquel tiempo, sin hablar de otras sumas gastadas y no elevadas á deudas públicas, como puede verse por las autoridades siguientes: »El misero pueblo habia sido de tal suerte »robado, vejado, saqueado y cargado de tributos y subsidios, sin descanso, ni medios de respirar, que no »le quedaba ya modo de vivir; y desesperado, estaba »resuelto á abandonar el pais de su nacimiento, para

» ir á vivir en tierra estraña; pues despues del tiempo
 » mencionado, la antigua ciudad de París y países cir-
 » cunvecinos habian dado treinta y seis millones de li-
 » bras, ó cerca de ellas, rendidas por el clero de Fran-
 » cia, sin los dones, empréstitos y subsidios estraordi-
 » narios que sufrió tanto dicha ciudad, como los otros
 » territorios y provincias del reino: suma suficiente no
 » solo para conservar el estado de la Francia, sino tam-
 » bien para hacer formidable con el terror el antiguo
 » nombre frances y á todos los príncipes, potestades y
 » naciones." (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

En los países que ocupaban los hugonotes destru-
 yeron los monumentos católicos, y se apoderaron de
 los bienes del clero: muchos sacerdotes se casaron, y
 permanecieron sin embargo católicos; y la córte de Ro-
 ma sancionó sus matrimonios y lejitimó sus hijos. La
 córte, por su parte, no dejó de apropiarse los bienes
 eclesiásticos.

» Su reinado (el de Cárlos IX) fue funesto á los
 » eclesiásticos, que se vieron vejados como los hugo-
 » notes: estos los habian perseguido con muertes, ase-
 » sinatos, y espoliado de sus iglesias las santas reliquias;
 » y Cárlos les exijió cuantiosos diezmos, y enajenó y gra-
 » vó los fondos temporales de la iglesia, de cuya venta
 » sacó mucho dinero." (*Brantome*).

Los diputados del clero de Francia reunidos en
 Melun, representaron á Enrique III, » que en muchos
 » arzobispados y obispados no habia pastor alguno, y
 » que en otras abadías y pingües beneficios tampoco se
 » hallaban pastores, ascendiendo el número casi á lo in-
 » finito; pues de ciento treinta y cinco diócesis que ha-
 » bía en el Languedoc y en Guyena, por la no residencia

»de los obispos, por enfermedad de otros, y principalmente por no haber obispos nombrados, habian »carecido por muchos años del óleo santo, teniendo »que ir á buscarlo á España todos los dias á la otra »parte de los montes. Que ningun rey antes de Enrique III habia sido causa de tantos economatos, dando »pensiones á las mujeres, casi todas *cortesanías*, y á »otras personas legas, de los bienes de la iglesia; y lo »que es peor, traficando con los beneficios, y vendiendo, empeñando é hipotecando el dominio de Dios. »Haciendo autorizar y justificar tales cosas por sentencias y leyes públicas en su gran consejo, donde del »dinero prevenido de la venta de un obispado se pagaron las deudas del vendedor, y en su consejo mismo »se adjudicó una abadía á cierta dama, como que se »le habia entregado en don, y bajo el concepto de que »despues de su muerte la gozasen sus herederos en »partes iguales." (*Vida y muerte de Enrique de Valois*).

Lo mismo que los católicos reprendian amargamente en Enrique III, lo aprobaban en Carlos IX.

A la venta, apropiacion y goce de los bienes de la iglesia por los legos, acompañaban la apropiacion, goce y venta de los bienes de los particulares, como en tiempo de la revolucion. Varios edictos y declaraciones ordenaban la confiscacion de los bienes de los hugonotes. El parlamento en 1589 dió un decreto para que se procediese á la venta de los bienes de los de la nueva opinion. Con el objeto de que el estado no se vea privado del fruto y de los socorros esperados de las apropiaciones, venta de los bienes y herencias de los de la nueva opinion.

Una orden del duque de Mayena del mismo año

exige al clero, á la nobleza, al tercer estado, á los habitantes de las ciudades y de los campos, el juramento á la union católica, el cual debian prestar dentro de los quince dias contados desde el de la publicacion de la órden. El artículo IX establece: »Trascurridos los quince dias dichos, se procederá á la apropiacion de los bienes, muebles é inmuebles de todos los que rehúsen ó desdeseen prestar dicho juramento, sean eclesiásticos, nobles ó del tercer estado: y si un mes despues de la apropiacion no quisiesen prestarlo, ó no alegasen legitimos motivos de ausencia ó impedimento físico, se les tendrá y reputará por enemigos de Dios y del estado, y se procederá á la venta de los dichos muebles, &c.»

Vemos que las matanzas, las injusticias, las espoliaciones, no pertenecen solo, como se ha creido, á nuestros tiempos revolucionarios. Los terroristas del dia de San Bartolomé y de la Liga eran personajes ilustres, reyes, príncipes, jentiles-hombres, Cárlos IX, Enrique III, el duque de Guisa, Tavannes, Clermont, Coconas, La Mole, Bussy de Amboise, Saint-Mesgrin, y tantos otros; y no solo lanzaron á los vecinos de París contra los hugonotes, sino que ellos mismos se bañaron las manos en sangre. Los septembristas y los terroristas de 1792 y de 1793 eran demócratas plebeyos: á mas de los asesinatos individuales que cometieron, inventaron el asesinato legal, crimen horrible, que hizo dudar de Dios; porque si la justicia de la tierra puede armarse alguna vez con el hierro del asesino, ¿donde está la justicia del cielo? ¿Que queda á los hombres?

La gran mayoría de la nacion aprobó el terror del

día de San Bartolomé, y considerose aquel terror como necesario. No encontramos un solo escrito de sus contemporáneos católicos contra Carlos IX, que tanto horror nos inspira al presente: alábanle por el contrario casi todos los hombres de mérito de aquella época: Du Tillet, Brantome, Ronsard; mientras que á Enrique III le colman de injurias.

He citado frecuentemente los folletos de la Liga, porque en ellos se sigue mejor el movimiento de las opiniones. Esta fue la vez primera que la prensa hizo un papel importante en las revueltas políticas; por su medio el pensamiento se convirtió así como en nuestros días en un elemento social, en un hecho que se unía á los otros hechos, y les comunicaba nueva vida. La pluma era tan activa como la espada: como cada cual gozaba entera libertad en su partido, y solo estaba proscrito en el otro, existía realmente libertad de imprenta. Los osados pensamientos de Rabelais, el Tratado de la esclavitud voluntaria de la Beocia, los Ensayos de Montaigne, la Sabiduría de Charron, la República de Bodin, los escritos polémicos, y el Tratado en que Mariana llega á defender el reicidio, prueban que osaron examinarlo todo. Como se disputaban la sucesion á la corona, dividiéndose los católicos con este motivo, examinaron atrevidamente los principios de la monarquía, y los protestantes soñaron en la república aristocrática. La libertad política y religiosa disfrutaron un momento de completa licencia, apoyándose en la libertad de la prensa, su compañera, ó por mejor decir su madre. Mas el horizonte que se abrió breves instantes para alumbrar el entendimiento humano, cerróse de repente. La reaccion que siguió á la accion

cuando esta no se había consumado aun, precipitó á la Francia en el yugo.

En resúmen, las guerras civiles y relijiosas del siglo décimosexto que duraron treinta y nueve años, enjendraron la matanza del dia de San Bartolomé, deramaron la sangre de mas de dos millones de franceses, devoraron cerca de tres mil millones de nuestra moneda actual, produjeron la confiscacion y la venta de los bienes de la iglesia y de los particulares, ocasionaron la muerte violenta de Enrique III y Enrique IV, asesinados, y comenzaron el proceso criminal del primero de estos reyes. La verdad relijiosa, cuando está falsificada, no se entrega á menos excesos que la verdad política cuando ha traspasado su término.

Voy á dejar la narracion de unos hechos y costumbres, que nada tienen de característico y pintoresco. Las costumbres del siglo diezisiete, no las opiniones, eran poco mas ó menos las que precedieron inmediatamente á la época revolucionaria. Los franceses que hablaban la lengua de Luis XIII, de Luis XIV y de Luis XV, están tan cerca de nosotros, que parece los hayamos visto vivos. No ha mucho tiempo que han muerto algunos ancianos que habian conocido á Fontenelle. Fontenelle nació en 1657, y d'Espéron murió en 1642. La viuda del duque de Angulema, hijo natural de Carlos IX, no falleció hasta el 10 de Agosto de 1715. Algunas reflexiones sobre los cuatro reinos de la monarchía absoluta terminarán este *análisis razonado* de nuestra historia.

LUIS XIII, LUIS XIV, LUIS XV Y LUIS XVI.

De 1610 hasta 1793.

Confió el parlamento la rejeñcia y tutoría de Luis XIII á María de Médicis. Sully (1611) se retira de la córte; habia pagado doscientos millones de deudas sobre treinta y cinco millones de renta, y dejó treinta millones en la Bastilla: no se puede comprender como este protestante ríjido y fastuoso, que por otra parte era un hábil ministro, que vivia en su retiro como el último gran baron de la aristocracia, distraia las sérias ocupaciones, escribiendo sobre la antigua córte memorias tan obscenas como las de Brantome.

Murió el duque de Mayena: nunca habia entrado del todo en la Liga y en las tramas de su hermano, porque tenia mas juicio que el Acuchillado, y ese espíritu comun tan útil para los negocios.

Concini, marques de Ancy y su esposa, gobernaron á María de Médicis: intrigas de la córte: retiro de los príncipes: guerras civiles en que se mezcla el protestantismo (1614). Ultimos estados jenerales de 17 de Octubre de 1614. Los comunes de Francia, cuando fueron llamados á los estados por Felipe el Hermoso para oponerse á las usurpaciones de Bonifacio VII, concibieron su primer voto así: «Que plazca al señor rey guardar y conservar la soberana independencía de su reino, que es tal, que en lo temporal el rey no reconoce soberano en la tierra, á escepcion de Dios.» El último voto de los comunes á los estados de 1614 decia así:

«Suplicamos al rey mande á los señores manumitir en sus feudos á todos sus siervos.»

El primer voto del tercer estado, al salir de la larga servidumbre de la monarquía feudal, es pues una reclamacion por la libertad del rey: su postrer voto en el momento en que entra en la esclavitud de la monarquía absoluta, es una reclamacion en favor de la libertad del pueblo; lo cual es nacer bien y morir mejor. He dicho por qué la monarquía de los estados no pudo establecerse en Francia.

Richelieu, cuyo talento por fortuna suya ninguno habia adivinado, fue nombrado secretario de estado por la proteccion del mariscal de Ancre; cuyo mariscal (1617) fue arrestado por Vitry, y asesinado por el pueblo. Su esposa, que tuvo en sus manos la cabeza cortada, pronunció la frase famosa que Voltaire ha desnaturalizado en parte. Los bienes del mariscal de Ancre pasaron á Luynes, favorito de Luis XIII, que habia ascendido al favor criando urracas. Desavenencias entre Luis XIII y su madre.

(1621) Guerra religiosa renovada por Rohan y Soubise. Los protestantes habian embrollado en su cabeza las ideas politicas, y querian convertir la Francia en república dividida en ocho círculos.

Richelieu, ascendido á cardenal, entró en el consejo (1624). Habiale protegido el mariscal de Luynes despues del mariscal de Ancre: su doblez orijinó su fortuna, y su orgullo su gloria. Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, se casó con Carlos I, rey de Inglaterra (1625).

El año 1626 vió el principio de las cábalas contra el cardenal de Richelieu, estimuladas por Gaston,

hermano del rey, que perdía á sus amigos y huía siempre. Richelieu abatió á la vez á los grandes, á los hugonotes y á la casa de Austria. Trájica historia del duque de Montmorency y de Cinq-Mars.

Todas las libertades espiraron á la vez, la libertad política en los estados disueltos, la libertad religiosa con la toma de la Rochele; porque la fuerza hugonota quedó destruida, y el edicto de Nantes fue la consecuencia de la desaparicion del poder material de los protestantes. La libertad literaria murió á su turno: habíamos pasado de la escuela natural, sencilla, original de Amyot, de Rabelais, de Marot, de Montaigne, á la escuela artificial y campanuda de Rousard. Malherbe entró en el primer camino; y eligieron con preferencia los asuntos que pertenecian á nuestras costumbres y á nuestra creencia. Entonces se levantó la academia francesa, tribunal elevado del clasicismo, que mandó comparecer en su presencia como primer acusado al jenio de Corneille. Racine se presentó en seguida á imponer á las letras el despotismo de sus obras maestras, así como Luis XIV impuso el yugo de su grandeza á la política. Oprimidos por la jeneral admiracion, en vano Chapelain, Coras, Le Clerc, Saint-Amand, querian conservar en sus obras la independencia de la lengua y del pensamiento: morian por la libertad de mal hablar, bajo los versos de Boileau, y apelaban de la servidumbre de su siglo á la posteridad libre. Tuvieron razon en reclamar contra la estrechez de las reglas y la proscripcion de los asuntos nacionales, pero hicieron muy mal en ser pésimos poetas.

El primer ministro murió detestado y admirado,

el mismo año que la viuda de Enrique IV murió en Colonia reducida á la última miseria. Durante el reinado del cardenal de Richelieu, vemos arrastrando á algunos hombres del tiempo pasado, y progresando á otros hombres del venidero: Guisa y de Espernon, Turena, el jóven Villars y el jóven Condé. De Espernon es el único favorito que se convirtió jamás en personaje, no obstante su medianía: á fuerza de vivir y de insultar, este vecino honrado habia conseguido hacer creer que era un gran señor: no aparece enteramente inocente en el asesinato de Enrique IV. Los vasallos, como el jefe supremo, inclinábanse al despotismo, y llegábase poco á poco á la admiracion del poder.

Luis XIII, muerto en 1643, fue colocado entre Enrique IV y Luis XIV, como Luis el jóven entre Felipe Augusto y San Luis. Fue tan intrépido como su padre, y no participó de la grandeza de su hijo. En el reinado de Luis XIII solo se descubren un asunto y un hombre solo, Richelieu: preséntase personificado como la monarquía absoluta, y viniendo á dar la muerte á la vieja monarquía aristocrática. Este jenio del despotismo se desvaneció, y dejó en su lugar á Luis XIV, encargado de sus plenos poderes.

El parlamento de París dió la rejencia y la tutela á Ana de Austria, del mismo modo que la habia dado á María de Médicis en 1610; así ponía término á su usurpacion lejislativa.

La monarquía parlamentaria que sobrevivió á la monarquía de los estados, llegó en la menor edad de Luis XIV á la impotencia: tuvo sus guerras: batiéronse en honor suyo, y sus decretos servian de tacos á los cañones. En su reinado momentáneo contó en el

número de los majistrados á Mateo Molé, en el de los prelados al cardenal de Retz, en el de las heroínas á la duquesa de Longueville, en el de los héroes populares, al hijo de un bastardo de Enrique IV, y en el de los jenerales, á Condé y á Turena. Pero aquella monarquía neutra, que no era ni la monarquía absoluta ni la monarquía templada de los estados; aquella monarquía que se presentaba entre la una y la otra, que no queria ni la esclavitud ni la libertad, que no aspiraba mas que á la ruina de un ministro político y diestro, aquella monarquía que contaba varios príncipes enredadores y facciosos, pasó rápidamente. Luis XIV, llegado á mayor edad, entró en el parlamento *con un látigo*, cetro y simbolo de la monarquía absoluta, y los franceses quedaron uncidos al yugo para ciento y cincuenta años.

Despues de la comedia de Mazarino, representose la tragedia de Cárlos I, y Mazarino reconoció humildemente al protector. La monarquía de los estados habia tenido principio en Francia y en Inglaterra casi en un mismo momento en los siglos bárbaros; y llegó tambien casi en los mismos dias, en el siglo décimoseptimo, en Inglaterra á la monarquía representativa, y en Francia á la monarquía absoluta. La reforma religiosa que intentó Enrique VII triunfó, y la reforma religiosa que intentaron los hugonotes, abortó: de esta diferencia de fortuna en la verdad religiosa, nació quizás la diferencia de posicion en la verdad política. Las guerras parlamentarias de la Gran-Bretaña, fueron las últimas convulsiones de la arbitrariedad inglesa que espiraba: las guerras de la Fronda, los últimos esfuerzos de la independencia francesa moribunda: la Inglaterra

pasó á la libertad con una frente severa, y la Francia riéndose al despotismo.

El tratado de los Pirineos puso fin á la guerra entre Francia y España, y estipuló el matrimonio de Luis XIV y de la infanta María Teresa (1659). Restauracion de Carlos II en 1660: matrimonio de Luis XIV en el mismo año: muerte de Mazarino en 1661: fue un varon diestro, sufrido, insensible á las injurias, y que suspiró por la vida. Arresto de Fauquet y principio de la elevacion de Colbert. Luis XIV sale de las sombras en la muerte de Mazarino: conquista de Flandes. Louvois era ministro de la guerra; Turena, Condé, Crequi, Grammont, Luxembourg, eran jenerales y capitanes (1667).

Conquista del Franco-Condado, y triple alianza entre Inglaterra, la Suecia y la Holanda. Paz entre Francia y España: Francia conserva las conquistas que habia hecho en Flandes, y vuelve el Franco-Condado. Conversion de Turena, quien cede á la *esposicion de la fe* de Bossuet: nombres ilustres (1668).

Supresion de las cámaras divididas en los parlamentos establecidos por el edicto de Nantes. Revueltas con motivo de las opiniones de Jansenio. Toma de Candia por los turcos: el duque de Beaufort, rey de los mercados, ó de la Fronda, pierde la vida en una salida. Edicto que permite el comercio á la nobleza (1669).

Muerte de madama Enriqueta, immortalizada por Bossuet. La Francia se une secretamente con Inglaterra: Luis XIV queria vengarse de los holandeses, que habian interrumpido sus triunfos sobre los españoles. Estaba ademas enojado por la libertad de los gaceteros republicanos, encarnizados contra su gobierno y su

persona. Entra en Holanda, y la conquista: Guillermo III es nombrado Estatuder, y principia á hacer titubear la fortuna del gran rey.

Las guerras continuaron durante todo el reinado de Luis XIV, y la última, la de 1701, la mas justa en su principio, y la mas desgraciada en sus resultados, dejó sin embargo á la casa de Francia la sucesion de la casa de España: el reino ganó el no tener ya necesidad de defenderse por la parte de los Pirineos, y el poder acudir con todas sus fuerzas á las fronteras del oeste y del norte.

Luis XIV ha hecho famoso el primer reinado de la monarquía absoluta, por su proteccion á las letras y á las artes, por sus conquistas, su administracion, sus fiestas y sus galanteos; porque en la historia del despotismo la magnificencia y las debilidades del príncipe se convierten en negocios de estado. Voltaire no ha dejado nada que añadir á la gloria del siglo de Luis XIV. Un autor moderno, severo en todo lo demás, ha hecho justicia á la administracion de Luis el Grande: solamente echa en cara á aquel rey lo que era necesario echar en cara á todos los reyes sus predecesores, y que se derivaba de la legislacion romana. Nosotros no entendemos al presente la esclavitud; no concebimos ya cómo un hombre podia ser la propiedad de otro hombre, y sin embargo los sábios, los filósofos, los hombres mas libres, y los mas ilustrados de la antigüedad la concebian y la encontraban justa. Tampoco comprendemos ahora cómo un juez podia aceptar los bienes del acusado, á quien habia juzgado y condenado, y sin embargo en tiempo de Luis XIV los majistrados mas íntegros lo comprendian y lo hallaban

natural. Aun al presente en Inglaterra, donde existe la confiscacion, los bienes confiscados por crimen de alta traicion, se distribuirian todavia entre los delatores y los favoritos de la corte. Extrañamos igualmente el que un príncipe tuviese una querida *con el título* de tal, y viniesen á idolatrarla el honor, el ingenio y la virtud; y en el siglo décimoseptimo esta idea parecia natural, y Bossuet se encargaba de reconciliar á Luis XIV con madama de Montespan. Este gran rey, en la demencia de su orgullo, osó imponer en su idea á la Francia como monarcas lejitimos á sus bastardos adulterinos lejitimados. Bajo cierto punto de vista jeneral valemos mas nosotros, hombres de nuestro siglo, ó por mejor decir, nuestro tiempo vale mas que el tiempo y los hombres que nos han precedido, y todo esto naturalmente por el adelanto de la razon y de la civilizacion; pero somos injustos cuando juzgamos á los que nos precedieron por las luces que no podian tener, y por las ideas que aun no habian nacido.

Todo se hizo individual en el reinado de Luis XIV. El pueblo desapareció como en los tiempos feudales, y hubiérase dicho que habia sobrevenido una nueva conquista ó una nueva irrupcion de los bárbaros, y únicamente era la invasion de un hombre solo. Observemos no obstante una diferencia: el nombre del pueblo no se encuentra en parte ninguna en la monarquía de Hugo Capeto, porque el pueblo no existia; no habia sino siervos, y la nacion militar y religiosa consistia en la nobleza y en el clero. En el reinado de Luis XIV el pueblo estaba creado: perdiase solamente en la arbitrariedad, lo que es causa de que volvamos á encontrarle en el instante en que rompió sus cadenas.

Cuando se terminó la lucha de la aristocracia con la corona, comenzó la lucha de la democracia con la misma corona. La dignidad real que había favorecido al pueblo para desembarazarse de los grandes, conoció que había elevado otro rival menos discolo, pero mas formidable. Estableciöse el combate en el terreno de la igualdad. Hubo monarquía absoluta en el reinado de Luis XIV, porque la libertad asistocrática había muerto, y la igualdad democrática apenas vivía: en ausencia de la libertad y de la igualdad, segada la una y en jérmen todavia la otra, dominó el despotismo, y no podia dominar otra cosa.

La monarquía absoluta nació el dia en que la sucesion real se vinculó en la familia de Capeto; y esta monarquía estuvo siete siglos creciendo al través de las trasformaciones sociales; y como toda institucion que no cae casualmente en el camino, subió grado por grado á su apojeo. El despotismo de Luis XIV fue un hecho progresivo y natural, llegado á su objeto, en su tiempo y lugar; un resultado inevitable de las opiniones y de las costumbres de aquella época; un eslabon de la cadena que servia para unir el principio repudiado de la libertad con el principio no adoptado aun de la igualdad. Preciso era, en fin, que la dignidad real se desvirtuase como la aristocracia; que se esperimentasen los abusos del gobierno de uno solo, como se habia esperimentado la opresion del gobierno de muchos. Al menos fue una fortuna para la Francia el haber producido en los momentos mismos un rey capaz de llenar con esplendor aquel periodo obligado de servidumbre: el heredero de Richelieu y el discipulo de Mazarino, era á propósito por su carácter pa-

ra la autoridad absoluta que empuñaba: el hombre y el tiempo compitieron. El siglo de Luis XIV fue el soberbio catafalco de nuestras libertades, iluminado por mil lumbreras de la gloria, y que en derredor tenía un acompañamiento de hombres grandes.

Las revueltas de la menor edad de Luis XIV unidas á las victorias sobre el extranjero, acabaron de formar los jenerales y de crear un ejército regular; elemento indispensable del despotismo civilizado; así las revueltas, las victorias y los diestros capitanes de la república lo prepararon todo para la dominacion de Bonaparte. En ambas épocas reinaba el cansancio de las revoluciones, y existían medios de conquista. Luis XIV, como Napolcon, cada uno, con la diferencia de su tiempo y de su jenio, sustituyeron el órden á la libertad.

El hombre de la época ó del siglo tuvo, pues, ventajas sobre el hombre fástico ó de todos los siglos.

El feudalismo ó la monarquía militar noble, perdió sus principales batallas; mas los extranjeros no pudieron conservar las provincias que habían ocupado en nuestra patria, y fueron sucesivamente arrojados de ellas: el imperio ó la monarquía militar plebeya hizo inmensas conquistas; pero se vió obligada á abandonarlas, y nuestros soldados al retirarse arrastraron dos veces consigo los extranjeros á París: la monarquía real absoluta no fue á buscar lejos sus combates, y hannos quedado el fruto de sus victorias, porque todavía existe nuestra independencia asegurada en el círculo de murallas que trazó en torno de nosotros. ¿Y á que se ha debido? al espíritu positivo del gran rey, y á la duracion de su reinado. Luis intentó dar á nues-

tro territorio sus barreras naturales, y se han encontrado en los papeles de su administracion consignados los proyectos de retirar la frontera de Francia hasta el Rhin, y de apoderarse de Egipto: tambien existe una memoria de Leibnitz sobre el mismo asunto. Si Luis XIV hubiera llevado completamente á cima sus intentos, no tendríamos ya al presente motivo alguno para guerras estrangeras.

Pero si las conquistas de la monarquía militar plebeya no se agregaron á nuestro suelo, como las conquistas de la monarquía real absoluta, produjeron un efecto moral, que no obtuvieron las utilidades de todo punto materiales de las invasiones de Luis XIV. Nuestros ejércitos, como los de Alejandro, han sembrado las luces entre los pueblos donde ondeó nuestra bandera: la Europa se hizo francesa bajo las huellas de Napoleon, asi como el Asia se hizo griega con las correrías de Alejandro.

Luis XIV se parecia á Diocleciano, sin tener sus costumbres ni su filosofía: introdujo como el primero el fausto de Oriente en su córte, levantó á su semejanza monumentos, y fue como el gran administrador. La atencion que fijaba en la agricultura estendiase á las demas partes del estado; y buscó hasta por los paises estrangeros á los hombres que podian hacer florecer el comercio y las manufacturas. Magníficamente ocupado en sus placcres, trabajaba no obstante con sus ministros, y como era laborioso, se enteraba de los mas mínimos detalles. El mas humilde aldeano le podia someter los planes que inventase, y conseguir audiencia de él; y con la misma mano con que protejia las artes, y obligaba á la Europa á ceder á nuestras

armas, corregía las leyes, é introducía la unidad en los trajes.

La monarquía absoluta no era un estado de privilegio para los individuos: creemos que la clase media se hallaba separada de todo, que los empleos eran patrimonio de los nobles, y sin embargo no hay cosa mas falsa. Los franceses tenían abiertas todas las carreras: los plebeyos figuraban casi esclusivamente en la iglesia, la magistratura y el comercio; y también obtenían la mas alta dignidad civil, la de canceller. Los individuos del estado llano se encumbraban á los primeros puestos militares y administrativos: Luis XIV no hacia distincion alguna en sus elecciones: Fabert, Gassion, Vauban mismo y Catinat, fueron mariscales de Francia, y Colbert y Louvois eran lo que mas tarde se llamó impertinentemente *hombres de poco valer*. Jeneralmente hablando, en la monarquía antigua las familias nobles no suministraban los ministros. »El canceller »Voisin, dice San Simon, poseía la prenda mas necesaria, sin la que ninguno podia entrar ni entró nunca »en el consejo de Luis XIV, en todo su reinado, si »exceptuamos al duque de Beauvilliers; es decir, que »pertenece al estado llano." Los embajadores del gran rey no todos eran grandes señores. La mayor parte de los obispos (¡y que obispos, Bossuet y Massillon!) salían de las filas de la medianía, ó de los rangos enteramente populares.

Mas los celos de los ciudadanos contra la nobleza, que con tanta violencia estallaron al comenzar la revolucion, no provienen de la desigualdad de los empleos, sino de la desigualdad de la consideracion. No habia hidalgo despreciable que no tuviese el privile-

jio de insultar ó de despreciar á los ciudadanos hasta el punto de negarse á cruzar la espada con ellos, porque el nombre de noble lo dominaba todo. Imposible era que á medida que las luces descendian á la clase media, no se revelase ésta contra las pretensiones de una superioridad que carecia de derechos. No son los nobles á quienes se ha perseguido durante la revolucion; ni son sus inmunidades, por ellos mismos abandonadas, las que se ha querido destruir; sino que en su persona se ha inmolado una opinion, opinion contra la que la Francia entera se sublevaria aun, si se procurase resucitarla.

Luis XIV reveló á la Francia el secreto de su fuerza, y probó que podia reirse de las ligas de la Europa celosa. Este principe tuvo una vez ochocientos mil hombres sobre las armas, once mil soldados de marina, ciento setenta mil marineros, mil discipulos de marina, ciento noventa y ocho navíos de sesenta cañones, y treinta galeras armadas. Los extranjeros que procuraban rebajar nuestra gloria, debian lo que eran á nuestro jenio. En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España, en todas partes se siguieron los reglamentos de Luis XIV para la administracion de justicia, la marina y el comercio, sus ordenanzas para el ejército, sus instituciones para la policia de los caminos y de las ciudades; y hasta nuestras costumbres y nuestros trajes se copiaron servilmente. Algun pais que se alababa de sus establecimientos públicos, habia imitado en ellos á nuestra nacion, y no podia darse un paso por los reinos extraños, sin encontrar á la Francia mutilada.

El buen aspecto de Luis XIV tiene un pésimo reverso. Este principe, que constituyó nuestra patria en

la administracion , fuerza exterior , letras y artes , del modo que la hemos visto , ahogó el resto de las libertades públicas , violó los privilegios de provincias y de ciudades , puso por regla su voluntad , y enriqueció á sus cortesanos con odiosas confiscaciones . Ni soñó siquiera que la libertad , la propiedad y vida de uno de sus vasallos dejasen de pertenecerle .

En las ideas del tiempo , ó por mejor decir , en las ideas formadas por Luis XIV , esto no era estraño . Los entendimientos mas profundos , como San Simon , que no amaba á su monarca , y que pintó desnudas sus debilidades , no pensaban mas en el pueblo que el soberano .

Mas lo que entonces no se conocia , conociéronlo las jeneraciones siguientes ; la impresion del despotismo duró , y cuando Luis XIV hubo cesado de vivir , acusaron al rey de haber usurpado en provecho suyo la dignidad de la nacion .

Aquel príncipe causó igualmente un daño irreparable á su familia : la educacion oriental que dió á sus hijos , y la separacion completa del heredero del trono de los hijos de la patria , fueron causa de que ignorase el espíritu del siglo y de los pueblos sobre quienes debia reinar el primero . Enrique IV corria con los pies y la cabeza desnudos juntamente con los niños de la aldea por las montañas de Bearne . El gobernador que mostraba á Luis XV , jóven aun , la muchedumbre agrupada debajo de las ventanas de su palacio , le decia : » Señor , todo ese pueblo es vuestro . » Asi quedan esplicados los tiempos , los hombres y los destinos .

Sin embargo , como el pensamiento social no retrocede aunque los hechos tiendan frecuentemente á lo pa-

sado, las luces de la inteligencia formaron un contrapeso á los principios del absolutismo de Luis XIV. En el momento en que quedó destruido el antiguo derecho político y nacional de la Francia, creose el derecho público exterior de las naciones, y aparecieron los publicistas con Grocio á su cabeza. El cardenal de Richelieu, abaticndo la casa de Austria, dió principio al sistema de la balanza europea, sistema conservado por Mazzarino. Las relaciones diplomáticas se regularizaron, y los tratados confirmaron la existencia de los gobiernos populares que se habian hecho libres con las armas en la mano. Locke y Descartes habian aprendido á racionar, y Corneille habia desenterrado las virtudes republicanas.

Pascal escribió: »Este perro es mio, decian los pobres niños: este es mi puesto á la luz del sol: tal es el principio y la imájen de la usurpacion de toda la tierra.»

Pascal habia dicho igualmente: »Tres grados de elevacion del polo destruyen toda la jurisprudencia. El meridiano decide de la verdad ó de los pocos años de posesion. Las leyes fundamentales cambian, y el derecho tiene sus épocas: ridícula justicia, á la que un rio ó una montaña pone limites, porque lo que es verdad á la una parte de los Pirineos, es error á la otra.»

Añadamos á tales incursiones del pensamiento en las rejiones todavía desconocidas, los efectos de la revolucion de Inglaterra y de la emancipacion de Holanda, que habian puesto en movimiento ideas directamente opuestas á los principios del gobierno de Luis XIV.

En fin, el espíritu mismo de la administracion, y

el instinto de grandeza de aquel príncipe , favorecían la marcha progresiva del espíritu humano. Tratóse de establecer la uniformidad en los pesos y medidas, de abolir el traje provincial , de reformar el código civil y criminal, y de igualar el impuesto en su distribución. Habíanse discutido varios proyectos para embellecer París; intentaban acabar el Louvre, hacer venir aguas, descubrir los pretiles, &c. La libertad del púlpito, entonces única inviolable, había dado un asilo á la libertad política, y también hasta cierto punto á la independencia religiosa. Massillon lo dice todo al hablar de la soberanía del pueblo; tampoco carece de lecciones el Telémaco: Bossuet se ocupó seriamente de la reunion de la iglesia protestante á la iglesia romana; no se apartaba de consentir el matrimonio de los sacerdotes, lo que hubiera producido un cambio forzoso en la confesion auricular y en la comunión frecuente: ¡tanto progresa la sociedad hácia su objeto, juntamente con la libertad que camina con su ayuda, y contra el desigmo de los hombres que componen la misma sociedad!

Los recuerdos del furor de la Liga y las revueltas de la Fronda, habían favorecido el establecimiento de la monarquía absoluta; y la memoria del despotismo de Luis XIV, cuando el gran rey descansaba en San Dionisio, hizo mas amarga la pérdida de la independencia nacional. La antigua monarquía había atravesado seis siglos y medio con sus libertades feudales y aristocráticas, para venir á caer á las plantas del trijésimo sucesor de Hugo Capeto. ¿Cuanto duró el estado formado por Luis XIV? ciento cuarenta años. Al lado del sepulcro de aquel monarca no se descubren ya sino dos monumentos de la monarquía absoluta: la almohada de

los desórdenes de Luis XV y la cuchilla de Luis XVI.

El siglo de Luis XV, precedido de las grandezas y de los desastres del siglo de Luis XIV, y seguido de la destruccion y de la gloria del siglo de la revolucion, eclipsase ofuscado por sus padres y sus hijos. Apenas cantó el pueblo un *Te Deum* por la muerte de Luis, é insultó el féretro del príncipe inmortal, cuando el rejente Felipe de Orleans tomó las riendas del imperio. El cardenal Dubois fue su digno ministro, y renacieron los vicios del reinado de Enrique III.

A la antigua corrupcion de las costumbres agregose la corrupcion moderna, hija de las revoluciones súbitas de fortuna, y que debemos al nuevo sistema de hacienda. La deuda del estado ascendia á dos mil seenta y dos millones, mas de cuatro mil millones de nuestra moneda actual. El duque de San Simon propuso la quiebra sancionada por los estados jenerales, que serian convocados para que aprobasen aquel robo, y el rejente no quiso ni la quiebra ni la convocacion de los estados. Refundieron las monedas: borraron trecientos treinta y siete millones de créditos viciosos; y Law se encargó de extinguir el resto de la deuda por medio de su banca, que solo se compuso al principio de mil doscientas acciones de tres mil francos cada una. Law es entre nosotros el fundador del crédito público y de la ruina pública. Su sistema injenioso y sábio no ofrece en último resultado, como todo capital ficticio, sino un juego en el que viene á perderse el oro y las tierras contra el papel (1).

Habian nacido Voltaire y Montesquieu, y publi-

(1) Véase sobre el sistema de Law un excelente folleto de M. Thiers.

caban sus primeras obras: así todo estaba preparado para el cambio de costumbres, de religión y de leyes. La santurronería de los últimos años de Luis XIV, el cansancio de las querellas teológicas, el fastidio de la vieja corte de Saint-Cyr; finalmente, el enojo de lo pasado, y el ansia de lo futuro, naturales en las naciones ligeras, precipitaron á los franceses en un órden de cosas de todo punto distinto del que espiraba. Luis XV respiró en su cuna el aire infestado de la rejenencia: dotado de un carácter indeciso y de la mas insuperable de las pasiones, vióse abrumado con el peso enorme de una monarquía absoluta, y su entendimiento solo le servia para enseñarle sus defectos y sus vicios, como una antorcha en el abismo.

El parlamento habia anulado el testamento de Luis XIV, y el edicto de 1717 despojó á los príncipes legitimados de la cualidad de príncipes de la sangre.

Muerto el rejente, el duque de Borbon, primer ministro, casó á Luis XV con la hija de Estanislao Lekzinski, rey destronado de Polonia, especie de agüero para la posteridad de aquel reino. El abate Fleury, preceptor del rey, fue primer ministro despues del duque de Borbon, y ascendió á cardenal: el anciano sacerdote devolvió las fuerzas á la Francia agotada, dejando que se restableciese por si misma con la ayuda de su temperamento robusto; cosa que todo el mundo ha dicho.

Hubo dos guerras con el Austria, y el vencedor de Denain volvió á presentarse en el campo de batalla á la edad de noventa y tres años. Al saber la muerte del mariscal de Berwick, muerto de una bala de cañon, gritó con enfado: »Siempre ha tenido fortuna

ese hombre." Federico y María Teresa aparecieron en la escena.

El cardenal de Fleury murió, y el rey entró á gobernar: cayó enfermo en Metz, y si hubiera muerto, hubiérale llorado la Francia, que le llamaba el Amado. Batalla de Fontenoy. El pretendiente descendió á Escocia, consigue dos victorias, y no marchó sobre Londres, porque habíase cumplido el tiempo de los Estuardos. Mientras la Francia corria á su ruina, la Inglaterra llegaba al mas alto punto de su poder. Paz de Aix-la-Chapelle. Querellas parlamentarias y jansenistas: cédulas de confesion. Conflicto del arzobispo de París, Beaumont, y de los administradores del Hôtel-Dieu. Damiens atenta á la vida del monarca.

Comienza de nuevo la guerra entre Francia é Inglaterra con motivo de los límites del Canadá. Por la vez primera se lee el nombre de Washington en la narracion de un obscuro combate, dado en los bosques, cerca del fuerte Duquesne, entre varios salvajes, franceses é ingleses (1754). ¡Que empleado de Versalles, que proveedor del Parque de los Ciervos, y que cortesano ó académico sobre todo hubiera querido trocar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano? En el mismo tiempo acababa de nacer el niño que debia tender un día su *mano amiga* á Washington. ¡Cuántas esperanzas rodeaban la cuna de Luis XVI!

El duque de Choiseul se encargó de la secretaria de los negocios estrangeros, en remplazo del abate de Bernis, hijo de sus cantares y de sus versos tan profundamente olvidados. El duque de Choiseul, varón instruido, y cortesano diestro, aunque orgulloso y li-

jero, debió su encumbramiento político á madama de Pompadour, que nombraba los ministros, los obispos y los jenerales. Esta mujer, á quien María Teresa enloqueció, llamándola *su amiga*, precipitó la Francia en la guerra vergonzosa y fatal de 1737.

El duque de Choiseul es el autor del *Pacto de familia*; debémosle la creacion de los cuerpos de artillería y de injenieros: y la espulsion de los jesuitas de toda la cristiandad católica fue en parte obra suya. Cuando fueron espulsados los jesuitas, su existencia no era ya peligrosa al estado; castigose en lo presente lo pasado, lo cual acontece frecuentemente entre los hombres; las *cartas provinciales* habian quitado su fuerza moral á la compañía de Jesus. Y sin embargo Pascal es un calumniador de talento, que nos ha dejado una mentira inmortal.

Muerta madama de Pompadour, el duque de Choiseul no quiso aceptar la proteccion de madama Dubarry, y estimulábanle á ello la duquesa de Grammont, su hermana, y madama de Beauvau. Las grandes señoras de la córte que habian aceptado un taburete en casa de madama de Pompadour, escandalizábanse de que les ofreciese el mismo favor madama Dubarry. Parecíales que Luis XV faltaba á lo que debia á su cuna, haciéndoles la injuria de no clejir en su clase sus queridas, y la nueva manceba del príncipe pareció un ultraje á los derechos de la sangre noble, precisamente porque ocupaba su puesto. El canceller de Francia Maupeou, el duque de Aiguillon y el abate Terray, sirviéronse de madama Dubarry para acelerar la caída del duque de Choiseul. Esta mujer degradada no era mala; sin ambicion y sin intriga hubiera de bue-

na gana servido al primer ministro, si aquel no hubiese ultrajado su orgullo. Maupeou acababa de atacar la monarquía parlamentaria, que daba señales de querer revivir, y el duque de Choiseul quedó envuelto en la desgracia de los majistrados: desterrado á Chanteloup (1770), jemia allí en un destierro injusto, que acusaba la debilidad y la rápida decadencia de la monarquía absoluta. La duquesa de Choiseul, la duquesa de Grammont y la condesa de Dubarry, vivieron bastante, la primera para reclamar á su ilustre amigo, el abate Barthelemy, en los tiempos revolucionarios; la segunda para subir intrépidamente al cadalso, y la tercera para llevar al mismo cadalso las debilidades de su vida, y luchar con el verdugo en frente de las *Calceteras*: Parcas ébrias y bajas, que podían alimentarse con la sangre de María Antonieta, pero que debieran haber respetado la de la señorita Lange.

El reinado de Luis XV terminó con el destierro de los parlamentos, el proceso de La Chalotais, la muerte del Delfin, el matrimonio de su hijo mayor y de la archiduquesa de Austria, y la division de la Polonia, que son otras tantas calamidades. Luis XV murió el 10 de Mayo de 1774, á los sesenta y cinco años de edad.

La época mas deplorable de nuestra historia es el reinado de este príncipe: cuando se buscan los personajes, es preciso registrar las antesalas del duque de Choiseul, las guardaropas de Pompadour y Dubarry, nombres que no sabe uno como elevarlos á la dignidad histórica. La sociedad en masa se descompone: los hombres de estado se trasforman en hombres de letras; las jentes de letras en hombres de estado; los

grandes señores en banqueros, y los asentistas jenerales en nobles señores. Las modas eran tan ridiculas como de mal gusto las artes, y se pintaban pastoras con tontillo en los salones en que bordaban los coroneles. Todo estaba desordenado en los espíritus y en las costumbres, señal cierta de una revolucion próxima. Los majistrados se avergonzaban de vestir la toga, y convertian en zumbos la gravedad de sus padres; los sacerdotes en el púlpito huian de pronunciar el nombre de Jesucristo, y no hablaban ya sino del *legislador de los cristianos*; los ministros caian los unos sobre los otros; el poder pasaba por las manos de todos; y el *buen tono* consistia en ser ingles en la córte, prusiano en el ejército, todo en fin, menos frances. Lo que decian y hacian no era mas que una cadena de inconsecuencias; queríanse conservar los abades, y no querian ya relijion: ninguno podia ser oficial sino era noble, *al paso que se desgañitaban contra la nobleza*, y por fin introducian la igualdad en los salones, y las palizas en los campos.

Reinaba en la sociedad cierto espíritu pueril como en la sociedad romana en el momento de la invasion de los bárbaros: en vez de componer versos en el claustro, componianlos en el *tocador*, y con una cuarteta se adquiria fama. La intriga elevaba y hundia cada dia á los ministros, criaturas efimeras que llevaban al gobierno su inepeia, y su antipatia á los que les habian precedido; y de ahí nacia la mudanza continua de sistema de proyecto y de miras. A estos enanos políticos seguia una nube de empleados, de lacayos, de aduladores, de comediantes y de mancebas. Todos estos seres de un dia se apresuraban á chupar la sangre

del miserable, y abismábanse luego delante de otra generacion de insectos, tan fujitiva y devoradora como la primera.

Mientras que el pueblo perdía á la vez sus costumbres y su ignorancia, la córte, haciéndose sorda al estruendo de aquella vasta monarquía que se derumbaba, abismábase mas que nunca en un despotismo, que no tenia ya fuerzas para sostener. En vez de agrandar sus planes, de elevar sus pensamientos en progresion relativa al desarrollo de las luces, atrincherábase en sus preocupaciones, y no sabia ni someterse al movimiento de las cosas, ni oponerse con energia. Política tan miserable, que obliga á un gobierno á estrechar su esfera cuando el espíritu público se dilata, se hace notar en todas las revoluciones: esto equivale á encerrar un gran circulo en una pequeña circunferencia, y el resultado no es incierto. La tolerancia crecia, y los sacerdotes hicieron juzgar y sentenciar á muerte á un jóven, que en una orjía habia insultado un Crucifijo; el pueblo se mostró inclinado á la resistencia, y *tan pronto cedian fuera de sazon á su voluntad*, y tan pronto le resistian imprudentemente: desarrollábase el espíritu de libertad, y multiplicábanse las cartas-órdenes del rey. Al ver al monarca dormido en el seno del deleite, á los cortesanos corrompidos, á los ministros perversos ó ignorantes, á los filósofos, los unos minando la relijion, los otros el estado; á los nobles, ó llenos de ignorancia, ó de los vicios dominantes; á los eclesiásticos oprobio en París de su clase, y en las provincias abrumados de preocupaciones; hubiérase creído que eran una multitud de obreros que se apresuraban á demoler un gran edificio.

Y como el pueblo francés no podía sin embargo quedar enteramente obscuro, ganaba todavía la batalla de Fontenoy. Para impedir la prescripción contra la gloria, desde Assas hasta los campos de Clostercamp resonaba la voz del honor, y para conservar nuestros derechos sobre el ingenio, escribían sus obras Montesquieu, Voltaire, Buffon y los dos Rousseau. Desde aquí debe contemplarse el gran espectáculo que presenta el siglo décimooctavo, por deplorable que parezca al primer golpe de vista. Todas las clases de la sociedad estaban igualmente corrompidas; la corte y la ciudad, los letrados, los economistas y los enciclopedistas, los grandes señores y los hidalgos, los asentistas y los aldeanos, todos se parecían, como lo atestiguan las memorias que nos han dejado. Pero sería señalar causas demasiado insignificantes á la revolución el buscarlas en aquella vida de hombres acomodados, en aquella vida de teatro, de intrigas galantes y literarias, juntamente con los golpes de estado contra el parlamento, y con la cólera de un despotismo en decrepitud. La depravacion de las clases contribuyó sin duda á disminuir los obstáculos que debia encontrar la revolución; pero no era su causa eficiente, sino su causa auxiliar.

La civilizacion habia progresado por espacio de seis siglos; una multitud de preocupaciones quedaban destruidas, y mil instituciones opresivas habian venido al suelo. La Francia habia sucesivamente recojido los despojos de las libertades aristocráticas del feudalismo, del movimiento comunal, del impulso de las cruzadas, del establecimiento de los estados, de la lucha de las jurisdicciones eclesiástica y señorial, del largo cisma, de

los descubrimientos del siglo *décimosexto*, de la reforma, de la independencia del pensamiento mientras duraron las turbulencias de la Liga y las revueltas de la Fronda, de los escritos de algunos ingenios osados, de la emancipacion de los Países-Bajos, y de la revolucion de Inglaterra. La prensa, aunque encadenada, conservó el depósito de tales recuerdos bajo la monarquía absoluta de Luis XIV; la libertad durmió, pero no quedó anulada; y esta antigua libertad, así como la nobleza antigua, ha recobrado sus derechos recobrando su espada. Las jeneraciones del cuerpo y las del espíritu conservan el carácter de su origen respectivo. Cuanto produce el cuerpo, muere á semejanza suya; cuanto produce el espíritu, no parece nunca como el espíritu mismo. No se han enjendrado aun todas las ideas; mas cuando nacen, es para vivir sin fin, y conviértense en el tesoro comun de la raza humana.

Tocábamos ya la época en que iba á aparecer la nueva libertad, hija de la razon, que debía reemplazar la antigua libertad, hija de las costumbres. La corrupcion misma de la rejenia del siglo de Luis XV no destruyó los principios de la libertad que hemos heredado; porque ésta *no tiene su origen en la inocencia del corazon, sino en las luces del entendimiento.*

En el siglo *décimoetavo* guardaron silencio los negocios para dejar el campo de batalla libre á las ideas. Sesenta años de un innoble reposo dieron al pensamiento espacio para desarrollarse, para ascender y descender por las diversas clases de la sociedad, desde el palacio hasta el habitante de la cabaña. Las costumbres debilitadas se hallaron así en un punto determinado, como acabo de notar, para no ofrecer resisten-

cia á los espíritus, como suelen muchas veces, cuando están en su juventud y en su vigor.

Montesquieu, Rousseau, Raynal y Diderot, á pesar de sus declamaciones, fijaban la atención de la muchedumbre en los derechos de la libertad política. Comenzábamos á conocer mejor la Inglaterra, y comparábanse los dos gobiernos, mientras que Voltaire verificaba una revolución en las ideas religiosas. Si la religión llegaba al extremo del ultraje, si tomaba un carácter sofístico y limitado, conducía no obstante á la destrucción de las preocupaciones, y preparaba el renacimiento del verdadero cristianismo. La existencia de Voltaire era la gran existencia de aquel siglo. Todos los soberanos escribían á aquel hombre ilustre, y lisonjeábanse si recibían una palabra de su mano: Ferney era la corte europea. Este homenaje universal, tributado al ingenio que minaba con golpes redobladados los fundamentos de la sociedad entonces existente, caracterizaba la próxima transformación de la misma sociedad. Y sin embargo, es cierto que si Luis XV hubiese acariciado al adúlador de madama de Pompadour, si le hubiese tratado como Luis XIV trataba á Racine, Voltaire hubiera abdicado el cetro, y hubiese trocado su poderío por una distinción de antecámara, así como Cromwell estuvo á punto de trocar el papel que representa ahora en la historia por la Jarretiera de Alice de Salisbury; tales son los misterios de la vanidad humana.

La obra insensible de los sesenta años fue tal, y tal el resultado en apariencia tan desemejante de su causa, que en el momento en que estalló la revolución, admiráronse de que tanta debilidad, servidumbre y

demenia hubiesen producido tanta energía, libertad y razón en los tres estados: y es que contemplaban el trabajo de las luces del entendimiento, y no el de la corrupción de las costumbres. Catilina y los patricios jóvenes que fueron sus cómplices, meditaron en medio de sus excesos la destrucción de la libertad romana, y los jóvenes de la nobleza de Francia salieron de los brazos de las cortesanas de elevada ó humilde esfera, á hablar en nuestra tribuna, apenas abierta, el lenguaje de los hombres libres.

Luis XVI habia dado principio á la aplicación de las teorías inventadas en el reinado de su abuelo por los economistas y los enciclopedistas. Aquel príncipe honrado restableció los parlamentos, suprimió la servidumbre corporal, mejoró la suerte de los protestantes; y finalmente, el auxilio que prestó á la revolución americana, socorro injusto, según el derecho privado de las naciones, pero útil á la especie humana en jeneral, acabó de desarrollar en Francia los jérmenes de la libertad. La monarquía parlamentaria, despertada al fin por la monarquía absoluta, llamó á la monarquía de los estados, que salió á su vez de la tumba para trasmitir á la monarquía constitucional los poderes hereditarios que habia recibido de los estados de 1355 y 1356: entonces el rey mártir salió del mundo.

En las fuentes bautismales de Clovis y el patíbulo de Luis XVI, debemos colocar el gran imperio cristiano de los franceses. La misma religión estaba de pie en las dos barreras que marcan las dos estremidades de esta larga arena. »Dulce Sicambro, inclina la cabeza, adora lo que has quemado, y quemá lo que

»has adorado:» dijo el sacerdote que bautizaba á Clovis con el bautismo del agua. »Hijo de San Luis, subid al cielo:» dijo el sacerdote que asistia á Luis XVI en el bautismo de sangre.

El antiguo mundo fue sumerjido. Cuando se retiraron las olas de la anarquía, apareció Napoleon en la puerta de un nuevo universo, como aquellos gigantes que la historia sagrada y profana nos pinta en la cuna de la sociedad, y que aparecieron en la tierra despues del Diluvio.

F I N.

INDICE.

ANALISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

	PÁJ.
<i>Educacion</i>	5
<i>Costumbres generales de los siglos doce, trece y catorce</i>	12

HISTORIA DE FRANCIA.

<i>Felipe VI, llamado de Valois.</i>	49
<i>Fragmentos. = Voto de la Garza.</i>	52
<i>Fragmentos. = Pérdida de los franceses en el combate naval de Eclusa. Godemar de Fay. Causa de los errores padecidos en estas guerras del siglo catorce</i>	57
<i>Fragmentos. = Guerra de Bretaña. Los bretones.</i>	60
<i>Fragmentos. = Sitio de Hennebon. Juana, condesa de Montfort. Aventura de Gauthier de Mauny y de la Cerda</i>	62
<i>Fragmentos. = Amores de Eduardo III y de la condesa de Salisbury.</i>	70
<i>Fragmentos. = Caída de Artevelle.</i>	79
<i>Fragmentos. = Invasión de Francia por Eduardo.</i>	85
<i>Fragmentos. = Rendición de Calés</i>	130
<i>Fragmentos. = Muerte del rey</i>	139

<i>Juan II</i> , desde su advenimiento á la corona hasta la batalla de <i>Poitiers</i>	140
<i>Fragments.</i> = <i>Del rey de Navarra</i>	142
<i>Fragments.</i> = <i>Los tres estados</i>	144
<i>Fragments.</i> = <i>Batalla de Poitiers</i>	149

ANÁLISIS RAZONADO DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

<i>Juan II.</i>	177
<i>Carlos V</i>	193
<i>Cárlos VI.</i>	197
<i>Cárlos VII.</i>	210
<i>Luis XI.</i>	219
<i>Cárlos VIII.</i>	229
<i>Luis XII</i>	232
<i>Francisco I</i>	237
<i>Enrique II.</i>	263
<i>Francisco II</i>	264
<i>Cárlos IX.</i>	267
<i>Enrique III.</i>	281
<i>Enrique IV</i>	356
<i>Luis XIII, Luis IV, Luis XV y Luis XVI</i>	379